



SAL
en la
PIEL

SUZANNE
DESROCHERS

Sal en la piel

Suzanne Desrochers

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

Grijalbo

www.megustaleer.com

A Rod y a nuestro hijo, Julien

*Pero qué te puedo decir acerca de las migraciones
cuando en este vacío cielo
los precisos fantasmas de aves de verano que han partido
marcan aún viejos signos*

LEONARD COHEN,

«Los gorriones»,
en *Comparemos mitologías*

Prólogo

El ruido de unos cascos sobre la piedra llega hasta la familia acurrucada bajo la lluvia. El hombre, actor y artista ambulante, canta: «*Un campagnard bon ménager, trouvant que son cheval faisait trop de dépense, entreprit, quelle extravagance! De l'instruire à ne point manger*»; «Un campesino celoso de su haber, viendo que su caballo gastaba en abundancia, se propuso, ¡menuda extravagancia!, enseñar a la bestia a no comer». Pero cuando la redada se acerca al lugar donde se ocultan, las palabras mueren en su garganta. Estrecha a su hija contra su pecho. La abraza con fuerza, como cuando quiere hacerla rabiar, solo que esta vez no la suelta, no afloja los brazos. Lejos de ello, envuelve la pequeña figura con su capa, intentando que desaparezca del mismo modo que las palabras de su canción se han desvanecido en el aire momentos antes.

La niña se retuerce un poco, dejando escapar un gemido mientras vuelve la cabeza para respirar. Es demasiado pequeña para reconocer el olor acre de la capa de lana de su padre como algo desagradable, despreciable para otros. Ella acepta el roce del tejido rasposo contra su mejilla con la misma docilidad con que se queda dormida cuando su estómago vacío le hace difícil mantenerse despierta. Todavía ignora que este hombre, que la levanta sin esfuerzo por encima de su cabeza, que llena de melodías el aire en torno a ella, no puede protegerla de todos los peligros.

La madre de la niña, que está sentada envuelta en una manta junto a ellos, no canta. La expresión de su rostro sugiere que ha empezado a alejarse del mundo. Tiene las mejillas hundidas y oscuras. El ruido de los cascos se hace más cercano, espoleado por una voz aterradora. Esta noche los arqueros están registrando todos los rincones, decididos a encontrar incluso a quienes normalmente permanecen ocultos en los callejones. Han pasado tres años desde el decreto de 1656 para limpiar las calles, y en París sigue habiendo demasiados mendigos; demasiadas visiones molestas para el joven rey y sus regentes.

La mujer alza la vista hacia su marido con expresión envejecida y

enfadada. Es el mismo modo en que le mira cuando se ve obligada a cocinar una rata en el fuego y meter trozos de carne en la boca de su hija, que no es consciente de nada. Finalmente los cascos se detienen y la familia se encuentra con el cálido aliento de los caballos frente a sí. «Ha pasado lo que yo sabía que pasaría», le dice la madre a su marido sin pronunciar palabra.

Las preguntas se suceden veloces cuando primero un arquero y luego otros dos se acercan a la familia, mientras sus caballos se revuelven por la repentina parada. «¿Es que no conocéis las normas del rey? Ya no puede haber mendigos en las calles de París.»

«Yo no soy un mendigo, señor, soy un artista.»

«¿Y qué le ha pasado a tu público esta noche?» La enguantada mano del arquero se extiende señalando la oscuridad que les rodea, casi completa salvo por el resplandor de su farol.

«Se han ido a casa.»

«Y tú deberías haber hecho lo mismo. ¡Muy ingenioso para un hombre de campo haber permanecido oculto en la ciudad todo este tiempo!»

Ordenan al desgraciado que se levante. Él ya no puede ocultar a la niña, que se asoma por debajo de la capa. Al advertir su presencia, el arquero desmonta.

«El reino puede dar buen uso a los niños, incluso a los de los mendigos.» Acerca el farol a su pálida mejilla, y ella parpadea deslumbrada por la luz, volviendo la cabeza hacia su padre.

La madre se levanta. «Tenéis razón. Este hombre es un mendigo. Lleváoslo. Dejadme con mi hija y regresaremos a nuestra granja de Picardía. Nos iremos a primera hora de la mañana. No volveréis a vernos nunca más en la ciudad.»

El arquero, observando a la niña, ignora a la mujer, aunque uno de sus compañeros parece interesarse en su voz juvenil y en los persistentes rastros de su belleza.

«¿Qué vas a hacer cuando nos hayamos librado de tu marido?», le pregunta el segundo arquero. «Es muy peligroso para una mujer viajar sola.»

Luego desmonta y se une a su compañero junto al padre y su hija. El

tercer arquero permanece en su caballo, pero no aparta la mirada del hombre y de la pequeña.

«No tengas miedo», le dice el primer arquero a la niña, alargando la mano para acariciarle el pelo. El tercer arquero desmonta. La criatura empieza a llorar como si al final hubiera entendido lo que está ocurriendo. No puede contener su lamento, que se hace más fuerte cuando el arquero la aparta del pecho de su padre. Al arrancársela, uno de los caballos relincha y piafa sobre la piedra mojada. Una vez que ha cogido a la niña, el arquero se apresura a montar de nuevo en su caballo, mientras los otros dos se esfuerzan en sujetar a los padres. Los gritos de la niña se pierden en la silenciosa oscuridad al alejarse de allí.

Los otros dos arqueros esperan hasta que la voz de la pequeña y los cascos del caballo se reducen a un eco lejano, a un sonido imaginado, y luego emprenden un largo paseo hasta los límites de París para desterrar a los padres.



El olor del cuerpo de su padre permanece aún en sus fosas nasales mientras atraviesa la ciudad en los uniformados brazos del extraño. El calor del pecho de su padre, las palabras de sus canciones... eso es lo que trata de retener mientras cabalgan.

A la mañana siguiente la llevan al Hospital de la Salpêtrière. Junto con los demás niños encontrados, le afeitan la cabeza, la bañan, la despiojan, le ponen un acartonado vestido de lino y la conducen al dormitorio *Enfant-Jésus*. Allí unas mujeres le preguntan si sabe rezar, si sabe quién es Dios. Pronuncian extraños conjuros ante ella y los otros niños. Ella escucha mientras algunas de las niñas mayores repiten las palabras con voz monótona. No se parecen en nada a las canciones de su padre. Trata de recordar la letra: *Charmé d'une pensée et si rare et si fine, petit à petit il réduit sa bête à jeûner jour et nuit*; «Cautivado por idea tan extraña y cabal, poco a poco hizo ayunar día y noche a su animal»... Es inútil. Aquellos momentos, cada vez más distantes en el pasado, se han convertido en las paredes de piedra que la rodean.

Primera parte

La Salpêtrière era lo que había sido siempre: una especie de infierno femenino, una *città* dolorosa donde se confinaba a cuatro mil mujeres incurables o dementes. Era una pesadilla en medio de París.

GEORGES DIDI-HUBERMAN,

La invención de la histeria

1

El alboroto en el patio de abajo llega hasta Laure en el momento en que accede al dormitorio Sainte-Claire. Cuando Laure entra acompañada de Madeleine, solo Mireille está tendida en la larga sala de camas de sólida construcción. La gobernanta del dormitorio ha dado un permiso especial a las dos muchachas para sentarse unos minutos junto a su amiga enferma antes de volver a sus lecciones de costura. Laure no cree que Mireille esté enferma de verdad y se niega a mostrarle ninguna compasión. Sabe que solo intenta librarse de su último mes en el taller. La semana pasada Mireille se enteró de que iba a casarse con un oficial destinado en Canadá. Es un hombre joven y apuesto, y lo bastante rico como para no tener que volver nunca a la Salpêtrière. Mientras Laure ha estado luchando por aprender las nuevas puntadas del *point de France*, ella ha fingido estar enferma, con el medallón del distante soldado metido bajo la almohada. Aun así, Laure está contenta de tener una excusa para entrar en el dormitorio vacío. Al no haber celadoras alrededor, puede hablar libremente sin que la manden callar o le digan que empiece a recitar el Padrenuestro.

Madeleine pasa corriendo por delante de la ventana hasta la cama de Mireille, al fondo de la sala. Ha traído en el bolsillo de su vestido una onza de mantequilla salada que había guardado del almuerzo. Saca la masa medio derretida y la acerca a los labios de Mireille.

—¿Por qué le das tu almuerzo? ¡Ella ya recibe vino y carne con su pensión!

Laure no puede soportar ver a Madeleine mimando a Mireille como si fuera un gatito ciego que necesitara leche. ¿Cómo puede colmarla de atenciones cuando ya tiene más que las demás? Laure se dirige a la ventana y mira hacia abajo, a las docenas de personas congregadas en el patio de la Maison de la Force. Hoy han venido a ver a las prostitutas de la ciudad, que van a ser trasladadas a la Salpêtrière.

Las muchachas del dormitorio Sainte-Claire tienen prohibido mirar a esas mujeres. Hasta mencionarlas es punible. Los administradores dicen que

observar a las prostitutas corromperá la moral de las *bijoux*. Temen que los años dedicados a modelar a esas huérfanas cuidadosamente elegidas se pierdan por echar un vistazo a las mujeres de mala reputación. La propia superiora les ha dicho que las voces melódicas con las que cantan *Ave Maris Stella* y *Veni Creator* se echarán a perder, y que las puntadas de los dedos de las *bijoux*, entrenados para producir a imitación del encaje veneciano, se desharán en la tosca compañía de las *filles de mauvaise vie*.

Laure sabe que ella no sería en absoluto una de las residentes del dormitorio Sainte-Claire de no haber sido por los años que pasó refinándose en casa de Madame d'Aulnay. La visión de las prostitutas reunidas por los arqueros y la muchedumbre que ha acudido a burlarse de ellas le recuerda a Laure que hasta el dormitorio de las *bijoux* en la Salpêtrière, donde se enseñan habilidades a las chicas, sigue siendo una sección de la institución más miserable del reino. Para quienes no están encarcelados dentro de sus muros, la Salpêtrière no es más que un lugar donde encerrar bajo llave a las mujeres más desdichadas de Francia.

—Madeleine, medio París está en el patio. Por fin podemos ver cómo traen a las prostitutas.

La suave voz de Madeleine, que está recitando el Padrenuestro, se detiene. Laure espera, pero al cabo de un momento la muchacha vuelve a empezar el rezo desde el principio. Mientras que a Laure se la considera una *bijou* por la rapidez de sus dedos y su agudeza de ingenio, Madeleine se cuenta entre las favoritas del hospital por ser apacible y amable. Las celadoras deben vigilar a Laure, pero dicen que Madeleine es un ejemplo para todas las almas perdidas y las mujeres caídas del hospital. Aunque la muchacha, de estatura menuda, sea solo una oveja, las celadoras intentan hacer de ella un pastor. Le piden a Madeleine que lea los gigantescos devocionarios que hay en la parte delantera del dormitorio. Su voz emerge como el débil murmullo de un ángel distante, y las jóvenes contienen el aliento para poder oírla mejor. Laure conoce a Madeleine, su única amiga entre las muchachas de Sainte-Claire, desde el día en que volvió a la Salpêtrière, con catorce años, tras su estancia con Madame d'Aulnay.

Cuando Laure tenía diez años, Madame d'Aulnay acudió al dormitorio *Enfant-Jésus* en busca de una criada. Las niñas estaban acostumbradas a ver a

mujeres ricas deambulando entre sus camas, inspeccionando la «mercancía», con la esperanza de encontrar a una chica que supiera lavar y remendar ropa, limpiar suelos y fregar cacharros. Aunque Laure tenía miedo, ya que había oído que algunas señoras golpeaban a sus criadas con palos, confiaba pese a ello en ser elegida. Quería marcharse con una de aquellas mujeres ricas, viajar en coche de caballos y ver la ciudad más allá de los muros del hospital.

Madame d'Aulnay, que llevaba un brillante colorete en las mejillas y plumas en el sombrero, se detuvo ante la cama de Laure y exclamó que aquella era la pilluela que quería. Durante todo el camino hasta su vivienda, a través de la ciudad mugrienta y fascinante, Madame d'Aulnay no paró de parlotear sobre la palidez y el cabello negro de Laure, y sobre todas las cosas que iba a enseñarle de la vida fuera de los muros del hospital. Laure sentía como si el pecho fuera a estallarle. Poco después Madame d'Aulnay le compró un abecedario a una de las mujeres que frecuentaban su tertulia, cuyos niños ya habían crecido. Madame d'Aulnay decía que Laure tenía que aprender a leer para poder enseñar un día a sus propios hijos. Laure acababa de cumplir once años y no pensaba en absoluto en tener niños o siquiera en enamorarse. Pero esas dos cosas, encontrar el amor y ser madre, eran las preocupaciones fundamentales de Madame d'Aulnay, aunque ella no estuviera casada y fuera demasiado vieja para tener hijos. Pero a Laure no le importaba toda aquella cháchara sobre maridos y bebés con tal de que pudiera aprender a leer aquellas marcas, llamadas letras, que estaban bordadas en el abecedario.

Laure enseguida las memorizó todas. Las letras no eran distintas de los motivos que le habían enseñado a bordar en el dormitorio: las mariposas, las flores, los pájaros, ramas y hojas. Pronto aprendió la forma exacta de cada una de ellas. Poco después, Laure había pasado ya a las sílabas, y no tardó en tantear rezos e himnos familiares en latín.

Su tarea más importante en la casa era servir a las mujeres en la tertulia semanal de Madame d'Aulnay. La otra criada de la señora, Belle, una mujer mezquina que asustaba incluso a la propia Madame d'Aulnay, no tenía el menor deseo de relacionarse con aquellas mujeres a las que llamaba «las tontas de los miércoles». Laure era lenta y torpe en la cocina, de modo que se limitaba a observar a Belle, que era fuerte y rápida, mientras preparaba tortas almibaradas, mermeladas y panes de mantequilla. Cuando las bandejas estaban llenas de dulces y frutas cortadas, Laure se las llevaba a las mujeres.

Las invitadas la trataban como a una muñeca. Solían decir que, con aquella tez, era una lástima que tuviera un origen tan bajo. Pero ¿acaso no ocurre siempre, decía una de las mujeres, que las muchachas con los rostros más hermosos son siempre pobres y pronto sufren estragos por ello, mientras que las damas ricas, que tienen los medios para permitirse polvos y perfumes, ropa elegante y una vida acomodada, poseen solo unos rasgos mediocres como punto de partida? Las mujeres hasta vestían a Laure con algunos de los vestidos y abrigos de Madame d'Aulnay, pero siempre terminaba por parecer un cachorro bajo los pesados tejidos. Desde luego, no todas las mujeres de los miércoles aprobaban ese juego con una simple criada, y menos aún las que tenían hijas propias que no eran tan bonitas.

Una vez que Laure hubo aprendido a leer, Madame d'Aulnay le enseñó a escribir, una habilidad que Laure encontró mucho más difícil de asimilar que la lectura. Madame d'Aulnay decía que en general son los hombres los que escriben. Incluso algunos hombres pobres, añadía, se sientan en las esquinas como amanuenses y escriben cartas para quienes requieren sus servicios. Para las chicas resulta mucho más útil aprender a coser y bordar, pero Laure era ya más rápida y dominaba más patrones que la mayoría de las criadas de once años, de modo que la señora consideraba que no había mal alguno en enseñarle a escribir unas cuantas palabras.

Primero Laure dibujó las letras en un cajón de arena, una y otra vez, hasta que Madame d'Aulnay se dio por satisfecha y juzgó que estaba preparada para intentar escribirlas con tinta sobre papel. Madame d'Aulnay sentó a Laure ante su escribanía y sacó de su interior los objetos que necesitaría para escribir: una hoja de papel grueso hecho de fibras de lino, una pluma de ganso, un pequeño cuchillo para afilar la punta de la pluma, un frasco de tinta, un instrumento para borrar los errores raspando el papel y arena para secar la tinta. Primero Laure aprendió a firmar con su nombre, y una vez que dominó esta habilidad Madame d'Aulnay le dijo que ya sabía hacer más que la mayoría de las mujeres de Francia.

Pero esos recuerdos de una época mejor y más esperanzada ya hace tiempo que forman parte del pasado. Si Madame d'Aulnay no hubiera muerto tres años antes, probablemente Laure todavía estaría en su tertulia. Había sido un destino cruel verse obligada a volver a la Salpêtrière tras la muerte de su

señora. Ni siquiera el hecho de ser asignada al dormitorio Sainte-Claire o de haber conocido a Madeleine, su primera y única amiga en el hospital, podría compensar su pérdida. Para Laure, los años posteriores a la época de Madame d'Aulnay, envueltos en el lino basto y gris del hospital, han pasado como una condena.

—No me digas que vas a quedarte ahí sentada cavilando y vas a perderte la oportunidad de ver esto. ¿Por qué no le dices a Mireille que venga y lo vea por sí misma? Podría aprender algo para su nuevo príncipe de Canadá.

Madeleine no responde. Laure se vuelve de nuevo hacia la ventana y la escena que se desarrolla abajo.

La superiora tiene razón al preocuparse por la moralidad de las chicas de Sainte-Claire. Al fin y al cabo, la Salpêtrière alberga a toda clase de mujeres imaginables en el reino. Laure incluso ha oído que hay una mujer de la corte encarcelada en una cámara especial en virtud de una *lettre de cachet* del rey. Hay también algunas protestantes, y unas cuantas mujeres extranjeras, de Irlanda, Portugal y Marruecos, mezcladas con las demás. Laure no conoce con certeza todas las secciones del hospital; solo sabe que hay más o menos otros cuarenta dormitorios. Los niños más pequeños están en la guardería, y a los que son un poco mayores los ponen en dormitorios separados. Hay también varias secciones para muchachas que trabajan fabricando y blanqueando paño, una para embarazadas, otra para mujeres lactantes con sus hijos, varias para locas, jóvenes y viejas, y unas cuantas para las que tienen enfermedades: ceguera, epilepsia... Hay también unos cuantos dormitorios para ancianas, y uno para maridos y mujeres septuagenarios. En la Salpêtrière no hay hombres entre los once y los setenta años, salvo los arqueros y los criados.

Las personas congregadas en el patio de la Maison de la Force se reúnen en pequeños grupos, intercambiando noticias y chismes. Sus voces son ruidosas y salpicadas de risas. De vez en cuando alguien echa un vistazo a la entrada del patio, impaciente por ver llegar a las prostitutas. Laure observa que la gente va vestida con ropa andrajosa y tiene el mismo hablar vulgar que algunas de las residentes de la Salpêtrière. A veces una voz se alza por encima de las demás para dar alguna información. Ella se entera de cosas que las celadoras no les cuentan a las residentes. Los administradores intentan evitar que los distintos sectores de mujeres se mezclen. Pero, por supuesto, de vez en

cuando hay historias que logran atravesar las paredes del dormitorio, fragmentos que se susurran durante el oficio religioso, adornados durante las largas jornadas de trabajo, y repetidos tan a menudo que se convierten en leyendas. Hay mujeres a las que todo el mundo conoce a pesar de que hace ya tiempo que se fueron: las hermanas Baudet, que sedujeron al cardenal en su antecámara; Jeanne LaVaux, que continuó con el negocio de venenos de su padre; Mary, la muchacha irlandesa de doce años que había sido prostituta desde que tenía seis...

Laure está sedienta de tales historias. Desea saber todo lo posible sobre el hospital que es su casa y su prisión. Abajo, oye a un hombre con voz de vendedor del mercado diciéndoles a los demás que a las prostitutas las llevan a la Salpêtrière una vez al mes. Son recogidas por alguaciles y encerradas en una prisión más pequeña en la rue Saint-Martin hasta ser trasladadas allí en carro. El hombre que grita esta información se ve rápidamente rodeado e interrogado por otros, que están impacientes por enterarse de todo lo que puedan sobre las mujeres apresadas antes de que lleguen. Es evidente que este espectáculo proporciona entretenimiento a quienes no pueden permitirse pagar el precio de una entrada de ópera. Para los administradores del Hospital General, la humillación pública proporcionará el primero de los castigos a las mujeres.

Madeleine, todavía sentada junto a Mireille, hace oír su voz a través de la sala.

—No deberías mirar cómo traen a las prostitutas.

Pero Laure no quiere apartarse de la ventana. Y menos aún para ir a escuchar los mimos de Madeleine a Mireille. Laure se ha enterado de que las prostitutas viven juntas en la ciudad con otras mujeres en una casa como la Salpêtrière, aunque mucho más pequeña. Mientras que las autoridades reales celebran la Salpêtrière, alardeando de ella ante los príncipes y las autoridades religiosas del reino, las casas de las prostitutas deben mantenerse en secreto. Dentro hay muchas habitaciones pequeñas; pero, a diferencia de la Salpêtrière, en estas se invita a entrar a los hombres. Laure imagina a las prostitutas vestidas con coloridas capas de ropa, la calidad de cuya tela depende de los hombres a los que sirven, el grado de su belleza y la casa a la que pertenecen. En la imaginación de la joven, pesados cortinajes de terciopelo y de seda

separan las habitaciones de las muchachas unas de otras. Su piel huele a perfume, y llevan el cabello rizado y suelto. Como las mujeres de la corte, son las reinas de sus dominios.

Laure no ignora que pensar así sobre las prostitutas es blasfemo, sobre todo para una *bijou*.

La muchedumbre reunida abajo comienza a animarse ante algún signo de la llegada que Laure no puede distinguir. Primero aparecen dos arqueros en el patio, abriéndose paso entre la masa con las puntas de sus arcos.

—¡En nombre de Su Majestad, dejad el paso libre!

La multitud se separa de los arqueros, pero luego vuelve a apretarse en torno a ellos cuando los espectadores de los extremos intentan acercarse para ver mejor. A los pocos segundos, Laure oye un chillido agudo, como de un animal herido, seguido de un ruidoso llanto. El sonido se eleva por encima de las voces. Un hombre lanza un grito de entusiasmo, pero entre todos los demás se hace un emocionado silencio.

—Laure, por favor, aléjate de la ventana. Estás asustando a Mireille.

Madeleine empieza a rezar más fuerte en un intento de ahogar el ruido.

Laure sigue mirando hacia abajo.

—¿Por qué rezas? No pasa nada. Simplemente gritan así para intentar librarse de la multitud.

Laure todavía no puede ver a las mujeres, pero suena como si hubiera muchas.

Llegan más arqueros a la plaza. Como sus colegas, van vestidos de un vivo azul y blanco con medias rojas. Los botones dorados de sus limpios uniformes relucen a la luz del sol. Algunos de ellos han sido reclutados de entre lo mejor de los huérfanos varones.

—¡Dejad paso, en nombre de Su Majestad el rey Luis XIV y el director del Hospital General de París! ¡Dejad paso ahora mismo!

La muchedumbre se abre, dejando un círculo en el centro para los arqueros y su carga de condenadas. Hay unas cuarenta mujeres apretujadas en el carro tirado por caballos. Están de pie sobre paja y encerradas tras barrotes de hierro. Algunas se cubren el rostro, mientras otras miran fijamente a su

alrededor. Laure se siente decepcionada al ver su aspecto desaliñado. Solo algunas de las prostitutas tienen cabelleras brillantes y vestidos de vivos colores. La mayoría llevan el cabello cubierto bajo unas capas largas y oscuras, y algunas parecen tener cortes y contusiones en el rostro como si las hubieran golpeado.

—No se parecen en nada a lo que esperaba ver. Son como las viejas mendigas del dormitorio Les Saints.

Laure no puede imaginar qué clase de hombres pagarían por pasar la noche con esas mujeres.

Pese al andrajoso aspecto de la carga que lleva el carro, los observadores allí congregados gritan y aúllan, agarrando los vestidos de las mujeres por entre los barrotes. Una de las prostitutas escupe a la multitud. Antes de que el hombre al que alcanza pueda tomar represalias, dos de los arqueros la arrastran fuera del carro, conteniéndola con dificultad mientras ella les grita.

—¡Tendrías que ver esto, Madeleine! Dos arqueros apenas pueden sujetarla. —Laure se ríe mientras abajo la mujer masculla algo contra sus captores—. Las celadoras van a estar entretenidas con ella.

Cuando llegan a las puertas de la Maison de la Force, el resto de las mujeres son conducidas fuera del carro hacia la entrada del edificio. Allí las obligan a formar en fila de espaldas a la pared. El médico del hospital se acerca a ellas. Dos celadoras sostienen una manta delante de cada mujer mientras el médico se arrodilla para examinarlas. Las que se sospecha que están enfermas son separadas de las demás. Laure se pregunta qué síntomas hacen recelar al doctor al recorrer la hilera de mujeres.

Madeleine la llama desde el otro lado de la sala.

—No deberías mirar cómo las traen. Tenemos que dar ejemplo a todas las mujeres del hospital.

Hay veces que Laure cree, como Madeleine, que ellas se diferencian de algún modo de las mujeres de los otros dormitorios. Incluso es posible que hubiera un plan más elevado reservado a las *bijoux*. Las otras residentes de la Salpêtrière son conscientes de que las chicas del Sainte-Claire son las primeras en recibir las golosinas de los donantes benéficos, sus regalos de

frutas o verduras de temporada. También se les da ocasionalmente un poquito de vino además de sus raciones de agua. Pero más que por el mero hecho de recibir esos codiciados obsequios, las demás envidian a las *bijoux* porque a ellas se las prepara para tener un futuro.

Laure no está interesada en algunas de las otras opciones de que disponen las residentes de la Salpêtrière. A veces el hospital arregla un matrimonio entre una *bijou* y un tendero, un zapatero o un posadero que desafía a la opinión pública para conseguir a su esposa en el mismo lugar donde los hombres envían para ser castigadas a las mujeres que los deshonoran. Laure ha oído que algunos de esos casamientos terminan mal. El mismo que acude al hospital con actitud humilde a menudo se da a la bebida y maltrata a su esposa una vez que la ha conseguido. Laure no quiere aventurarse a un matrimonio a ciegas. Si la contrata una costurera, tendrá muchas ocasiones de conocer a hombres cuando vayan a comprar cintas para sus hermanas y madres. Tendrá tiempo de llegar a conocer su carácter antes de decidir casarse con uno de ellos.

Algunas muchachas del Sainte-Claire a la larga son escogidas para convertirse en celadoras del hospital. Entonces las hacen responsables del aseo matutino de las residentes del dormitorio, de servir las raciones de comida y de leer oraciones de la *Imitación de Cristo* en voz alta. Laure no tiene ningún interés en convertirse en celadora de la Salpêtrière. No puede imaginarse llevando un triste vestido negro y una cofia como las hermanas de la caridad durante el resto de su vida, susurrando a unas contrariadas niñas de la calle para que recen y canten himnos, se pongan bien la ropa o se peinen. Además, las celadoras solo pueden pasar media hora en el salón con invitados externos, y un día al mes en la ciudad, y eso solo si llevan a alguien de acompañante. Hasta las cartas que escriben las celadoras debe leerlas primero la superiora. Madeleine, que sueña con unirse a las ursulinas, pero que carece de dote para pagarlas, espera al menos convertirse en celadora de uno de los dormitorios. Ansía poder enseñar a rezar a las demás.

Mientras prosigue la inspección del médico, llega al patio otro grupo. Varios de los arqueros se acercan a los carruajes recién llegados, tirados por caballos de color pardo. Laure no puede ver quién va dentro. Uno de los arqueros ha metido la cabeza entre las cortinas del primero, y al cabo de un momento resurge con un puñado de monedas, que entrega al funcionario del

hospital que supervisa el traslado. Entonces la brigada de arqueros se reúne en torno a los carruajes. Uno de ellos utiliza una corneta para hacer callar a la muchedumbre, y anuncia que la entrega se ha completado y que la concurrencia debe dispersarse por orden del director del hospital y del rey. Se oyen algunas quejas entre los reunidos, pero poco a poco empiezan a abandonar el patio.

Una vez que los espectadores se han ido, se abre la puerta del primer carruaje y las mujeres que van dentro descienden. Son mayores y van mejor vestidas que las prostitutas que iban en el carro. Pero Laure supone, por sus corpiños apretados y su cabello rizado, que trabajan en el mismo oficio. Deben de ser las responsables de las casas de las prostitutas. Una de ellas saca su bolsa y les da unas monedas más a los arqueros, después de lo cual las mujeres son conducidas con rapidez al interior del edificio.

—¿Recuerdas la cura para el mal de Nápoles? —pregunta Laure mientras se dirige hacia el fondo del dormitorio, donde Madeleine está sentada al borde del catre de Mireille, secándole la frente con un paño—. Supongo que para empezar les darán una buena paliza. Esa parece ser aquí la cura para la mayoría de las cosas.

—Laure, ¿por qué hablas de todo eso? Mireille no se encuentra bien. Se le ha caído un diente.

Laure se sorprende al oír eso y al ver que hay sangre en el paño que Madeleine ha usado para secarle la frente a Mireille. Se pregunta qué diente es. También Laure ha perdido dos de sus dientes desde que volviera de estar con Madame d'Aulnay.

—Si eso es lo único que ha perdido, no debería quejarse.

Laure está encantada de ver que Mireille tiene realmente un aspecto horrible. Tal vez se haya hecho enfermar un poco a sí misma a base de fingir y de ir por ahí con cara de vinagre. A fin y al cabo, si finges algo durante el tiempo suficiente, empieza a hacerse realidad. Mireille busca la compasión de todos los que puede, aunque son Madame du Clos, la instructora de costura, y Madeleine quienes más la compadecen. Solo porque su padre era oficial, cree que no pertenece a este lugar y que todo el mundo debe sentir lástima por ella.

—Creo que la cura es mercurio y ruibarbo. Supongo que no volverá al taller esta tarde. Un buen momento, cuando tenemos todo ese trabajo de *point*

de France por terminar. Al final del día apenas puedo verme mis propios dedos, y no digamos ya la aguja.

—Ella trabajaría si pudiera.

Madeleine dobla el paño en un cuadrado, ocultando la mancha de sangre, y lo coloca en la frente de Mireille.

—¿Y qué le importa, ahora que tiene un marido esperándola en Canadá? Ya no ha de preocuparse de encontrar trabajo en París.

Desde que Mireille llegó a la Salpêtrière, el año anterior, Laure nunca se ha dirigido directamente a ella.

—Laure, ¿es que no tienes compasión? Mireille debe ponerse bien, ha de estar fuerte para su viaje.

—¿Y qué hay de nosotras? —pregunta Laure—. Olvidadas en este lugar que alberga a las mendigas y a las mujeres enfermas de las calles. ¿Por qué debería sentir lástima, cuando es precisamente ella la que va a salir de aquí?

Mireille sujeta la manga de Madeleine cuando esta se pone de pie para marcharse. Pero Laure coge el brazo de Mireille y lo empuja de nuevo hacia el lecho. Se sorprende al ver con qué facilidad el liviano miembro se afloja y cede en su intento.

2

El médico entra en el dormitorio justo después de que las muchachas se hayan puesto los camisones. Laure reconoce en él al mismo hombre que ha examinado a las prostitutas horas antes. Esta noche lleva una larga bata y guantes, y a cierta distancia le sigue la superiora envuelta en su manto negro. La habitual cháchara nocturna de las residentes se ha visto interrumpida por su llegada. Los ojos de las muchachas siguen a las impresionantes figuras mientras atraviesan la sala hacia la cama de Mireille. Es la vez que Laure ha estado más cerca de la superiora del Hospital General.

Esta mujer menuda, vestida con gruesas capas de paño negro, controla todos y cada uno de sus destinos. Manda sobre los centenares de celadoras, gobernantas y criadas, recordándoles que su deber es dedicarse por entero al cuidado de las residentes. Pero hay algo más importante aún: la superiora es la única mujer que puede decidir cuándo Laure y todas las demás serán libres de dejar la Salpêtrière. Cualquier partida debe estar firmada de su puño y letra. Laure ha oído que los aposentos de la superiora son tan imponentes como los de una dama de la corte real. Que tiene su propio carruaje y su propio cochero, lacayos y criados, un jardín privado y un gallinero.

Laure se pregunta por qué la superiora ha llevado al doctor al dormitorio. Ella quiere decirles que la debilidad de Mireille es solo para llamar la atención, para librarse de sus últimas semanas de costura antes de dejar el hospital para siempre. Pero lo averiguarán muy pronto, en cuanto el médico la examine. A Mireille, piensa Laure, le irá bien que la obliguen a volver al trabajo, quizá haciendo la colada o barriendo el dormitorio como castigo por su engaño. Laure fuerza la vista bajo la luz mortecina para ver mejor qué ocurre en la cama situada junto a la suya.

El doctor examina a Mireille por un momento, luego alza los dedos de la muchacha con su mano enguantada. Mireille gime al levantar el brazo. Laure parpadea. Casi parece como si los dedos de Mireille sangraran en torno a las uñas. El doctor los inspecciona con atención antes de volver a depositar su mano sobre el cobertor. Tras quitarse uno de los guantes, le acerca la mano a

la boca y le levanta el labio con el dedo. Lo que ve allí el doctor parece ser suficiente para un diagnóstico. Se vuelve hacia la superiora sacudiendo la cabeza. Ha terminado su tarea. La superiora, que en la penumbra de la sala parece un cuervo, pasa brevemente la vista por Mireille, anotando el número de su cama. Luego echa un rápido vistazo al resto de las muchachas, que inclinan la cabeza para evitar encontrarse con su mirada penetrante.

—Ahora hemos de ver si hay que sacar a alguien del Saint-Jacques.

Se da la vuelta, rozando el suelo con su pesada saya. El médico la sigue fuera de la sala.



Aquella noche, la voz de Mireille despierta a Laure. Su primera reacción es de fastidio. Es el mismo desdén que siente normalmente cuando Mireille empieza a charlar con Madeleine en aquel tono suave y comedido tan propio de ella. Pero esta vez el sonido que sale de su garganta no es ni suave ni comedido. Laure abre los ojos y se vuelve para ver a Mireille sentada en su catre, completamente despierta.

—Padre, no se enfade... no puedo casarme con usted.

Laure observa la sala a su alrededor. Nadie más se mueve. Solo oye la respiración profunda de las hileras de muchachas en torno a ellas. ¿Acaso Mireille pretendía despertarla? La verdad es que está yendo demasiado lejos para librarse del trabajo.

—Papá, tengo miedo. ¡Hay tanta agua por todas partes...! —Mireille levanta las manos y las agita ante sí, como si el aire de la sala la ahogara. Sin duda espera tener público; pero ninguna de las demás residentes parece oírla —. No quiero ahogarme antes de casarme. ¡Me duele mucho!

Mireille deja caer las manos y empieza a gritar. Una oleada de repugnancia atraviesa el pecho de Laure. El sonido es patético, débil como el llanto de los bebés hambrientos y huérfanos de la guardería; Laure pasa siempre por delante de la guardería lo más deprisa que puede en su camino diario al taller. Se pregunta si los dedos de Mireille realmente sangraban aquella noche horas antes. Tal vez haya perdido otro diente. Esa estúpida

muchacha, con toda su autocompasión, probablemente ha acabado por hacerse daño.



Laure recuerda cuando Mireille Langlois llegó por primera vez al taller de costura del sótano, acompañada por Madame du Clos, su instructora. La chica nueva había entrado en la sala como un gato que tantea el agua del río con la pata. Mireille llevaba unos guantes blancos que le llegaban hasta los codos y se apretaba contra el pecho un bolso redondo decorado con metal. Su vestido era de un amarillo pálido, adornado con lo que parecía ser auténtico encaje veneciano, cuya importación estaba prohibida en Francia. Laure supuso que Mireille era la hija o la viuda de algún benefactor rico de visita en la institución. Las chicas veían a varias de aquellas mujeres cada semana, aunque normalmente no eran tan jóvenes y por regla general llevaban la misma capa negra que la superiora para simbolizar su piedad. Además, Mireille no sonrió al ver las mesas atestadas de la oscura sala donde se amontonaban los pedidos terminados, tal como hacían siempre las visitantes. Laure se obligó a apartar la vista de la muchacha rica y siguió cortando el motivo de encaje en el que estaba trabajando.

Mirando directamente a Laure, Madame du Clos había dicho con cierta severidad:

—Esta es Mireille. Se instalará en el dormitorio Sainte-Claire. —Laure abrió los ojos de par en par por la sorpresa, pero se quedó callada—. Y hoy empezará a hacer encaje.

Madame du Clos le pidió a Laure que hiciera sitio a Mireille para que se sentara entre ella y Madeleine en la mesa de trabajo. La chica nueva inclinó la cabeza en señal de gratitud, sonrió a Laure y dejó caer las manos sobre el regazo. Laure se apartó unos centímetros y Madeleine se apretujó en la esquina lo bastante como para que Mireille pudiera sentarse. Poco después, Madame du Clos se acercó a recoger el pequeño bolso de moda de Mireille y a entregarle su propia bobina de seda y agujas. Luego le pidió a Laure que le diera a Mireille un motivo para elaborar.

Madeleine rió.

—¿Sabes hacer encaje?

No había la menor acritud en su pregunta.

—Sí, mi madre me enseñó. Hice esto yo misma.

Mireille levantó los brazos para mostrar los puños de sus mangas. Laure miró con el rabillo del ojo para ver si la puntada era tan buena como la suya. Fue aquel primer día cuando Laure decidió que nunca hablaría a la chica nueva que ya sabía hacer encaje.

Cuando terminaron la jornada y se pusieron en fila para salir del taller, Laure le preguntó a Madeleine por qué había sido tan amable con alguien que solo iba a robarles la pequeña posibilidad que tenían de encontrar a un pretendiente, o de que las contratara una costurera o un sastre de la ciudad. Madeleine respondió que ella no sentía tal amenaza y que Mireille era solo una muchacha triste necesitada de amistad.

En su primera noche en el dormitorio, Laure estuvo encantada de ver a aquella recién llegada de buena familia despojarse de su ropa y quedarse con un sencillo camisón de lino, aunque se le permitió conservar su peinado de espesos rizos dorados. La celadora, que ignoraba las distinciones de cuna y de privilegio, colocó a Mireille en una cama con dos chicas recién llegadas en un carro de bueyes de Picardía con cartas de sus párrocos locales. Tenían la piel grisácea y estaban llenas de chinches. Laure escuchó con placer el sonido de Mireille llorando mientras sus compañeras de cama roncaban a su lado. A la mañana siguiente la gobernanta se llevó a las muchachas de Picardía fuera del Sainte-Claire, pero Mireille estaba allí para quedarse.

Por la mañana Mireille parecía pálida, pero no se quejó e hizo lo que se le dijo durante toda la larga jornada de trabajo y oración. Ella se sabía ya de memoria el Avemaría, el Padrenuestro y el Credo en latín y en francés, y también sabía leer de los devocionarios. No había mucho que enseñarle a la nueva *bijou*, puesto que era más culta que la mayoría de las celadoras. Era solo cuestión de tiempo que se presentara algo mejor que sacara a Mireille de la Salpêtrière. Laure no entiende por qué no puede simplemente completar sus últimas semanas en el taller antes de irse con su futuro marido oficial y dejar de fingir estar enferma para llamar la atención.



En la penumbra del dormitorio, los gritos de Mireille se convierten en gemidos, y ella empieza a rezar. Laure busca los sonidos del habitualmente esmerado latín de Mireille bajo aquel teatro. Pero la voz que le llega de la otra cama es la de alguien completamente distinto, la de un animal ahogándose. Las palabras que surgen son una mezcla de francés y latín, un confuso revoltijo de rezos. *Sancta Maria mater Dei, ora pro nobis peccatoribus, nunc, et in hora mortis nostrae...* A Laure empiezan a zumbarle los oídos. ¿Por qué no lo oye nadie más? Quiere decirle algo a Mireille para hacer que pare. Pero se atiene a su decisión de no hablarle, de no desperdiciar su voz con una muchacha lo bastante afortunada como para tener un padre rico que le ha dejado una pensión, pero que aun así tiene el valor de quejarse. Laure no sabría qué decirle a Mireille. Ni siquiera puede pensar en algo lo bastante duro como para hacerla callar. Considera la posibilidad de despertar a Madeleine, que está acostada a su lado, pero no puede apartar los ojos de Mireille.

—Cógeme la mano. —Ahora Mireille está mirando directamente a Laure, estirando unos dedos que parecen estar hinchados—. Haz algo. Tú eres la única que puede.

Laure parpadea, tratando de ver a través de la oscuridad que la rodea. En su interior brota una oración, pidiéndole a Dios que haga que aquello pare. Aparta la oración de su mente y cierra los ojos.

Cuando finalmente se hace el silencio en la cama situada junto a la suya, Laure ya no puede volver a dormir. Observa a Mireille, una pálida sombra sumida de nuevo en el sueño, y espera a que llegue la mañana. Seguramente Laure solo ha imaginado la desesperación de las súplicas de Mireille, o quizá la muchacha es más astuta de lo que ella cree y ha puesto en escena ese deprimente espectáculo para provocarla. Sea como fuere, lo verá mejor por la mañana. La luz del día traerá algo de claridad.

3

El enorme hospital de piedra está a espaldas de Laure. Pero ¿qué tiene de bueno liberarse de una prisión cuando lo que hay fuera es aún más peligroso? Especialmente para una muchacha que camina sola con un atuendo de trabajo raído de tanto uso. Esa mañana Madeleine le ha preguntado a Laure por qué se arriesgaba así por Mireille, a la que ella tenía aversión. Laure le ha asegurado a Madeleine que nunca la pillarían mientras en el taller de costura Madame du Clos creyera que estaba enferma en el dormitorio. Además, Laure estaba harta de escuchar las murmuraciones de las otras chicas del Sainte-Claire, y quería que Madeleine viera por sí misma que Mireille estaba bien y solo buscaba una forma de salir del hospital. Laure no podía dejar que Mireille se librara tan fácilmente de sus obligaciones laborales. Cabía también la posibilidad de que Laure fuera al Hôtel-Dieu a sofocar aquel otro sentimiento que había surgido en ella la noche anterior: el temor que sintió cuando se le ocurrió que tal vez Madeleine tenía razón y Mireille no estaba fingiendo.

La enfermedad no es nueva en la Salpêtrière. Muchas, sobre todo las niñas, llegan allí con sarna, tiña, pústulas y otras llagas en la piel. Hay mujeres que entran embarazadas y terminan por morir en el parto, dejando solos a sus frágiles bebés, cuyas voces llenan el pasillo de fantasmales llantos en demanda de leche. El año anterior hubo incluso un pequeño brote de peste en el hospital. Entonces el doctor se había puesto una máscara que llevaba como una larga nariz llena de especias para evitar el contagio. Durante dos noches todas las residentes del Sainte-Claire habían sido trasladadas a otros dormitorios. Pese a todo eso, Laure no esperaba que Mireille cayera enferma. Al fin y al cabo, ella no había llegado allí muerta de hambre por la escasez de cosechas del campo, ni afligida por enfermedades o embarazos.

El sol naciente extiende una luz pálida a lo largo del camino del río. Si sigue ese sendero bordeando la orilla llegará al Hôtel-Dieu. Más adelante, Laure ve a algunos hombres descargando barriles de unos barcos. Se gritan unos a otros sobre el mejor modo de depositar la carga en tierra. Sus voces quiebran los últimos vestigios de la noche. A Laure le preocupa que los hombres puedan reconocer su vestido gris de hospital pese a sus esfuerzos por

cubrirlo con el chal oscuro. Incluso si los barqueros no advierten el vestido, podrían fijarse en la dirección de la que procede. A diferencia de las mujeres del campo que transportan fruta y pan para vender en la ciudad, Laure no lleva nada en los brazos. Sabrán que se ha escapado de la Salpêtrière. Al menos no ve entre ellos a nadie de la Police des Pauvres: hombres contratados para registrar las calles en busca de pordioseros y llevarlos al Hospital General.

A Laure le ha resultado bastante fácil escabullirse esa mañana sin que la vieran las criadas que barrían el largo pasillo que hay delante del dormitorio. Se ha deslizado escaleras abajo hasta la entrada principal y luego ha salido al Cour Mazarine. Aunque el sol apenas empezaba a asomar, en el patio había ya un grupo de hombres con medias de color blanco vivo y abrigos de terciopelo reunidos en torno a un anciano. Los hombres parecían de alto rango, y a Laure le ha inquietado la posibilidad de que la delataran y la hicieran volver.

—¡Muy bien, Monsieur le Vau! —ha oído decir a uno de ellos al pasar—. Las ventanas para la nueva iglesia tienen que ser hermosas y altas. Eso debería sosegar su conciencia de cuán lejos están de la luz divina.

Todos los hombres han reído excepto el anciano. Él miraba a Laure.

—Sí, de cómo llevar la luz de Dios a una prisión.

—¿Y qué vais a hacer hoy más tarde? —le ha preguntado uno de los hombres—. ¿Tenéis tiempo para beber algo? Está casi preparado otro gran monumento al rey. Deberíais cuando menos celebrarlo.

Laure se ha preguntado si el anciano, al haberla visto, estaba a punto de gritar para llamar a un arquero. Pero él ha permanecido en silencio sin dejar de mirarla fijamente.

Laure se ha alegrado de que solo Luc Aubin estuviera custodiando la puerta del hospital. Es un año más joven que ella, y lo conoce desde que ambos eran pequeños en el dormitorio *Enfant-Jésus*. Esa mañana ha intentado impedir que se marchara. Pero ella ha podido calmarlo tal como una vez su canto había aplacado sus quejas infantiles en el *Enfant-Jésus*. Al final le ha dejado atravesar las puertas sin un permiso escrito. Ha aceptado la historia de Laure de que las muchachas que dominan el *point de France* trabajan para el rey y sus ministros, y, por lo tanto, pueden entrar y salir cuando les plazca. Laure ha podido ver que no la ha creído del todo, pero a él le faltan todavía

unos pocos años para ser capaz de hacer algo para corroborar sus sospechas.

Cuando Laure llega al lugar donde los hombres descargan los barcos a la orilla del río, alguien le grita. Ella no puede distinguir todo lo que dice, solo que tiene que ver con que es demasiado joven para ir cubierta de negro. Otro de los hombres se une, haciéndole señas para que se acerque. Laure baja la cabeza y acelera el paso hasta que los oye callarse tras ella.

Mientras va caminando, el sol se hace más fuerte. Cuando los rayos acarician sus mejillas siente una picazón en la piel. Aquel resplandor, al que no está acostumbrada, hace que los ojos le lloren. A su derecha, el río lame la orilla, y sus pesados zuecos de hospital resbalan en el fango mientras intenta apresurar el paso. Piensa en el pan que ha comido en el desayuno, en lo rápido que ha desaparecido de su estómago en cuanto ha salido fuera, tal como se evapora el rocío bajo los rayos del sol. No estará de vuelta en la Salpêtrière a tiempo para la comida, y todavía faltan doce horas para la cena. Cuando Laure está en el taller, procura no mover sus miembros más de lo necesario, dejando solo que sus dedos guíen la aguja hacia dentro y hacia fuera a través de los diminutos motivos. De ese modo tarda más en tener hambre.

Más adelante, un anciano cuida de dos ovejas que están pastando. Saluda a Laure con la cabeza cuando pasa, y luego vuelve a atender a sus animales. Hay guardias fuera del Jardin du Roi, de modo que Laure camina junto a una familia que tira de un carro de leña. Aquí los transeúntes se hacen más numerosos. Hay unos cuantos hombres sobre sus cabalgaduras, y hasta un carro negro tirado por dos caballos. Pero lo que llena el camino es sobre todo el lento movimiento de la gente que transporta productos de los campos cercanos para venderlos en la ciudad. El olor de los animales se entremezcla con el sudor de sus dueños y el aroma de las manzanas que lleva en su cesta una muchacha joven.

Laure sabe que un día sus habilidades de escritura y de costura la alzarán por encima de esos mercaderes ambulantes. No tendrá que andar entre ellos, escuchando sus voces enronquecidas a fuerza de vocear los precios de sus productos. Pero de momento sus piernas largas y flacas hacen que camine junto a ellos. Laure es más delgada y de aspecto más andrajoso que las mujeres de los comerciantes más prósperos del campo, que llevan delantales blancos sobre sus vestidos. El basto tejido gris del vestido de Laure es el

mismo que se emplea para enterrar a los muertos en el hospital. Resulta muy práctico vestir así a las residentes de la Salpêtrière, considerando que en el último mes han muerto en el hospital ochenta mujeres.

De todos modos, Laure ve entrar en la ciudad a gente con un aspecto peor que el suyo. Pasa junto a un hombre inclinado sobre unas muletas que sostienen su pierna sin pie. Unos cuantos mendigos prueban suerte junto a los numerosos perros: se agachan ante los transeúntes, esperando recibir un trozo de pan; o ser recogidos por los arqueros y trasladados a uno de los hospitales.



Finalmente Laure llega a la catedral al lado del Hôtel-Dieu después de media hora viéndola cada vez más cerca. En la plaza de la iglesia de Notre-Dame el gentío, que se hace más denso, incluye una procesión de sacerdotes. Laure alza la vista hacia las torres de Notre-Dame. Se pregunta si realmente hay espíritus tan hambrientos de vida humana que hay que tallar criaturas espantosas en la piedra de la iglesia para mantenerlos alejados. Notre-Dame se alza del suelo como un antiguo amuleto para la ciudad, aunque Laure no está segura de qué mal la protege. La plaza está expuesta al sol, y el polvo gira en círculos alrededor de la gente congregada allí. Hay algo de desesperación en su actitud, alargando los brazos en movimientos vacilantes, como si estuvieran regateando productos en un mercado o aguardando la llegada de un médico. Algunos rezan formando pequeños grupos, esperando su turno para entrar en el refugio seguro de la iglesia.

Una vez pasada Notre-Dame, Laure descubre que la altura y la anchura del Hôtel-Dieu hacen que la iglesia parezca solo un pequeño apéndice. No hay nada particularmente notable en la construcción del hospital aparte de su enorme tamaño. ¿Cómo encontrará a Mireille allí dentro? Rodea el edificio, buscando en cada entrada un guardia con la mirada amable o lasciva, uno que sea lo bastante apuesto para mostrarse un poco atento, para pasar por alto su andrajoso vestido y dejarla pasar dentro. Finalmente localiza a un muchacho no mucho mayor que Luc Aubin, de pie junto a una de las puertas. Está absorto viendo acercarse a las hermanas hospitalarias, vestidas de blanco, que regresan de lavar las sábanas en el río.

Hasta la noche pasada, Laure había estado plenamente convencida de que Mireille Langlois solo se fingía enferma para llamar la atención. Era exactamente la clase de cosas que ella haría. Laure hablaba a Mireille solo a través de Madeleine, y aun así lo menos posible. En opinión de Laure, Mireille había tenido suerte, y, por lo tanto, no necesitaba las amables atenciones de la amistad de Madeleine. El padre de Mireille había sido un soldado distinguido en el ejército del rey, no un artista ambulante denigrado por las autoridades. Mireille fue lo bastante afortunada como para entrar en el dormitorio de las *bijoux* ya en su primer día en la Salpêtrière sin tener que pasar primero semanas o meses en una de las salas menos salubres.

Laure había necesitado años de portarse bien, de memorizar sus rezos en latín y de cantar himnos con voz clara para ganarse su sitio entre el puñado de las más privilegiadas de entre las miles de mujeres de la Salpêtrière. Mireille Langlois había entrado en el Sainte-Claire ya en su primer día simplemente porque en casa de su padre le habían enseñado costura y oraciones. ¿Cómo se atrevía a llorar hasta quedarse dormida como si acabara de ser arrojada a la peor mazmorra de la Maison de la Force? El año anterior, una chica que sí tuvo ese destino murió comida por las ratas.

Laure se desliza en el Hôtel-Dieu detrás de las hospitalarias sin que el guardia pronuncie una palabra. Confía en que sea Luc Aubin quien custodie la puerta cuando ella vuelva por la tarde. Laure ha decidido que hoy hablará a Mireille. Sin duda hay unas cuantas cosas que ha querido decirle desde que se conocieron. Espera que Mireille en realidad se haya sentido un poco a disgusto en ese espantoso lugar, o que los gemidos y el olor fétido de los enfermos al menos haya tenido algún efecto en la consentida muchacha. Al fin y al cabo, Madeleine tiene razón: Laure se arriesga mucho escapándose del hospital para venir hasta aquí. Si la pillan, podrían llevarla a la Force.

Una vez en el patio del Hôtel-Dieu, Laure pregunta a una de las monjas jóvenes dónde puede encontrar a una paciente recién admitida del Hospital General. La envían corredor abajo hasta una sala que es más grande que el dormitorio Sainte-Claire. En la habitación hay tres hileras de camas de madera cubiertas con doseles blancos y dos pasillos que permiten desplazarse entre ellas. Muchas de las cortinas que rodean las camas están corridas. Detrás de las que están descorridas, Laure ve a hombres y mujeres enfermos, varios por cama. La atmósfera de la sala es más pútrida que la de la Salpêtrière. Al olor

general a pobreza y a cuerpos apiñados se añade el hedor a enfermedad —a excreciones de cuerpos enfermos— y, como telón de fondo, el tufillo de las medicinas astringentes empleadas para confortar a los enfermos. El olor a carne en descomposición y a excrementos prevalece claramente sobre las tentativas de las hierbas y los brebajes de los doctores de eliminar la enfermedad en la sala. Una joven novicia barre el suelo cerca de donde está Laure. Varias monjas vestidas con hábitos limpios atienden a las personas apiñadas en las treinta y tantas camas. Algunas llevan palanganas a los pacientes. Una de las monjas mayores advierte la presencia de Laure y le pregunta qué hace allí.

—He venido a ver a Mireille Langlois. Ha llegado esta mañana de la Salpêtrière con fiebre. —Laure baja la mirada—. Soy su hermana.

La mujer reconoce de inmediato el ropón gris, y muestra cierta sorpresa en los ojos.

—No soy yo quien autoriza las visitas. Tendrás que...

—Solo quiero saber dónde está. —Si Laure no ha sido capaz de engañar a esa mujer, sin duda la enviarán de vuelta, o aún peor, a ver a la superiora. Mira a su alrededor, intentando divisar a Mireille en la sala—. No puedo irme sin verla primero.

—Se supone que no puedo hacer esto. Yo también podría tener problemas. ¿Cómo se llamaba?

—Mireille Langlois. Es hija de un oficial. Aunque, desde luego, su fortuna ha...

—He oído todas las historias que podrías contarme sobre fortunas que se agostan y heridas que vuelven a abrirse. —La enfermera es una mujer delgada de labios demacrados. Una profunda línea discurre entre sus cejas. Pero Laure cree descubrir en ella indicios de ternura. Está acostumbrada a mirar a los ojos de las mujeres mayores buscando un rastro de compasión—. ¡Mis piernas están tan cansadas de andar entre estas camas...! En esta sala he oído entera la triste historia del reino. La solución es siempre construir otro hospital. Uno para los niños, uno para los soldados, otro para las mujeres ancianas... ¿Quién quedará en las calles cuando todos esos nuevos hospitales estén llenos? Eso es lo que yo quisiera saber. —La enfermera hace a un lado a Laure

y empieza a andar hacia una mesa que está en el extremo de la sala. Un costado de su cadera parece más alto que el otro, y el peso desigual la hace cojear mientras atraviesa el pasillo. Al ver que Laure no la sigue, la enfermera se vuelve—. ¡Venga, vamos! ¿A qué estás esperando?

Laure corre pasillo abajo. Le vuelve a dar el nombre de Mireille.

La enfermera busca en un archivo negro que cubre la parte superior de un escritorio en una esquina de la sala. Tras encontrar el nombre de Mireille, se dirige a una cama de la segunda fila y descorre la cortina. Un anciano levanta la cabeza hacia ellas, sorprendido por la interrupción. La enfermera mira brevemente a Laure y luego corre la cortina, permaneciendo inmóvil durante un momento. Cuando vuelve la vista de nuevo hacia Laure, tiene el ceño fruncido.

Laure recorre la sala con la mirada. ¿Cómo pueden llevar el control de tanta gente enferma, entrando y saliendo todo el tiempo? Probablemente han trasladado a Mireille a alguna de las otras camas. Debe de estar en otra parte del hospital, sentada tomando una taza de caldo. Pero los ojos de Laure siguen a la enfermera cuando esta se dirige a la sala contigua, señalada con un letrero que reza: *Salle des morts*.

Al entrar, Laure se tapa la nariz con la mano envuelta en un trozo de su pañuelo. El olor, aun a través del pañuelo, hace que el estómago le suba a la garganta. En el suelo de la sala, que no tiene ventanas, Laure distingue la forma de varias camillas de madera. Están cubiertas de paño oscuro bordado con cruces blancas.

Laure oye un grito en su cabeza que hace que le zumben los oídos, pero no puede abrir la boca para dejarlo salir. Ningún sonido que emita será lo bastante fuerte: ella no puede romper ventanas ni desintegrar la piedra. Quiere gritar con tanta intensidad como para llegar más allá del Hôtel-Dieu y las torres de la catedral vecina, siguiendo el río hasta la Salpêtrière, y ascendiendo hasta el cielo sordo. Pero en lugar de ello, Laure se queda en silencio y observa a la enfermera mientras esta se agacha y levanta el paño gris para revelar el pálido rostro de Mireille.

—¿Es esta la muchacha a la que venías a ver?

La enfermera se pone de pie, alisándose el hábito blanco.

A Laure se le cierra la garganta. Asiente con la cabeza. Recuerda a Mireille tendiéndole la mano en el dormitorio la noche antes. Ella no había sido capaz de hablarle. Si hubiera sabido que Mireille iba a morir, le habría dicho algo. Al menos habría despertado a Madeleine para ofrecerle el consuelo que suplicaba. A Mireille le habría gustado oír los rezos de Madeleine. Sus pensamientos se disparan. ¿Cómo ha podido ser incapaz de ver lo que Madeleine ha sabido en todo momento, que Mireille estaba realmente enferma?

—¿Era tu amiga? —le pregunta la enfermera.

—Mi hermana.

Laure no sabe por qué se molesta en seguir con la mentira, qué diferencia hay en lo que le diga a esa vieja enfermera que ha visto durante décadas a huérfanos, viudas y soldados terminar todos del mismo modo, en esa sala. Laure se agacha junto al cuerpo. Allí donde se ha apartado el paño ve el cuello del vestido de Mireille. Es igual que el que lleva Laure. Quizá sí sean una especie de hermanas. ¡Qué equivocada estaba al pensar que Mireille era la afortunada! La suavidad y ligereza que Laure había envidiado han desaparecido. En la oscura humedad del taller, los gráciles dedos de Mireille le habían parecido de oro, siempre un poco más rápidos, un poco más precisos que los suyos. Ahora, el cabello amarillento de Mireille cae a ambos lados de su rostro como una oscura soga que la sujetara al suelo de piedra. Sus mejillas parecen huesos.

Cuando Laure se levanta, una enfermera más joven entra en la sala. Sus palabras llenan el aire maloliente.

—Estábamos seguras de que la muchacha iba a vivir. ¡Nos hablaba con tanta claridad...! Nos dijo que su padre, que era soldado, vendría a verla por la tarde.

—Su padre está muerto —dice Laure, deseando que esa chica nueva se vaya.

La noche antes debería haberse levantado de la cama y al menos haber escuchado a Mireille. Tal vez si la hubiera consolado las cosas habrían ocurrido de manera distinta. ¿Qué le diría a Madeleine?

—Luego la pobre criatura se convenció de que la teníamos en el agua.

¡De que estaba en el mar! Intentamos decirle que no había ningún barco. Debía de pensar que desde la Salpêtrière la habían bajado al Sena.

—Iba a ir a Canadá a casarse.

Laure se pregunta si el medallón sigue todavía bajo la almohada de Mireille en el dormitorio. ¡Qué inútil parece ahora esa pequeña joya! ¿Qué pasará con el soldado que la está esperando?

—¿A Canadá? Bueno, entonces más vale que haya muerto. —La enfermera joven mira hacia abajo, al cuerpo de Mireille—. Es terrible. Que no sepamos qué hacer con ellas aquí no significa que merezcan que se las envíe allí a congelarse en los bosques. —Vuelve a cubrir el rostro de Mireille con el paño, y luego le dice a Laure—: Es mejor mantenerla tapada.



Laure pasa a toda prisa por delante de los enfermos en sus camas y luego atraviesa el largo pasillo del Hôtel-Dieu de París antes de llegar a la calle. El guardia de la puerta la llama al salir, pero ella no se vuelve. Solo puede pensar en el aire, en que tiene que respirar algo distinto al olor de la muerte. Fuera, la vida continúa. Algunas personas, aunque pobres, incluso bailan delante de la catedral. Solo un mendigo, con una manta cubriéndole los hombros, refleja lo que siente Laure. Ella mira fijamente al anciano. A juzgar por su reacción sobresaltada, imagina que hace días que nadie se digna mirarle, y aun menos echar una moneda en su taza de hojalata. Al acercarse Laure, él se estremece. «¿Qué espera? —quiere preguntarle—. ¿Protección? ¿Alguien que le salve? ¿Que las cosas vayan mejor?» Él retrocede ante la mirada airada de ella, encogiéndose en el suelo. Laure sacude la cabeza y sigue adelante.

La iglesia es antigua, pero no tanto como el hospital. Las criaturas talladas de siglos pasados se alimentaban de los cuerpos de los muertos, fortaleciéndose con los espíritus extinguidos. «Son fantasmas quienes te criaron, fantasmas quienes cuidan de ti. No eres más que un ladrón.» Los pensamientos de Laure bullen de rabia mientras contempla fijamente la indiferente magnificencia de Notre-Dame. ¿Cómo pueden el viejo mendigo y

la multitud que rodea la catedral no darse cuenta de lo terrible que es a la postre toda ella? Probablemente ignoran que detrás de los gruesos muros del edificio ante el que bailan hay una sala horrible y silenciosa. Que la iglesia que tanto les gusta es solo una extensión de la hastiada enfermera y sus hileras de lechos de enfermos, y no ofrece ningún consuelo en absoluto. Laure está aturdida por la actividad de la plaza. Avanza con rapidez hasta dejar atrás los gritos e intercambios del mercado. Las finas ruedas de cristales de colores en lo alto de las paredes de la catedral absorben el sol, pero no reflejan más que dura piedra.

Laure se dirige de nuevo a la Salpêtrière bordeando el Sena. No tiene ningún otro lugar adonde ir. Sus zuecos, sus pies y hasta sus piernas están cubiertos del fango del camino. Se detiene a beber en el río como un caballo. El agua llega al fondo de su estómago y le produce dolor. Laure no teme la ira de la superiora, ni siquiera teme que la envíen a la Maison de la Force. Lo único que le preocupa es no haber hablado con la moribunda Mireille. Ahora es demasiado tarde. El Dios de la Salpêtrière, de Notre-Dame y del Hôtel-Dieu le ha privado de esa posibilidad.

Hay un guardia distinto en la puerta cuando Laure vuelve a la Salpêtrière. En realidad no espera que muestre clemencia alguna con ella. Ha subestimado muchas cosas: la distancia de la caminata de ida y vuelta al hospital con el estómago vacío; el fango del camino, que le ha salpicado hasta las mejillas y la ha convertido en una mendiga sucia a los ojos de los transeúntes. Cualquier fuerza que pudiera haber encontrado para defenderse frente a Luc Aubin o cualquier otro guardia se ha disipado ante la visión de la *bijou* muerta.

El guardia echa un vistazo al manchado atuendo de Laure y le pregunta a qué dormitorio pertenece. Cuando ella se niega a contestar, él la escolta a través de un imponente pasillo del hospital, de techos altos y con las paredes cubiertas de retratos de funcionarios de la institución, hasta el despacho de la superiora. El cuarto es espacioso, con ventanas iluminadas que dan a un extenso jardín. Cantan los pájaros y el aire es fresco. La superiora está sentada en una silla de respaldo alto, como una sagaz princesa vestida de negro. Su rostro muestra una expresión despiadada. Laure no es capaz de imaginar qué podría decir para tratar de suavizar esa mirada. La superiora escudriña la cara de Laure y su desaliñado vestido como si estuviera pensando en el mejor castigo posible para su falta.

Laure se vuelve cuando Madame Gage, la gobernanta del dormitorio, entra en el despacho arrastrando los pies. Su ancho rostro está lleno de compasión, y Laure sabe que hará todo lo posible para interceder en su favor. La superiora arquea las cejas anticipando una historia que ha oído muchas veces antes, alguna patética razón por la que debería quebrantar las reglas del hospital para ayudar a una pobre residente. Madame Gage mantiene los ojos bajos mientras murmura que las *bijoux* no están acostumbradas a la enfermedad como las demás. La muchacha se había vuelto loca de dolor por el sufrimiento de Mireille. «¡Ojalá fuera verdad!», piensa Laure. La superiora le recuerda a Madame Gage que el Sainte-Claire no es lugar para muchachas que se han vuelto locas: para ellas hay otros dormitorios. ¿Qué clase de habilidad posee esta *bijou* aparte de la de desplegar su encanto delante de nuestros guardias para salir a la calle? Laure siente un arrebato de cólera en el pecho

por el modo burlón en que la superiora la llama *bijou*, como si de hecho fuera de costumbres relajadas solo porque se ha escapado durante un día fuera de los muros de esta cárcel para pobres.

Cuando la superiora descubre que Laure forma parte del taller de costura, ordena a Madame Gage que llame a Madame du Clos. Mientras aguardan la llegada de la instructora de costura, la superiora se sienta en su escritorio y empieza a redactar documentos sin decirle una sola palabra a Laure, que permanece de pie junto a la silla que Madame Gage ha dejado vacía. Una criada trae una bandeja de tortas, que la superiora deja intacta a su lado mientras trabaja. Finalmente Madame du Clos llega al despacho procedente del sótano. La superiora extiende la mano hacia la silla, y Madame du Clos toma asiento, aunque es incapaz de quedarse quieta. Mueve nerviosamente las manos, arreglándose la cofia, alisándose la falda, retorciendo los dedos en su regazo como si estuviera haciendo nudos.

Laure no puede imaginar que Madame du Clos, cuyas mejillas se han puesto coloradas, pueda servirle de alguna ayuda. Ha traído consigo una muestra del *point de France* de Laure. Es la mejor labor que Laure ha hecho hasta ahora, y está destinada a adornar el cuello de una noble vestidura. Su confección requiere más tiempo que el tosco encaje de bolillos en el que trabajan las muchachas menos habilidosas, pero no se desenredará si una de las franjas está rota. Solo una muchacha con gran imaginación y manos de ángel puede intentar crear un artículo tan elaborado utilizando solo una aguja, tijeras e hilo. La voz de Madame du Clos tiembla cuando alza la labor para que le dé la luz. Laure sabe que esa tira de encaje en la que ha estado trabajando desde el otoño pasado es una de las mejores jamás producidas en el taller de Madame du Clos, pero no entiende qué utilidad puede tener mostrársela a la superiora. Cogiéndolo con las dos manos, Madame du Clos le entrega el encaje a la superiora.

—No es bueno sacar el encaje del sótano —dice Madame du Clos—. El color podría estropearse. Tengo que volver a bajarlo pronto.

La superiora sostiene el tejido por encima de su cabeza para examinarlo. Estudia las puntadas, los remolinos de follaje y las diminutas franjas de seda que unen una flor con otra. Sus dedos recorren el motivo, como si contaran sus numerosas partes. Laure observa el rostro de la superiora y detecta un

parpadeo de emoción en sus ojos mientras sus dedos se mueven siguiendo el dibujo. Luego se dirige a Laure:

—¿Sabes cuánto vale esto?

Laure niega con la cabeza.

—Es mejor para las pobres criaturas que no lo sepan. Mejor para el oficio —dice Madame du Clos.

—Bien; desde luego, el valor de una pieza depende de las manos que la hacen. Y también de la reputación de quien la borda. —La superiora se vuelve para mirar a través de la ventana que da a su jardín—. El mes pasado nueve coches fueron asaltados por criminales en el camino de Versalles. ¿Te habías enterado de ello? ¿Sabías qué fue lo que se dedicaron a robar los ladrones? Era un elaborado complot para llevarse quince tocados hechos de encaje muy parecido a este.

Laure asiente con la cabeza. La historia de los tocados robados había circulado en un oficio religioso. A las chicas les había parecido gracioso imaginar a los hombres a caballo poniéndose detrás de las damas que se dirigían a París y quitándoles los sombreros de la cabeza. Laure se había reído al pensar en aquellas tontas mujeres. ¿Cómo se puede esperar que una muchacha que pasa el día en un taller subterráneo vestida de lino gris sienta la menor simpatía por unas mujeres vestidas con las mejores galas y montadas en carruajes?

—¿Sabías que algunas de las mujeres que perdieron esos tocados son ahora pordioseras? —La superiora pasa los dedos por el trabajo de varios meses de Laure—. Si eres inteligente, con la reputación adecuada, un día alguien podría dar la fortuna de toda su vida, tal como hicieron ellas, por comprar esta pieza. —Luego le devuelve la larga tira de encaje a Madame du Clos y mira de nuevo hacia su jardín—. Espero que tanto vos como Madame Gage del Sainte-Claire vigiléis especialmente a esta joven. Ocurre siempre que quienes causan los mayores problemas son también quienes tienen los mayores talentos. Nunca sabemos por dónde van a salir tales muchachas.

A continuación la superiora informa a Madame Gage de que a Laure no se le debe dar alimento alguno esa noche.

—Si me entero de que siquiera una miga de pan o un sorbo de agua ha

pasado por sus labios, esta fugitiva terminará en un estado peor del que tenía cuando llegó aquí por primera vez.

Entonces la superiora se dirige a Laure.

—Ahora se aconseja a las mujeres que den la espalda a los caballos cuando viajan en carruaje. Así pueden ver venir a los ladrones por detrás.



Había sido el *point de France* el que había salvado a Laure de ser trasladada a otro dormitorio o, aún peor, a una mazmorra o a la calle para que se las apañara sola. Laure nota que le empiezan a temblar las piernas. No está segura de si se debe a la aterradora voz de la superiora o si es el hambre que recorre todo su cuerpo. O podría ser que el motivo subyacente fuera el horror que siente al saber que Mireille Langlois está muerta. Laure regresa por los pasillos al dormitorio del brazo de Madame Gage, que le dice que podría haber sido peor. No se sabe que la superiora sea una mujer clemente. Al fin y al cabo, ella es la que condena a las muchachas a las húmedas mazmorras. Pero Laure no puede imaginarse sintiéndose peor de lo que está. Todavía puede notar el olor del Hôtel-Dieu en su piel, y le alivia no tener que cenar.

Cuando entra en el dormitorio, las otras chicas del Sainte-Claire, que están peinándose y alisándose la ropa de trabajo para la cena, se quedan calladas. Madeleine se precipita al lado de Laure y la ayuda a meterse en la cama. Poco después está sola, mientras el sonido de los pasos de sus compañeras se va haciendo más débil al alejarse pasillo abajo para cenar. A Laure le tiemblan las rodillas, que alza hasta tocarse la barbilla. ¿Cómo ha podido equivocarse tanto con Mireille? ¿Cómo es posible que la más hermosa y afortunada de ellas ahora esté muerta? No consigue calmar los temblores durante toda la noche.



Por la mañana, Laure todavía está en la cama cuando Madame Gage anuncia la noticia de la muerte de Mireille. Lo hace entre la recitación del

himno del *Veni Creator* y la lectura de la *Imitación de Cristo*. En voz baja, Madame Gage informa a las chicas de que Mireille recibió todos los sacramentos, incluyendo la penitencia, la última comunión y la extremaunción en el Hôtel-Dieu. Algunas de las muchachas siguen hablando, peinándose el cabello, arreglándose las cofias, como si les hablara de la asignación de tareas o el horario de misa.

Se celebrará una pequeña ceremonia fúnebre en la capilla de la Salpêtrière después de la habitual misa matinal. Luego Madame Gage anuncia que Madame du Clos ha relevado a Madeleine y Laure de sus deberes de costura de la mañana para que puedan asistir a la ceremonia y quedarse después en el dormitorio. Laure duda de que la superiora lo sepa. Surge un murmullo de enfado ante la noticia de ese privilegio. Madame Gage ignora la disensión y les dice a las muchachas que se apresuren a terminar su aseo y formen en fila para asistir a la misa. Luego la gobernanta se dirige a Madeleine y le entrega dos lirios para la ceremonia. Las demás jóvenes miran las flores con ojos codiciosos como si fueran dulces o queso.

Aunque Laure está débil por haber estado sin comer, al ver las flores se levanta de la cama. Al ponerse de pie, durante un momento siente como si fuera a caerse al suelo. Pero recupera el equilibrio y se dirige al anaquel donde Madeleine había colocado el chal negro después de que Laure lo dejara de cualquier manera al pie de su cama el día antes. Laure también coge su peine del anaquel, pero no tiene suficiente energía para pasárselo por el enmarañado cabello oscuro. En lugar de recogerlo bajo su pañuelo, se deja el cabello suelto en toda su extensión bajo la cofia. Está prohibido hacerlo. Las otras muchachas murmuran y miran a Laure como si fuera una bruja de pueblo, pero a ella no le importa. El pelo largo y nudoso de Laure es un escudo deliberado para mantenerlas alejadas.

Madame Gage sonríe cuando ve a Laure de pie junto a su cama. Le da una copa de agua mezclada con unas pocas gotas de vino. Laure toma un sorbo y le devuelve la copa a la gobernanta. Cuando Madeleine se aproxima a ayudar a Laure a recogerse el pelo bajo la cofia, ella le da un manotazo y, en cambio, alarga la mano para coger las flores que ha dejado sobre la cama. Sujetando una de ellas por el tallo, se la acerca a la nariz. No es el primer funeral al que asiste. Cuando murió Madame d'Aulnay hace tres años, ella había llevado esa misma capa sobre un vestido azul que le había prestado la

prima de Madame d'Aulnay. Después del funeral, la prima la envió de nuevo a la Salpêtrière, diciendo que ya no necesitaba una criada en la casa. ¡Qué engañada había estado Laure al pensar en sí misma como la hija de una mujer rica! Ella nunca sería tal cosa.

Para el funeral de Mireille, Laure no tiene ningún vestido especial que ponerse. Esta vez el funeral al que asiste parece el suyo propio. Sigue sin tener apetito. Ver el rostro exánime de Mireille Langlois en el Hôtel-Dieu la ha dejado con la percepción de sentirse demasiado liviana para el mundo que la rodea.



La pequeña capilla está tan abarrotada cada mañana que las muchachas bromean diciendo que, cuando todos empiecen a cantar, reventarán las paredes. Esto les hace cantar más fuerte. Pronto comenzará a construirse la iglesia de Saint-Louis, donde Laure vio a los albañiles y al arquitecto discutiendo cuando se dirigía a visitar a Mireille. Será lo bastante grande como para celebrar una misa matinal para todas las mujeres nuevas que entran en la Salpêtrière cada día. Y también tendrá más espacio para todos los residentes con unas monedas todavía tintineando en sus bolsillos que quieren ser enterrados dentro de la iglesia; son las mismas parejas de ancianos que mientras están vivos dan de comer a los tenderetes del Cour Saint-Louis de la Salpêtrière. Mientras tanto, la pequeña capilla de Saint-Denis se llena a rebosar cada mañana y apesta a los cuerpos putrefactos de los pensionistas que han ahorrado el suficiente dinero para ser enterrados en ella. No hay flores ni incienso que puedan tapar el olor de los muertos.

Normalmente, para Laure, asistir a la misa matinal constituye el momento más espantoso de su jornada. Le encanta que se celebre a las seis y cuarto de la mañana, ya que eso le permite olvidarse de ella para el resto del día. La única parte interesante de ir a la iglesia es la posibilidad de oír una buena historia. Si por algo reza en la pequeña y abarrotada construcción, es para que termine la ceremonia y pueda salir con las demás muchachas del Sainte-Claire al aire libre y la luz del sol durante el breve paseo al taller antes de iniciar la jornada de trabajo. Pero hoy Laure aprecia verse atrapada en la capilla. Los

murmullos en latín del sacerdote son un eco perfecto de los susurros de su propia mente. Cuando se acerca al pasillo ve los cuerpos envueltos en sudarios. Hay tres, pero Mireille no está entre ellos por temor a que su enfermedad pudiera ser contagiosa; lo cual es ridículo, piensa Laure, ya que en realidad ha muerto de hambre. ¡Pero los administradores del hospital tienen tanto miedo de los pobres residentes y sus enfermedades...! Anteayer solo había habido uno. Durante la misa, Madame Gage está de pie junto a Laure y Madeleine.

Ella sabe que la historia que hoy va de boca en boca es la de la vida de Mireille Langlois. «Su padre era un príncipe —dice una de las muchachas encargadas de la colada—. Era su madre la que no podía soportar verla. ¡Era tan guapa...! Después de que el padre muriera no quería que rondase por la casa. Así nunca encontraría un segundo marido. Tenía que deshacerse de ella.» Por regla general a Laure le encanta oír esas historias exageradas o inventadas. Luego daba vueltas a los rumores en su cabeza, añadiendo nuevos detalles, mientras sus dedos repetían cientos de puntadas minúsculas a lo largo de la prolongada jornada de trabajo. Pero hoy Laure quiere gritarles a todas esas chicas indiferentes, sedientas del entretenimiento habitual, inconscientes de que un día, quizá más pronto de lo que piensan, será su cuerpo el que yacerá junto al altar, cubierto y silencioso. ¿Qué clase de historias querrían dejar tras de sí? Sus mentiras la ponen enferma.

La ceremonia de Mireille incluye también a otras dos mujeres y un niño. El sacerdote asegura a la docena y pico de personas allí congregadas que uno de los hediondos bultos había tenido una muerte tranquila, había muerto de vieja. La mejor forma de irse. La otra mujer había fallecido de parto. No hizo mención alguna del bebé. Presumiblemente había sobrevivido y estaba luchando a brazo partido con los resistentes angelitos conocidos como los *enfants-trouvés*. Si un niño de la guardería sobrevivía a su primer año era porque era capaz de conseguir la mayor parte de la leche de alguna madre desnutrida. En la Salpêtrière, a cambio del privilegio de tener a su bebé en secreto, a una mujer lactante se le asignaban varios niños de pecho que se habían quedado huérfanos para que los alimentara. Parte de la leche de las vacas que albergaba el pastizal de la Salpêtrière también se destinaba a la guardería, pero estaba tan diluida con agua y harina que solo los niños más decididos podían sacar algo de vida de aquella mezcla.

Habían traído a varias mujeres encadenadas de la Maison de la Force para el funeral, que lloraron a lágrima viva cuando se pronunció la bendición final sobre la madre muerta. Las muchachas de otros dormitorios habrían sido castigadas por llenar la iglesia de tan impío lamento. El luto, como todo lo demás, es mejor llevarlo en silencio. Pero esas mujeres no tenían nada que perder. Unos latigazos de más, quizá una comida de menos... pero esas eran cosas esperadas, habituales para ellas. Clamar por la pérdida de una amiga bien merece el castigo suplementario. A Laure le gustaría poder unirse a ellas.

La última alma a la que se da reposo es la de un niño pequeño que llegó la semana anterior con una tos común entre quienes viven en la calle. Su padre, un hombre de campo vestido con andrajos, había estado de pie delante de la iglesia con el sombrero en la mano. Laure se tapa la nariz con el pañuelo. Si se esfuerza lo bastante, todavía puede oler el perfume de lavanda de Madame d'Aulnay en él.



Hace varias semanas, antes de que Mireille cayera enferma, las chicas se habían apiñado en torno al baúl que le había entregado el hospital. Este contenía todas las cosas que se suponía que iban a convertirla en una esposa en Canadá. Laure nunca había visto tantos lujos reunidos para una joven. El baúl contenía un pañuelo de tafetán, cinta de zapato, un centenar de agujas, un peine, hilo blanco, un par de medias, un par de guantes, unas tijeras, dos cuchillos, mil alfileres, una cofia, cuatro encajes y dos libras de plata. Todo ello lo había proporcionado el rey. Mireille también había guardado algunas pertenencias más en el baúl. Estas incluían el vestido amarillo que llevaba cuando entró en la Salpêtrière y el medallón que guardaba bajo la almohada del oficial del regimiento de Carignan-Salières con el que iba a casarse. Mireille les dijo que también le darían una dote de cien libras y le pagarían el viaje en barco a Canadá. El nuevo cofre que contenía su dote, cedida por el rey, lo guardaba Madame du Clos en el taller hasta su partida.

Laure había sido la más celosa de la imagen del joven soldado en el medallón. Todas se habían agolpado para ver el diminuto retrato. Su nombre era Frédéric, y mandaba un ejército de hombres enviados a luchar contra los

salvajes de Canadá. Mireille les había dicho a las chicas que aquellos salvajes eran tan feroces que de hecho comían corazones humanos.

Pregúntale si también comen corazones de mujeres. Madeleine le había repetido a Mireille la pregunta de Laure.

Bueno, normalmente solo los de los hombres, porque creen que son valientes, le había contestado Mireille, pero quizá también comen corazones de mujeres. Dile a Laure que en realidad se comen sobre todo los corazones de los sacerdotes.

Laure había envidiado las cosas que tenía Mireille: los dedos elegantes, el elaborado vestido, el medallón del soldado, sus palabras refinadas y su voz clara al cantar. Pero ella no habría querido ir a Canadá. Y menos aún al enterarse de lo de los salvajes. Laure sabía que ella tenía un corazón valiente. Madame Gage incluso se lo había dicho la noche pasada —llamándola *fille courageuse*— al arropar a Laure subiéndole la manta hasta el cuello después de haber visto a la superiora.

Al recordar lo que había dicho Mireille sobre los salvajes, Laure sintió deseos de darse la vuelta para vigilar. En el altar, el sacerdote reza para liberar el espíritu de Mireille de esta prisión de hambre y suciedad, elevándose por encima incluso de las gárgolas de Notre-Dame, hasta las nubes. Laure quiere volverse y ver si el sacerdote parece valiente, si los salvajes de Canadá querrían comerse su corazón.

Finalmente, el sacerdote se calla. Madame Gage tira de la manga de Laure, pero sus pies se mantienen firmes sobre el suelo de la capilla. La flor que lleva en la mano ha empezado a marchitarse.

El más fino ejemplo de la Salpêtrière, una muchacha con una vida dorada, unos dedos que se movían con confiada gracia y un marido esperando al otro lado del mar, será quemada como sucia pestilencia, ya que su cuerpo no es lo bastante bueno para el abarrotado cementerio. Laure no quiere irse. No quiere saber que ahora, fuera de la puerta de la capilla, el sol ha salido ya. En adelante tendrá más espacio en su banco de costura. El suyo es ahora el mejor encaje del taller.

5

De regreso al Sainte-Claire, Laure se sienta en la cama de Mireille. Ya han encontrado a otra que ocupe su lugar. Madame Gage la presentó en el dormitorio después del funeral. Se llama Jeanne, es alta y de rostro ancho y afable, y empieza a tener el cabello gris aunque no sea vieja en absoluto. Se la considera una *bijou* porque sabe leer y bordar. Por el momento, mientras las otras chicas se encuentran en el trabajo, Laure está sola en la sala con Madeleine, que lleva en sus brazos el vestido amarillo de Mireille. Después del funeral, Madame du Clos había subido el vestido del taller y se lo había dado a Madeleine. La instructora de costura guarda el medallón de Frédéric hasta que pueda dárselo a una muchacha apropiada que vaya a ir a Canadá y se lo devuelva al oficial. También les había dicho que el hospital había reclamado la propiedad del regalo real del baúl con los objetos de primera necesidad para la nueva vida de Mireille en Canadá.

—No deberíamos sentarnos en esta cama. Ahora es de Jeanne.

Madeleine está de pie, con el torso oculto tras el voluminoso vestido que sostiene entre sus brazos.

—Creía que eras amiga de Mireille —le dice Laure—. Pareces la superiora trayendo a una chica nueva antes de que se haya enterrado siquiera a la anterior.

—¿Hoy vendrás a la comida del mediodía? —le pregunta Madeleine, sentándose junto a ella.

Laure no contesta, y Madeleine deja el vestido entre ambas. A Laure se le van los ojos a la falda. Pero el corpiño es aún más impresionante. Está reforzado con ballenas, tiene las mangas cortas y termina en punta sobre la zona del abdomen.

—¡Venga, Laure!, no puedes seguir guardando esa cama como un perro. A Mireille ya no le importa quién la utiliza ahora. —Madeleine se pone la falda en su regazo—. Creo que este vestido te quedaría bien. La verdad es que a mí no me sirve de mucho.

Alza el corpiño hasta el pecho de Laure, que toca el vestido y luego lo aparta.

—¿Y cuándo iba a necesitar llevarlo? Además, ahora estoy demasiado delgada para que me quede bien un vestido.

Laure puede notarse los huesos de los hombros si los alza hasta la altura de las orejas. Y no ayuda en nada que en los últimos dos días no haya comido ni siquiera sus raciones, habitualmente escasas. Se inclina hacia delante y apoya la cabeza en las palmas de las manos.

—En la tienda de costura. Lo necesitarás cuando te contraten, como siempre dices.

Laure siente como si hiciera años que soñaba con encontrar empleo y, a la larga, un pretendiente rico en la industria de la confección de Les Halles. La imagen de Mireille tendiéndole la mano con los dedos sangrantes y el olor del Hôtel-Dieu y de la capilla han borrado de su mente su idea de ser costurera.

—¿Y tú? Madame du Clos te ha dado el vestido a ti.

Laure sabe que Madeleine es la favorita de Madame du Clos. Ella es la favorita de todo el mundo.

—Eso es solo porque me queda bien. —Laure arquea las cejas, ya que las dos saben que eso no es verdad. Madeleine se encoge de hombros—. Si un día necesito un vestido, estoy segura de que tendré alguno. Este es para ti. Cuando termines tu aprendizaje, podrás empezar a ganar dinero enseguida. No tendrás que pagar la deuda de un vestido.

Laure sabe que los vestidos como el que tiene Madeleine en las manos, un requisito para el puesto de costurera, a menudo tardan años en pagarse. Pero no logra sentir entusiasmo por la generosa oferta de Madeleine.

—Quieren que finjamos que somos distintas de las prostitutas solo porque nos llaman *bijoux*. ¿Crees que la gente que estaba ahí fuera gritando como si estuviera en una ejecución pública sabe que en algún rincón de este lugar hay un puñado de muchachas que saben hacer *point de France* tan bien como lo hacen en Venecia o en Alençon?

—No importa lo que piensen.

Madeleine sonrío y le alarga la mano a Laure.

Al sentir la mano de Madeleine en el hombro, Laure la aparta.

—¿No lo entiendes? A nosotras nos han sacado de ahí fuera. Esa gente se reúne ante nuestra ventana para tener su entretenimiento mensual. A las mujeres como la superiora, que vienen de sus finos aposentos, les proporcionamos la posibilidad de ser caritativas.

Por una vez, Laure se cree realmente sus propias palabras.

—Sí, Laure, sin duda hay algunas mujeres y hombres que realizan labores benéficas sin que les motive su corazón, pero ¿qué sentido tiene darle tantas vueltas? Piensa en Madame du Clos y en Madame Gage y en cuánto intentan ayudar a las muchachas que están bajo su cuidado. Somos afortunadas, Laure, por vivir en este dormitorio. Con las chicas que trabajan, adquiriendo habilidades.

—Pero ¿cuándo usaremos esas habilidades? ¿Cuando estemos muertas? ¿Cuando nos hayan matado con su caldo aguado y sus mendrugos de pan?

—Aún tendremos menos si nos quejamos. ¡Venga! Vamos a guardar tu vestido en su sitio. En realidad yo no como mucho, Laure. De hecho, a veces incluso encuentro las raciones demasiado grandes. Mañana puedes quedarte con mi mantequilla, y el viernes con mis alubias. Así te sentará bien el vestido.

Laure observa cómo Madeleine, que tiene el cuerpo de una niña, dobla con mimo el voluminoso vestido. Se da cuenta de que le tiemblan las manos. La ha asustado al decirle que no son distintas de las prostitutas. Laure quisiera poder decir algo para tranquilizarla. Algo sobre ser costurera el año próximo, sobre conocer a un duque en la tienda y ser feliz como su esposa, con niños y ropas finas y un carruaje. Pero ahora Laure ya no cree que esas cosas sean posibles. No con Mireille Langlois muerta. ¿Qué esperanza podía haber para una muchacha ingenua y piadosa, y para ella misma, la hija de un cantante callejero?



Laure consiente en volver al taller de costura a condición de que Madame du Clos le ayude a escribir una carta al rey. Laure ha decidido que no

tiene objeto asustar a Madeleine con sus amargos pensamientos sobre su situación. Tiene que hacer algo más. Madame du Clos le dice que duda mucho que el rey lea la carta. Él tiene bastantes cosas de las que preocuparse en el reino, como ampliar su gobierno a los Países Bajos españoles, destruir las iglesias de los protestantes y construir nuevos barcos. Sin embargo, Madame du Clos acepta permitir que Laure escriba la carta.

La instructora de costura no está autorizada a enseñar a leer y escribir, dado que ella no es ni maestra ni celadora del hospital. Ni siquiera lee muy bien. Ella dice que es porque al final de la jornada le duelen demasiado los ojos, pero Laure sospecha que no sabe leer. De hecho, cuando Madame du Clos descubrió que Laure sabía leer y escribir, le pidió que le echara una mano con sus libros de cuentas.

Laure aguarda con ansiedad esa tarea al final de cada miércoles. Las demás chicas están celosas de que Laure pueda dejar su costura treinta minutos antes de que acabe la jornada para retirarse al cuarto trasero del taller. La pequeña habitación es aún más oscura que la zona de trabajo principal, y dentro el aire huele a tinta y papel. Los libros de cuentas están en un anaquel en el fondo del cuarto. Laure tiene que encaramarse a un taburete y usar las dos manos para coger los pesados libros del estante, que contienen los registros del taller desde 1663. Cada libro detalla la producción de un año: las labores de costura, punto, bordado y encaje; cuántos manteles y servilletas, pañuelos, calcetines y sábanas han sido elaborados y bordados por el puñado de jóvenes que trabajan allí.

Las cartas escritas por los administradores del hospital sobre el taller se guardan en un libro aparte. Laure sabe que se supone que no ha de leer esas misivas. Pero los días en que termina pronto con las cuentas se apresura a bajar ese libro. Le cuesta mucho esfuerzo descifrar la letra, y no entiende todas las palabras que emplean sus autores. La mayoría de ellas tratan de los precios de los materiales. Pero hay una carta escrita por un hombre llamado Jean-Baptiste Colbert, uno de los ministros del rey, que se queja a la superiora de la calidad de la costura de las muchachas.

Laure se enfadó la primera vez que leyó las palabras de ese hombre. Pero ahora utilizará sus mismas quejas para expresar sus preocupaciones al rey. Le explicará por qué el bordado y el encaje del sótano del hospital no

pueden competir con el trabajo de otras mujeres del reino. Madame du Clos le ha dicho a Laure que en la Salpêtrière viven miles de mujeres, y que cada día llegan más. Tal vez el rey no sepa cómo han de reducirse las raciones de alimento y bebida para que alcancen a todas las residentes. Laure sabe que de nada sirve quejarse a la superiora. Ella solo habla del carácter moral de las muchachas y les dice que tienen que rezar más.



Laure trabaja en la carta al rey durante dos semanas. Cuando las campanas que señalan el fin de la jornada de trabajo suenan en todo el hospital, ella corre al cuarto trasero del taller y escribe una o dos elaboradas frases que ha estado ensayando en su cabeza durante todo el día. Luego vuelve sola por el oscuro pasillo del sótano, sintiendo el frío de las paredes a su paso y escuchando el ajetreo de las otras muchachas por encima de ella. Se apresura a subir los dos largos tramos de escalera, pasando por delante de los bebés de la guardería, hasta llegar al dormitorio Sainte-Claire a tiempo para alcanzar a las demás para la cena.

Cuando la carta está terminada, Madame du Clos promete cerrarla con su lacre y su sello. Pero primero Laure quiere leerle lo que ha escrito a Madeleine. Laure no ha hablado a Madeleine de la carta. Quiere darle una sorpresa ahora que la ha acabado. Madeleine está arrodillada en su catre cuando Laure se precipita en el dormitorio con la carta metida en la manga. Desde la muerte de Mireille, Madeleine ha sido objeto de privilegios especiales por parte de Madame Gage. La gobernanta le ha dado permiso para rezar en la quietud del dormitorio mientras las otras chicas aguardan en la sala contigua la llegada del caldero de la cena.

—He escrito una carta. Al rey —susurra Laure—. Te la voy a leer.

Madeleine se vuelve hacia Laure, con ojos vidriosos.

—¿Al rey?

—Creo que, cuando la lea y comprenda nuestro estado, empezaremos a comer como en las cenas que veía en casa de Madame d’Aulnay. Faisanes y perdices, frutas confitadas, vino...

Laure todavía puede sentir el olor de esos platos tres años después como si acabara de sacarlos del horno con todo su peso.

Madeleine se persigna y se besa los dedos. Luego abandona su postura arrodillada y va a sentarse en el suelo junto a Laure apoyando la espalda en el catre. Escucha mientras Laure lee la carta en un susurro, después de mostrarle primero el aspecto de las líneas negras sobre el grueso papel del libro de cuentas de Madame du Clos.

Marzo de 1669, desde la Salpêtrière, la Sección de Mujeres del Hospital General de París

Mis saludos al Gran Rey:

Esta humilde carta llega a manos de Vuestra Majestad de una muchacha recluida en la Salpêtrière, en la Sección de Mujeres del Hospital General. Yo vivo aquí, con toda clase de lisiadas, enfermas y locas, algunas de las cuales son además violentas y alborotadoras. He creído mi deber informaros de las verdaderas condiciones del hospital. Confío en que aceptéis sin molestaros lo que tengo que deciros pese a mi baja cuna y mi humilde condición.

Primero debería contaros cómo, a la edad de diecisiete años, todavía me encuentro aquí. Viví varios años con Madame d'Aulnay, de la rue de la Chapelle. Allí me enseñaron a preparar exquisitos manjares, a coser y a leer. Mi antigua señora era una viuda sin hijos y muy amable. En su casa se me trataba casi como a una hija. Eso fue después de haber pasado varios años en el dormitorio Petit Enfant-Jésus de la Salpêtrière. Pero Madame d'Aulnay, que era una mujer anciana, murió hace tres años. Como yo era su hija solo en apariencia, no coseché beneficio alguno de su muerte. Fui llevada de nuevo a la Salpêtrière, donde ahora me encuentro entre las bijoux del dormitorio Sainte-Claire. Mientras pasan los meses me pregunto: ¿tendré la fortuna de encontrar otra benefactora? Solo tengo diecisiete años, pero ya he aprendido que, cuanto mayor se hace una mujer, menos posibilidades de elegir tiene.

Aun así, trato de mantener la esperanza. En el hospital he recibido, junto con varias otras muchachas jóvenes, lecciones de bordado. Descuello en esta habilidad, y podría ser aprendiz con una de las costureras de la ciudad. Si me esfuerzo lo bastante, y empleo también mis habilidades de

lectura y escritura, es posible que un día consiga llegar a tener mi propio taller.

Sin embargo, hay algo sobre lo que debo llamar vuestra atención. Entiendo que Vuestra Majestad se halla muy ocupado con las guerras que debe librar y otras cuestiones. Pero sé que atender a esta materia que afecta a las numerosas muchachas y mujeres que residen en la Salpêtrière será del máximo interés para vos. Aquí nuestras raciones de comida son insuficientes. Para un día entero, se nos da solo una pinta de caldo y cinco cuarterones de pan. Varias veces a la semana se añaden al caldo guisantes y mantequilla salada. ¿Cómo podemos cumplir con nuestros respectivos deberes con tan poco?

Una de las muchachas del dormitorio, Mireille Langlois, murió de escorbuto esta primavera. Su padre había sido oficial en la guerra con España. Después me dieron uno de sus vestidos largos, aunque, desde luego, no es tan fino como los que estáis acostumbrado a ver en la corte. El vestido, en mejores circunstancias, esto es en el caso de tomar algo de carne y un poco de queso junto con mi pan y mi caldo, realzaría el brillo de ónice de mis ojos y mis cabellos. Pero resulta que mis ojos y mis cabellos están apagados, y el vestido me queda demasiado grande.

Estoy segura de que esta deplorable circunstancia es un descuido, dado que deben de ocupar a Vuestra Muy Cristiana Majestad materias de gran importancia en todo el vasto reino. Vuestra real atención a la cuestión de nuestras raciones puede remediar con rapidez nuestra abyecta circunstancia.

Vuestra humilde servidora,

Laure Beauséjour

Os ruego aceptéis de mí un trozo de cinta del vestido y un mechón de mi cabello.

6

Madame du Clos acepta ayudar a Laure a hacer llegar la carta al rey. A la instructora le gusta repetir que haría cualquier cosa en este mundo para ayudar a sus niñas. A diferencia de la mayoría de las celadoras de la Salpêtrière, Madame du Clos ha sido contratada gracias a su conocimiento de las labores de encaje. No tiene ningún interés especial en permanecer empleada de por vida en el hospital como la mayor parte de las celadoras y maestras, y, por lo tanto, le preocupan menos las rígidas normas. Ella vive con su hermana viuda en la ciudad, y ninguna de las dos depende de su salario para sobrevivir.

Madame du Clos ha prometido que el viernes acompañará a Laure al distrito de las costureras de París para entregar la carta. Dice que conoce al mensajero perfecto para llevarla. Pero primero quiere conseguir que a Laure le quede bien el vestido de Mireille y que pueda llevarlo el día en que se reúnan con ese mensajero. Madame du Clos dice que la carta tendrá más posibilidades de llegar al rey si Laure lleva el vestido. Laure detesta que Madame du Clos la llame «pobre criatura» y le dé palmaditas en la espalda, pero esta vez deja que la tonta de la instructora la hable así.



A Laure le ha entusiasmado poder dejar su encaje al final de cada jornada para trabajar en el vestido. Por suerte, es de la misma estatura que Mireille, de modo que el largo era perfecto; pero ha habido que encoger un poco el corpiño, ya que cuando Mireille entró en el hospital estaba bien alimentada, y, por lo tanto, un poquito rechoncha. Madame du Clos también ha animado a Laure a hacer algunos cambios en el vestido para adaptarlo a la moda actual. Ahora que se han completado las modificaciones, se siente menos entusiasmada ante la idea de probárselo. Nada desea más que ponerse ese vestido y tener un aspecto tan elegante como tenía Mireille cuando entró por primera vez en el taller llevándolo puesto. Pero Laure tiene miedo de que no le quede bien aun después de todos los arreglos, de que parezca una necia

pordiosera disfrazada con la ropa de una princesa. También debe admitir que le asusta un poco ponerse una prenda de vestir que está por encima de su estrato social. Ella era una niña cuando Madame d'Aulnay le ponía sombreros de seda en la cabeza y largos guantes y abanicos en las manos, todo demasiado grande para ella. Aunque las mujeres de la tertulia de Madame d'Aulnay desaprobaban aun entonces que se vistiera con tales galas a una niña pobre, con eso no se había hecho más daño que vistiendo a una muñeca de juguete al estilo de la reina.

Laure abre la caja que contiene el vestido debajo de la mesa de costura y sigue a Madame du Clos, que lleva colgando tras de sí dos cintas doradas, al cuarto trasero. La instructora de costura sujeta el vestido a cierta distancia de sus cansados ojos.

—No es una mala labor considerando que solo teníamos muselina y bisutería para trabajar.

—Parece un vestido para la corte real.

Laure se ha quitado ya su ropa de trabajo.

—No precisamente, pobre criatura. Los vestidos de la corte están hechos de tafetán y decorados con piedras preciosas. Cuestan diez veces lo que vale este vestido.

Laure no puede imaginar un vestido diez veces más exquisito que ese. Madame du Clos le ha dado una pequeña cantidad de hilo de plata para coser en el corpiño y algunas cuentas de rubí y turquesa para el ribete. También le ha sugerido a Laure que baje el escote del corpiño. No tanto como para que se confunda a Laure con una de aquellas mujeres despreciables que se venden en la calle por unas monedas, pero sí lo bastante como para que se insinúen sus suaves pechos. También le ha dado una cuerda de cuero para apretar el corsé de ballenas, y las dos cintas para el pelo.

Madame du Clos aprieta el corsé con un rápido tirón. Laure siente las costillas presionándole los pulmones. Espira, y luego no puede volver a coger aire. Cualquier grasa que pudiera tener sobre sus huesos ha sido estrujada contra su pecho. Levanta las manos. El pánico le produce un nudo en la garganta.

—¿Es que no puedes respirar? —Madame du Clos ríe—. La respiración

es para las campesinas que atienden a sus ovejas en el campo. Tú estás escogiendo otra vida. —La voz de Madame du Clos renueva la esperanza de Laure en el futuro. En el oscuro sótano del hospital que antaño fue una vieja fábrica de municiones, donde puede oírse a las locas de todas las edades llorando en el piso de arriba y a las horas de las comidas se da cuenta exhaustivamente de unas raciones de hambre, Madame du Clos reparte palabras amables—. En los círculos elegantes las mujeres no respiran. Le roban el aliento a quienes las rodean. Ahora mete el vientre y levanta el pecho.

—Si solo...

El aliento de Laure se corta de nuevo cuando Madame du Clos aprieta aún más el corsé. ¿Cómo puede trabajar de costurera todo el día con una ropa tan apretada?

—Sí, no te preocupes, serás una dama encantadora. No es tan malo una vez que te acostumbras. Además —su cara rechoncha estalla en una carcajada—, para presumir tienes que sufrir. Ahora mete el vientre y levanta el pecho.

Cuando Laure finalmente resurge del cuarto trasero, tiene las mejillas arreboladas por el esfuerzo del cambio de vestido. Madame du Clos le ha prestado un reluciente collar rojo para que lo lleve ese día. Laure fuerza los ojos para mirar por debajo de la barbilla las joyas que reposan sobre su pecho pálido.



—¡Mira esas cintas en tu cabello! —dice Madame du Clos, y Laure alarga la mano para tocar el sedoso tejido—. Muchas mujeres ataviadas con vestidos mucho más elaborados y caros solo podrían desear tener un aspecto tan encantador como el tuyo.

Madame du Clos hace retroceder a Laure hasta que esta se encuentra en el taller delante de las otras muchachas. Laure puede ver por los ojos de ellas que Madame du Clos no exageraba.

Mientras la instructora está describiendo a las jóvenes los arreglos que se le han hecho al vestido de Laure, un hombre entra en el taller. Las chicas se quedan heladas, y Madame du Clos se vuelve hacia él con una inclinación.

—Buenas tardes, señor director.

Es el director de todo el Hospital General, incluyendo la sección de hombres. Cada pocos meses pasa por el taller para comprobar los progresos de su producción. Normalmente, cuando llega, ellas están en sus puestos y trabajando en total silencio. Esta es una visita por sorpresa.

—Buenas tardes, *madame, mesdemoiselles*.

Sus palabras son corteses, pero no se quita el sombrero mientras inspecciona el desorden del taller y a las muchachas que están de pie alrededor de Laure. Él pertenece a la Compañía del Santo Sacramento. Un día la superiora les dijo que los miembros de la Compañía son hombres buenos que tratan de construir Jerusalén en medio de Babilonia. Laure no consiguió entenderlo y le había preguntado a Madeleine qué significaba eso, ya que ella conoce más citas y referencias bíblicas que Laure porque había estado con los sulpicianos antes de terminar en la Salpêtrière; pero ella solo le había dicho que eso significaba que los del Santo Sacramento intentaban hacer de la Salpêtrière un lugar mejor. Nadie sabe demasiado acerca de la Compañía, ya que es una sociedad secreta de hombres religiosos.

—¿Tenéis a una cliente con vos...? —El director parece confuso. Por lo general no hay clientes en los talleres de la Salpêtrière—. Parece que habéis convertido esta sala en una verdadera empresa comercial. Espero que encontréis tiempo para rezar mucho con estas muchachas.

Sus suelas de madera resuenan en las baldosas mientras recorre cada uno de los puestos de trabajo.

Madame du Clos asiente con la cabeza gacha.

—Algunas personas —prosigue el director— piensan que el comercio es el propósito último de la existencia. Usarán cualesquiera manos de las que dispongan, hasta las de los pobres, para alimentar su codicia. —El director tiene los brazos cruzados sobre el pecho y camina por delante de la mesa llena con las labores terminadas—. No hay mucho que pueda hacer para oponerme a esa clase de pensamiento. —Se acerca a Laure, examinando su vestido. Sus ojos se detienen en el pecho de ella. Se pone a su lado y le susurra al oído—: Cubrid ese pecho que yo no debo ver. Por tales cosas son las almas heridas y se hace entrar pensamientos culpables en la mente. —Luego le dice en voz alta

—: *Mademoiselle*, ¿qué pensáis de estas jóvenes? No son lo que se dice cultivadas, pero ciertamente trabajan con ahínco.

Laure se ruboriza. Echa una rápida mirada a Madame du Clos, que tiene los ojos muy abiertos de temor. Hace todo lo posible por aspirar un poco de aire.

—Sí, trabajan... como ángeles.

Siente que le arden las mejillas.

—Muy bien, *mademoiselle*. El rey estará satisfecho de ver realizados sus propósitos. —El director no le devuelve la sonrisa a Laure; en cambio, se dirige a Madame du Clos—. *Madame*, perdonadme, pero la próxima vez podríais desear tener en mente valores divinos cuando elaboréis vuestros vestidos.

Antes de marcharse, vuelve a mirar brevemente a Laure.

Cuando ya se ha ido, Laure se echa a reír.

—¿De verdad el director del hospital ha creído que yo era una señora parisina? —pregunta.

—Sí, demos gracias a Dios por todo lo que ha hecho por nosotros.

Madame du Clos está temblando, pero logra sonreír mientras ayuda rápidamente a Laure a quitarse el vestido y volver a ponerse su ropa de trabajo.



Por la mañana, Madame du Clos da instrucciones a Madeleine para que se encargue del taller. Luego se dirige con Laure y la carta hacia la zona de la ciudad donde están las costureras. Su destino está en la rue Saint-Honoré, en el nuevo barrio de la moda cerca de la place des Victoires. Según Madame du Clos, su única esperanza de hacer llegar la carta de Laure al rey es llevarla al establecimiento del sastre Brissault.

Para sustentarse en su recorrido por la ciudad, Madame du Clos ha traído algo de pan y carne, que lleva en un bolso de moda. Ambas mujeres van

ataviadas con sus mejores vestidos —en el caso de Laure es el único que posee— y tocados para protegerse del sol. El arquero de la puerta del hospital las deja pasar haciendo un gesto elegante con el brazo. En su paseo, Laure es objeto de miradas envidiosas de las campesinas a lo largo del camino del Sena. Ella mantiene la cabeza alta y finge que no ve cómo la miran. Se arremanga la falda del vestido para protegerse del barro de las calles, y se siente a la vez aliviada e impresionada cuando Madame du Clos le ofrece a un hombre con un carro tirado por un burro unas monedas por llevarlas hasta el Pont-Neuf. Desde allí, Madame du Clos decide andar solo por calles pavimentadas, e incluso en estas se mantienen en el centro de la calzada, más elevado, para evitar el lodo de las cunetas.

—¿Ese sastre Brissault es alguna clase de duque o de príncipe? —pregunta Laure cuando se acercan al establecimiento—. ¿Qué relación tiene con la corte del rey?

—No, es solo un sastre. Y ni siquiera bueno. —Laure mira a Madame du Clos, que sigue diciendo—: Hasta el corte de sus trajes es mediocre. Pero proporciona algo que a los nobles les cuesta mucho encontrar en palacio... muchachas pobres.

—¡Pero si hay muchachas pobres por todas partes, en todas las esquinas!

¡Qué idea tan ridícula la de que alguien considere que hay escasez de mujeres pobres en París! Las hay de todas clases, altas, bajas, piadosas, zafias... En su camino a la sastrería deben de haber pasado junto a tres docenas de pordioseras.

—Sí, pero los nobles prefieren las que Brissault selecciona y adecuenta para ellos. Él las llama sus ayudantes de costura. Pero sus habilidades no tienen nada que ver con la costura.

Laure no está segura de por qué Madame du Clos la lleva a ese hombre que tan despreciable parece.



Cuando entran en la tienda, el sastre Brissault está allí, agachado a la altura de la cadera de un noble. Los dos hombres se vuelven para mirar a las

mujeres que acaban de cruzar la puerta. Laure puede ver cómo el sastre fuerza la vista para distinguirlas. A juzgar por lo que Madame du Clos acaba de contarle, probablemente Brissault está tratando de evaluarlas. Laure supone que Madame du Clos ronda la cuarentena, aunque nunca se ha atrevido a preguntarle la edad. Es baja y gruesa, de rasgos suaves y mirada apacible, como una abuela cariñosa. No parece en absoluto la clase de mujer apropiada para ser ayudante de costura de ese Brissault, sino que su vestido está hecho de percal, un buen tejido, aunque el corte sea más anticuado que el que lleva Laure.

—Sastre Brissault, ¿cómo estáis?

Madame du Clos habla con voz severa, mientras permanece de pie junto a la puerta.

—¿Qué trae a una refinada dama como vos a mi establecimiento? Acercaos para que pueda veros mejor.

Laure podría asegurar que la última parte del comentario va dirigida a ella por más que le haya hablado a su instructora. Se pregunta por qué Madame du Clos la ha hecho ponerse elegante para ver a ese hombre desagradable. Parece un gato enorme, hasta en su panza redondeada.

Su establecimiento tiene fácilmente el triple de tamaño que el taller de la Salpêtrière. Los anaqueles y mesas de Brissault desbordan de brillantes sedas, lujosos terciopelos y algodones. Sus perchas están llenas de trajes de hombre ya terminados, además de corsés de ballenas y vestidos de mujer. Son todos ellos artículos que las costureras tienen prohibido hacer. Muchos de los retales de las sastrerías se revenden en los mercados de la orilla del río a mujeres como Madame du Clos, que luego hacen sombreros, bolsos y cintas para el pelo.

En el establecimiento de Brissault, cinco o seis aprendices de sastre trabajan en la mesa sentados con las piernas cruzadas. Ninguno de ellos había levantado la vista al entrar las dos mujeres. Deben de estar acostumbrados a que vaya gente de alta alcurnia, y, por lo tanto, no las encuentran especialmente interesantes. Laure reconoce también a Gamy, el comerciante de alfileres, que al ver a Madame du Clos la saluda haciendo un gesto con el sombrero. Gamy está sentado cerca de la puerta esperando a que Brissault termine con el duque.

Este último lleva una peluca empolvada, calzones y una chaqueta bordada de terciopelo. Es más imponente que los arqueros con sus uniformes. Laure se pregunta si ese hombre de aspecto tan intimidante realmente ha ido al establecimiento de Brissault en busca de un par de pantalones.

Madame du Clos decide no perder más tiempo con formalidades.

—Traigo conmigo una carta al rey escrita por esta damisela.

—¿Qué clase de carta? Espero que no sea una petición en nombre de las costureras. El rey está bastante satisfecho con el modo en que se elabora la ropa. —Brissault se levanta aspirando aire ruidosamente—. Eso es todo, señor duque. Creo que ya estamos.

Los dos guardias del noble dan un paso adelante, pero retroceden de nuevo cuando el duque les hace una señal con la mano.

—No, no, faltaría más. No estoy aquí para interferir en vuestro... negocio.

Madame du Clos pronuncia la última palabra como si escupiera algo putrefacto de la boca.

Brissault sonrío.

—Vos sabéis que incluso el rey pide a la policía descripciones detalladas de las prostitutas de la ciudad cuando son arrestadas. Luego examina minuciosamente esos informes entre sus deberes oficiales. Si el propio rey busca esa clase de entretenimiento —Brissault ríe—, entonces mi establecimiento tiene garantizado un negocio bueno y próspero, basado en el más simple de los preceptos. No hay necesidad de cortes de fantasía.

El duque se aclara la garganta.

—¿Una carta para el rey, decís? ¿De esta encantadora damisela? —Laure aparta la mirada al encontrarse con la suya—. Supongo que solo el propio rey es digno de ella. Pero sabed, *mademoiselle*, que Su Majestad tiene muchos asuntos importantes que atender.

Brissault suelta una risita.

—Y también bastantes damiselas de las que cuidar.

El duque lanza una mirada irritada al sastre.

—Esta noche debo ir a la corte, *madame*. Tal vez yo pueda ser vuestro mensajero.

—Es una carta halagadora. A buen seguro pondrá de buen humor a Su Majestad.

Madame du Clos le ofrece la carta. A Laure no le gusta el modo en que el duque mantiene los ojos fijos en ella incluso cuando le habla a Madame du Clos. Desearía no llevar ese vestido, no haberse bajado el escote. Quiere protestar alegando que no es esa clase de carta, sino que trata de algo importante. Quiere decirles a esos hombres que no todas las muchachas pobres son prostitutas. Desearía que Madeleine estuviera allí.

—Supongo que no puede haber mal alguno en transmitírsela, con tal de que tenga vuestra palabra de que su contenido agradará a Su Majestad.

—Sí, desde luego, de un modo trivial, por supuesto. La muchacha ha cumplido apenas diecisiete años y tiene la cabeza en las reales nubes. No puede dejar de hablar del poderoso arrobamiento que la invade cada vez que imagina al rey leyendo su carta.

—Yo...

Laure se siente traicionada. Desea que Madame du Clos deje de decir mentiras sobre su carta.

—Pero es sabido que Su Majestad aborrece la adulación de sus inferiores...

El duque arquea las cejas y sonrío a Laure. Luego extiende la mano para coger la carta.

—Estoy segura de que hasta el rey puede tolerar unos cuantos cumplidos inocentes de una muchacha joven y dulce —dice Madame du Clos al entregársela.

—Mientras no sea demasiado inocente...

El duque sonrío, al tiempo que guarda la carta en su aterciopelado bolsillo.

Madame du Clos se inclina y pone la mano en la espalda de Laure, conduciéndola fuera del establecimiento con paso apresurado.



Laure está temblando. Quiere arrancarse del cuerpo ese vestido que la constriñe y reemplazarlo por la basta tela de la ropa del hospital; ese vestido que la hace ir más despacio, impidiéndole alejarse de Brissault y del duque y sus asquerosos ojos.

Madame du Clos la coge por los hombros.

—Lo siento, Laure, pobre criatura.

—¿Por qué habéis hecho creer que yo había escrito esa clase de carta al rey?

—Si hubiera dicho cuál era realmente su contenido, la habrían tirado no bien se la hubiéramos dado. Ahora puede que haya alguna posibilidad de que llegue a donde quieres que llegue. Además, no te preocupes demasiado por lo que piensen de ti los hombres como Brissault y ese duque. Ellos solo tienen un modo de mirar a las mujeres.



Cuando Laure regresa a la Salpêtrière vuelve a ponerse su vestido gris. Algunas de las muchachas se han enterado de lo de su carta y quieren saber si ha tenido éxito. Si a la hora de la cena tendrán algo más para comer. Laure les dice que está cansada y que no quiere hablar de su paseo. Ahora que se ha quitado el vestido, al menos puede respirar de nuevo. Pero todavía se siente constreñida al recordar la mirada del duque y del sastre gordo posada sobre su cuerpo. Su pensamiento vuelve a las prostitutas que vio en el patio el mes pasado. Todas aquellas chicas, con sus andrajosos vestidos, apelotonadas como cerdos chillones, y las madamas tras ellas en sus carruajes cubiertos. Laure se pregunta si aquel duque, o algunos de los otros hombres de la corte, habían visitado a esas mujeres antes de que se las llevaran a la Salpêtrière.



Han mandado llamar a Laure al despacho de la superiora, y le han pedido a Madame du Clos que la acompañe. Durante el rato que tardan en recorrer los oscuros pasillos que ascienden desde el taller hasta la claridad del despacho de la superiora, la instructora no para de hablar de la labor de costura de tal o cual muchacha. Eso solo sirve para poner más nerviosa a Laure, que intenta calmar su respiración concentrándose en el ruido que producen sus zapatos en el suelo.

Cuando entran en el despacho, la superiora está sentada de espaldas a ellas. Se pone de pie sin volverse. Aunque es baja y aún más delgada que Laure, la visión de su cuerpo vestido de oscuro levantándose de la silla llena de terror a Laure. Cuando finalmente se gira hacia ellas, está sonriendo. Es la sonrisa más cruel que Laure ha visto jamás.

—Parece que, por mucho que hagamos para intentar ayudar a las mujeres pobres del hospital, hay quienes se niegan a contentarse.

Hace una pausa, como si meditara profundamente.

—Era solo un gesto inofensivo...

Madame du Clos ya ha empezado a empeorar las cosas.

La superiora no responde. En cambio, no aparta la mirada de Laure.

—¿Recuerdas de dónde venías antes de entrar en la Salpêtrière?

—Estaba en casa de Madame d'Aulnay.

A Laure le sale una voz débil, como la de una niña pequeña.

—No. Antes de eso. ¿De dónde venías?

Hay un leve temblor en el labio de la superiora.

—Estaba con mi padre y mi madre.

—Fuiste recogida de la calle, fría, sucia y mojada, como una rata hambrienta. La propia clase de criatura que desaparece una noche y nadie nota su ausencia. —Laure siente cómo le sube la sangre al rostro—. ¿Qué crees que te habría pasado si nuestros arqueros no te hubieran salvado cuando eras una

niña? ¿Qué suerte habrías corrido si no te hubiéramos acogido, adecentado, alimentado y enseñado a rezar?

—Vos sabéis cómo son los niños —interviene Madame du Clos—. Tienen toda clase de ideas...

—No estamos aquí, pagados por las arcas de Su Alteza Real, para entretener los caprichos de cualquier miserable de mente ilusa.

La superiora da varios pasos hacia su escritorio y coge un paquete.

—Ya que pareces tener tanto talento y un gran conocimiento del mundo exterior, ¿por qué no me dices qué sabes de ese lugar al que llaman Canadá?

Laure mira de reojo a Madame du Clos, que se encoge de hombros. ¿Qué tiene que ver nada de eso con Canadá? Allí era donde Mireille iba a casarse con un oficial. Laure intenta recordar todo lo que puede sobre ese sitio.

—Solo sé que Canadá está muy lejos al otro lado del mar, y que allí los salvajes se comen los corazones de los sacerdotes. —Recuerda a Mireille muerta en el Hôtel-Dieu y lo que dijo la enfermera—. Y que es mejor morir que ir allí.

La superiora arquea la ceja y suelta una risa cáustica.

—Sí, es una descripción bastante buena del lugar, ¿no os parece?

Se dirige a Madame du Clos, que se ha sacado un pañuelo de la manga y se está secando los ojos con él.

Entonces la superiora mira el paquete que lleva en la mano y le da dos cartas a Laure. Esta reconoce el sello de Madame du Clos y el papel del taller. Es la carta que le había escrito al rey. La otra carta debe de ser su respuesta.

—Supongo que puedes leerla por ti misma.

Laure se siente decepcionada al ver que la respuesta no es del rey en absoluto. Lejos de ello, la ha escrito su ministro, Jean-Baptiste Colbert, el mismo hombre que se quejaba de la calidad de la costura de las muchachas. La carta reza:

Parlamento de París, 1669

Apreciados y bien amados directores y administradores del Hospital General de nuestra villa de París.

El rey envía sus saludos y se complace en los grandes planes de expansión acometidos en el Hospital General. Resulta especialmente admirable contar con messieurs Le Vau y Le Brun, arquitectos del rey, para reemplazar la capilla de Saint-Denis por una magnífica iglesia. Seguimos convencidos de que la financiación del Hospital General, el mayor de toda Europa, es una de las grandes empresas de nuestro tiempo.

Las jóvenes residentes de la Salpêtrière deben entender que el hospital proporciona una excelente oportunidad para recibir formación. Deben saber que fuera de las puertas de la Salpêtrière, en los callejones de París, reside un destino mucho peor para ellas. Me decepcionó conocer vuestro informe de que los talleres no están produciendo bien. Estoy seguro de que hallaréis el modo de alentar a las jóvenes a ser más industriosas. Es importante que aprovechemos la oportunidad en los tejidos. Confío en que nos ayudaréis a superar la producción veneciana de encaje con nuestro nuevo point de France. Este ha causado sensación en la corte francesa, y es seguro que sucederá otro tanto en el extranjero.

Sobre el objeto de la industria, me gustaría fomentar el comercio en nuestras colonias, particularmente en Canadá. Sin embargo, debido a que allí nuestros colonos se han visto involucrados en guerras con los iroqueses, hemos sido incapaces de adquirir libremente las riquezas de dicho lugar.

En ese país existe una enorme abundancia de pieles y de madera para la construcción de barcos. El principal problema es que no tenemos una población asentada en Canadá. En la colonia hay pocas mujeres aparte de algunas monjas. Pero en nada favorece los intereses de Francia, que tiene que librar guerras continentales, despojar su propio territorio de población para llenar una colonia.

Sin embargo, el proyecto que acordamos hace varios años de enviar a Canadá un número de huérfanas y viudas del hospital se ha revelado fructífero. El intendente, Jean Talon, me ha informado de que en los últimos años ha habido en Canadá bastantes más matrimonios y nacimientos.

Con este fin, me gustaría enviar esta primavera a otro centenar de mujeres de la Salpêtrière a Canadá. Dejo a vuestra discreción elegir a quienes sean más aptas para esta nueva aventura, con tal de que su aspecto no resulte demasiado desagradable.

Jean-Baptiste Colbert,
ministro del rey



Laure está confusa. En la respuesta no se hace absolutamente mención alguna a su carta, y, sin embargo, tienen que haberla leído, puesto que ha terminado de nuevo en la Salpêtrière, en manos de la superiora.

—Como eres inteligente, ya debes de haber imaginado que te hemos escogido para figurar entre las muchachas del hospital que serán enviadas a Canadá este verano.

La superiora sonrío, y en sus ojos hay una mirada de profunda satisfacción.

Madame du Clos empieza a jadear y se sujeta el pecho como si las palabras de la superiora le hubieran producido algún tipo de ataque. Laure siente como si le hubiera caído encima todo el peso del edificio de la Salpêtrière. Ella no puede ir a Canadá. Su vida está aquí, de momento en el hospital, y más tarde como costurera. ¿Qué será de ella si la envían al otro lado del mar a un lugar peor que la muerte, más espantoso que el propio infierno? ¿Y Madeleine? ¿Cómo va a dejarla sola? El rey es un hombre cruel, muy cruel. Laure bulle de rabia, pero de nada sirve. La persona más poderosa que Laure tiene a su lado es Madame du Clos, y en ese momento está balbuceando excusas y llorando como una niña. Ella no es capaz de impedir que la superiora haga lo que le plazca.



En los días anteriores a su partida, Laure piensa en lo que significa ir a Canadá, en que no se convertirá en costurera en Les Halles, y en lo terrible que eso resulta. Madame du Clos, que finalmente dejó de llorar ante la noticia, intenta tranquilizarla diciéndole que en la Nueva Francia, como también llaman a Canadá, no hay mujeres que tengan que ganarse el sustento pidiendo

en las calles. De hecho, apenas hay allí mujeres en absoluto, de modo que Laure podrá elegir al marido que quiera y vivirá como una señora de buena familia.

Laure tiene diecisiete años y todavía no quiere un marido, ni siquiera si es un oficial como el de Mireille, de modo que eso apenas le sirve de consuelo. Le pregunta a Madame du Clos si en la Nueva Francia también puede ser costurera. Sin duda allí las mujeres también querrán vestir bien para todos aquellos hombres. Madame du Clos le dice que tal vez Laure pueda serlo. Luego la instructora se encarama al taburete y baja un pesado rollo de paño azul de lo alto del anaquel del taller, de donde corta la suficiente tela para hacer un nuevo vestido. Es su regalo de despedida a la más habilidosa de sus *bijoux*. Esa noche, Laure se duerme sosteniendo el tejido entre sus brazos.

Desde que sabe que la van a enviar a Canadá, a Laure le resulta difícil trabajar en su pieza de encaje y en las otras labores de costura que tiene asignadas. La cuidadosa atención que pone en sus puntadas y el orgullo que siente al completar las piezas han perdido su significado. Ya no hay ninguna reputación que labrarse para hacer carrera como costurera parisina, ni razón alguna para esforzarse en el trabajo. Madame du Clos ha dejado que sus mejores manos, las de Laure, languidezcan quedando por detrás de las demás.

De regreso en el dormitorio tras su jornada de trabajo, Madame Gage les guía durante el rezo del *Miserere mei Deus*, su habitual oración de la noche. Cuando ha terminado, se vuelve hacia Laure y le pide que sea ella la que recite el acto de contrición al grupo.

—Esta es la última vez que lo recitarás para nosotras. —La gobernanta se vuelve hacia las demás y les dice—: La semana que viene Laure Beauséjour zarpará hacia Canadá.

En la sala se oye el grito ahogado de las que todavía no habían oído el rumor. Preguntan en voz baja qué ha hecho Laure para merecer tan brutal castigo. Solo las muchachas de la Force o de la Pitié o de los peores dormitorios sufren esa condena; y la palabra que ellas utilizan para referirse a su partida es «destierro». ¡Cuán equivocada había estado Laure al envidiar a Mireille por tener un marido en ese terrible lugar!

Laure espera que Madame Gage corrija a las chicas, que diga algo positivo sobre el lugar al que va. La gobernanta podría decirles que Laure pronto se casará, que vivirá en su propia casa y tendrá un establecimiento de costura al otro lado del mar, en la Nueva Francia. Pero se limita a responderles que se callen, y luego mira a Laure para ver si las ha oído lamentarse de su suerte.

Laure traga saliva y comienza la recitación: «Dios mío, me pesa de todo corazón haberos ofendido, porque sois infinitamente bueno, infinitamente amable, y porque os desagrada el pecado...». Parece como si en efecto hubiera pecado gravemente. ¿Por qué, si no, habría de ser tan desafortunada de

contarse entre las mujeres de los dormitorios más viles que van a ser enviadas a Canadá?

Cuando Laure termina el rezo se produce un silencio en la sala. Ella baja la cabeza y espera a que Madame Gage se retire. ¡Si pudiera decirles a las otras chicas del Sainte-Claire que ir a Canadá no es tan malo...! Al fin y al cabo, se suponía que Mireille Langlois tenía que ir allí. Pero todo el mundo en la Salpêtrière sabe que es mejor pasar unos días aislada en las celdas del sótano, o hasta morir de escorbuto dentro de los confines del hospital, que ser desterrada a Canadá o a las islas francesas. Porque el destierro al otro lado del mar es igual que la muerte, ya que ninguna mujer ha regresado jamás al hospital para contar sus aventuras allí.

Pero Laure es más lista y sabe más que todas esas muchachas ignorantes que no han visto nada del mundo. Hay gente que llama a Canadá el Nuevo Mundo y que ha emplazado sus mayores sueños en ese lugar. ¿No podría Laure ser también una de esas mujeres? Probablemente no, ya que no ha oído hablar de que las costureras o las mujeres con vestidos elegantes encuentren muchos atractivos en Canadá. Pero entonces se le ocurre otra idea. De repente es posible que Canadá no sea tan malo como había pensado.

Mientras las muchachas se quitan los vestidos y se ponen los camisones, Laure observa que quieren hablar entre ellas de su partida a Canadá. Se da cuenta de que algunas la miran y se callan de golpe cuando los ojos de ella se encuentran con los suyos. Madeleine le da su camisón a Laure y se arrodilla junto a la cama para rezar.

Esa noche, cuando las dos están tendidas una al lado de otra en el catre, Madeleine le coge la mano a Laure y le dice que no les haga el menor caso. Ellas no saben nada sobre el mundo exterior, le asegura. Sin embargo, Laure nota que a Madeleine le tiembla un poco la mano.

Suele ser en esos breves momentos, cuando todas las obligaciones de trabajo y los rezos del día han terminado y las chicas yacen exhaustas en sus catres, cuando Laure le habla a Madeleine del futuro que sueña para ambas. Su futuro, si ha de ser mínimamente bueno, tendrá lugar más allá del patio del hospital, cuando se hayan liberado de la Salpêtrière. Por lo general, Laure le habla de que ambas se convertirán en las mejores costureras de todo París, y de que tendrán su propio taller de producción de encaje con sus propias

aprendizas y se harán tan famosas como las mujeres de Alençon. Cuando lleven unos años elaborando el mejor y más caro encaje real, dos cortesanos irán a pedirles la mano en matrimonio. Entonces, con sus nuevas fortunas, podrán permitirse adquirir sedas y satenes para sus creaciones. No obstante, después de haber conocido al duque en el taller del sastre Brissault, Laure ya no menciona la parte sobre sus matrimonios. Además, Madeleine le ha dicho a menudo que ella no quiere casarse.

Cuando Laure termina de relatarle cada uno de esos planes para su futuro, Madeleine siempre le contesta lo mismo:

—Parece una vida maravillosa, Laure. Si ha de ser así, Dios nos concederá lo que necesitamos.

A Laure no se le ocurre ninguna razón por la que Dios no habría de querer que se convirtieran en costureras de renombre, y le gustaría realmente que Madeleine mostrara un poco más de entusiasmo sobre su futuro. En cambio, solo parece estar interesada en rezar y en la rutina banal de su miserable existencia en el hospital. Quizá se deba a que Madeleine ha vivido siempre bajo las reglas estrictas de una institución y no ha podido ver que es posible llevar otra vida, una vida que no esté controlada a cada momento por superiores religiosos.

Aun así, Laure no puede concebir despertarse cada día bajo la luz mortecina y rodeada del fétido hedor del dormitorio sin ver el delicado rostro de su amiga más querida. Dejar a Madeleine es lo más difícil de verse desterrada a Canadá por la superiora. En las últimas semanas, Laure ha dedicado una gran parte de sus pensamientos a cómo podría hacer que ella la acompañara. Sabe que, de algún modo, el viaje, el destierro, resultaría menos angustiante si su amiga estuviera con ella. Esa noche, mientras recitaba el acto de contrición a las demás, a Laure se le ha ocurrido cómo puede conseguir que Madeleine vaya con ella. Ha decidido contarle la única historia que sabe sobre Canadá.

Laure espera hasta que la mayoría de las chicas han dejado de susurrar y el dormitorio se llena con el sonido de sus respiraciones profundas. Entonces le dice a Madeleine que tiene una historia muy interesante que le gustaría compartir con ella, y que fue escrita por una reina. La había oído cuando estaba en casa de Madame d'Aulnay. Madeleine expresa la misma tranquila

indiferencia siempre que Laure menciona sus años con Madame d'Aulnay. No siente la menor envidia de Laure por la encantadora vida que tuvo de niña viviendo con una mujer rica en la ciudad mientras ella era una pobre habitante de un monasterio sulpiciano en Aunis.

—¡Qué vida tan emocionante la tuya, Laure! Háblame de esa reina y sus historias —le dice Madeleine, acostumbrada a esas interrupciones de sus rezos y su sueño a altas horas de la noche.

Laure le explica que la historia procede de un libro escrito por una reina francesa, Margarita de Angulema. Una de las visitantes vespertinas de Madame d'Aulnay llevó un día el libro, y las mujeres se sentaron juntas a leer sus historias.

—Madame d'Aulnay decía que la reina de Angulema había sido demasiado inteligente para ser mujer. Un monje que vivió en su tiempo pensaba que a la reina había que meterla en un saco y arrojarla al Sena por escribir tales historias, pero eso nunca ocurrió porque era muy querida por todos.

Laure puede sentir cómo sus mejillas empiezan a enrojecer mientras prepara el terreno para lo que realmente quiere decirle a su amiga. ¿Acaso por una vez Madeleine, que siempre es tan amable y delicada, se enfada cuando ella le pida que vaya a Canadá? ¿Quiere a Laure lo bastante como para hacer tan tremendo sacrificio?

—La historia que escribió la reina trata de una joven llamada Marguerite que viajó a Canadá. La Marguerite de la historia de la reina fue a Canadá hace ya mucho tiempo, antes de que hubiera ciudades o soldados en ese lugar. Todavía no había ninguna otra mujer de Francia viviendo allí.

—En esa época debía de ser aún más espantoso —dice Madeleine.

—Sí, no había casas, ni iglesias, solo los salvajes y la selva. Ella viajó con el aventurero Jacques Cartier, que buscaba oro y una ruta hacia China. Pero, como verás, era una mujer muy valiente.

Laure se detiene al oír ruido de pasos en el pasillo, fuera del dormitorio. Probablemente es Madame Gage o una de las celadoras que viene a comprobar que las muchachas están dormidas. A lo lejos, desde otro dormitorio, Laure puede distinguir el débil sonido de un grito. Si uno se para a

escuchar, se pueden oír los gritos apagados de las mujeres locas y enfermas de los otros dormitorios a intervalos durante toda la noche, así como durante el día.

—La Marguerite de la historia era un personaje real que viajó con su marido en barco a Canadá; no como las muchachas que envían desde aquí y que todavía no tienen marido.

Madeleine interrumpe a Laure para decir que ella no quiere casarse como esa Marguerite.

—En realidad el marido no es lo importante de la historia, excepto para mostrar que las mujeres pueden ser fieles tanto a los hombres como a Dios.

Madeleine asiente con la cabeza y continúa escuchando.

—Así que esta Marguerite sigue a su marido, que era un artesano, lo más seguro que un zapatero, porque Madame du Clos me ha dicho que ese es un oficio necesario en las nuevas tierras, donde la gente primero tiene que andar mucho antes de poder establecerse finalmente en algún sitio. Así que Marguerite sigue a su marido, el zapatero, en un barco. A bordo del barco, el marido se mete en problemas, porque está en la naturaleza de los hombres meterse en problemas cuando viajan a lugares extranjeros.

Madeleine le pregunta a Laure en qué clase de problemas se mete el marido.

Laure le dice que no lo sabe con certeza, salvo que el zapatero ha traicionado a su señor de algún modo relacionado con los salvajes nativos.

—No puedo imaginar qué clase de traición, excepto porque seguramente habría sido un error confiar en esa gente, dado que no hablan francés ni son católicos.

—¿Los salvajes de Canadá son protestantes? En La Rochelle hay muchos protestantes —pregunta Madeleine.

—No, los salvajes de Canadá ni siquiera son protestantes, sino algo mucho peor, más cercano a las brujas del campo, con conjuros y pociones de venenos misteriosos —explica Laure—. El capitán del barco, Roberval, descubre la traición del zapatero a su señor y decide colgarlo. Pero su esposa, Marguerite, suplica que se permita vivir a su marido y que ambos sean

desembarcados en una isla deshabitada de Canadá.

—Es natural que una mujer trate de impedir que cuelguen a su marido, aunque haya sido desleal —interrumpe Madeleine.

Entonces Laure le explica a Madeleine que la esposa le pide al capitán, antes de que los desembarque en la isla, que les dé solo aquellos artículos de subsistencia que van a necesitar: algo de vino, pan, tal vez algunas semillas para la siguiente época de cultivo y la Biblia. Su marido también quiere llevarse consigo su arcabuz.

—Pero ¿qué iba a hacer con una Biblia si allí no había ningún sacerdote que se la leyera? —pregunta Madeleine.

—Esta mujer sabía leer la Biblia por sí sola —responde Laure—. De modo que el señor de Roberval desembarca a la pareja en la isla de Canadá. Y de inmediato ellos empiezan a construir una especie de choza en la selva.

—Pero yo creía que Canadá era un lugar frío, y no una selva... —objeta Madeleine.

—La reina no sabía eso cuando escribió la historia, ya que ella misma nunca había estado en Canadá. Cuando los leones y otras bestias atacan a la pareja, ellos los rechazan, el hombre con su arcabuz y la mujer con piedras. Incluso matan a algunas de las criaturas para comer. Por la noche, a la luz de la hoguera, la mujer lee la Biblia a su marido. Pero él se debilita cada vez más por su dieta de carne y el agua pútrida de Canadá, y al final se abotarga y muere. Marguerite lo entierra lo mejor que puede, pero las terribles bestias de la isla desentierran su cuerpo y lo arrastran delante de ella en sus feroces fauces, tratando de quebrantar su fe ahora que está sola, salvo por el consuelo de su Biblia.

»Pero Marguerite persevera en sus oraciones y cánticos exaltando a Dios. Alimenta su cuerpo con magras porciones de cualesquiera raíces y frutas que encuentra en la isla, mientras su espíritu absorbe los resultados de sus plegarias. En primavera, un barco viene a buscarla. Luego es llevada de nuevo a Francia y presentada a la reina.

Laure coge la mano de Madeleine entre las suyas.

—La mujer de la historia se parece a ti. Era valiente y leal, y creía por encima de todo lo demás que Dios cuidaría de ellos dos en sus momentos de

necesidad.

Cuando Laure termina de contarle la historia a Madeleine, reina el silencio en el hospital. Las locas han tomado sus calmantes de la noche, las celadoras y gobernantas se han retirado a sus habitaciones. Al cabo de unos minutos, cuando Laure cree que es la única que permanece despierta en la sala, Madeleine le coge la mano y le susurra al oído:

—Me uniré a ti en tu destierro. Mañana iremos a hablar con Madame du Clos y Madame Gage para ver si puedo ir contigo a Canadá.

8

La madrugada de su partida, las sesenta y pico mujeres que se van de París rumbo a Canadá oyen misa en la capilla de la Salpêtrière a las tres en punto. Laure y Madeleine son las únicas del dormitorio Sainte-Claire. Madame Gage ha venido a levantarlas de la cama y les ha susurrado que la sigan al pasillo principal, donde ya están reunidas las otras. Varias docenas de ellas han sido reclutadas de dormitorios con menos reputación. Ninguna aparenta más de treinta años, aunque la mayoría parecen mayores que Laure y Madeleine. Algunas lucen una expresión sumisa y apática, como si todavía estuvieran dormidas, mientras que otras tienen los ojos muy abiertos y la mirada de ira propia de quienes están algo dementes. Laure y Madeleine tratan de evitar encontrarse con su mirada. Todas comparten el temor al tremendo viaje que les aguarda.

A las cuatro en punto, después de la misa, las mujeres echan a andar fatigosamente y en silencio por el mismo camino del río que siguió Laure para ir al Hôtel-Dieu. Las sigue una brigada de arqueros, algunos de ellos a caballo, haciendo que el grupo parezca una escolta de presos. Justo al sur del puente de Bièvre se reúnen más o menos con otras treinta muchachas de la Pitié. Las gobernantas de la Salpêtrière que las acompañan les han dado órdenes estrictas de mantenerse alejadas de esas *filles de mauvaise vie*. Algunas de las chicas de la Pitié están llorando, pero la mayoría están allí de pie esperando con expresión estoica y no parecen muy distintas del grupo de la Salpêtrière, aunque ellas están todas encadenadas por la cintura como prostitutas.

Los hombres tardan un buen rato en preparar la barcaza que llevará a las mujeres río abajo por el Sena, primero a Ruán y luego al puerto de El Havre, donde embarcarán rumbo a Canadá. Trabajan diligentemente para asegurar la carga en medio de un gran griterío y movimiento de provisiones. Los hombres suben sin cesar del muelle a la barcaza, cargando alimentos para el viaje y los cofres con los ajuares de boda de las muchachas. A ellas se les ordena que permanezcan en silencio.

Laure se pregunta por qué se han levantado tan temprano, por qué su partida se lleva con tanto secreto y por qué nadie quiere hablarles sobre el viaje a Canadá. Las celadoras de la Salpêtrière y de la Pitié, a muchas de las cuales Laure no había visto nunca, dicen que ellas no saben nada de cruzar los mares ni de vivir en Canadá, que eso son cosas de hombres, y de extranjeros. Una de las chicas de la fila, de cabello revuelto y rostro cruel, dice que les han impuesto algo peor que una pena de muerte. Un arquero le ordena que se calle.

Transcurre más de una hora antes de que finalmente puedan embarcar. Corre el mes de mayo, y todavía hace bastante frío antes de que salga el sol, en especial cuando empieza a llover y se forma una fría bruma sobre ellas. Cuando suben a la barcaza, las celadoras de la Salpêtrière les hacen cantar el *Veni Creator*. La barca se ha dividido en dos secciones por medio de una alta pila de heno, y se ha cubierto con una lona: un lado es para las muchachas de la Salpêtrière, y el otro para las de la Pitié. Los cofres con sus ajuares se han colocado en el centro de la barca.

Una vez que Madeleine aceptó acompañar a Laure a Canadá, ambas fueron a ver a Madame du Clos y le pidieron que convenciera a Madame Gage y a la superiora de que debían ir las dos juntas. Madame du Clos aseguró a las dos mujeres que había otras costureras que podían trabajar en su taller igual de bien que las que se marchaban, y que la productividad que exigía el director del hospital no sufriría porque se fueran dos de las mejores muchachas. Madame du Clos fingió que Madeleine también se portaba mal, que ella y Laure daban ambas más problemas que satisfacciones, y que estaría encantada de verlas marcharse. Madame Gage sabía que eso no era verdad, que Madeleine era una joven ejemplar y que Madame du Clos las apreciaba mucho a ambas, pero no dijo nada. Aun así, la superiora se mostró contraria a enviar a Madeleine, diciendo que no quería ver marchar a Canadá a una de las mejores residentes que tenían en un hospital lleno de inútiles desdichadas. Al fin y al cabo, el propósito de su acuerdo con el rey era enviar a Canadá a las peores mujeres del hospital. Finalmente fue Madeleine la que convenció a la superiora, jurándole que causaría problemas en el dormitorio si no se la llevaban. La superiora tildó de idiota a Madeleine por desperdiciar su vida para favorecer a una alborotadora como Laure, y acabó por acceder diciendo que Canadá era el mejor lugar para ambas.

El grupo sigue su camino río abajo por el Sena durante toda la mañana y hasta bien entrada la tarde. Al caer la noche, las muchachas fuerzan la vista a la luz de las antorchas de los arqueros para distinguir la orilla del territorio que van dejando atrás. En su camino pasan por ciudades y pueblos: Poissy, Mantes-la-Jolie, Louviers y Elbeuf. Los arqueros se quejan de que deberían parar a pasar la noche en una de esas poblaciones, pero las celadoras insisten en que no se ha asignado dinero para tal fin. Descienden por el tortuoso curso del río durante casi dos días, y cuando llegan a Ruán todos están exhaustos.

Un sacerdote les recibe en la orilla, y pasan la noche en el monasterio. Por la mañana, otra docena y pico de muchachas de Normandía aguardan para unirse a ellas. Han sido reclutadas en granjas pobres por los sacerdotes. Van ataviadas con sus mejores ropas campesinas, aunque Laure preferiría llevar su atuendo diario del hospital antes que una de esas cofias y vestidos sueltos. Laure oye al sacerdote decirle a una de esas robustas chicas, que mira con desdén a las del hospital, que cruzar el mar las liberará de su mugre de ciudad.

Llegan a El Havre, donde tienen que embarcar unas horas después esa misma tarde. La ciudad en sí es pequeña y menos impresionante que Ruán. Pero Laure vislumbra por primera vez el mar más allá de la pantanosa orilla. Por entonces ya solo quedan algunos arqueros con ellos, aparte de una mujer nueva, Madame Bourdon, que es de Canadá y se les había unido en Ruán. Ella les acompañará durante la travesía en barco. A Laure le disgusta saber que nunca más volverá a ver a Madame du Clos, a Madame Gage o a ninguna de las otras mujeres de la Salpêtrière. Su pasado se queda allí; no hay vuelta atrás. ¿Quién la esperará en la Nueva Francia, y será amable? ¿Quién tocará la campana en las comidas, para rezar y cuando es hora de acostarse?

Una airada turba de veinte o treinta personas está esperando a las muchachas cuando amarran. Son hombres y mujeres pobres, granjeros y marineros que esgrimen los utensilios de su oficio como armas. Cuando su barco entra en el puerto, los arqueros disparan al aire para hacer retroceder a la muchedumbre. Gritan que no van a permitir que sus hijas sean desterradas a una helada tierra de miseria o encuentren la muerte en el mar; que Canadá no es lugar para mujeres, y que más valdría que el rey hiciera colgar a sus criminales antes que enviarlos al otro lado del mar.

Junto con el viento helado y el fragor de las espumeantes olas que se

estrellan contra el malecón, el salvaje grupo de manifestantes solo sirve para asustar a las chicas. Hay un gran revuelo en el puerto, ya que los barcos que regresan de mares distantes, en su mayoría más cálidos, llegan cargados de riquezas: café, azúcar, algodón, tabaco y especias; mercancías que ya se están negociando y vendiendo para su distribución a lo largo del mismo río que Laure acaba de dejar atrás. Laure nunca se ha sentido más pequeña o más sola en toda su vida. Madeleine ha estado rezando el rosario durante casi todo el viaje, además de conversar con algunas de las otras muchachas del hospital, que hablan sobre todo del contenido de sus cofres, de las cintas y telas que han traído consigo. Madeleine se muestra muy amable con todas, escuchando sus planes de matrimonio y de una vida mejor en Canadá. Laure desearía que Madeleine dejara de hablar con ellas.

Más allá, a cierta distancia en el mar, está el barco en el que viajarán a Canadá. Laure no sabe si es el aire frío y brumoso o el terror ante lo que le aguarda lo que le hace temblar. Aunque es uno de los más grandes de su clase, el barco parece frágil, casi ridículo, sobre el inmenso telón de fondo del océano. Laure ha oído decir que el comienzo del verano es la mejor época para emprender ese viaje a la Nueva Francia. Si se intentara demasiado pronto o demasiado tarde, su nave se haría añicos contra las rocas de la costa antes de llegar siquiera al inclemente centro del Atlántico Norte.

Desde que los pasajeros con destino a Canadá embarcaran en el *Saint-Jean-Baptiste* hace casi tres semanas, la nave no se ha movido de la bahía del Sena. A los marineros les preocupa que la falta de viento sea un signo poco propicio de que el viaje a Canadá será largo. En los últimos días de la primavera, Laure ha permanecido en cubierta con los demás pasajeros contemplando la orilla a través de las tranquilas aguas. Está demasiado lejos para volver a nado, para gritarles a los diminutos cuerpos que se mueven en tierra, pero demasiado cerca para sentir que de hecho ya han dejado atrás Francia.

Junto a ellos, esperando también que se levante el viento, hay otro barco, el *Amitié*. Laure ha oído hablar mucho de ese otro barco en cubierta. El *Amitié* se dirige a las plantaciones de azúcar de Santo Domingo, y lleva en su bodega a trescientos negros recién adquiridos en la costa de Dahomey, en África. Ese barco de esclavos es mayor que el *Saint-Jean-Baptiste*. Normalmente Laure solo ve a los marineros y a los soldados que patrullan el *Amitié*, pero hoy se están gritando órdenes y presentando armas. Van a sacar a los negros de debajo de la cubierta para que les dé el aire.

Uno de los soldados del *Amitié* informa a gritos a uno de los marineros del otro barco de que ya es hora de bailar un poco. Los hombres que forman la tripulación del *Saint-Jean-Baptiste* han pasado los últimos días refunfuñando ante la vista del *Amitié*. Laure ha oído decir a uno de ellos que no se gana dinero llevando a monjas y sacerdotes y unas cuantas mujeres hambrientas a Canadá, que cuesta más alimentarlos durante el viaje de lo que cobran por la travesía.

Según la tripulación del *Saint-Jean-Baptiste*, el comercio de negros a las islas es el modo de que un navegante gane dinero. Un marinero particularmente alto y delgado se jactaba de que en cierta ocasión había tenido que ponerle a un negro una máscara de hierro del tamaño de un caballo para mantenerlo alejado de la caña de azúcar que transportaba el barco. Laure no podía imaginarse a ese marinero, que tenía unas muñecas tan delgadas como las

suyas, haciendo nada por el estilo. Hoy ese marinero y los demás permanecen en silencio mientras aguardan, con los demás pasajeros, a poder echar un vistazo al cargamento del *Amitié*.

Al cabo de un rato, tres esclavos varones, dos adultos y un niño, son conducidos a la cubierta del *Amitié*. Uno de los marineros, un hombre gordo y barbudo, se agacha para desatarles las piernas, pero les deja los grilletes que les sujetan las manos. Alrededor de una docena de soldados y marineros forman un círculo en torno a los dos negros adultos y el negrito. Los dos esclavos grandes alzan sus manos encadenadas para cubrirse el rostro mientras a su alrededor los hombres se mofan de ellos. Pero el negrito, a diferencia de los otros dos, permanece de pie con la espalda y la cabeza erguidas. Cuando los franceses les gritan órdenes para que empiecen a bailar, el negrito, como los otros dos, mueve las piernas recién liberadas, flexionando por la rodilla y levantando cada una de ellas con un movimiento lento. Pero sus ojos permanecen fijos en los franceses, mientras mueve la cabeza para mirar a los marineros de uno en uno. El marinero que lleva el bastón lo levanta cuando el niño le mira. Entonces el negrito mueve las piernas más deprisa, pero no aparta los ojos del marinero. Al cabo de unos minutos los tres esclavos son devueltos de nuevo bajo cubierta, y otros tres son conducidos arriba.

Los pasajeros del *Saint-Jean-Baptiste* aplauden el espectáculo. Pero cuando Laure se vuelve, ve que Madeleine ya ha regresado abajo. Madame Bourdon, la mujer asignada para escoltar a las muchachas a Canadá, se acerca a Laure y, cogiéndola del codo, se la lleva a la bodega.



—¿Crees que el negrito era el hijo de uno de aquellos hombres grandes?
—le pregunta Laure a Madeleine.

—No sé qué padre y qué madre tenía antes de que lo llevaran a ese barco. Pero ahora el único que cuida de él es el buen Dios. —Madeleine está tendida sobre una manta gris igual a la que se ha entregado a cada pasajero. La lana de las mantas está mordida por las ratas de anteriores viajes, y huele a vómito rancio. Madeleine no se encuentra bien desde la tarde, de modo que

está tapada con la sucia manta hasta la barbilla. Madame Bourdon dice que a Madeleine probablemente le ha dado demasiado el sol en cubierta—. Laure, ¿por qué dedicas el tiempo a pensar en la suerte de las prostitutas y los negritos? Solo Dios puede entender esas cosas.

Laure observa el diminuto rostro de Madeleine. Tiene los ojos muy abiertos y tristes. Ella ha de rezar día y noche para adquirir el coraje que Laure parece tener sin esfuerzo.

Laure alarga la mano, le coge los dedos a Madeleine y se los estrecha. Luego cierra los ojos y ofrece dos plegarias: una por el pequeño esclavo que ahora solo tiene a Dios para que cuide de él y la otra por su mejor amiga.



Al anochecer se reúne a los pasajeros en la bodega para la cena. Luego bajan los ayudantes del cocinero, sujetando cada uno un asa de la caldera de hierro. Uno de los sacerdotes jesuitas sale de detrás de la cortina de su estancia y se dirige arriba, a la mesa del capitán. Este último tiene un camarote y una cubierta que dan al mar. Unos cuantos miembros de la nobleza y del clero, cada uno de los cuales tiene su propio compartimiento bajo cubierta separado por una cortina de la zona pública, suben cada noche a cenar con el capitán. En la bodega, junto con los aproximadamente trescientos pasajeros, está el ganado del barco. Los animales están separados de los pasajeros por los tablonés de su corral, pero la sucia paja se filtra a través de las grietas y va a unirse a la mugre general del casco del barco, y el olor de los animales impregna el aire. Algunas de las ovejas, vacas y pollos están destinados a la colonia, pero la mayoría son para servir de alimento durante la travesía; no obstante, ni los trabajadores forzosos, ni los soldados ordinarios, ni las mujeres del Hospital General pueden comer su carne. En cambio, para el primer banquete en el camarote del capitán ya se ha matado un becerro. Los pasajeros refunfuñan diciendo que esperan que los notables se den prisa en comerse a los animales, puesto que están hartos de dormir soportando los olores y los balidos de un establo.

Entre la bodega de los pasajeros —o santabárbara, como la llaman— y el camarote del capitán se halla el entrepuente. Ahí es donde se guarda el

correo para la colonia, incluyendo las cartas del rey al intendente y el gobernador. Esos sacos están lastrados con balas de cañón, y deben arrojarse al agua si el barco es abordado. Asimismo, hay objetos religiosos para las órdenes de la Nueva Francia, rollos de paño, muebles de madera, platos, herramientas, libros, papel, especias, harina, aceite y vino, además de las raciones de los pasajeros para el viaje: galletas de barco y manteca de cerdo en barriles, alubias, bacalao y arenques secos, aceite de oliva, mantequilla, mostaza, vinagre, agua, y sidra para cuando la reserva de agua potable se agote o se haya vuelto demasiado pútrida para beberla. Si los pasajeros querían provisiones adicionales para el viaje, eran responsables de incluirlas en su equipaje. Las muchachas de la Salpêtrière no llevan nada más consigo.



El jesuita más joven sale también de detrás de su cortina, pero en lugar de unirse a su superior, se dirige a popa para comer con los soldados y los trabajadores forzosos en la bodega. Uno de los hombres le dice:

—Únase a nosotros, padre, y comparta nuestra humilde comida. Si se acostumbra a comer gachas se entenderá bien con los salvajes. Mejor empezar cuanto antes a hacerse a la idea de dejar atrás los lujos.

Los pasajeros están sentados en los tablones del suelo por zona y afinidad. Los soldados y los trabajadores forzosos —ligados por un contrato de tres años para roturar tierras en la colonia a cambio del alojamiento y la manutención— se sientan en popa; las chicas de la Salpêtrière y las demás *filles à marier* de Normandía se sientan en proa, junto a los cañones del barco. Entre los hombres y las mujeres hay cuatro parejas casadas con sus hijos.

Una vez sentado con los hombres, el joven sacerdote echa un vistazo a las mujeres. Sus ojos se detienen en Madeleine. Laure reconoce la expresión de su rostro. Es la misma con la que el director del hospital y el duque habían mirado a Laure allí en París. Solo que no hay nada desdeñoso en la mirada del sacerdote; solo una apacible curiosidad y un asomo de tristeza. Laure espera que un día un hombre la mire así. Pero los esfuerzos del joven sacerdote son inútiles con su piadosa amiga. Madeleine tiene los ojos cerrados: ella está ya

en lo más profundo de su alma dando gracias a Dios por el frío contenido del balde del cocinero. Laure piensa que su gratitud hacia Dios debería ser un reflejo directo de la calidad de su don. Ella no puede decidirse a estar agradecida por ese mejunje que es tan gris como las asquerosas mantas con las que se cubren.

Los presos *faux-sauniers*, los condenados por vender sal, han contagiado sus pulgas a algunos soldados y trabajadores forzosos. Pero en general los pequeños delincuentes resultan tan lastimeros con su piel carcomida y sus rostros demacrados que son tolerados por los demás. Los habían embarcado mientras el *Saint-Jean-Baptiste* aguardaba un viento favorable. Los presos habían sido encadenados después de pasar varios días esperando el barco en la isla de Ré, adonde habían sido conducidos para evitar que se escaparan; pero el capitán había ordenado que los desataran en cuanto los soldados responsables de su custodia habían regresado a la orilla. En la primera semana se hizo una colecta entre los pasajeros varones y se compró algo de ropa nueva para los presos de entre las provisiones destinadas a Canadá. Los uniformes que llevaban los presos estaban tan andrajosos y comidos por la polilla que apenas se sostenían sobre sus cuerpos.

Madame Bourdon ha prohibido a las *filles à marier* ir más allá de un determinado punto de la bodega, que tiene el techo bajo, a fin de mantenerlas alejadas de esos presos y de los hombres más curtidos que también viajan a Canadá. Pero no hay paredes que impidan a las muchachas oír las conversaciones de esos hombres. Sin duda, este es un dormitorio más interesante que los de la Salpêtrière, aunque más abarrotado. Madame Bourdon ha tratado de asignar a una sección independiente de la bodega a las *filles de bonne naissance* destinadas a Neuville, el lugar donde ella vive con su marido. Estas, que en su mayor parte proceden de Normandía, llevan importantes dotes y van a casarse con hombres más prominentes que el resto de las andrajosas huérfanas. Pero Laure ha oído las quejas de las mujeres, que se han sentido decepcionadas al enterarse por Madame Bourdon de que sus futuros maridos son aparceros señoriales analfabetos. También están contrariadas por el trato que reciben a bordo del barco; les disgusta sobre todo estar tan cerca de las muchachas del hospital.

Los pinches de cocina sirven el guiso primero a los trabajadores contratados, luego a las familias campesinas decentes, una cucharada del

balde en cada cuenco. Los hombres refunfuñan al ver que les dan la misma masa gris del desayuno.

—¿Ni siquiera habéis podido calentarlo? —pregunta uno de los hombres, pero el pinche replica que en ese viaje no se va a encender ningún fuego fuera de los aposentos del capitán.

Los hombres protestan alegando que, obviamente, no hay viento alguno del que preocuparse, dado que no se han movido en semanas. Los que se han traído provisiones suplementarias echan mano de sus sacos para cogerlas: una pizca de sal, un trago de brandy, una rodaja de manzana...

Esa noche Laure tiene tanta hambre que hasta el olor de la galleta de barco del cocinero mezclado con el caldo de pescado frío la hace salivar. Cuando los pinches les sirven las raciones en los platos, una de las muchachas de la Pitié se queja del tamaño de la suya. Las demás se quedan calladas ante su insolencia, y Laure se pregunta qué le pasará a esa joven que no ha aprendido a morderse la lengua. Quejarse en voz alta de la comida en la Salpêtrière habría significado quedarse sin cena por la noche. Pero Madame Bourdon no hace caso del comentario de la chica, invitándola en cambio a dar gracias de nuevo por el contenido de sus cuencos. Laure mira a las demás muchachas, preguntándose si alguna de ellas se ha dado cuenta. Esa Madame Bourdon, una esposa rica de la colonia, se viste y habla como las celadoras de la Salpêtrière, pero ella no puede enviar a nadie a la Maison de la Force, de hecho, ni siquiera castigarlas en absoluto. Aunque estén apretujadas en una bodega que es más pequeña que cualquiera de los dormitorios del hospital, de repente Laure se siente rodeada de una enorme extensión. No le importa demasiado no tener exquisiteces que añadir a su plato de comida. A cucharadas se mete la monótona papilla en la boca, saboreando su fresca consistencia, porque de algún modo, mezclado con la galleta seca y el tufo a pescado de su comida, está también presente el sabor de la libertad.



Cuando escuchan el redoble de tambor, los hombres se apresuran a limpiar y guardar sus cuencos vacíos y a recoger sus frascos y tarros de exquisitos suplementos, subiendo a toda prisa por la escalera a cubierta. Hasta

las madres corren en busca de sus hijos, aupándolos y apoyándolos en sus caderas o cogiéndolos de la mano. Por fin el barco se mueve. Después de tres semanas de espera, se dirigen a mar abierto. Madame Bourdon alza la mano, indicando a las muchachas que permanezcan sentadas y terminen sus oraciones a pesar del revuelo. Pero cuando en cubierta se dispara un cañón, cuyo sonido reverbera en las paredes de la bodega de madera, se arremangan la falda y se arremolinan para seguir a los demás escaleras arriba.



Es fácil ver que el barco ha dejado de estar inmóvil. Solo el revuelo bastaría para deducirlo. Los marineros izan las velas en los mástiles, luchando contra el viento para asegurarlas. Laure también puede sentir el movimiento de las olas bajo el barco a medida que la nave las remonta. No está segura de si debería unirse a las tres muchachas que sollozan apretujadas diciendo que quieren volver, que tienen demasiado miedo del viaje, o si debería precipitarse hacia la proa del barco donde algunos hombres dan voces al mar como si Canadá fuera a aparecer ante ellos en cualquier momento. Van a cruzar el Atlántico Norte, el más peligroso de los mares, para llegar al Nuevo Mundo. Primero pasarán por las islas Sorlingas, al sudoeste de Inglaterra, luego por Irlanda y las heladas aguas nórdicas. Los hombres han estado discutiendo diariamente esta trayectoria mientras esperaban que se levantara el viento.

El trastorno y el revuelo causados por el movimiento del barco se resuelven cuando los sacerdotes jesuitas, ayudados por una hermana hospitalaria destinada al Hôtel-Dieu de Quebec, y Madame Bourdon, llaman a rezar. El grupo recita el *Ave Maris Stella* y el *Domine salvum fac regem*, seguidos del grito de «¡Viva el rey!». Como propulsado por sus plegarias, el barco avanza todavía más deprisa hacia mar abierto. Laure permanece callada, y tiene la mano sudorosa cuando Madeleine se la coge. Su amiga le dice:

—No te preocupes. Dejamos atrás Francia, pero Dios todavía está con nosotras.

Laure mira a su alrededor observando el barco. Los marineros son los únicos que parecen estar preparados para el viaje. Mientras los pasajeros

rezan, ellos se ocupan de sus tareas, estirando cabos, izando velas, comprobando que el peso del barco esté equilibrado... Tras la nave, la tierra se va empequeñeciendo con tal rapidez que, cuando terminan los rezos, ya no es más que un grisáceo grupo de colinas. Los pasajeros empiezan a hacer a los marineros las mismas preguntas sobre el viaje que habían hecho hace tres semanas. Los hombres les responden a gritos entre tarea y tarea: «¡Sí, habrá vino en Canadá! ¡Y una iglesia por cada asentamiento con más curas de los que os gustaría ver!» «¿Ganar una fortuna? Me temo que os habéis equivocado de barco, caballero. En Canadá hay bosques y hombres tan salvajes como las bestias que cazan. El país entero está congelado durante la mayor parte del año. Pero yo no podría afirmarlo a ciencia cierta, ya que nunca he puesto el pie allí. Cada vez que he visto la costa de Canadá, he decidido que es mejor volver a cruzar el proceloso mar de regreso que arriesgarse a probar su hospitalidad.»

Las tres muchachas todavía lloran, pero se han quitado los pañuelos y ahora los agitan por encima de la cabeza, al tiempo que sus excitadas y menudas voces se unen a los gritos de «¡Viva el rey!». Laure sigue contemplando cómo la costa se aleja, desvaneciéndose como el final de un sueño. Luego se da la vuelta y atraviesa toda la cubierta para enfrentarse al océano que tiene delante.

Trata de imaginarse lo lejos que tendrán que adentrarse en el mar para llegar a Canadá. Serán seis semanas si cogen vientos favorables, dos meses o más en caso contrario. Laure esperaba que durante las tres semanas sin incidentes que habían permanecido inmóviles contemplando la orilla habría algo que les haría volver y al final no podrían marcharse. Que desembarcarían y harían el viaje de regreso en un carro con cubierta de paja a través de los pueblos y ciudades del norte de Francia, y luego remontarían el río en la barcaza dirigiéndose de nuevo a París. Que se vería obligada a volver al dormitorio, a la rutina de rezos y comidas miserables y a las largas jornadas en el taller de costura. Ahora ya no hay ninguna esperanza de que eso suceda.



Uno de los marineros, un joven que tiene la barba tan roja como su cara

curtida por el viento, ve mirar a Laure la talla de madera de una mujer que preside la proa del barco.

—Es Anfítrite —le dice—. Ella es la que nos llevará al otro lado. Pero no se puede confiar en su humor de un día para otro, sobre todo en este barco, que lleva a tantas mujeres. No sé si es que ya estoy en el cielo de los marineros, o si debería pedirle al capitán que me devolviera a la costa y olvidarme de mi salario durante el próximo medio año en el mar. Si hay algo que un marinero sabe, es que nada bueno puede salir de un barco con mujeres a bordo.

Es de noche, y por debajo de ellos las olas se hacen cada vez más fuertes. A los marineros les preocupa cualquier posible signo de problemas. Debe de ser por eso por lo que hay que observar tantas normas, como que no haya conejos a bordo, ya que podrían roer las cuerdas de las velas. Incluso al hablar, se ha advertido a los pasajeros de que no hay que referirse a los conejos por su nombre, sino como los animales de largas orejas. Nadie puede silbar en el barco, tal como descubrió muy pronto uno de los trabajadores forzosos cuando recibió un puñetazo de un fornido marinero en la barriga.

—¡Ya llegará el viento! —le había dicho el marinero.

La diosa de la proa del barco lleva los senos desnudos y no tiene brazos. Su pecho se proyecta hacia mar abierto, aunque desde donde ella está Laure solo puede ver los rizos de su cabello y los omóplatos. Por debajo de la cintura, la escultura adopta la forma escamosa de un pez. Las lámparas de cubierta hacen que su piel dorada se vuelva luminiscente. Es fácil creer que realmente guía la nave a través de las poderosas y negras olas.

Detrás de ella, Laure oye a un pasajero preguntar por el clima.

—Viendo esas olas no puedo saber mejor que vos qué clase de tormenta es. Pero cuando un hombre que ha cruzado el mar once veces os dice que vayáis bajo cubierta, haréis bien en escuchar en lugar de quedaros por aquí haciendo preguntas sobre el tamaño de las olas.

Luego el marinero se dirige hacia el lugar donde están el sacerdote jesuita y dos monjas, que se han acurrucado para rezar.

El viento se traga sus murmullos. Cada nueva ola parece mayor que la anterior, y abajo el agua rebosa de espuma blanca.

Laure mira de nuevo la figura de proa, abriéndose camino a través del rocío de las olas con su pecho prominente. La lámpara de cubierta se apaga, y Laure siente sus cabellos azotándole el cuello por la acción del viento y el agua. Alguien le coge del brazo y la empuja hacia la escotilla. Es uno de los últimos pasajeros en refugiarse bajo cubierta. En la santabárbara, las muchachas de la Salpêtrière ya están tendidas boca abajo, agarrándose a las viscosas tablas del suelo cuando Laure tropieza con ellas.

A medida que la tormenta se hace más intensa, los animales empiezan a gemir y a patear. Laure se imagina que sus estómagos también deben de estar balanceándose por el mal tiempo. Pero cuando el vaivén se hace tan frenético que parece que el barco va a partirse en dos, los animales, como los pasajeros, se callan. Toda criatura viviente se concentra en mantenerse aferrada a un punto del suelo y en conservar intacto el contenido de su estómago. Solo rompe el silencio algún grito ocasional cuando el barco se ve golpeado por una ola particularmente fuerte. Laure oye cómo Madeleine, a su lado, es presa de unas violentas arcadas, antes de que ambas queden cubiertas por una rociada de vómito. En la santabárbara se escucha un constante murmullo de rezos en francés y en latín.

La tormenta pasa tan rápidamente como había llegado. Las muchachas que solo unos minutos antes se sentían enfermas ahora están sentadas, todavía pálidas, pero con los ojos brillantes. Parecen sorprendidas de no tener que abrazarse ya a los húmedos tablones del barco, pronunciando plegarias de salvación. Los rosarios y talismanes se han guardado de nuevo en los bolsillos de faldas y pantalones. Solo las evidencias de la agitada tormenta rodean a los pasajeros: el contenido de un cubo de letrina volcado, vómitos y trozos de galleta de barco sin comer. Por lo demás todo está en calma, y el único movimiento del mar es un apacible temblor como de una madre meciendo indolente la cuna de un bebé. Madeleine es la única que no se ha sentado cuando se ha calmado el mar: está temblando y balanceándose hacia delante y hacia atrás como si la tormenta no hubiera cesado en absoluto.

Laure oye un chasquido cuando alguien abre el pestillo de la bodega. Un joven baja por la escalera de caracol.

—Subid a tomar el aire —dice, y algunos de los pasajeros varones, que están tendidos junto a sus pertenencias en el suelo, dejan escapar un débil grito

de entusiasmo—. Vamos a organizar un baile. El cielo está despejado. Se ven las estrellas. Después de sobrevivir a semejante tormenta, tenemos razones para celebrarlo.

El marinero joven no parece haberse visto afectado en absoluto por la tormenta. Es como si la hubiera ignorado por completo. Algunos de los hombres más fornidos se lanzan a la desbandada a trepar por la escalera. En su apresuramiento, tropiezan con otros pasajeros y con los sacos de sal y losas de piedra añadidos como lastre para equilibrar los pesados cañones de cubierta. El joven oficial levanta su linterna y la dirige hacia las mujeres que están en proa. Las chicas de la Pitié y la Salpêtrière, junto con las que recogieron en Normandía, están desparramadas sobre los tablones del suelo como una colección de muñecas abandonadas. Antes de la tormenta, los marineros habían asustado a las jóvenes con historias de piratas y corsarios, y sobre lo que harían si abordaban ese barco lleno de mujeres además del habitual botín. Les habían contado que las numerosas bahías que salpican la costa de Canadá son el escondrijo perfecto para esos peligrosos hombres.

Algunas sonrían débilmente a los hombres. Madame Bourdon al fin se ha quedado dormida. Mientras arreciaba la tormenta, había guiado a las aterrorizadas muchachas rezando todas las oraciones católicas que conocía, y su voz había ido subiendo de tono con cada nueva arremetida del oleaje. Madeleine le dice a Laure en voz baja que ella estará bien, y que debería aprovechar la oportunidad para tomar un poco el aire, así que Laure avanza con cuidado entre las chicas y sus mantas hasta aferrarse a la escalera. Luego asciende por los distintos niveles, pasando por la zona de almacenaje custodiada por el *mâitre-valet*.



El aire es frío, pero tan puro que Laure abre la boca para tragarlo. Ya no puede ver la tierra detrás de ellos, ni tampoco puede distinguir a un lado la forma familiar del *Amitié*. El *Saint-Jean-Baptiste* está rodeado por mar abierto por todas partes. Están solos en el océano. Los marineros van de un lado a otro de la cubierta, evaluando los daños causados por el viento. Ordenan a los carpinteros que claven los tablones que ha aflojado la tormenta.

Algunos de los hombres empiezan a coser un desgarró en una de las velas, mientras otros trabajan bombeando agua.

Uno de los pasajeros ha sacado un violín a cubierta. La música empieza suavemente, con el trino de una sola cuerda, devolviendo a los pasajeros a la vida. Laure ve que casi todos los que han subido son hombres, a excepción de algunas mujeres que contemplan la noche con los abrigos de sus maridos sobre los hombros.

Laure se abraza el pecho, alzando la vista al cielo. Un hombre se acerca a ella. Es el cabo pelirrojo que había hablado con ella de la escultura. Los cabos supervisan todas las operaciones del barco en turnos de cuatro horas, pero deben llevar el uniforme en todo momento, incluso cuando están descansando, por si surgiera una emergencia. Él le ofrece el brazo, pero Laure duda en cogerlo. Nunca ha cogido del brazo a un hombre. Madame Bourdon y los sacerdotes jesuitas han trabajado incansablemente en las últimas semanas para mantener a las mujeres solteras separadas de los hombres. Donde han tenido más éxito ha sido a la hora de controlar a las muchachas, que en general están acostumbradas a obedecer órdenes en el hospital. Más difícil ha resultado impedir que los hombres jueguen a sus juegos de cartas y beban de sus provisiones de aguardiente.

—Ha sido una buena tormenta. Debe de haberos asustado.

Tiene un acento extraño al hablar.

Laure se encoge de hombros. Se pregunta qué le hace creer a ese hombre, que se asemeja a una cría de zorro, que puede dirigirse a ella.

—¿De modo que vais a Canadá a buscar marido? —Él sonríe, y Laure puede ver los huecos que tiene entre los dientes. Entonces Laure dirige la mirada hacia los altos mástiles por detrás del cabo, y asiente con la cabeza—. ¿Y qué clase de marido buscáis?

—No sé ni lo más mínimo sobre maridos —responde ella, volviéndose de espaldas a él para mirar el mar.

—Yo tampoco —dice riendo.

Laure se vuelve de nuevo hacia él.

—¿Habéis visto ya Canadá?

—Sí. Bueno, en cualquier caso solo parte de la costa. Pero no he entrado en el comercio de pieles, aunque algunos de los hombres dicen que es una empresa provechosa.

Laure vuelve a encogerse de hombros.

—Me parece que el mejor modo de que un hombre gane una fortuna es con el azúcar. Al menos eso es lo que dicen en París.

En realidad, Laure no lo había oído hasta el día antes, mientras los soldados hacían bailar a los negros y los hombres del *Saint-Jean-Baptiste* pensaban que ojalá tuvieran el temple necesario para transportar esclavos.

—Sí, y en las islas también hay mejor clima. Pero allí hay más esclavos negros que franceses. Creo que es preferible hacer una fortuna menor matando bestias en los bosques que tratar de dirigir una plantación de azúcar con esclavos.

El marinero entorna los ojos como si meditara sobre ambas perspectivas. A Laure, las dos le parecen igualmente reprensibles. En realidad no ve demasiado futuro a esos hombres. No debían de poder llevar una vida decente por sí solos en París o en sus ciudades de provincias, y han partido a conquistar nuevos lugares con sus mismos y escasos talentos.

—Es posible que encontréis que Canadá carece de algunas de las comodidades a las que sin duda estáis acostumbrada.

—No estoy acostumbrada a demasiadas comodidades.

Laure ha estado llevando el mismo vestido sencillo del hospital desde que están en el barco. Dado que comparten sus estancias con los hombres, Madame Bourdon ha prohibido a las muchachas que se cambien de ropa. Lo harán solo antes de llegar a Quebec.

Él la mira fijamente con ojos burlones.

—Así que sois de las duras, ¿no? Bueno, entonces, ¿bailamos?

Laure, que no quiere mostrar su nerviosismo, esta vez le coge del brazo y se deja conducir hasta el centro de la cubierta. El golpeteo de los zapatos de los bailarines sobre la madera empapada produce un rítmico sonido hueco. Unos cuantos hombres silban y aplauden cuando ven al marinero con Laure del brazo. El violín emprende una melodía más enérgica. El barco se halla entre

tormentas, y todos los que tienen fuerzas no dudan en bailar. Algunos de los hombres más temerarios se lanzan por la borda para darse un baño nocturno. Sus compañeros, nerviosos, sostienen linternas sobre el agua y se preparan para izarlos en el caso de que de repente se levante viento.

Durante todo el tiempo en que el cabo la hace girar sobre los húmedos tablones, Laure mira al cielo. Las estrellas son tan numerosas que casi parecen bullir. Laure se siente lejos de todo: de París, del hospital, de Mireille, de su padre y del país al que se dirige. El marinero le pone la mano en la cabeza mientras ella gira. Su vestido culebrea en torno a sus caderas. «Mira, Anfítrite ha cobrado vida», dice alguien. Un hombre nuevo, mayor y más fuerte, coge la mano de Laure apartándola del marinero joven. «Delfino la ha devuelto. Al final se casará con Poseidón.» Laure siente que acabará estrellándose contra el suelo o seguirá dando vueltas hasta caer por la borda. Todo el mundo ha dejado de bailar y observa cómo la hacen girar pasando de un hombre a otro.



Laure baja las escaleras y vuelve a la hedionda bodega. Arriba, los hombres han descubierto un barril de aguardiente. Una vez que se han puesto a beber, han empezado a empujarse sin miramientos para acercarse a las pocas mujeres que hay en cubierta. Incluso se ha producido una pelea entre el marido de una de las mujeres y un marinero deslenguado. En ese momento Laure ha dejado de bailar.

Mientras estaba en cubierta, había bajado un marinero con un cubo a echar agua sobre los tablones sucios. Luego había vuelto arriba diciendo que lo peor de la tormenta ya se había limpiado, y que ahora estaban preparados para el siguiente asalto. Pero Laure no encuentra que el aire de la bodega haya mejorado en absoluto. Un único farol arde en el hueco de la escalera, pero por lo demás el abarrotado espacio está oscuro. Hace todo lo posible por evitar pisar los dedos y los brazos y las piernas estirados de los cuerpos durmientes, abriéndose paso a tientas entre las familias. Cuando se acerca al lugar donde duerme su amiga, Laure ve que hay alguien agachado junto a Madeleine. Es un hombre que habla en un suave susurro. Laure apoya la espalda contra el casco e intenta aguzar el oído. Madame Bourdon y la mayoría de las otras chicas

están dormidas.

Laure se adormece mientras está sentada con la espalda apoyada contra el casco. Todavía siente un hormigueo en las partes de su cuerpo donde se han posado las manos de los hombres: en los hombros, en medio de la espalda, en las manos. Sus piernas todavía están llenas de la melodía del violín. Logra distinguir algunas de las palabras que el hombre susurra a Madeleine. Está rezando en latín. Es el joven sacerdote jesuita. El pretendiente de Madeleine es comedido, y su voz resulta tranquilizadora. Intercala sus rezos en la conversación. Sus palabras no se ven desmerecidas por el exceso de bebida y unas manos demasiado inquietas. Las que distingue Laure son: «confesor», «pasión», «renuncia», «éxtasis», «unión»... El sacerdote ni siquiera sabe que está enamorado. Probablemente creen que su conversación no tiene nada que ver con el mundo de los hombres y las mujeres, con el mundo del baile. Pero deben de saber que, aun así, ambos serían castigados por estar juntos, un sacerdote y una joven, solos entre los pasajeros que duermen.

Laure cruza los brazos en torno a su pecho. Siente que ella podría ser como Madeleine, satisfecha por los rezos, confiada en las palabras de los sacerdotes y de las mujeres como Madame Bourdon y la superiora. O al menos como las otras muchachas, que no sostienen sus rosarios con la intensidad de Madeleine, pero que ya sueñan con la vida que llevarán en Canadá. Se están convirtiendo en esposas de colonos ya desde ahora, mientras duermen sobre el mar. Laure es distinta, una diosa de la Antigüedad, una mujer serpiente que no sabe dónde termina su cuerpo y dónde empiezan las olas.

Madeleine lleva enferma la mayor parte del viaje a través del mar. Después de pasar dieciocho días con los demás, se permite a Laure y Madeleine ocupar un cuarto especial junto a la santabárbara, reservado a dignatarios o enfermos. Laure se siente aliviada de no tener que volver a sentarse a escuchar a las otras muchachas. Estas tratan durante todo el día de atraer la atención de los trabajadores forzosos, peinando sus enmarañados cabellos y aplicando perfume al hedor de sus cuerpos. Otro tema de sus conversaciones es la vida que pronto llevarán en la Nueva Francia. Varias de las mujeres tienen hermanas o primas que ya viven en Quebec, de modo que las demás las escuchan cuando relatan lo que saben del lugar. Cuando desembarquen, todas se casarán con soldados y hombres que comercien con pieles. Laure intenta tranquilizar a Madeleine diciéndole que su destino será diferente y que cuando lleguen a ella no la obligarán a casarse. En realidad, Laure no sabe cómo cualquiera de ellas podría evitar casarse con uno de los colonos. En el barco todo el mundo sabe con certeza, incluyendo a los sacerdotes y monjas, que las docenas de jóvenes a las que transportan en la santabárbara están destinadas a ser las esposas de los hombres ya establecidos en la colonia. Laure ha oído a Madame Bourdon hablar con un sacerdote y decirle que casarse y tener hijos es la única forma de evitar que esos hombres se embarquen de regreso a Francia. Laure piensa que Canadá debe de ser un lugar bastante horrible si están tan ansiosos por marcharse. No se molesta en tratar de recordar los nombres de las mujeres de la bodega. Muchas de ellas se llaman Marie y Jeanne, y Madeleine conoce a la mayoría. Todas se interesan por *la petite sainte souffrante*, como denominan a Madeleine, que raras veces se levanta de su sitio en el suelo de la santabárbara.

El cabo ha instalado a Madeleine en la bodega de enfermos, separada del resto, detrás de una de las cortinas donde los sacerdotes y otros notables han dormido durante todo el viaje. El catre y la manta de dentro están más limpios, y hay un anaquel para colocar un devocionario o papel de escribir. Ahora que las han trasladado detrás de la cortina, Laure ya no tiene la distracción de las conversaciones de las otras mujeres, y se preocupa más por Madeleine. Cada

noche, cuando Laure sale de detrás de la cortina para cenar, el joven sacerdote jesuita viene a interesarse por la salud de Madeleine. No hay mucho que Laure pueda explicarle. Ella le dice que su amiga tiene suficiente energía para rezar y que come un poco, aunque todavía no está lo bastante fuerte como para unirse a las demás.



Un día, mientras Laure está sentada leyendo en voz alta de un devocionario, Madeleine la interrumpe:

—Laure, ¿recuerdas cuando nos conocimos?

Laure lo recuerda, desde luego, aunque hayan transcurrido varios años desde entonces. Fue en uno de sus primeros días en el dormitorio Sainte-Claire, después de la muerte de Madame d’Aulnay, y Laure había estado de pie ante una ventana viendo pasar el Sena por delante de la Salpêtrière. En ese momento había pensado que las muchachas debían de mirar desde esa misma ventana del hospital el río que discurría debajo, imaginando que saltaban por ella. Algunas porque querían volver a un amante que habían dejado atrás y que vivía libre en algún sitio. Pero también debía de haber unas cuantas chicas — había pensado Laure entonces— que querían tirarse al Sena simplemente para ahogarse. Laure había sido una de estas últimas cuando volvió a la Salpêtrière dos días después del funeral de su querida señora.

Se había sentido desconcertada por la muchacha menuda y pálida, de voz suave y dulce, que insistía en permanecer a su lado en la ventana mientras ella se entregaba a sus mórbidos pensamientos. Madeleine no había dicho gran cosa, pero había escuchado a Laure mientras le hablaba de la maravillosa vida que acababa de perder. Luego le había respondido que nuestras vidas eran como ríos fluyendo hacia toda suerte de destinos. Aunque Laure se encontrara de nuevo en el terrible hospital de mujeres, Madeleine le había dado esperanza en el futuro, por más que no pudiera imaginar cuál podría ser. Ya entonces era imposible permanecer enfadado mucho tiempo cerca de Madeleine.

Laure se pregunta por qué Madeleine quiere rememorar ahora en el barco

su infancia en el hospital. No es que a Madeleine le guste hablar del pasado o del futuro; prefiere concentrarse siempre en su momento presente, lo que por regla general implica rezar una oración o pasar el tiempo hablando con quienes tiene a su alrededor. Cuando se sentía mejor, Madeleine era la que ofrecía pequeños favores a las demás en el dormitorio, pedazos de su comida, o consejos de costura a las chicas nuevas. Pero hoy Madeleine está decidida a dirigir su conversación. Dice que durante largo tiempo ha estado ocultándole una historia importante a Laure, de hecho a todo el mundo, y que ahora siente la necesidad de contarla. A Laure le sorprende el tono enfático de Madeleine. Parece imposible imaginar que su dócil amiga haya estado guardando algún secreto.



Madeleine coge algo de fuerza cuando empieza a hablar, e intenta incorporarse apoyándose en el codo. Le dice a Laure que es la historia de sus orígenes, que en realidad ella recuerda su vida antes de que entrara en el monasterio.

—Los clientes habituales de En Passant, la taberna de La Rochelle, no tardan mucho en enterarse de que hay una niña creciendo justo encima de ellos. Por entonces yo tengo diez años, y me han visto pasar corriendo a primera hora de la tarde hacia el muelle, aunque ninguno de esos marineros me haya visto nunca arriba en el cuarto cuando visitan de noche a mi madre.

Laure abre los ojos asombrada al enterarse de que la madre de Madeleine había sido una prostituta de puerto, pero, con su habitual sonrisa sosegada, Madeleine le acaricia la mano, insistiendo en que permanezca en silencio durante todo el relato.

—Una noche, un hombre llamado Ti-Jean decide averiguar más cosas sobre mí, la niña que vive con la vieja prostituta. Ti-Jean es un marinero que navega en los barcos que recogen a esclavos de África para trabajar en las islas francesas. Es lo bastante fuerte como para poner máscaras metálicas a los negros, y es el cliente que menos les gusta a mi madre y a las demás mujeres que venden sus servicios a los marineros.

»Bajo la mesa donde mamá me oculta, tiemblo las noches en que las pesadas piernas de Ti-Jean suben la escalera que lleva a nuestro cuarto. Él habla a mamá con dureza, llamándola puta vieja y fea, que no vale para nada salvo para dar una mala noche a los marineros.

»—Me he enterado de que tienes una niña que dentro de poco va a echar a la vieja de su madre del negocio —dice la noche en que viene a buscarme.

»—Yo no tengo nada de eso —contesta mamá.

»—Nunca lo habría pensado, siendo tan fea como eres. Pero he oído el rumor y ahora me gustaría verlo por mí mismo.

»—¿Se puede saber de qué estás hablando? Estoy segura de que no has subido aquí para charlar. —La voz de mamá se dirige hacia la cama, en el otro extremo del cuarto, tratando de alejarle del lugar donde me escondo.

»—No, yo subo aquí cuando hasta la última moza del puerto tiene las piernas abiertas y no hay nadie más a quien acudir.

»Entonces oigo el frufú de las faldas de mi madre mientras intenta de nuevo alejar a Ti-Jean de mi escondrijo.

»—Primero enséñame a esa hija tuya para que pueda decidir si alguna de las dos me merece la pena. —Entonces oigo sus pesadas botas recorrer toda la longitud del pequeño cuarto. Está buscándome. Cuando sus pies están a solo unas pulgadas de donde me escondo, se agacha bajo la diminuta mesa y suelta una carcajada—. Bueno, debe de estar ya bien adiestrada, ocultándose aquí abajo y complaciéndose en todo lo que ocurre en el sucio lecho de su madre.

»Cuando Ti-Jean levanta el paño que cubre la mesa, dejo escapar un grito ahogado. Ese trozo de tejido ha sido mi protector silencioso, la delgada barrera que me ha impedido enterarme plenamente del oficio de mi madre. Si me tapo los oídos con los dedos e imagino una escena a la luz del día, con el sol sobre el océano, el mercado lleno de preciosos productos, entonces casi puedo olvidar lo que hace mi madre con los hombres en su cama. Pero cuando Ti-Jean arranca la tela de un tirón, dejo de estar a salvo por primera vez.

»Mamá está a su lado, tirando de sus anchos hombros y gritando para hacer que se aleje de mí. Pero es inútil, ya que él es muy grande y fuerte, y mamá es una mujer no mucho más grande que yo.

»—¡Así que esta es la mujercita que tanto ha llamado la atención de los marineros!

»Su risa es burlona, y está agachado de modo que sus enormes y fuertes rodillas están a la altura de mis ojos.

»—¡Déjala en paz! ¡Es solo una niña! —le grita mamá.

»Entonces siento cómo mis piernas se deslizan sobre el duro suelo cuando él me coge y me pone de pie.

»—¡Tienes mucha mejor pinta que tu madre! —dice Ti-Jean. Yo puedo oler la agria consistencia de su aliento—. ¡Preciosa carita! —Su mano áspera me acaricia la mejilla y pasa sobre mis labios. Yo deseo morderle desesperadamente, pero temo que hacerlo solo sirva para empeorar las cosas. Él enreda sus dedos en mis cabellos y me tira la cabeza hacia atrás. Su otra mano se posa en mi cuello, y yo no hago nada para detenerlo—. ¡Igual que un gatito que acaban de separar de su madre! —me dice.

»Mientras su mano permanece enredada en mi pelo, desliza por mi cuello sus labios y su cara sin afeitar. Tira de mi cuerpo hacia su pecho, y yo noto que mis pies se levantan del suelo.

»—Tienes un sabor dulce. Creo que voy a probar un poco más. —Su respiración se hace un tanto irregular mientras mete la mano por debajo del camión que llevo y me acaricia la espalda—. ¡Apártate de mí, vieja puta! —le dice a mamá, que sigue cogiéndole por la espalda, al tiempo que le da una fuerte patada.

»Recuerdo haber pensado que lo peor de todo era que mamá estaba allí todo el rato, llorando como si me estuvieran matando.

»Mamá y yo tardamos dos días en llegar andando al monasterio de los sulpicianos de Aunis. Por el camino pasamos junto a varios mendigos, la mayoría soldados mutilados, y en varias ocasiones nos encontramos con hombres en distintos tipos de carros y carruajes que se ofrecen a llevarnos. Mamá rechaza siempre su oferta.

»Mientras caminamos, ella me cuenta la historia de María Egipcíaca, la santa patrona de las prostitutas.

»—He rezado cada mañana a esta santa, y ha sido su voz la que me ha

dicho que te lleve a los sulpicianos —dice mamá.

»Me cuenta que, cuando María Egipciaca tenía doce años, se escapó de su casa, aunque su familia era rica. Durante diecisiete años vivió en la ciudad de Alejandría como prostituta y bailarina. Luego viajó a Jerusalén para buscar ganancias materiales entre los peregrinos que allí se congregaban. Cuando intentó entrar en la iglesia del Santo Sepulcro para la celebración, fue rechazada por el Espíritu Santo, y no pudo atravesar la puerta. Entonces rezó a un icono de la Virgen María y se arrepintió de su vida pecaminosa. Solo después de haberlo hecho pudo entrar en la iglesia.

»—Mi querida hija —me dice mamá—, por favor, reza cada día a María Egipciaca para que nunca tengas que ser prostituta como lo fue ella y lo soy yo. Porque es mucho mejor ser puro de cuerpo y espíritu, no corrompido por la inmundicia de este mundo, cuando lo abandones.

»Pero yo todavía podía sentir en mi cuerpo las magulladuras de Ti-Jean, y pensaba que era demasiado tarde. Estaba ya tan corrompida como mamá y como María Egipciaca.

Laure, en cambio, no puede imaginar una muchacha más inocente y limpia de pecado que Madeleine.

—Cuando llegamos al umbral del monasterio, estamos muertas de sed y polvorientas por el viaje. Mamá habla de inmediato con el sacerdote que abre la puerta e intenta cerrarla apenas nos ve allí.

»—No os pido nada. Sé que soy una pecadora condenada a los ojos de este santo lugar. Si podéis darme un poco de agua y algo del alimento que normalmente reservéis a los animales, seguiré mi camino.

»El rostro lleno de manchas de mi madre se encuentra con su mirada severa, y él asiente con la cabeza.

»—Esta niña que os ofrezco es el más preciado de todos mis bienes terrenales.

»Desde las guerras, nos dice el sacerdote, cada día acuden varios mendigos a su puerta con las historias de sus tristes calvarios. Nos cuenta que normalmente el monasterio es un lugar donde los hijos e hijas de las familias ricas vienen a estudiar, con generosas dotes, por vocación religiosa. Me mira, estudiando mi rostro en busca de algún signo de mi mérito, de mi valía. Yo

espero que me rechace para poder quedarme con mamá. Le he dicho que no tenemos por qué volver a La Rochelle y a aquel cuarto, pero ella me ha contestado que no tiene ningún otro talento y no conoce ningún otro medio de subsistir.

»—Padre, si nos rechazáis, esta niña inocente no tendrá otra opción que unirse a mí en mi desdichada profesión. No podéis permitir que eso suceda.

»—¿Tiene algún talento? —pregunta él.

»—Es buena bordadora —dice mamá, apretándome con fuerza contra sí—. Y sabe leer devocionarios.

»El sacerdote arquea una ceja.

»—Un poco —añade ella.

»—Bueno, desde luego parece bastante sana, y bastante joven para aprender. ¿Sabes hablar, al menos? —pregunta dirigiéndose a mí, y yo asiento con la cabeza.

»Mamá no le da al sacerdote otra posibilidad de rechazarme. Retrocede unos cuantos pasos y me empuja hacia él.

»—Será una vida mejor para ti, hija. No tendrás que preocuparte por hombres como Ti-Jean, o por ningún hombre en absoluto —me susurra.

»—Pero yo no sé leer la Biblia, mamá, ni tampoco sé bordar ni nada de lo que le has dicho al sacerdote —le susurro cuando él se vuelve para entrar en el monasterio, dejándonos por un momento en la puerta. Hasta entonces no he hecho otra cosa en mi corta vida que ocultarme bajo la mesa por las noches y regatear comprando nuestra cena en el mercado durante el día.

»—Aprenderás. Todas esas son cosas mucho mejores de las que yo puedo enseñarte.

»El sacerdote vuelve con un poco de agua, pan duro y queso. Parte un poco para mí, y le da el resto a mamá para su viaje de regreso.

»—Gracias, padre. Os estoy muy agradecida. La mía es una vida de pecado, de la peor clase posible; pero saber que he salvado a mi hija de la misma suerte es suficiente recompensa para hacerme feliz el resto de mis días.

»Mamá guarda las provisiones en el saco que lleva en un costado. Luego

se vuelve hacia mí y me dice:

»—He hecho todo lo posible por protegerte de la fealdad de este mundo. Espero que recuerdes eso solo y nada más de tu madre.

»Esas son las últimas palabras que me dirige antes de emprender el largo viaje de regreso a La Rochelle. Desde aquel día no he vuelto a verla.



Esa noche Laure sale de detrás de la cortina del cuarto para enfermos del barco y le dice al sacerdote, que siempre está ansioso por oír noticias de su salud, que Madeleine se encuentra un poco mejor. Él le pregunta si puede verla por un breve momento, pero Laure le responde que no es una buena noche para visitar a su amiga. Más tarde, Laure yace despierta en el suelo del barco, meciéndose con las suaves olas, y pensando en la historia de Madeleine. ¡Qué poco sabía de su mejor amiga! ¡Laure había pensado tantas veces que Madeleine no sería tan amable ni hablaría con voz tan dulce a todo el mundo si hubiera conocido la desgracia...! Pero ¿es posible que su devoción y su corazón sencillo y tierno los modelara el sufrimiento de su infancia?

Segunda parte

En aucun endroit, apparaissaient de hauts et prodigieux glaçons nageant et flottant, élevés de trente et quarante brasses, gros et larges comme si vous joigniez plusieurs châteaux ensemble, et comme... si l'église Notre-Dame-de-Paris avec une partie de son île, maisons et palais, allaient flottant dessus l'eau.

[Por todas partes aparecían altos y prodigiosos icebergs nadando y flotando, de una altura de treinta o cuarenta brazas, tan grandes y anchos como si se hubieran unido varios castillos, y como... si la iglesia de Notre-Dame de París, con una parte de su isla, casas y palacios, flotara sobre el agua.]

PIERRE BIARD,

Relations des jésuites, 1611

11

Los hombres traen al barco agua dulce del iceberg. Los pasajeros del *Saint-Jean-Baptiste* han sobrevivido durante semanas a base de sidra desde que el agua potable traída en barriles de Francia se volviera demasiado viscosa y llena de larvas para beber. Algunos de quienes ya habían viajado antes a Canadá sabían cómo arriar un bote de remos al mar glacial y obtener agua limpia de la helada isla. Los demás pasajeros de la cubierta contuvieron el aliento cuando los hombres bajaron a las agitadas aguas y empezaron a remar hacia las gélidas elevaciones que les rodeaban. Los icebergs son lo más parecido a tierra que han visto los pasajeros en más de dos meses, de modo que Laure puede entender el deseo de los hombres de dirigirse hacia ellos, de estar en presencia de algo sólido. Y se siente agradecida por su hazaña cuando regresan triunfantes con sus barriles y puede notar, junto con los demás pasajeros, cómo los trozos puros de hielo descienden por su garganta hasta su estómago. Los hombres dicen que esta agua es mejor para el espíritu que el más fino brandy, y que merece la pena afrontar los peligros del mar solo para probarla. El lugar donde finalmente han llegado se llama Terranova.

Pero esa Terranova no es lo que Laure esperaba. No hay pescadores, ni salvajes, ni ciudad alguna que contemplar. El Nuevo Mundo que los marineros y algunos de los trabajadores forzosos están celebrando no parece ser nada más que una montaña de hielo en el mar. Pero por el momento probar el agua dulce es razón suficiente para regocijarse, por más que el país en sí sea el lugar más solitario que Laure ha visto nunca.

Después de dos meses en el mar, los marineros que gobiernan la nave tienen las mejillas hundidas y el rostro oscurecido por la barba. Algunas de las tareas de los miembros de la tripulación que han fallecido durante el viaje han sido asumidas por pasajeros varones. Al principio, Laure intentaba seguir la pista de los que morían, tratando de determinar qué hombre o mujer había sido arrojado al mar y ya no se contaba entre ellos. Pero después de que perecieran alrededor de una docena de pasajeros y miembros de la tripulación, y de que todos ellos se debilitaran debido a que sus raciones eran cada vez más escasas, Laure empezó a quedarse bajo cubierta, sin atender el

sonido de la trompeta fúnebre. Ha sido una travesía difícil, y buscan cualquier excusa para distraerse.



Un marinero abre la escotilla de la santabárbara, y Laure desciende, tratando de mantener en equilibrio el cuenco de agua dulce que lleva en la mano. Los pasajeros enfermos se quejan cuando la luz de arriba les alcanza. Son los que aún no han sucumbido a la enfermedad del estómago que mató a doce pasajeros en tres días, incluyendo a tres miembros de la tripulación. Los marineros culparon de la enfermedad a los parásitos de los presos *faux-sauniers*. Los insectos que trajeron a bordo se habían multiplicado tanto en la bodega que todo pasajero que subía a cubierta de inmediato se ponía a hacer aspavientos a la luz del día tratando de librar su cuerpo de bichos.

Una vez que está al lado de Madeleine, Laure le pide al marinero que cierre la escotilla. Luego aguarda un momento a que sus ojos se adapten a la oscuridad de la bodega. Enseguida empieza a picarle la piel.

—Hemos llegado a Canadá —dice Laure, alargando la mano para tocarle el brazo a Madeleine.

El cirujano del barco no ha sido capaz de diagnosticar a Madeleine. Al principio del viaje había atribuido su enfermedad al mareo; pero a diferencia de otros pasajeros aquejados por el mismo mal, Madeleine no había recuperado el equilibrio con el paso de las semanas. Aparte de las picaduras de pulgas y garrapatas que han afligido a todos los pasajeros del *Saint-Jean-Baptiste*, Madeleine no tiene llagas ni pústulas en la piel. No hay ningún signo visible de su dolencia aparte de la delgadez de su cuerpo. Lo único que el cirujano puede decir es que Madeleine se ha visto debilitada por el viaje. Él predice que, si logra llegar a Quebec, se encontrará bien; afirma que el mar no le sienta bien a todo el mundo, y que a veces la única cura para ello es tierra firme. Pero ahora que Laure ha visto el lugar gélido y desolado hacia el que han estado navegando, no está tan convencida de sus poderes curativos.

Laure apenas puede culpar a Madeleine por renunciar a la comida del barco. Las raciones de la *Salpêtrière* eran un suntuoso festín comparadas con

lo que han estado comiendo en los últimos dos meses. Desde que zarparon de El Havre, los pasajeros del *Saint-Jean-Baptiste* han estado viviendo de los barriles de galleta de barco que traían. Esta constituye el alimento básico habitual de la dieta de los marineros, y está tan dura que los hombres la chafan con la culata de sus mosquetes para que las mujeres puedan comerla. La galleta se mezcla con un poco de manteca de cerdo salada y guisantes para hacer el guisado frío que se sirve cada tarde. Según los marineros, esta hornada de galleta es bastante buena. Está bien cocida y seca, de modo que no lleva ningún gorgojo, lo cual es una suerte, dado que su viaje ha estado plagado de todas las demás clases de insectos. Pero los marineros están tan acostumbrados a los insidiosos parásitos que de todos modos golpean ligeramente la galleta en sus cuencos antes de morderla. Para beber, acompañan la comida con sidra. La mermelada, como la carne, está reservada para la mesa del capitán.

Madeleine toma el cuenco de agua dulce de Laure entre sus frágiles dedos y la bebe a sorbos.

—¿Qué aspecto tiene Canadá? —pregunta.

Laure ayuda a Madeleine a mantener el cuenco en equilibrio.

—Es como un cielo congelado —le responde.

La frialdad de los icebergs junto a los que pasan puede sentirse incluso bajo cubierta. A bordo del barco no hay un solo lugar que permanezca seco. El rocío de las olas y la humedad del aire han penetrado en su ropa y en sus lechos, de modo que hace mucho que han renunciado a estar calientes. Laure no le dice a Madeleine que Canadá es blanco y silencioso y tan inmenso como el mar que han tardado dos meses en atravesar. No le manifiesta su pensamiento de que, por más que las brillantes montañas de hielo parezcan ciertamente una especie de cielo, ella duda de que en ese cielo haya algún ángel.

Se abre la escotilla y desciende el cabo pelirrojo. Es el primer pretendiente de Laure, aunque no tenga la menor intención de ir a Canadá y, en cambio, haya instado a Laure a escaparse con él a las islas.

—Subid. ¡No querréis perderos el bautismo! —le dice a Laure.

—¿Qué bautismo? —le pregunta ella.

El único bebé del barco nació hace tres semanas y fue enterrado en el mar al día siguiente en un saco junto con su madre, lastrado con piedras. Quizá hayan descubierto más protestantes a bordo y los estén convirtiendo a la fe católica romana antes de llegar a Quebec, donde dicha religión no se tolera.

—El bautismo marino. No hay muchas mujeres que tengan la oportunidad de ser bautizadas por un marinero.



Aunque el aire del mar cubre el cuerpo de una neblina fría y salada que quema la piel, la cubierta es el lugar más feliz del barco. Ello se debe sobre todo a que los pasajeros pueden sacudirse los insectos de su ropa a la luz del día y llenarse los pulmones de aire fresco. Si la bodega es el infierno del barco, entonces la cubierta es sin duda una especie de paraíso. Es allí donde, los días tranquilos y soleados, los hombres —tanto marineros como pasajeros— lanzan sus hilos de pescar al océano. Pasan horas aguardando signos de vida en el agua. Cuando se cansan de pescar, juegan a las cartas, leen y hacen competiciones de fuerza subiendo a los mástiles.

El día en que ven por primera vez Canadá, Madame Bourdon permite a las muchachas quedarse en cubierta a condición de que permanezcan en absoluto silencio. Pero ni las religiosas ni los sacerdotes jesuitas pueden controlar la desenfrenada energía que se ha apoderado de los marineros. Tras echar las redes a las frías aguas, se vierten en cubierta bancos enteros de bacalao de todos los tamaños, plateados destellos de vida que pronto se vuelven de color rojo por la acción de las navajas de los hombres. El capitán da un permiso especial para que el pescado más pequeño se arroje vivo al único fuego de cocina del barco. Al cabo de poco, el olor a bacalao asado se hace más fuerte que la sal del mar que impregna el aire. Dos de los marineros, bajo la supervisión de Madame Bourdon y de Laure, incluso han subido arriba a Madeleine para la ocasión. A la luz del día, el rostro de Madeleine se ve tan gris como su manta, pero Laure confía en que el sol la reanime. Laure acepta el filete que le trae uno de los marineros, y para comérselo lo parte en trozos pequeños. Trata de tentar a Madeleine con un poco de la tierna carne, pero como respuesta solo recibe un leve movimiento de cabeza y una apacible

sonrisa.

Los marineros intentan obtener la lista de los pasajeros que viajan por primera vez a Canadá. Es hora de bautizarlos. Los hombres gritan de entusiasmo. Madame Bourdon trata de escoltar a las chicas de regreso a la santabárbara, pero dos marineros custodian la puerta.

—Vos no privaríais a unas buenas cristianas de su bautismo, ¿verdad? — le dicen en tono de burla.

La monstruosa criatura a la que los hombres han estado esperando finalmente emerge del camarote del capitán. Está formada por varios hombres que se ocultan bajo un abrigo de piel hecho de retazos de varios colores. Lleva el rostro cubierto por una máscara de madera de origen salvaje, y de su cuello cuelgan plumas, flechas, cuchillos y otros instrumentos de caza y de guerra. Las jóvenes gritan cuando la criatura avanza torpemente a través de la cubierta. A su paso, los hombres gritan su nombre: *le Bonhomme Terre-Neuve!* Al final la criatura se detiene ante un trono hecho de barriles atados con soga. A su lado hay otro barril, lleno de agua de mar. Él se encarama a su trono y se vuelve hacia el miembro de la tripulación que hace de oficiante, el cual está en un púlpito con un mazo en la mano. A su lado tiene el libro de mapas del barco.

El ayudante de la ceremonia golpea el mazo varias veces contra el púlpito de madera. El sonido es un ruido sordo y hueco, amortiguado por el ruido del mar, pero aun así se hace un silencio entre los pasajeros.

—Ahora bautizaremos a todos los hombres, mujeres y niños que ven por primera vez el Nuevo Mundo.

Los pasajeros gritan aún más fuerte.

Madame Bourdon se ha acercado apresuradamente a los sacerdotes jesuitas que están junto a Laure para pedirles que garanticen a las muchachas inmunidad frente al ritual marino. Uno de los sacerdotes menea la cabeza y se muestra de acuerdo con Madame Bourdon en que se trata de una práctica repugnante a la vez que blasfema. Sin embargo —añade—, mientras se hallen a bordo de su apestosa nave, están a merced de esos brutos paganos. En realidad no se puede hacer mucho para detenerlos.

—Consolaos, *madame*, en las almas que hemos salvado durante el viaje.

No os preocupéis por las que viven sin temor de Dios.

Las almas salvadas a las que se refiere son las de los hombres y mujeres, de entrada varios de ellos dementes, que iniciaron el viaje víctimas del pánico y que desde entonces se han aficionado a llenar sus jornadas con exultantes rezos que mantienen a los pasajeros despiertos durante toda la noche. Algunos de los hombres amenazan con arrojar a esas almas redimidas a sus tumbas marinas.

El cubo se vuelve a llenar de gélida agua de mar cada vez que se sumerge a un hombre en él, desparramando su contenido por la cubierta. Cuando han terminado con todos los hombres, el marinero oficiante se vuelve hacia las mujeres.

—Hemos tenido la buena fortuna, aunque la sabiduría popular diga otra cosa, de tener con nosotros en este barco a más mujeres que hombres, un raro honor para un marinero. —Los hombres rugen—. Creemos que os hemos tratado bien, queridas damas, ¿no es así? Os hemos protegido de piratas y corsarios, os hemos dado cada día un festín para los sentidos, os hemos mantenido a cubierto de la tormenta y el sol, y os hemos traído aquí, al Nuevo Mundo.

Los hombres ríen. En los ojos de algunos hay simpatía. Muchos habían hablado durante todo el viaje de lo increíble que resultaba que las mujeres resistieran las brutales condiciones del barco junto con los hombres.

—Ahora dejaremos que el propio *Bonhomme* elija a una muchacha para ser bautizada en representación de todas las demás. ¿Quién será la afortunada dama?

Las chicas se agarran unas a otras, encogiéndose acobardadas. Laure está algo distraída de todo eso porque todavía sigue intentando conseguir que Madeleine coma un poco de bacalao. El *Bonhomme Terre-Neuve* se baja lentamente de su trono de barriles e inicia su torpe recorrido por la cubierta. Se detiene delante de cada muchacha, inclinando la cabeza para inspeccionarlas una a una. Algunas gritan y se abrazan aterrorizadas cuando el rostro enmascarado se inclina hacia ellas. Laure se pregunta qué marineros se ocultan bajo el disfraz.

Cuando el *Bonhomme* llega a Laure, da un paso atrás y cruza los brazos

sobre el pecho. Los hombres que observan empiezan a gritar:

—¡Escoged a la diosa danzarina!

En todo el viaje, Laure no ha podido sacudirse de encima su mala reputación entre los que la vieron bailar la noche después de la tormenta. El *Bonhomme* extiende un dedo contraído hacia ella, pero aunque el corazón empieza a palparle un poco más deprisa, en realidad no tiene miedo de esos marineros necios.

El cabo pelirrojo sostiene el libro de mapas para que Laure jure sobre él.

—Normalmente hacemos jurar a los hombres que se mantendrán alejados de las mujeres de otros marineros una vez que hayamos llegado a tierra. — Entre ellos surge un grito estridente—. Pero supongo que a vos, nuestra Anfitrite danzarina, debemos manteneos alejada de los propios marineros.

Los hombres ríen, pateando con los pies sobre los tablones de la cubierta.

—¡Pidámosle que vuelva a bailar para nosotros!



El *Bonhomme Terre-Neuve* supervisa el bautismo desde su trono de barriles. Alarga la mano para recibir una moneda de ofrenda, viendo que Laure no tiene ninguna, y, mientras la excitación de la muchedumbre llega al paroxismo, un marinero tira del tablón de debajo de donde ella se sienta. Oye gritar a Madame Bourdon justo antes de que su cuerpo entre en contacto con el agua fría del barril. Casi de inmediato Laure siente cómo los marineros tiran de ella para sacarla.

Madame Bourdon se ha precipitado hacia ella con un paño para envolverla sobre su vestido, que está chorreando.

—¡Qué horror y qué indecencia! ¡Hacerle esto a una mujer! —exclama.

A Laure le castañetean los dientes por el agua helada, pero sonrío abiertamente al cabo. A Madame Bourdon le dice:

—Es obvio que Canadá no es lugar para mujeres.

Cuando el barco penetra más profundamente en el Nuevo Mundo, los nevados icebergs dan paso por fin a la tierra —rocas y espesos bosques—, pero Laure sigue sin ver signo alguno de ciudades o pueblos. Llevan más de dos meses en el mar, y corre el mes de julio. Durante días navegan remontando el río, que es tan ancho que hace que el Sena parezca un arroyo campestre. Pese a ello, resulta tranquilizador ver otra vez tierra, aunque se halle a bastante distancia a ambos lados del barco. El primer puerto donde ancla el *Saint-Jean-Baptiste* se llama Tadoussac. Al principio Laure cree que ese lugar, que no cuenta con más de veinte o treinta tristes habitantes, es Quebec, y luego se siente aliviada al descubrir que no lo es. Tadoussac es un puerto rudimentario donde un río llamado Saguenay se une al San Lorenzo. Es aquí donde Laure tiene noticia por primera vez de los iroqueses. Es lo único de lo que saben hablar los hombres de la costa. Los iroqueses son una tribu temida a la vez por los franceses y por los otros salvajes. Atacan por sorpresa en los bosques, arrancan la cabellera a sus víctimas, y torturan incluso a las mujeres y los niños a los que capturan. Los iroqueses tienen un aspecto aterrador, con el cuerpo oscuro y reluciente, la cabeza afeitada y el rostro pintado.

En Tadoussac solo viven hombres, y estos parecen todavía más desquiciados que los marineros y los que iban en su barco. Tienen el cabello largo y veteado por el sol, la piel oscura y el cuerpo delgado. No hay demasiado consuelo en el tipo de bienvenida que puede encontrarse en este lugar. Los hombres suben a bordo, buscando alimento y alivio con los ojos muy abiertos como animales salvajes. Unos cuantos se quedan para viajar con los pasajeros a Quebec, pero la mayoría cogen unas pocas vituallas y se vuelven a su campamento. El barco no se detiene mucho tiempo en Tadoussac, ya que aquí son frecuentes los ataques de los iroqueses, y las mujeres ni siquiera bajan a tierra. Solo unos cuantos desembarcan para reabastecerse de provisiones y dar noticias de Francia, pero también ellos están impacientes por regresar al barco, que es un lugar más civilizado y ordenado que Tadoussac.

Solo en los últimos años los barcos han empezado a aventurarse río

arriba por el San Lorenzo hacia Quebec. Después de Tadoussac el río se estrecha, y las islas y rocas aumentan, lo cual puede provocar naufragios. Pasan Cap Tourmente y la isla de Orleans. En la costa norte, Laure distingue unas chozas de madera y lo que parecen ser cobertizos de almacenamiento.

Cuando se acercan a Quebec, los pasajeros salen a cubierta para tener mejor vista. A juzgar por las apariencias, Quebec es al menos una pequeña ciudad, aunque no el bullicioso centro urbano que Laure y los demás esperaban. Pero hay algo extraño, casi antinatural, en la repentina aparición de Quebec entre el páramo circundante. La ciudad se alza a cierta altura sobre el río, y un denso bosque asciende desde la orilla hasta sus lindes. Uno de los sacerdotes les indica las principales construcciones del asentamiento: las agujas de la iglesia parroquial, el colegio jesuita, la capilla ursulina y el Hôtel-Dieu. En la punta este del cabo se alza el castillo de San Luis. En torno a los edificios religiosos y reales se han construido casas, y en la parte rocosa del asentamiento hay dos molinos de viento. Hay algunos edificios más en una estrecha franja de tierra situada bajo el cabo, en la denominada Ciudad Baja. Y parece haber asimismo algunas pequeñas tiendas. Pero también ahí Laure puede ver, tras una capa de árboles, la amenazadora silueta de las chozas de los salvajes. Se pregunta si este lugar es siquiera un poco más seguro que Tadoussac. Se le hiela el corazón al pensar en los peligros de esa nueva vida.

Los hombres del barco disparan un cañón al aire cuando el *Saint-Jean-Baptiste* se acerca al asentamiento de la colina. Su nave ha sufrido un tremendo desgaste por los meses transcurridos en el mar. Las velas están rotas y desgarradas por el clima que han tenido en el viaje; sus rasgados trozos ondean como fragmentos de banderas. La madera del casco está completamente empapada, y en algunos lugares empieza a pudrirse.

Los pasajeros parecen estar aún peor que el barco. Los hombres tienen la piel oscura, y el pelo y la barba largos y enredados. Sus brazos son delgados, con tensos y fibrosos músculos. Hasta las muchachas que pasaron los tranquilos días iniciales del viaje peinándose el cabello y preguntándose por los hombres con los que se casarían en Canadá están ahora pálidas y grasientas. Siguiendo órdenes de Madame Bourdon, ninguna de las mujeres se ha lavado más que la cara y las manos, y no se han cambiado ni siquiera de ropa interior desde que embarcaron; sus estancias abiertas en la santabárbara no les permitían hacerlo con un mínimo de decencia. Como resultado, hasta las

que dos meses antes partieron siendo jóvenes y hermosas ahora tienen un aspecto y un olor peores que cualquiera de las vagabundas dementes de la Salpêtrière. Laure sabe que ella debe de tener ese mismo aspecto, pero el viaje no ha podido hacer que Madeleine parezca tan vil como esas mujeres. Su enfermedad tan solo la ha encogido un poco y la ha hecho tener más que nunca el aspecto de una niña indefensa. Raramente abre los ojos, pero sus labios conservan una leve sonrisa.

El sonido del cañón atraviesa las aguas en un solitario eco. El fuerte está rodeado por un muro de piedra, aunque no parece haber signo alguno de la guerra que ello da a entender. Varios soldados con guerreras militares patrullan las lindes del asentamiento. En conjunto, la población no es mucho mayor que el recinto de la Salpêtrière. Laure esperaba una ciudad del tamaño de París trasplantada al Nuevo Mundo, no un enclave militar. Cuando el barco echa el ancla, en la orilla se produce una enloquecida carrera de barcas de remos que se acercan a descargar su contenido. Varios soldados con armas vigilan el proceso. Primero, los hombres de la orilla suben a bordo con rústicas parihuelas de madera para llevarse a los pasajeros que están demasiado enfermos y no pueden dirigirse por su propio pie hasta el Hôtel-Dieu. Madeleine está entre los que se llevan, junto con una joven monja que va a trabajar en el Hôtel-Dieu. A continuación desembarcan los pasajeros.

Luego, un enjambre de desaliñados soldados ataviados con jubones marrones y medias azules acosan al capitán y a la tripulación con preguntas sobre la fecha de regreso del barco a Francia. En este momento soplan vientos favorables en dirección a Francia, y el viaje de vuelta requeriría la mitad de tiempo. Aunque Madame Bourdon y los sacerdotes tratan de apresurar a las muchachas cuando pasan junto a ellos, Laure puede ver que esos hombres están desesperados por abandonar la colonia. Los guardias del barco tratan de impedir que embarquen, y se produce alguna refriega.

Madame Bourdon ordena a las chicas que permanezcan juntas en la orilla. Nadie pone objeciones a su orden, ya que muchas de ellas se desploman en el suelo y no son capaces de volver a incorporarse del lugar donde han caído. A Laure le tiemblan las piernas mientras intenta mantenerse de pie. Se sienta en el suelo, al tiempo que el río y la ciudad giran a su alrededor. Los marineros les explican que se trata del llamado mal de desembarco, y que pronto recuperarán el equilibrio.



Una vez que son capaces de mantenerse en pie, Madame Bourdon conduce a las muchachas fuera del puerto. Pasan junto a un grupo de hombres vocingleros a los que parece divertirles que esos cuerpos tan delgados hayan cruzado el mar. Tras ellas, dos trabajadores forzosos tiran de un carro con los baúles a lo largo del accidentado y empinado camino. Unos cuantos hombres del barco con aspecto tan enfermizo y patético como el de ellas, seguidos de algunos refuerzos de tierra, las protegen por detrás.

Madame Bourdon se lleva a las chicas a la congregación de las ursulinas, el mayor edificio de Quebec. Está hecho de piedra gris, y a Laure le recuerda a la Salpêtrière, con la diferencia de que en las ursulinas hay que pagar una dote para entrar y poder llevar hábitos negros. Es una orden de clausura, de modo que al acercarse no ven a nadie en el patio. Cuando llegan a la entrada del convento, Madame Bourdon hace esperar fuera al grupo.

Una pequeña salvaje responde a Madame Bourdon cuando esta llama con los nudillos a la puerta, y luego sale a hacer compañía a las muchachas francesas. Parece tener unos seis o siete años. Cuando le preguntan, ella les responde con una voz suave y delicada que su nombre es Marie des Neiges. Su cabello negro está pulcramente trenzado a ambos lados de la cabeza. Lleva un limpio vestido blanco y las manos entrelazadas por delante, como si se dispusiera a recibir la primera comunión. Mira furtivamente al apestoso revoltijo de mujeres llegadas de Francia, pero guarda silencio.

Madame Bourdon permanece dentro durante un largo rato, y al salir hace un gesto a las muchachas para que la sigan, alejándose del edificio de la congregación. La pequeña salvaje, Marie des Neiges, se inclina ligeramente cuando ellas se dan la vuelta para marcharse, diciéndoles:

—Que Dios os bendiga.

Luego cierra la puerta tras ella.

—¿No nos quedamos aquí? —le pregunta una de las chicas a Madame Bourdon.

—Desde luego que no. Aquí es donde vive la madre Marie. Solo tenía que informarle de que habíamos llegado. Y también tenía que explicarle lo mal que os habéis portado algunas de vosotras durante el viaje.

A juzgar por lo altanero de su respuesta, Laure se pregunta si Madame Bourdon no esperaba también que las muchachas se quedaran en la congregación. Durante todo el viaje, Madame Bourdon había estado hablando de Marie de l'Incarnation, una santa viviente. Esa mujer, la superiora de la congregación de las ursulinas, había dejado a su hijo pequeño en Francia y ahora se dedicaba sin descanso a salvar las almas de los salvajes en Canadá.

—La madre Marie tiene cosas más importantes que hacer que pasar el tiempo con un grupo de *filles à marier*. Ella ha venido aquí para llevar a Dios a las gentes que quieren recibirlo.

Gentes como aquella pequeña salvaje, piensa Laure, que se pregunta si en aquel edificio de piedra que se parece tanto a la Salpêtrière no habrá dormitorios con cientos de muchachas salvajes que vistan tan bien y hablen con tanta discreción como la niña a la que acaban de ver.

—En Francia habéis tenido un montón de oportunidades, a través de las santas enseñanzas de muchos, de convertirlos en mujeres decentes. ¡Y solo me habéis hecho pasar malos ratos, bailando, bebiendo brandy con los marineros y exponiendo vuestra ropa interior a los hombres del barco! —dice, mirando todo el rato a Laure.

Laure desearía que Madeleine estuviera allí con ellas para que pudiera conocer a esas santas salvajes, que son más piadosas que las muchachas francesas.



En lugar de quedarse en la congregación de las ursulinas, las *filles à marier* son conducidas a un albergue. Madame Bourdon les dice que está regentado por una buena mujer, Madame Rouillard. Lleva veinte años en la colonia, desde la época en la que esta estaba controlada por una compañía que se preocupaba solo de las pieles y a la que traían sin cuidado la colonización y las mujeres. Madame Rouillard acompañará a algunas de las muchachas,

cuyo destino se halla más lejos río arriba, en un lugar llamado Ville-Marie. Su hermano tiene allí una posada, y en los próximos años sus servicios como comadrona serán necesarios en el nuevo asentamiento, cuando las *filles à marier* empiecen a tener hijos.



El albergue es un gran edificio de madera situado en la Ciudad Baja. El interior está hecho de la misma madera que el exterior, incluyendo los duros asientos y mesas donde se invita a sentarse a las muchachas. El olor a brandy y a carne asada hace que a Laure le suenen las tripas. Cuando entran, los hombres se vuelven para mirarlas con atención. Madame Rouillard les pide que se levanten para hacer sitio a las chicas. Luego les dice:

—Esto no es ningún monasterio, pero por esta noche haremos todo lo posible por traer la decencia a este lugar.

Los hombres se inclinan a modo de saludo con una risita, despidiéndose de las mujeres. Mientras habla Madame Rouillard, Madame Bourdon permanece en absoluto silencio.

Madame Rouillard lleva un delantal manchado sobre un grueso vestido de campo. Es una mujer de aspecto fuerte y voz grave, pero su garganta está llena de palabras sobre la colonia que Laure está ansiosa por escuchar. Prepara la que será su primera comida en la Nueva Francia, y habla constantemente mientras trabaja.

—La gente de aquí son los desechos de la madre patria, sin duda, pero cada uno con ambiciones muy distintas. La mayoría no quieren estar aquí en absoluto, como esos hombres que tratan de subir a la fuerza a todos los barcos que pueden en cuanto finalizan sus contratos de tres años —explica—. Ahora se les ha ocurrido la idea, y ya iba siendo hora, de que para construir un nuevo país hacen falta mujeres además de soldados y comerciantes de pieles. De modo que os han traído a vosotras, muchachas, de todos los hospicios de París, y perdonadme por decirlo, para casaros con cualesquiera hombres que puedan sacar de estos bosques.

Madame Bourdon suspira y niega con la cabeza, pero no hay nada que

impida a Madame Rouillard expresar su opinión.

—Ni siquiera los funcionarios quieren estar aquí. Cumplen sus contratos y sueñan con envejecer en París con un gran jardín, lejos de estas inhóspitas tierras... ¡Tráeme un poco más de mantequilla! —le grita a un muchacho de unos diecinueve o veinte años que se mueve con lentitud y que Laure imagina que es su hijo—. Aunque los más locos de todos son los sacerdotes y las monjas que vienen a convertir a los salvajes.

Se ríe, sacudiendo los senos, mientras vierte la mantequilla en la olla. Pero la posadera se ríe todavía más cuando Laure le pregunta si hay cientos de chicas salvajes en la congregación de Marie de l'Incarnation.

—Esa es la farsa más grande de toda esta colonia: creer que unos cuantos sacerdotes y monjas franceses van a cambiar la mente de esas gentes. Lo único que los salvajes quieren de los franceses es acceder a sus productos, y harán cualquier rezo y canto que se les pida para tenerlo. Pero ¿y después de conseguir lo que quieren con su comercio...? Siguen corriendo de un lado a otro por los bosques tal como siempre han hecho.

Una de las muchachas le pregunta a Madame Rouillard qué está cocinando.

—Guisado de harina de maíz y ardilla. No creáis que aquí comeréis cosas que conocéis. ¡Malditos mosquitos! —Da un manotazo en las abundantes carnes de su brazo—. Por cierto que, si no lo hace la comida, estas cosas conseguirán sacaros de quicio. Pero bueno, no todo es tan malo. —Saca la olla del guisado y reparte los cuencos—. Es todo lo que tengo. Nunca habían llegado tantas de vosotras a la vez, de modo que tendréis que compartirlo. Espero que estéis acostumbradas a hacerlo de todos modos.

Algunas, las más jóvenes, tienen lágrimas en los ojos.

—Si podéis olvidar el lugar de donde venís, cosa que espero que querréis hacer si las cosas que he oído sobre ese hospital son ciertas...

—Pero no todas venimos de allí...

—Pues todavía peor si venís de una población agrícola muerta de hambre. Quienes de vosotras vengan a Ville-Marie conmigo serán afortunadas. Es el jardín del Nuevo Mundo. En invierno hay tanta nieve en el suelo que por debajo nada se hiela. —Ríe a carcajadas—. Imaginadlo. Desde luego, los

salvajes son peores allí que aquí.

A Laure ya le han dicho que ella seguirá viaje hasta Ville-Marie junto con todas las demás que no han sido escogidas para casarse con hombres de Quebec.

Madame Rouillard menea la cabeza cuando ellas empiezan a quejarse del insulto a sus lugares de origen.

—Es mejor que empecéis a pensar de ese modo en cuanto podáis. Recordar la Vieja Francia como si os hubiera proporcionado un banquete real cada noche solo os hará sentir os desgraciadas aquí. Recordad de dónde venís, qué podría haberos pasado de haberos quedado, y entonces quizá estos bosques y estos mosquitos e inviernos que hacen que el corazón se salga del pecho no os parecerán tan mal.

Laure quiere decirle a esta anciana posadera que habla con un acento extraño que allí en la Vieja Francia ella habría sido primero costurera en París y luego esposa de un duque. Pero entonces se pregunta por primera vez hasta qué punto eso era cierto. ¿Por qué su suerte iba a terminar siendo mejor que la de todas las demás muchachas pobres de la ciudad? Podría haber sido muy bien la querida de un noble, viviendo con su dinero durante un tiempo en un pequeño piso para que él pudiera visitarla en secreto cuando le pluguiese; pero ¿y cuando envejeciera? Si tenía suerte, alguna enfermedad consuntiva se la habría llevado antes de cumplir los treinta. En caso contrario podría haber vuelto a la Salpêtrière, a algún dormitorio más pobre que el Sainte-Claire, después de haber pasado primero un tiempo en los burdeles que antaño le habían parecido tan románticos, con tantos amos a los que servir y con una paga apenas suficiente para sobrevivir. Pero no tiene sentido alguno pensar en tales posibilidades, ya que su destino se desarrollará ahora en este tosco y nuevo país donde tantas cosas, incluidas las convenciones sociales, parecen haber quedado abandonadas en el mar.

Esta Madame Rouillard, gorda a base de cerveza y carne de ardilla, se ha hecho a vivir aquí. Laure mira a su alrededor, a las recién llegadas, y ve que algunas de ellas se ríen de las historias que ella cuenta. Tal como aconseja la buena mujer, están ansiosas por cambiar su antigua vida por esta otra; olvidar quiénes eran y empezar de nuevo como posaderas, como esposas de tramperos de los bosques. Engullen la extraña y grasienta comida con expresión sencilla

y satisfecha.

—¡Venga, comed! ¡En diciembre habréis muerto si os ponéis quisquillosas en este país!

La posadera empuja el cuenco de Laure para acercárselo más. Ella menea la cabeza y deja que la mujer que tiene al lado lo termine.



Pasan la noche en la posada. Es la primera vez que Laure duerme en tierra firme desde que salió de París hace más de dos meses. Sueña con el balanceo del barco y también con ataques de iroqueses. En sus sueños todos los iroqueses se parecen al *Bonhomme Terre-Neuve*. Cuando abren la boca muestran sus colmillos, y rugen como bestias. Sus enormes cuerpos están cubiertos por el pelo de las mujeres a las que han arrancado la cabellera.



Cuando parten de Quebec en dirección a Ville-Marie la semana siguiente, varias de las mujeres de Francia se han casado ya y van a quedarse en Quebec o en asentamientos cercanos. Madame Bourdon ha escogido a Laure para proseguir hasta Ville-Marie porque, a diferencia de algunas de las otras muchachas, ella no tiene familia en Quebec ni perspectivas inmediatas de matrimonio. Se cuenta entre las más jóvenes, cuyas edades oscilan entre los quince y los treinta y seis años. Laure también sabe que su tutora está impaciente por librarse de ella. Acepta sin rechistar seguir adelante hasta Ville-Marie a condición de que Madeleine vaya con ella. Madeleine ha recuperado parte de sus fuerzas gracias a los cuidados de las hermanas hospitalarias de Quebec, aunque ellas consideren que todavía no está en condiciones de viajar. Pero Laure no puede imaginarse remontando el río e internándose en el territorio boscoso sola. Madeleine dice que se encuentra bien y está dispuesta a viajar con Laure, de modo que en el Hôtel-Dieu dan el alta a la muchacha enferma.

Las demás, veinte o treinta por lo que Laure puede ver, serán trasladadas

en canoas y asignadas, en los asentamientos comprendidos entre Quebec y Ville-Marie, a hombres que buscan esposa. Las mujeres de Francia, que han pasado los últimos meses apiñadas en la santabárbara del barco, y antes de eso en diversos dormitorios del Hospital General de París, ahora van a dispersarse una a una en una tierra que es mucho mayor que toda la Vieja Francia y está cubierta de densos bosques. El único consuelo que pueden esperar en este espantoso territorio es encontrar un marido apacible, aunque, por lo que Laure ha visto hasta ahora de los toscos hombres de Quebec, las posibilidades de que eso suceda son escasas. En la Nueva Francia hay muy pocas mujeres, según parece solo una por cada diez hombres; al menos eso significa que puede haber alguna opción a la hora de escoger marido. Varias de las que viajarán con ellas a asentamientos más alejados río arriba van a casarse por segunda vez: sus primeros matrimonios fueron anulados, excepto en el caso de una de ellas, que es ya viuda aunque no parece ser mucho mayor que Laure.

En Quebec, las *filles de bonne naissance* se han unido a los oficiales a los que habían sido destinadas para iniciar una nueva vida como las parejas selectas de la ciudad. Pero los hombres que acudieron al albergue, buscando esposa entre las poco atractivas muchachas campesinas y las pálidas internas del hospital, no habían estado en contacto con mujeres francesas desde hacía un año o dos. Se habían dedicado a las dos principales ocupaciones de la colonia: combatir a los iroqueses y cazar animales para obtener sus pieles. Casarse con uno de ellos significaba alejarse de la seguridad de Quebec para internarse en los bosques, donde se les han asignado parcelas de tierra en pago por sus servicios al rey. Laure confía en que los hombres sean menos salvajes río arriba en el nuevo asentamiento, Ville-Marie. Abundan las historias sobre el carácter santo de la población, que fue fundada por miembros de la Compañía del Santo Sacramento, la misma sociedad secreta a la que pertenecía el director del Hospital General.

Su grupo viajará en tres canoas, que los hombres cargan primero con abundantes provisiones de sal, aceite, manteca de cerdo, aguardiente, armas y utensilios de hierro. Les acompañan seis salvajes, entre ellos una mujer, para ayudarles a comunicarse en caso de encontrarse con otros en el camino y a navegar por el río. Hay también dos jesuitas impacientes por regresar a sus misiones en las inmediaciones de Ville-Marie, y diez comerciantes de pieles,

junto con unas veinte mujeres de Francia. Uno de los sacerdotes es el joven que se había tomado tanto interés por Madeleine. Viaja con otro jesuita de más edad que lleva ya varias décadas en la Nueva Francia. Este se llevará al joven sacerdote a vivir con él en una misión cerca de Ville-Marie, donde le ayudará a cuidar de las almas de los algonquinos y a traducir a su lengua los rezos cristianos. El mayor recuerda la misión de los hurones, en Sainte-Marie, antes de que se retiraran y cayera en manos de los iroqueses. Desde luego, las historias que los sacerdotes habían escrito en aquellos años de conversiones y tortura son famosas en toda la Vieja Francia. El joven se inclina hacia delante para oír al de más edad hablar de aquellos tiempos. Laure se pregunta si este sacerdote joven es lo bastante valiente como para dejar que los salvajes se coman su corazón, o llenen su cuerpo de flechas venenosas, o bauticen su carne en agua hirviendo. ¡Su rostro es tan pueril, y sus palabras tan suaves y prudentes...!

Para el viaje, Madame Rouillard se ha vestido como un salvaje. Lleva polainas de cuero y sombrero, y también un fusil. Dice que así es como se viste cuando se traslada de cabaña en cabaña para traer niños al mundo. Conoce a la mayoría de los hombres, y conversa con ellos en tono familiar.

Las canoas, fabricadas por los salvajes con corteza de abedul, se hunden bastante en el agua. Son embarcaciones rápidas, pero deben cargarse con cuidado para distribuir el peso de manera uniforme, ya que vuelcan con facilidad. Una vez dispuestas las provisiones en las canoas, suben a bordo los hombres franceses, y luego les llega el turno a las mujeres. Laure se agacha tal como ha visto hacer a los demás y se sienta en el centro de su asiento. El menor movimiento hace oscilar la pequeña embarcación. Madeleine hace todo lo posible por permanecer sentada frente a Laure, pero termina por resbalar hacia delante. Los salvajes, que son los últimos en embarcar, no tienen ningún problema para mantenerse de pie en la canoa.

—No parece que esa enferma tenga mucho futuro como esposa.

Laure se vuelve hacia el hombre que ha pronunciado esas palabras. Es una especie de comerciante de pieles con el rostro arrugado por las duras condiciones de su oficio, aunque aparenta ser bastante joven.

Su sonrisa burlona se congela cuando ve el enfado en los ojos de Laure.

—Hay que ser duro para vivir en los bosques. —El hombre observa el

cabello de Laure, pulcramente peinado desde su permanencia en Quebec y adornado con las cintas de Madame du Clos—. No sé por qué nos envían muchachas de París. Tendrás suerte si tu nuevo esposo tiene una casa para ti. Lo que necesitamos son mujeres del campo. —Se vuelve y da una palmada en el muslo de una de las muchachas de Aunis que está sentada detrás de él—. No hay príncipes esperándoos en Ville-Marie.

—Eso es obvio.

Laure se gira y sujeta a Madeleine por los hombros para estabilizar su peso. Laure ha comprobado que aquí en la Nueva Francia no hay mucho respeto por el rango. Los bosques son demasiado inmensos para controlar a los comerciantes de pieles, soldados, colonos, jesuitas, recoletos, sulpicianos, católicos conversos, posaderos, zapateros, carpinteros, señores, exploradores, oficiales, los salvajes que trabajan como intérpretes, y el gobernador y el intendente que tratan de velar por el conjunto de la empresa en nombre del rey. Como la mayoría de esos hombres solo se quedan un tiempo en la colonia antes de volver a Francia, parece haber una menor preocupación por respetar a los superiores. Y también parece haber menos protección para las mujeres frente a los deslenguados como este comerciante de pieles. Aún más que en Quebec, Laure se resiente de su alejamiento del hospital y su régimen cotidiano. Aquí no hay nadie que les diga a las muchachas dónde sentarse, con quién hablar, cuándo callarse, cuándo es hora de rezar, de comer, de peinarse, de cambiarse de ropa o de acostarse. No hay nadie a quien seguir, solo un ecléctico desfile de la Vieja Francia en busca de conversos, esposos y riquezas derivadas de las pieles. Madame Rouillard tararea una canción mientras las canoas parten río arriba.

El río no parece tener final. Cada hora trae a la vista más piedras, bosques, insectos y pájaros, pero ni el menor signo de civilización. Cuando el sol empieza a desvanecerse para dar paso a la primera noche, los mosquitos forman una densa nube en torno a la canoa, alimentándose de los rostros y manos expuestos de los pasajeros. Algunas chicas empiezan a gritar ante la invasión. La comadrona se vuelve para encararse con las jóvenes llorosas, algunas de las cuales suplican que se dé la vuelta a las canoas.

—Pronto aprenderéis que no estáis solas. Lleváis en vosotras la semilla de las familias que vais a tener. Dentro de poco este será vuestro único hogar.

No tiene sentido mirar atrás.

Laure desearía que las palabras de Madame Rouillard le trajeran algún consuelo del mismo modo que levantan el ánimo a las demás. Pero ella no puede imaginar siquiera nada de todo eso: casarse con uno de esos colonos, tener hijos, vivir en los bosques... Sin duda escapará a ese destino.



Cuando los hombres ven el claro con dos cabañas y algunas tiendas de campaña, indican a los salvajes que remen hacia la orilla. Han llegado a Trois-Rivières. Es ahí donde se casarán varias de las mujeres, incluyendo a las belgas Marie y Jeanne-Léonarde. Para Laure resulta desconcertante ver los sitios donde se van quedando: Neuville, Grondines, Batiscan... Son poco más que claros del bosque con un puñado de habitantes. En cada parada se vierten muchas lágrimas, y los rostros de las jóvenes reflejan conmoción y terror cuando las canoas parten sin ellas río arriba.

Trois-Rivières es algo mayor que algunos de los otros asentamientos, pero se parece más a Tadoussac que a Quebec; es un campamento rodeado por una empalizada. Permanecen en silencio mientras desembarcan con rapidez de las canoas a la arenosa orilla. Dos soldados y los salvajes dormirán en tiendas cerca de las canoas para custodiar las provisiones. Los demás, incluyendo las muchachas, son conducidos a la aldea. En los caminos que rodean las chozas de madera no se ve a nadie: también aquí los habitantes temen los ataques de los iroqueses. Ellas son introducidas en una de las chozas.

La familia de la primera cabaña se niega a alojar a ninguna de las mujeres de Francia con ellos porque tienen tres hijas en edad de casarse, y dicen que las de París, con sus dotes asignadas por el rey, harán que sus propias hijas se queden solteras.

Pero la segunda cabaña, ocupada por un hombre, su nueva esposa y su bebé, acepta recibir un pequeño pago a cambio de alojar a algunas de las chicas. Una de las hijas de la primera cabaña, que tiene unos doce años, se acerca a ver a las mujeres de Francia. Quiere saberlo todo sobre París y las modas de la capital. Se sienta junto a Laure y escucha con ojos de asombro la

cadencia de su voz mientras ella le habla de los finos tejidos y los caballos y carruajes de los ricos. Cuando el padre aparece en la puerta para llevarse a su hija, Laure se quita una de sus cintas del cabello y se la da.

—Guárdala para tu boda —le dice, y la niña se pone tan contenta con el regalo que corre a enseñárselo a su padre.

Esa noche hace mucho calor en la cabaña, que solo tiene una habitación, con diez personas durmiendo juntas en el suelo. A pesar de todo, es agradable estar a cubierto y sentirse protegido por la empalizada que rodea Trois-Rivières y los hombres que montan guardia fuera. En este viaje Laure se ha acostumbrado a quedarse dormida pese al canto de los grillos y los pájaros.



Laure y los demás viajan de ese modo durante días. Cada vez que llegan a un conjunto de rápidos en el río, deben desembarcar en la orilla y caminar por el bosque hasta pasarlos de largo. Los hombres izan las canoas y las provisiones sobre las afiladas rocas y a través de la maleza. Madeleine, que todavía no ha recuperado sus fuerzas, es transportada en unas parihuelas improvisadas sobre las resbaladizas piedras y luego conducida de nuevo a la canoa.



Ville-Marie es el último asentamiento antes de que los bosques lo invadan todo. Después hay lagos y otras tribus salvajes. Solo los locos con contratos con el rey buscan sus riquezas más allá de los asentamientos franceses, cada vez más hambrientos de nuevas fuentes de pieles. Ville-Marie es también la más nueva de las poblaciones francesas, con solo unos pocos centenares de residentes, y la que tiene más probabilidades de ser atacada por los iroqueses. Gran parte de las conversaciones que Laure ha escuchado en su viaje río arriba, e incluso en el barco y en el hospital, han sido sobre estos salvajes en concreto. Son los únicos que durante décadas han estado combatiendo a los franceses. Hasta los otros salvajes temen a los iroqueses,

que son numerosos y en las colonias del sur están aliados con los ingleses.

El anciano jesuita que viaja con ellos perdió parte de una oreja cuando fue capturado por los iroqueses hace unos años. Pero él dice que tuvo suerte, dado que la mayoría no logran escapar, sino que, en cambio, afrontan una muerte brutal una vez apresados por esas gentes. Laure imagina a esos iroqueses más grandes que los hombres normales, al menos cinco cabezas más altos que cualquier soldado francés. Se dice que se mueven por los bosques como bestias silenciosas y astutas. Si te topas con un guerrero iroqués en un camino forestal no tienes ninguna posibilidad de sobrevivir al encuentro. Pero, por aterrorizada que esté, una parte de Laure desearía poder atisbar a uno de ellos a través del bosque.

Madame Rouillard dice que los iroqueses no son distintos de los otros hombres. Simplemente acontece que son el enemigo, eso es todo, y a los enemigos siempre se les convierte en monstruos. En cuanto a los sacerdotes jesuitas, ella cree que habrían hecho mejor en quedarse en la Vieja Francia estudiando medicina o leyes o haciéndose profesores como Dios manda. En su opinión, atravesar el mar para ir a una tierra totalmente nueva y esperar que la gente abrace sus maneras cristianas es la idea más necia que ha oído nunca.

—Esto bien pudiera ser blasfemo —dice Madame Rouillard—, pero, si hay algo que he aprendido después de años de atravesar fatigosamente la maleza, los pantanos y el hielo yendo de un lugar a otro para traer a un nuevo bebé a este país, es que es algún otro espíritu el que cuida de este lugar. El Dios que hemos traído de Francia está tan perdido como nosotros en los invernales senderos de este país.

Aun así, Laure piensa que el pálido rostro del jesuita joven es magnífico, mucho más agradable de ver que los de los comerciantes de pieles.

Al tercer día, Laure puede murmurar los nombres de muchos de los árboles ante los que pasan: cedro, álamo, arce, roble... Aprende a estudiar los remolinos del agua del río en busca de signos de inminentes rápidos. Los franceses también hablan a las mujeres de sus hazañas en el comercio de pieles a través del territorio, de lo lejos que han llegado hacia el oeste y hacia el norte. Hasta los jesuitas aprovechan la oportunidad para alardear un poco sobre sus experiencias convirtiendo a los salvajes a la fe católica. Desde que partieron, los salvajes de las canoas, de brazos oscuros y untados de grasa y

cabellos largos, han estado instándoles a guardar silencio por su propia seguridad, recordando a los hombres franceses la amenaza de los iroqueses. Laure cree que el sonido de las palabras francesas está empezando a irritarles. Los salvajes no hablan con las mujeres, solo con los comerciantes de pieles, y en su propia lengua. En realidad apenas hablan, y cuando lo hacen es siempre en voz muy baja, y el intérprete francés debe traducir lo que dicen a los demás.

Prosiguiendo su viaje, y cuando todo lo que había que decir sobre la identidad del nuevo país se ha dicho ya, los pasajeros caen en una especie de trance. Laure observa las formas arbóreas que se hunden en el río y el sol brillante en los claros. El único sonido es el de los pesados remos rozando el agua. Laure está cubierta de picaduras de insectos y sedienta por el calor. Le duelen los músculos de sentarse en la canoa y en el suelo y de andar por el accidentado terreno. Le arde el estómago de comer tanta carne que han asado en hogueras hasta convertirla casi en cenizas. Los salvajes que les guían parecen complacidos de que el grupo finalmente se haya callado.

Después de unos días se hace evidente que seguir adentrándose en este nuevo mundo está debilitando a Madeleine. Tiene los ojos apagados y ya no es consciente de las personas que la rodean. Cuando Laure le habla, inicialmente no parece reconocerla, y casi siempre tiene una mirada inexpresiva. Laure confía en que el rostro hinchado de Madeleine se deba solo al sol ardiente, las picaduras de los insectos, y la sed y el hambre que aflige a todos ellos, y que de algún modo, a pesar de esas duras condiciones, ella esté mejorando. Justo antes de que abandonaran Quebec la había visitado un médico, que había dictaminado que el aire fresco podía mejorar su estado. La hermana hospitalaria que cuidaba de Madeleine había negado tal afirmación y le había dicho a Laure que el riesgo para la salud de su amiga al intentar aquel viaje era serio.

El aire fresco no hace que ninguno de los viajeros se sienta mejor, porque sus efectos curativos se combinan con el agua fría que les salpica desde ambos lados de la canoa, de modo que están permanentemente mojados. Además, el aire está plagado de densos enjambres de moscas negras que los salvajes instan a evitar a los remeros. Estos insectos son peores que los mosquitos, ya que allí donde pican arrancan un pedazo de carne. El cuello y el cuero cabelludo de Laure son un revoltijo de picaduras, pero ella se niega a cubrirse con la grasa de oso que los jesuitas y los salvajes se han puesto en la

piel. Las oraciones que los religiosos recitan al grupo emergen de unos rostros brillantes que parecen más de hechiceros que de sacerdotes. Viendo a Madeleine tan débil, Laure desearía poder ordenar que las canoas dieran la vuelta y comenzaran a desandar el viaje por el río.



Tras una semana de viaje, finalmente se aproximan a Ville-Marie. Es este un asentamiento más pequeño que Quebec, pero mayor que los otros campamentos por los que han pasado al remontar el río. Es el centro del comercio de pieles de la colonia, la puerta de entrada a las tierras ricas en pieles y vías fluviales que hay más allá. Han oído suficientes historias y han encontrado bastantes canoas cargadas de pellejos como para respaldar tal afirmación. Su carácter novedoso y sus peligrosos desafíos, junto con la oportunidad de obtener mayores riquezas con las pieles, atraen a los aventureros más osados de la Nueva Francia. Su coraje rodea Ville-Marie de una alegre energía. Por un breve momento, Laure se sorprende a sí misma olvidando el futuro.

Su mirada se detiene en un grupo de gente que está esperándoles en la orilla. Incluso desde lejos puede distinguir que en su mayoría son hombres. No puede decir de qué rango o qué clase de soldados son. Llevan sus guerreras militares de Francia sobre unos calzones holgados. Algunos de ellos tienen el cabello largo, con trozos de pieles de animales y vivos tejidos salvajes alrededor de la cintura. Varios soldados más distinguidos con mosquetes permanecen de pie junto a un sacerdote para recibirlos. Laure da un brinco cuando uno dispara una escopeta al aire; no deben de tener cañones para darles la bienvenida. Como en Quebec, hay también esperándoles algunas religiosas y unas cuantas muchachas salvajes. Es el asentamiento más interesante que ha visto Laure desde Quebec, y se siente aliviada por ello.

Los hombres de la orilla corren hacia ellos, agitando los brazos y dando voces. Laure no sabe por qué están tan excitados. La vida en los bosques debe de ser aún más terrible de lo que ella esperaba si su mugriento cortejo recibe tan ansiosa bienvenida. Si su patético grupo fuera avistado viajando río abajo a través del Sena en dirección a París, los detendrían y los llevarían

directamente a prisión. Pero aquí resulta difícil vestirse con ropas finas y permanecer limpio y no afectado por los bosques.

Laure solo espera que en este asentamiento haya un médico en algún sitio. Alguien que pueda reanimar a Madeleine. Ni siquiera las ruidosas llamadas de la orilla la han despertado.

—¡Hemos llegado! —dice Laure, inclinándose sobre el oído de su amiga. Pese a la vigilante guardia de Laure, en el cuello de Madeleine todavía hay marcas de los insectos—. Ya no tenemos que seguir viajando. Somos libres de quedarnos aquí para el resto de nuestras vidas.

Cuando pronuncia estas palabras, Laure agradece que Madeleine tenga los ojos cerrados.

Laure no puede imaginar cómo será el resto de sus vidas. En realidad es mejor que Madeleine no esté despierta para ver esto. Algo alejadas de la multitud concentrada en la orilla, Laure puede distinguir unas cuantas cabañas en la colina que hay detrás. Hay más o menos una docena, construidas de madera basta. Las viviendas pertenecientes a los salvajes están fuera, junto al asentamiento, y están hechas de corteza. Se ve el humo de las hogueras para cocinar.

—Sed bienvenidas a Ville-Marie, señoras. Como podéis ver, vuestra llegada era muy esperada.

El capitán a cargo de su viaje sonríe relajado en el nuevo entorno. Ha llegado al lugar que considera su hogar.

Unas cuantas canoas cargadas hasta arriba con pieles de animales yacen amarradas en la orilla. Al verlas, el viejo sacerdote jesuita, que está sentado delante de Laure, se inquieta.

—¿Qué sentido tiene trabajar para convertir almas salvajes cuando hay tantos comerciantes de pieles codiciosos esperando para corromperlas?

—Bienvenido, padre, al nuevo mundo del comercio. ¡Órdenes del rey! — dice el joven que había comentado la debilidad de Madeleine al comienzo de su trayecto.

Da una palmadita en la espalda cubierta de negro del sacerdote y luego se baja con cuidado de la canoa. Con los calzones arremangados hasta las rodillas, se apresura a atravesar el agua hasta llegar a tierra.

El sacerdote le da voces, pero el joven no tarda en mezclarse con los otros comerciantes de pieles de la orilla.

—¡Y ahora también esposas para ellos! ¡Qué impío desorden se está creando aquí! Esos hombres no hacen más que beber y reñir. ¿Qué clase de ejemplo se da con eso a nuestros conversos?

Si Madeleine se encontrara más fuerte, Laure estaría encantada de

embarcarse de nuevo de regreso a Francia. Pero no hay barcos en Ville-Marie. Laure traga saliva y piensa que al menos en Canadá no hace tanto frío como las celadoras de la Salpêtrière decían que haría, o como los icebergs que habían visto en Terranova parecían indicar. De hecho, en Ville-Marie el aire es denso, y el sol tan caliente que Laure se siente como si estuviera delante de un horno de pan. Se pregunta si el bote no habrá cambiado de rumbo y en realidad no habrán desembarcado en las islas francesas.

El capitán de su grupo se limita a reír ante su sugerencia.

—¡Las damas tienen un sentido de la orientación tan equivocado...! Este calor que sentís es solo el verano de Canadá. No debéis preocuparos: pronto tendréis un abundante tiempo invernal.

Laure se pregunta cuántas cosas más de las que ha oído sobre Canadá serán falsas.

Las únicas mujeres que reciben a las recién llegadas son un grupo de hermanas religiosas. Dos muchachas salvajes rondan en torno a una de las más mayores. Las jóvenes llevan vestidos iguales, no muy distintos del que Laure llevó durante años en la Salpêtrière, y se peinan con pulcras trenzas, como Marie des Neiges en Quebec. Deben de ser algunas de las conversas de las que hablaba el sacerdote. Laure se alza un poco para ver mejor a las chicas, lo que hace tambalearse la canoa. Los hombres de la orilla llaman a Laure cuando ella se deja caer de nuevo en su asiento. No quiere parecer impaciente por ser objeto de su atención.

Tiene sed, y puede sentir una capa de sudor en la cara. La nariz y las mejillas están quemadas por el sol a pesar de la cofia. Se limpia la frente con el dorso de la mano. Le pesa el vestido porque lleva el dobladillo de la falda mojado por el agua del fondo de la canoa. Un hombre alto con las mangas subidas y los brazos de un herrero vadea el agua hacia ella. Otros le siguen para ayudar a las mujeres a bajar de las canoas y llegar a la orilla. Laure le dice que se lleve a Madeleine primero. Tiene que repetirlo para que él la entienda. En la colonia hay muchos dialectos distintos del francés: de Normandía, de Picardía y de otras partes del reino. Ella no sabe decir cuál es el que habla este hombre; solo que le resulta difícil hacerse entender. Finalmente coge en brazos a Madeleine, todavía envuelta en la manta, y la lleva a la orilla. Otro viene a por Laure y, antes de que pueda protestar, se

encuentra agarrada a su fuerte cuello mientras él la levanta y la saca de la canoa. Va arrastrando la falda por el agua.

—¿Acaso no te alimentaron en Francia? Eres ligera como un zorro. No tienes mucho futuro como trabajadora. Y, créeme, aquí no hay otra cosa que hacer excepto trabajar. Cortar árboles, cazar animales, cocer pan... Lo que en Francia solían hacer veinte hombres, aquí tiene que hacerlo uno solo.

Deposita a Laure de pie en la orilla y luego se aleja.

Laure se tambalea durante un momento antes de caer de rodillas. Mira hacia abajo a la nueva tierra, con la cabeza colgando entre los brazos, y aguarda a que el suelo deje de moverse.

Oye decir a otro hombre:

—Pero ¿qué nos han enviado? Estas son las más débiles que he visto hasta ahora. Va a costar más reanimarlas que el trabajo que harán en toda su vida.

Los escasos oficiales militares y funcionarios de la colonia permanecen de pie a un lado, observando el revuelo causado por la llegada de las canoas. Una vez que todo el mundo está en la orilla, los hombres empiezan a descargar las provisiones. Parecen más interesados en esos productos que en el apiñado grupo de mujeres enviadas por la autoridad real para que sean sus esposas. Descargan los pesados objetos que habían desempaquetado cada tarde y empaquetado de nuevo por la mañana: cabezas de hacha de hierro para comerciar con los salvajes, armas de fuego y municiones para defenderse de los iroqueses, sal, harina de trigo y hatillos de ropa de arpillera. Y, por supuesto, los cofres con los ajuares de las muchachas. Varios soldados con los mosquetes colgados sobre el pecho vigilan la descarga de las provisiones.

Al cabo de un rato, Laure se concentra en volver a levantarse. La gente y los árboles que le rodean parecen moverse hacia ella. Antes de que pueda desplomarse por segunda vez, dos religiosas acuden a su lado. Hablan también un dialecto del noroeste de Francia, pero Laure entiende la mayor parte de lo que dicen. Les pregunta adónde se han llevado a Madeleine y les dice que quiere ir con su amiga.

—Podrás verla después de la ceremonia de bienvenida. Las gentes de Ville-Marie llevan un año esperando vuestra llegada.

La voz de la mujer es bastante amable.

A Laure no le importa la gente de Ville-Marie; solo quiere saber dónde han llevado a Madeleine. Pero las monjas la conducen del brazo hacia el grupo. Ahora que está en la orilla, Laure puede ver que casi todos los hombres son mayores que ella, con la piel quemada por el sol y engrosada por la mugre de los años que han pasado en los bosques. Son los campesinos de peor aspecto que ha visto nunca, salvo porque se han fortalecido con el aire fresco y el abundante alimento del Nuevo Mundo. La lengua que hablan suena como un gruñido de perros de pelea. No quiere pensar en cuál de ellos está destinado a ser su marido.

Una vez que se han descargado las últimas provisiones de las canoas, un hombre con un sombrero negro adornado con plumas blancas se dirige a la multitud. Es Jean Talon, el intendente de la colonia, que está rodeado de soldados bien equipados. Laure se esfuerza por distinguir su voz sobre el murmullo de la multitud. Primero elogia a los que han defendido Ville-Marie durante el invierno y la primavera. Son el regimiento de Carignan-Salières. Desde la llegada de esos soldados, dice, los iroqueses se han ido alejando del asentamiento. El rey les ha otorgado parcelas de tierra para que se queden en la colonia tras finalizar su contrato, y Laure y las otras mujeres han sido traídas de Francia especialmente para casarse con estos soldados convertidos en granjeros.

Luego el intendente dice que los hombres de la Nueva Francia que se nieguen a casarse con las mujeres recién llegadas verán revocados sus privilegios de caza y pesca. Y añade que los colonos deben demostrar a las autoridades que son dignos de disfrutar de los privilegios propios de los nobles.

De entre la multitud se eleva una voz de queja:

—¿Cómo vamos a casarnos con estas mujeres? ¡Apenas pueden sostenerse en pie! Miradlas, no hay ni un solo pecho o cadera entre todas ellas, ¿y se espera que engendren hijos? No nos habéis traído compañeras; nos habéis impuesto otra carga.

—No podéis esperar comportaros como animales, fornicando entre los árboles con cualquier mujer salvaje con la que os tropecéis, y aun así seguir siendo objeto de los privilegios de caza y pesca de los hombres de la realeza.

La voz del funcionario resuena por encima de la asamblea de modo que el eco de sus palabras se pierde en los bosques. Laure escudriña la oscuridad de los árboles, preguntándose si su discurso está dirigido a posibles rebeldes que se ocultan en la espesura. El intendente da la espalda a la multitud y echa a andar tierra adentro. El terreno es escarpado, y su objetivo es la cima de una colina que se ve a lo lejos.

A Laure y las otras chicas les resulta difícil seguirle, de modo que el intendente reduce el paso.

—Solo están un poco cansadas de su largo viaje —dice cuando algunos empiezan a quejarse de nuevo de las jóvenes—. Vosotros no estabais en condiciones muy distintas cuando bajasteis del barco para iniciar vuestros deberes como soldados. Ya recuperarán las fuerzas.

Por mucho que hubieran intentado limpiar de sí los peores signos del viaje por mar cuando estaban en Quebec, todavía seguían pareciendo una brigada de mendigas, con ojos demasiado grandes para sus caras y la espalda encorvada como ancianas. El grupo empieza a moverse de nuevo. Hay un largo y escarpado camino que asciende hasta la colina, y su destino es una cruz clavada en lo alto. Laure coge aliento cuando inicia la ascensión.

Durante el camino, un oficial militar indica a las muchachas las diversas fases de construcción de las cinco o seis casas de colonos junto a las que pasan. Los hombres que van detrás de Laure ríen por lo bajo al oír su grandilocuente descripción de las chozas. Cuando Laure se da la vuelta, uno de ellos señala un árbol y dice:

—Justo ahí está mi casa, esperando a que la construya.

Laure comprende que el elaborado discurso del funcionario abajo en la orilla era solo una exageración pensada para que las mujeres se sintieran mejor. Se pregunta por qué se ha molestado en tratar de impresionarlas cuando no tienen forma alguna de escapar de regreso a Francia.



Una vez que llegan al lugar en lo alto de la colina donde está clavada la

cruz, el sacerdote jesuita y una de las religiosas de la Congregación de Notre-Dame —el grupo que albergará a las *filles à marier*— empiezan a cantar el familiar tedeum. Laure no puede imaginar a nadie que no sea una loca cantando un tedeum al aire libre en París. Este es un himno que pertenece al interior de la pesada piedra de las iglesias, un canto ritual que cantan las muchachas confinadas en hospitales. Apiñados como habían estado durante semanas a bordo del barco, cuando los pasajeros se juntaban a rezar por llegar sanos y salvos a su destino, parecía natural emplear este canto. Pero ahora ¡suena tan extraño cantar el tedeum asomados a esa colina en Ville-Marie, donde por debajo de ellos no hay nada más que la luz del sol y un territorio inmenso y vacío del más oscuro color verde...! ¿Cómo puede Dios siquiera llegar a encontrarles en ese lugar para oír su canto?

Te Martyrum candidatus laudat exercitus. Te per orbem terrarum sancta confitetur Ecclesia. Las voces de los colonos de Ville-Marie son fuertes y no se parecen en nada a los débiles esfuerzos de los *bons pauvres* de la Salpêtrière. Sin embargo, pese al tono victorioso con que entonan el triste canto, sus voces se ven casi sofocadas por el gorjeo de los pájaros del bosque que les rodean por todas partes.

Una vez completada la ceremonia, Laure se acerca a un grupo para preguntar dónde está el hospital. Más adelante, al recordar este momento, Laure deseará haber escogido a otra persona a la que dirigirse. El hombre al que se acerca es rechoncho y de ojos pequeños. Va tan mal vestido como todos los demás. Su robusta sencillez le hace pensar que es inofensivo. Está de pie hablando y parece sorprenderse al ver a Laure dirigirse hacia él. Con un aire de importancia en el rostro, se excusa para separarse de los otros. Por unos instantes permanece de pie junto a Laure, con las manos en las caderas, contemplando el asentamiento que se extiende abajo como si todo el paisaje le perteneciera.

Se presenta como Mathurin, un soldado del Carignan-Salières al que recientemente se ha concedido una extensión de tierra más allá del asentamiento. Le dice que ha construido una hermosa casa en sus tierras. Laure ignora esa información y le pregunta dónde está el Hôtel-Dieu. El hombre le responde que la acompañará hasta allí, pero insiste en cogerla del brazo. La hermana de la congregación asiente con la cabeza mirando hacia él, lo que indica a Laure que al menos es de fiar.

—Incluso en las distancias cortas una mujer que anda sola tiene que ir con cuidado —le dice, mientras empiezan a descender de nuevo por la empinada pendiente hacia el río—. Los salvajes son más rápidos que los lobos y pueden capturarla en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Más rápidos que los lobos?

Laure empieza a cansarse del modo en que los hombres exageran para impresionar a las mujeres.

—Sí. Se trajo a nuestro regimiento desde Francia hasta aquí para combatirlos. Mil soldados para proteger la colonia.

Saca pecho como si solo él fuera el responsable de todas las escopetas y cañones de la Vieja Francia.

—Bueno, desde mi llegada aún no he visto a uno solo de esos enemigos iroqueses, así que debéis de estar haciendo un buen trabajo.

—Hice un buen trabajo. Pero ahora soy un campesino. Para mí ha terminado el servicio militar. Lo único que necesito en este momento es una esposa que trabaje a mi lado.

Vuelve su rostro rosáceo hacia Laure y sonrío. Sus dientes resultan tan desagradables como sus palabras.

Ella desearía retirar la mano de su brazo. Apenas lleva una hora en Ville-Marie y ya tiene su primer pretendiente. Antes preferiría haberse casado en la Salpêtrière con Luc Aubin, que solo tenía dieciséis años, que con este hombre. Hasta el pelirrojo cabo del barco habría sido mejor opción.

El Hôtel-Dieu es el más grande de los edificios de piedra que hay cerca del río, en la rue Saint-Paul. Mathurin le dice que forma parte del asentamiento original desde hace veinte años y que es uno de los primeros que se construyeron en Ville-Marie. En la puerta les recibe una joven con un hábito de un blanco reluciente. Laure siente una opresión en el pecho. Por un momento olvida que está en medio de los bosques; en lugar de ello, se encuentra de pie bajo el sol en la plaza de Notre-Dame de París. Está rodeada de mendigos y sacerdotes. Oye sonar las campanas. Unas mujeres de hábito blanco traen sábanas del río para sustituir a las que están manchadas en las hileras de camas. El río está sucio, y es lo bastante estrecho como para

construir pasarelas y atravesarlo. El centro de la ciudad vieja es un hervidero de ruidos que van desde las súplicas de los mendigos hasta los cascos de los caballos de los nobles. La iglesia a su espalda contiene las almas de antiguos espíritus. Mireille extiende hacia ella su mano con los dedos hinchados. Es demasiado tarde.

Mathurin se quita la gorra de la cabeza cuando ve a la joven de la puerta. Laure le agradece la escolta, asegurándole que dentro del hospital no va a necesitar de su compañía. Se siente aliviada de que Madeleine esté bajo techo. El Hôtel-Dieu de Ville-Marie parece ciertamente un hospital; no como el abarrotado Hôtel-Dieu de París, pero al menos un limpio y rudimentario hospital rural. A diferencia de las modestas casas de madera de Ville-Marie, el Hôtel-Dieu es una sólida construcción de piedra.

Laure pregunta por el paradero de Madeleine, y la joven la conduce a través de la fría entrada por una escalera de caracol de roble. Al pasar por delante de la farmacia Laure huele a hierbas y a tinturas. La sala que hay en el piso superior es amplia y luminosa. Las ventanas están abiertas, y el aire es templado y suave. Madeleine tiene su propia cama. Otras dos muchachas de la travesía también han sido conducidas allí, exhaustas por el sol y por el arduo viaje en canoa. Pero a diferencia de Madeleine, ellas están sentadas charlando, recuperadas después de unas horas de reposo y medicina. Incluso hay varias camas vacías en la sala. Por primera vez, Laure alberga esperanzas de que sus vidas en la colonia serán favorables. No hay duda de que en esta sala Madeleine se curará.

Laure se dirige hacia donde yace Madeleine.

—¿Te encuentras mejor ahora que ya hemos bajado de la barca?

Madeleine levanta la vista. En su rostro hay una expresión de desconcierto. Está despierta, pero no parece ser consciente de su entorno ni reconocer a Laure. Las enfermeras deben de haberle dado algún medicamento.

Laure se sienta al borde de la cama y le explica a Madeleine los detalles de la ceremonia de bienvenida y la ruidosa voz de los colonos cuando cantaban el tedeum. También le habla de la colina con la cruz de los tiempos de los primeros misioneros del asentamiento, ya que los hombres y mujeres que fundaron Ville-Marie planeaban construir un lugar santo. Y de que lo único que se ve desde lo alto de la colina son árboles y tierra virgen. El rostro

de Madeleine se relaja un poco al oír la voz de Laure. Se queda dormida, y Laure sigue hablando mientras le sostiene la mano.

Al cabo de unos minutos, la hermana hospitalaria se acerca por detrás de Laure.

—Te gustará esto, estoy segura. Las gentes de Ville-Marie viven para ayudarse unas a otras —le dice.

La enfermera es joven. Le explica a Laure que es de París, y que leyó cosas sobre Jeanne Mance, una de las primeras mujeres que se dedicaron a atender a los enfermos en Ville-Marie, y entonces quiso venir a Canadá. Decía que había visto la colonia en sueños. Laure piensa que aquella muchacha tímida debía de tener mucho en común con Madeleine.

Laure le pregunta si en su visión había visto todos esos árboles y el inmenso río. Si había salvajes iroqueses. Y a la vez se pregunta para sí cómo alguien en la Vieja Francia podría imaginar este desamparado país.

La enfermera le responde que no había visto la tierra en absoluto, pero que sabía el nombre del lugar. Solo había visto el hospital y a los enfermos que estaba destinada a cuidar.

—Hoy he podido ver el carácter servicial de Ville-Marie gracias a mi acompañante —dice Laure—. El hombre que me trajo aquí —añade.

La muchacha ríe.

—Aquí no faltan los hombres dispuestos a hacer favores a las mujeres.

Se ríe de Laure del mismo modo que lo habría hecho una buena celadora de la Salpêtrière: con expresión caritativa. Laure empieza a pensar que en este país no hay nada más que piedad religiosa. La monja del barco enseñaba a los marineros y soldados a olvidarse de sus maneras lascivas; algo relacionado con un bautismo del mar. El jesuita de la canoa insistía en la virtud de seguir adelante para convertir a más salvajes, y el gobernador había hablado en la colina sobre la digna empresa de verter sudor y trabajo en los bosques de la colonia para crear una nueva ciudad francesa.

Laure no cree que ella sea lo bastante buena para los designios de esos soñadores, sobre todo si no tiene a Madeleine para decirle cuándo morderse la lengua.



Laure escurre el paño mojado que hay en el cuenco de cerámica junto a la cama y se lo pone a Madeleine en la frente. Han pasado unas horas desde la ceremonia de bienvenida y está oscureciendo, pero no se siente capaz de abandonar el hospital. «¿Qué le he hecho a Madeleine trayéndola a este lugar? —se pregunta Laure—. ¿No podría haberme conformado con escribirle cartas desde aquí y saber cosas de la Salpêtrière cuando ella se convirtiera en celadora?» Las normas de la Salpêtrière implicaban que la superiora tendría que leer las cartas de Laure antes de que le llegaran a Madeleine. Pero ¿de verdad eso habría importado tanto?

Laure se arrodilla junto al lecho de hospital y reza una sincera oración. Le parece que es lo único que puede hacer en la sala silenciosa y vacía. No puede pensar en las apropiadas palabras latinas que le repetían cada día en la Salpêtrière, de modo que se expresa en francés.

Primero Laure le dice a Dios que confía en que Él realmente las haya seguido a través del Atlántico hasta Canadá. Reza porque esos sacerdotes y monjas no estén siendo engañados y burlados en su fe cristiana por alguna deidad salvaje que aquí tenga un verdadero poder. Pide perdón por haber instado a Madeleine a dejar la Salpêtrière. La ha hecho renunciar a sus sueños de ser celadora, de leer devocionarios a las muchachas en los dormitorios, solo para que esté aquí, exhausta por el largo viaje a través del mar. Ahora Laure sabe que, si hubiera rezado más, de la forma en que lo hacía Madeleine, nunca habría escrito la carta al rey quejándose de la comida, ni tampoco habría persuadido a Madeleine para que fuera con ella. Estar aquí con Madeleine tan débil es peor que cualquier destino que pudiera haber imaginado en París. Luego Laure hace la señal de la cruz y le toca la mano a Madeleine.

Como si su rezo hubiera tenido un efecto inmediato, Madeleine se despierta. Abre los ojos y trata de sentarse. Empieza a hablar, y Laure sonrío, jubilosa de oír su voz familiar. Pero Madeleine no le pregunta por el hospital de Ville-Marie, o por cómo ha llegado allí. No parece ser consciente en absoluto de que han cruzado el mar y desembarcado en el Nuevo Mundo.

Laure coge a Madeleine por sus menudos hombros y la sujeta de modo que pueda apoyarse y sentarse.

Los ojos de Madeleine parecen mirar más allá de la sala que la rodea, a su pasado. Dice que la Salpêtrière es el edificio más grande que ha visto nunca, mayor aún que la fortaleza que se asoma al mar en La Rochelle. Algunas de las mujeres de los dormitorios gritan durante todo el día, pero no hay motivo para asustarse. Dice también que Madame du Clos es amable y le enseña a ser habilidosa con la aguja de coser.

—Es tan amable que logra hacer salir vívidas flores de hilo de nuestros dedos —dice Madeleine, abriendo cada vez más los ojos—. Tú eres mi mejor amiga y una chica fuerte. Esperas de este mundo más de lo que él pretende darte, y no puedes entender que una muchacha tranquila como yo no haga otra cosa que rezar.

Laure está contenta de que Madeleine hable por fin, pero teme que haga un esfuerzo excesivo, de modo que la empuja suavemente hacia atrás por los hombros. Pero su menudo cuerpo se resiste con extraordinaria fuerza.

—Me gusta cuando me hablas, durante los rezos en el comedor, sobre dejar el hospital, sobre hacerse un lugar en la ciudad. Me asombran todas las posibilidades que se te ocurren. «Seamos costureras», me dices, aunque yo no tenga manos para eso. Me dices que encontraremos un pequeño apartamento y que nos contratarán como criadas tal como te ocurrió de niña en el Infant-Jésus.

Ahora Laure ve lo absurdo que había sido soñar con esas cosas. Al fin y al cabo, ¿qué posibilidades tuvieron nunca realmente de dejar la Salpêtrière salvo para ser desterradas al otro lado del mar?

—Las dos sabemos lo que les pasa a las que no encuentran trabajo como costureras o criadas. Has visto llegar a esas mujeres caídas y has oído hablar de las que terminan encadenadas en los sótanos del hospital. Pero a ti no te preocupa ese destino. En lugar de ello escribes una carta al rey implorándole que nos dé una vida mejor. —Finalmente Madeleine vuelve la cabeza para mirar a Laure—. Como María Egipcíaca, que cruzó el Jordán para encontrar un glorioso reposo, yo también he encontrado la paz al otro lado de las aguas. Estoy contenta de que me hayas traído aquí.

Entonces los ojos de Madeleine se vuelven inexpresivos. Permanecen abiertos, pero miran fijamente al techo.

Laure necesita que Madeleine le diga algo más. Aunque solo sea para pedirle que recen juntas.

Madeleine sonríe, y Laure alza la mano en el aire. No sabe cómo retener un alma en vuelo.



Cuando Laure se levanta, tiene las rodillas rojas y doloridas por los duros listones de madera del suelo. La joven enfermera de antes entra de nuevo en la sala y enciende una vela. Le dice a Laure en voz baja que tendrá que dirigirse a la congregación de Marguerite Bourgeoys antes de que anochezca.

—Los iroqueses esperan a que se ponga el sol y acechan cerca de nuestros edificios, dispuestos a abalanzarse sobre nosotras.

Pone su mano sobre la de Laure y tira de la sábana para tapanle el rostro a Madeleine.

Se ha roto el hechizo. Laure empieza a llorar, al tiempo que repite el nombre de Madeleine una y otra vez.

En medio de la noche, Laure oye a alguien dejar caer el baúl en el suelo del altillo. Vuelve a cerrar los ojos: solo quiere dormir, olvidar. Pero el efecto calmante del láudano se está debilitando. Le duele el estómago. Recuerda haber estado gritando en el Hôtel-Dieu toda la noche hasta que su garganta ya no podía producir más sonidos. Al día siguiente dos hermanas vinieron a buscarla y la llevaron un buen trecho por los caminos hasta este cuarto de la Congregación de Notre-Dame.

Laure siente las manos agitándose sobre sus muslos como pájaros luchando por volar. Alarga una de ellas en la oscuridad buscando el baúl de París. Sus dedos tocan la madera empapada. Deja la mano ahí y vuelve a quedarse dormida.

Cuando Laure se despierta de nuevo, despunta el alba de su tercer día en Ville-Marie. Fuera de la habitación, las muchachas hablan de un funeral, y murmuran sobre la extraña chica de París que llegó ayer a la congregación, enloquecida, del hospital. Algunas de ellas recuerdan a Laure del barco. Es aquella que baila, dicen, la que fue bautizada por el monstruo. Algunas de las chicas de la Pitié les cuentan a las demás que en París Laure se comportaba aún peor. A Laure no le importan sus mentiras.



La claridad del alba es suficiente para distinguir la forma del baúl que está a su lado en el suelo. Sale de la cama y se arrodilla junto a él. Cuando levanta la tapa, surge de su interior un frío olor a moho. Los pañuelos de lino que Madame du Clos había colocado sobre las pertenencias de Laure están húmedos y viscosos. Laure los saca, junto con los demás objetos de la parte superior del baúl, algunos de los cuales han resultado dañados por el agua del mar.

Cuando alcanza lo que busca, agradece que el papel todavía esté seco.

Pone el pesado paquete sobre la cama y saca de dentro el vestido largo que traía de París. Pasa los dedos por la fina tela amarilla y sobre los abalorios de adorno, tanteando cualquier posible daño que pudieran haber sufrido durante el largo viaje. Lo levanta para verlo a la luz del sol que atraviesa la ventana del altillo. El vestido ha sobrevivido.

Parece que hayan transcurrido años desde la primavera, cuando murió Mireille. ¡Han cambiado tantas cosas desde entonces...! Laure apenas si puede recordar las veces que pasó esforzándose en el trabajo para escribir una carta al rey, para adaptar el vestido de Mireille a la última moda en el taller del sótano del hospital. Ahora llevará el vestido en el funeral de Madeleine.

Laure todavía puede sentir el olor del viaje por mar en su cabello. Ni lavándolo ha podido desprenderse de la larga travesía oceánica. Se lleva una hebra a la boca; todavía conserva cierto gusto a sal. Laure no desea ver a las muchachas del barco en el funeral. Apenas había hablado con ellas, ya que la mayor parte del tiempo se había quedado bajo cubierta tratando de convencer a Madeleine para que comiera, enjugándole la frente con la esperanza de que se fortaleciera. Tampoco había hablado mucho con ellas durante el viaje en canoa río arriba hasta Ville-Marie. Las que han enviado a Ville-Marie, el enclave más apartado de la colonia, son sencillas campesinas y demacradas residentes de la Pitié. Las mujeres más sanas y de mejor aspecto habían sido escogidas para quedarse en Quebec.

Laure tendrá que pedirle a una de ellas, que duermen en el dormitorio fuera de la alcoba, que le ate el corpiño de su vestido para el funeral. De momento se pone el corsé de ballenas, levantando la pesada falda hasta las caderas y deslizando los brazos por las mangas del vestido. Cuando ha terminado se tiende de nuevo en el catre. Puede sentir el sudor que emana de su cuerpo por el asfixiante calor del diminuto altillo. Mientras oye los acentos rurales de las muchachas del dormitorio se queda dormida, con los brazos cruzados sobre el pecho como un cadáver.



Laure entra en el cuarto contiguo de la congregación donde han dormido las otras chicas. La sala es más pequeña que el dormitorio de la Salpêtrière,

pero cada una tiene su propia cama. Laure ha salido de la alcoba ataviada con el vestido adornado de un vivo amarillo y rojo. Lleva el pelo suelto, que le cuelga sobre los hombros y la espalda como una oscura capa. Las otras todavía llevan sus finas camisas de dormir grises. Algunas ya han preparado sobre sus camas unos andrajosos vestidos de algodón para el funeral.

La muchacha a la que se acerca Laure para que le ate el vestido realiza un rápido movimiento hacia atrás en su cama antes de aceptar la tarea asintiendo con la cabeza. Con dedos nerviosos, hace todo lo posible por apretar el cordón de cuero en torno a la leve cintura de Laure. Cuando el vestido está convenientemente atado, Laure se vuelve hacia las demás y sonríe.

—Estoy aquí para casarme con un oficial. —Se quita del corpiño el pequeño medallón que se llevó ayer del ajuar de Madeleine—. Este es el hombre por el que he venido. Él será mi marido.

Lo muestra sosteniéndolo por la cadena, y ellas lo miran mientras se balancea hacia delante y hacia atrás. Laure no deja que las tres campesinas, con sus gruesos y sucios dedos, toquen el medallón. Lejos de ello, se lo enseña abierto manteniéndolo a una distancia tal que ellas tienen que forzar la vista, del mismo modo que hizo una vez la propia Laure, para distinguir los rasgos de Frédéric.



El funeral se celebra en el cementerio de Ville-Marie, junto al río. La procesión incluye al sacerdote jesuita que había viajado con ellas desde Quebec, un administrador colonial varios grados por debajo del intendente que había oficiado la ceremonia del día anterior, dos soldados del regimiento de Carignan-Salières, uno de ellos el que había acompañado a Laure al Hôtel-Dieu, la hermana hospitalaria presente en la muerte de Madeleine, algunas de las hermanas de la congregación de Marguerite Bourgeoys, y unos cuantos salvajes algonquinos. Los dos sacerdotes jesuitas, incluyendo el que había pasado tanto tiempo hablando con Madeleine, celebran la ceremonia fúnebre. Cuando empieza el ritual, el más joven mantiene los ojos bajos.

Los algonquinos han venido para enterrar, junto a Madeleine, a un anciano de su pueblo que ha muerto de viruela. Era un salvaje convertido por los jesuitas, y de ahí que vaya a ser enterrado en el cementerio católico. Se han cavado dos hoyos en tierra para los cuerpos. Las hospitalarias han metido el cuerpo de Madeleine en un saco de lienzo, mientras que el cadáver del salvaje se ha dejado expuesto. Lleva el rostro y la camisa pintados de rojo, lo que asusta a las muchachas recién llegadas. Los otros residentes de Ville-Marie parecen acostumbrados a esta tradición. Una anciana toma la pala que le ofrece un soldado y comienza a echar tierra sobre el cuerpo.

Uno de los salvajes más jóvenes fija su mirada más allá del grupo, en Laure. Permanece de pie a cierta distancia, lejos del sacerdote y de los otros colonos franceses. Parece interesado en el reluciente vestido de Laure, pero aparta los ojos cuando ella advierte que la está mirando.

Laure se pregunta si el otro soldado es el oficial Frédéric. Ella lleva su medallón colgado del cuello. Echando un vistazo a los colonos, no parece haber nadie aquí por encima del rango de zapatero. Laure lleva el medallón como un amuleto para que la proteja del bruto con el que pronto se espera que se case. «Madeleine, debería haber príncipes y duques para honrarte», piensa, mirando fijamente el tosco saco de algodón con el cuerpo de Madeleine dentro. «¡Qué pequeña huella has dejado en el mundo! Ni uno de estos necios que mascullan sus conjuros te ha oído hablar jamás. ¡Qué voz tan dulce tenías! ¡Y siempre esas buenas palabras que salían de ti! Solo el jesuita joven, que esparce humo de incienso sobre tu cuerpo, tiene idea de qué buena y noble persona eras. Tan pura como una santa.»

Laure se pregunta qué siente el nuevo sacerdote al pronunciar sus rezos sobre el cuerpo muerto de Madeleine. El de más edad pronuncia los ensalmos a toda prisa, acostumbrado a la muerte. Pero quizá el joven esté conmovido por el fallecimiento de Madeleine, e incluso afligido. ¿Qué será de él, que ha elegido dejar atrás una cómoda infancia y una buena educación para estar aquí entre residentes de los hospicios del reino y despiadados salvajes? ¿Cuánto pasará antes de que estos inmensos bosques se lo traguen también a él? ¿Un mes? ¿Un año? ¿Resurgirá de ellos como el hombre encorvado que está junto a él con los miembros mutilados, pronunciando palabras en lenguas salvajes, entumecido hasta la muerte?

El sacerdote sigue repitiendo que es una desgracia que se haya desperdiciado la joven vida de Madeleine. Que esta muchacha, traída hasta aquí a costa del rey, nunca se convertirá en una esposa de la colonia, ni vivirá para criar ningún hijo. «¡Si este religioso supiera que tú preferías morir antes de romper el voto de castidad que habías hecho por ti misma sin el apoyo de ninguna orden, sin llevar las ropas de una mujer santa...!»

«Solo ese feo salvaje se da cuenta de que llevo mi mejor vestido para ti, Madeleine. Tú probablemente me dirías que no lo llame feo. Pero hasta desde lejos puedo ver que su rostro tiene cicatrices. Madeleine, ahora eres la santa de ninguna parte. ¿Cómo puedes ser enterrada aquí, en estos bosques brutales? ¿Cómo sabrás dónde estás? Me está mirando de nuevo, y creo que hay compasión en sus ojos negros, pero no sé leer las caras de los extraños salvajes.»

A Laure le empiezan a temblar los hombros y comienza a tambalearse. El joven algonquino lo advierte y corre hacia ella.

—*Malade?* —le pregunta.

Laure niega con la cabeza. Él tiene el rostro marcado por la misma enfermedad que ha matado al anciano. Laure ha oído hablar mucho sobre ese mal que se ha llevado a tantos de los salvajes que viven junto a los franceses, y que incluso ha hecho pensar a algunos de ellos que son los sacerdotes jesuitas los que llevan consigo la maldición de esa enfermedad. Sin embargo, y a diferencia de muchos de su raza, él ha sobrevivido. Mireille y Madeleine, en cambio, sucumbieron a las suyas. Ahora que está junto a ella, Laure puede oler la grasa de animal y las pieles que cubren su cuerpo. Este es ya un olor que ella asocia a Canadá. Se familiarizó con él en el viaje en canoa, en los largos y silenciosos días que pasó remontando el río con remos de madera y durmiendo de noche en el bosque. Los hombres se reían de Laure cuando ella se quejaba de que olían a carne podrida como carniceros. Ese es el olor de la plata de Canadá, le respondían.

El salvaje habla en su extraña lengua mezclando algunas palabras en francés. Señala a la ceremonia que se desarrolla ante ellos y empieza a contar algo con los dedos. Laure cree que se lamenta del número de personas de su pueblo que han muerto. Señala con la barbilla hacia las mujeres de la Congregación de Notre-Dame, como sugiriendo que Laure forma parte del

grupo y debería estar más cerca de ellas. Laure niega con la cabeza. Quiere que él se marche, que la deje sola con su aflicción.

Él le dice que se llama Deskaheh, y añade que es un nombre iroqués, pero que él es algonquino. Luego espera a que ella se presente. En lugar de ello, Laure señala el cuerpo y dice:

—Madeleine.

Entonces Deskaheh hace lo propio con el hombre pintado de rojo. Laure no entiende las palabras con las que pronuncia el nombre del anciano.

Ella desearía decirle a este salvaje que también estaba Mireille, una muchacha de Francia que había muerto, y que, aunque en realidad no le gustaba mucho, ella no quería que muriera. A Laure también le gustaría decir que todavía llora la muerte de una anciana y rica señora que había sido muy amable y le había enseñado muchas cosas. Y si hubiera de mirar todavía más adentro en el pozo de su aflicción, podría hablarle de su padre y de su madre, que en este momento es posible que también hayan muerto. Podría decir que todavía oye a su padre cantando una canción concebida para una niña y que es una broma cruel de la mente recordar esa melodía después de tanto tiempo. Pero supone que este salvaje también podría hacer lo mismo que ella. Laure duda de que este sea su primer funeral, e imagina que las cicatrices de su rostro son solo el principio de su historia.

Mathurin, que ha observado que el salvaje está hablando con Laure, se acerca hasta ellos con andares presuntuosos. Laure no sabe cuál de los dos hombres le repugna más. Los dos huelen terriblemente mal, aunque de formas distintas, y le hablan cuando no tienen ningún derecho a hacerlo.

—¡No la han enviado hasta aquí para pasar el tiempo hablando con salvajes! —dice Mathurin cuando les alcanza.

A juzgar por la expresión de perplejidad en el rostro de Deskaheh, este no entiende todas las palabras de Mathurin, pero el tono resulta bastante claro.

—*Malade!* —exclama, justificando por qué se ha acercado al lado de Laure.

Pero Mathurin interpreta la palabra de Deskaheh como un insulto. Sus mejillas adquieren un color sanguíneo, y alzando los hombros da un paso hacia Deskaheh, que retrocede.

Laure se interpone entre los dos. No quiere llamar la atención de los demás asistentes al funeral. Pero Mathurin ya ha levantado el puño y lo lanza en dirección a Deskaheh sobre la cabeza de Laure.

Deskaheh aparta a Laure de un fuerte empujón, y ella cae apoyándose con las manos en el suelo, con el vestido extendido a su alrededor como una ola. El grito que da al tocar el suelo interrumpe el funeral. Se da cuenta de que los algonquinos parecen sorprendidos al ver que Deskaheh ha tirado a una mujer francesa al suelo. Mathurin aprovecha la oportunidad para volver a lanzar el puño sobre Deskaheh. Esta vez sus nudillos se topan con la nariz del salvaje, de la que empieza a manar sangre. Laure se levanta como puede y se aparta de los contendientes, pero no antes de que varias brillantes salpicaduras de la sangre de Deskaheh aterricen sobre su falda.

La enfermera del Hôtel-Dieu se aleja corriendo del sacerdote, ahora callado, y sus fieles. Laure quiere decirles algo a los soldados que separan y levantan a los dos hombres, explicarles lo que ha ocurrido realmente. Pero antes de que pueda abrir la boca, la enfermera le ha dado otra dosis de láudano.

Esa tarde, cuando Laure se despierta de nuevo en la alcoba de la Congregación de Notre-Dame, pide una vela y papel y tinta. Parece que no hay nada que ellas puedan hacer para protegerla, pese a sus palabras amables, la medicina y los brazos que le tienden. Una de las hermanas le lleva a Laure los artículos solicitados. La misma mujer también le devuelve su vestido, diciéndole que han conseguido quitar buena parte de las manchas de sangre. Laure sostiene la falda a la luz de la vela. Las salpicaduras están desvaídas y tienen un tono pardo.

—Es un hermoso vestido —dice la monja—. El rastro de las manchas apenas se ve. Nadie va a mirar tan de cerca.

Es mentira. Cuando examina la falda, Laure no puede ver otra cosa que los rastros de sangre. Pasa los dedos por encima.

En el cuarto hay un pequeño escritorio. La joven hermana que le ha llevado la tinta y el papel le dice que ella no sabe escribir. Le pregunta si puede quedarse a mirar mientras Laure redacta la carta. Al menos Laure está contenta de que aquí tenga permiso para escribir. No tiene que ocultarse como

hacía en la Salpêtrière, esperando a disponer de unos minutos al final de la jornada de costura para escribir la frase que había estado ensayando durante horas en su mente.

Por lo que Laure ha visto hasta ahora, Ville-Marie es una desesperada empresa de guerra constante contra los salvajes iroqueses, de soldados a los que se asignan trozos de bosque, de comercio con pieles de animales para sobrevivir. Las codiciosas fantasías de los hombres de hacerse ricos enseguida se ven reemplazadas por una incesante rutina de cortar madera y combatir a los insectos. La mayoría renuncian y se vuelven a Francia. Solo los desquiciados o los realmente desesperados se quedan. Laure odia ya todo esto y quiere marcharse. Pero por el momento está contenta de que, aunque solo sea una huérfana del Hospital General de París, le hayan dado una vela y espacio en un escritorio para escribir.

Laure moja la pluma en la tinta. Todavía piensa en el funeral, en el salvaje que le dijo su nombre. Ella no tiene nadie a quien poder enviar una carta, de modo que escribe a Madeleine, que está muerta, pero que sigue siendo su mejor y única amiga. Además, Laure ha aprendido que probablemente sea mejor no escribir carta alguna a una persona viva. En su experiencia, lo que se escribe sobre el papel es mejor mantenerlo en secreto.

Julio de 1669

Querida Madeleine:

Hoy es el día de tu funeral. Me han dado mi propia habitación. Supongo que ahora soy la reina del Nuevo Mundo. Por la ventana puedo ver mis dominios: una jardín debajo, y más allá la campiña interminable. Solo que mis súbditos son las bestias salvajes, como el mapache, el castor el zorro, la marta, y un incontable número de pájaros del bosque. Mi príncipe es un soldado que parece un cerdo. Ha defendido mi honor y me ha salvado de un salvaje que es iroqués y algonquino, a la vez amigo y enemigo.

Al final resulta que nos han enviado aquí para nada. La mayoría de los hombres no quieren nada de las mujeres de la Salpêtrière. Se les obliga a casarse cuando ellos se contentan perfectamente con recorrer los bosques en busca de pieles y muchachas salvajes. En realidad no quieren establecerse aquí y construir casas y aldeas o ciudades en los bosques. La mayoría de ellos solo quieren marcharse, volver a la Vieja Francia.

Nada me gustaría más que poder soplar esta vela y encontrarme de nuevo en el dormitorio Sainte-Claire. Soportar la campana matutina, verte arrodillada en tu catre, comer lo poco que haya... Saber que nada se saca de quejarse. Sentir como tú que un cuerpo bien alimentado no es nada comparado con un alma bien alimentada. Contentarse con esperar. Lamento todo lo que he destruido. No soy digna de tu perdón.

*Tu amiga,
Laure Beauséjour*

Tercera parte

Ces filles de France purent s'approprier au cheval et au canot; apprendre à préparer le pot-au-feu du pays, à faire la lessive à la rivière, à coudre ou à raccommoder, à filer et à tisser laine et lin, à tenir un ménage, à élever des enfants; surtout, s'habituer à vivre avec la peur des Indiens et à surmonter cette peur.

[Estas hijas de Francia se acostumbraron al caballo y a la canoa; aprendieron a guisar la carne de la zona, a hacer la colada en el río, a coser o remendar, a hilar y tejer lana y lino, a llevar una casa, a criar hijos; pero sobre todo aprendieron a vivir con el miedo a los indios y a vencer ese miedo.]

MARIE-LOUISE BEAUDOIN,

Les premières et les filles du roi à Ville-Marie

Laure está sentada en el jardín de la congregación. Le gusta pasar aquí el tiempo, alejada de las demás. Desde el mismo día del funeral le han dado permiso para quedarse sola en la alcoba, separada del dormitorio donde duermen las otras chicas. No se puede negar la amabilidad de la madre Bourgeoys y de sus dos novicias, Marie Raisin y Anne Hiou. Hasta Madame Crolo, a la que llaman «el asno de la casa» porque trabaja sin parar como la más bruta de las sirvientas, es bastante amable. Aunque las hermanas de la congregación se dedican a alojar a las mujeres de Francia y a prepararlas para sus maridos, su principal ocupación es enseñar a las muchachas salvajes y francesas de la colonia. Algunas de estas niñas, quizá huérfanas, están internas en la congregación. Además, el edificio se utiliza para firmar contratos de matrimonio, para enseñar la religión a las ancianas los domingos y para velar los cuerpos de los difuntos la noche antes del entierro.

En la congregación, Laure conoce a Jeanne Le Ber, una niña de familia acomodada entregada a la oración. Tiene siete años, y ya sabe que quiere una vida de plegaria y mortificación de la carne. Aunque su dote está valorada en cincuenta mil escudos y tiene pretendientes a lo largo de todo el río desde Ville-Marie hasta Quebec, y también al otro lado del mar, en la Vieja Francia, la niña jura que permanecerá virgen. Laure reconoce la expresión de obstinada resolución de los labios de Jeanne Le Ber, y sabe que nunca se casará por mucho que los demás le digan que es solo una niña y que tiene toda una vida por delante y una fortuna a su disposición.

A veces Jeanne se sienta con Laure y le confía las turbaciones de su corazón. Algunos niños nacen ya viejos, o eso dice Marguerite Bourgeoys. La niña le cuenta a Laure que ella solo tiene hermanos muy pequeños y ninguna hermana. Le explica que a sus padres no les gusta que pase tanto tiempo en la congregación de Marguerite Bourgeoys y en la capilla del Hôtel-Dieu, pero esos son los sitios donde ella se siente más a gusto. Su padre dice que no es posible que una niña pase todo el día rezando como una anciana, pero Jeanne afirma que a ella le contenta hacerlo. Su padre tiene la intención de enviarla a las ursulinas de Quebec, donde se alejará de esos extraños rituales y

aprenderá lo que se espera de ella.

Aparte de sus rezos, Jeanne disfruta aprendiendo costura. Laure reconoce en la niña los dedos rápidos, largos y delgados de una experta costurera. Borda escenas religiosas en la tela y luego regala su trabajo a Marguerite Bourgeoys o a las hospitalarias del Hôtel-Dieu. Laure no puede menos que pensar que tal talento, además de una fortuna, se está desperdiciando en esta melancólica criatura. Jeanne se niega a ponerse los vestidos de finos tejidos de Francia que su madre le prepara cada mañana. En cambio, lleva un sencillo vestido de lino parecido al uniforme de la Salpêtrière del que Laure estaba tan ansiosa por deshacerse.

Algunos días puede oírse a la madre de Jeanne sollozando en compañía de Marguerite Bourgeoys.

—Mi pequeña azota su perfecta y blanca carne hasta que aparecen feos verdugones. Se niega a comer ¡y está tan delgada...! ¿Cómo puedo ver a mi única hija, la niña a la que acaricié y froté con unguento, a la que traté con manos tan cuidadosas, infligirse heridas a sí misma?

Marguerite Bourgeoys es una mujer práctica que dice que la mejor devoción pasa por el trabajo arduo y el servicio a los demás, que fregar suelos es una forma de enviar una oración directamente al cielo. Ella no sabe qué decirle a la familia de Jeanne Le Ber. Solo puede hacer por esta niña rica lo mismo que hace por todas las muchachas bajo su cuidado. Anima a Jeanne a hacerse más humilde esforzándose en el trabajo, a acarrear cubos de agua, a encender el fuego y mantener la leña ardiendo, a preparar la carne y las verduras para la comida diaria. De ese modo, a la larga la joven estará preparada para casarse con alguien y llevar una casa. Pero Jeanne solo desea quedarse mirando la pared, arrodillarse ante el altar, leer su devocionario y bordar motivos religiosos. No está interesada en el trabajo arduo.

Desde luego, Jeanne no es como las otras niñas de la congregación, ya que constantemente tiene consigo a una acompañante, su prima Anna Barroy. Es esta una mujer bulliciosa y rechoncha, y preocupada por los asuntos prácticos. Ella es la que anima a Jeanne a comer y la que la convence para que se levante cuando lleva demasiadas horas arrodillada.

Las *filles à marier* creen que Jeanne Le Ber es tonta e ignoran su presencia. Laure es la única que ve algo familiar en ella, ya que esta niña

reúne en sí la piedad de Madeleine Fabrecque, la riqueza y el estatus de Mireille Langlois, y el mismo corazón obstinado que late en el pecho de Laure. Se convertirá en una santa, dedicando su vida entera al culto, como ella dice, y nadie, ni sus padres, ni siquiera Marguerite Bourgeoys, la convencerán de lo contrario.

A diferencia de la mayoría de las órdenes religiosas, las hijas de la congregación, como se las llama, son libres de viajar por todo el territorio. Laure se pregunta cómo es posible que estas mujeres hayan dejado atrás vidas prósperas en la Vieja Francia para venir a esta colonia. Marie Raisin le ha confesado que echa de menos la literatura y la música, como si Laure hubiera conocido esas cosas en la Salpêtrière. Ella no se molesta en decirle a Marie que aquí, en la congregación, ha comido su primer trozo de carne en varios años.

Hasta ahora las circunstancias de Laure han sido más confortables en la colonia. Es la primera vez que tiene su propio cuarto. ¡Qué extraño resulta despertarse sola en una cama y alzar la vista hacia el techo inclinado del altillo y la diminuta ventana por donde entra un chorro de luz destinada solo a sus ojos! Durante el día también se ha eximido a Laure de unirse a las otras *filles à marier* en sus lecciones en el taller de la congregación. Ellas están aprendiendo a hacer cosas que Laure ya sabe, como tejer calcetines de lana y coser camisas de algodón para sus futuros maridos. Laure prefiere estar fuera al calor del sol antes que dentro oyendo hablar sin parar a las hermanas de la congregación acerca de lo grandes esposas que serán las muchachas campesinas. A las otras chicas en realidad no les importa que Laure tenga un permiso especial para estar en el jardín, ya que en la Vieja Francia la mayoría de ellas pasaban el tiempo fuera en los campos, y ahora están contentas de poder mantener su piel lejos del sol. Prefieren aprender a coser, ya que muchas de ellas estaban acostumbradas únicamente al crudo trabajo al aire libre. Para excusar su ausencia, las monjas les dicen a las demás que Laure pronto estará mejor y podrá unirse a ellas. Pero Laure no se siente enferma en absoluto.

Este es el primer jardín en el que ha estado Laure. En París, solo las mujeres ricas como la superiora de la Salpêtrière tenían jardines. Ni siquiera Madame d'Aulnay tenía su propio jardín. Laure se sienta en el suelo, entre las hileras de hortalizas y hierbas, y alza el rostro hacia el sol, imaginando que

está de regreso en Francia y que esa parcela de tierra es suya. Al cabo de un momento sale de su ensueño y da comienzo a su rutina de cuidar los cultivos de la zona de la huerta tal como le ha enseñado la madre Bourgeoys.

Se pone de pie para comprobar la altura de los tallos del maíz, luego recorre las hileras de tomates y judías, asegurándose de que no haya signos de que ningún animal se haya deslizado bajo la cerca durante la noche. Usando ambas manos, Laure arranca las resistentes malas hierbas que crecen entre las plantas y las arroja a un lado. Luego se agacha junto a las fresas y coge unas cuantas para comérselas.

Cuando alza la vista, Laure se sorprende al ver a Deskaheh arrodillado al otro lado de la cerca con uno de los otros salvajes del entierro. Se pregunta cuánto tiempo llevan ahí observándola. Ellos ríen al ver que ha advertido su presencia. Deskaheh tiene la nariz amoratada e hinchada, lo que le hace parecer aún más feo que antes. Pero su sonrisa es juvenil y relajada. Él pasa la mano a través de la cerca, y Laure retrocede de un salto. Los dos muchachos ríen.

A las chicas se les ha dicho que no den de comer directamente a los salvajes que piden fuera de la congregación. Las donaciones tienen que recibir primero la aprobación de la madre Bourgeoys. Laure sabe que Deskaheh y su compañero serían ahuyentados por una de las monjas. Ellos son alborotadores, y no auténticos mendigos, y llevan camisetas blancas holgadas como los comerciantes de pieles franceses.

Pero Laure siente que tiene que compensar a ese Deskaheh por haber sido amable con ella en el funeral. Al fin y al cabo, no hizo más que preocuparse por su salud. Mathurin no debería haberle pegado. Laure coge dos tomates de una mata y les da uno a cada uno. Deskaheh observa la hortaliza en la mano e intercambia unas palabras con su compañero. Luego se meten los tomates en sus costales. Deskaheh vuelve a pasar la mano a través de la cerca. Laure recorre las hileras de plantas de la huerta, llenándose las manos primero de fresas, y luego de judías. Cada vez que tiene las manos llenas, trae lo que ha cogido a la cerca. Procura no tocar las manos de los salvajes cuando les pasa el alimento. Les trae incluso un montón de hojas de lechuga. El compañero de Deskaheh niega con la cabeza ante la oferta y arroja las hojas al suelo.

Laure recorre la huerta entera, llenándoles sus dos sacos. Cuando ha terminado, Deskaheh pasa la mano a través de la cerca por tercera vez. Está evaluándola con la misma mirada que ella percibió en el duque y en el sastre Brissault. Todavía sigue sonriendo. Su amigo se apoya en la cerca y hace señas a Laure para que les siga. Entre ellos hablan en una lengua salvaje, probablemente algonquino, que Laure no entiende, aunque sabe que Deskaheh conoce algunas palabras del francés. Los dos examinan las diferentes partes de su cuerpo y luego se dicen algo. Ella da un paso atrás.

Laure ve que ambos llevan un cuchillo al cinto, y si bien Deskaheh es más alto, los dos son tan grandes como hombres adultos, aunque probablemente tengan solo la edad de ella. La cerca que la separa de ellos es fácil de saltar. Laure se aleja de Deskaheh y su compañero y corre hacia la casa. Pero tropieza con la falda y cae de rodillas sobre la tierra del jardín. El sonido de sus risas la persigue hasta la fría entrada de la congregación.



Laure no dice nada a nadie sobre los dos salvajes a los que ha visto fuera. Las otras muchachas pensarían que está loca por acercarse a ellos. Ella está enfadada consigo misma por haber dejado ver su temor a esos chicos. Debería haberse mostrado más valiente, como cuando salió del hospital y anduvo hasta París para ver a Mireille. Como cuando el director del hospital visitó el taller y le dijo que su vestido era impío, y ella contuvo el aliento esperando a que se marchara, fingiendo que era una joven rica que había hecho ajustar su vestido por las pobres residentes del hospital. ¿De qué puede tener miedo en esta colonia?



Deskaheh vuelve a la huerta al día siguiente, y de nuevo al siguiente. Aparece acompañado de distintos muchachos. Pero ninguno de esos chicos regresa nunca sin Deskaheh. En cada ocasión, Laure les llena sus costales de maíz, tomates, judías, frambuesas y cualquier cosa que esté a punto de ser

cosecada. Crece tanta comida en la huerta que nadie nota la ausencia de lo que ella les da. Deskaheh sigue riéndose y hablando de ella a sus amigos en la lengua algonquina, pero Laure ya no tiene miedo.



Una noche, cuando Laure lleva ya muchas semanas en la congregación, le escribe otra carta a Madeleine.

Querida Madeleine:

Es bueno que todavía me dejen tener mi propia habitación aquí. Como corresponde a una reina. ¿Recuerdas que me llamabas la reina del Nuevo Mundo? Las otras muchachas se comportan peor que en el barco, puesto que ya no tienen miedo de que les sorprenda la muerte en el mar. Andan riéndose por lo bajo e intrigando durante todo el día acerca de con qué horrible campesino se casarán a no tardar. Algunas de ellas ya han estado casadas antes y todavía sueñan que esta vez conocerán a su príncipe. Están aprendiendo a hacer cortinas que coserán en sus nuevas chozas y a zurcir calcetines para sus futuros maridos. Sus dedos son lentos y gordos, y Madame du Clos no toleraría su torpeza en su taller. Me niego a hablar con ninguna de ellas. Afortunadamente me temen, de manera que me dejan en paz.

Aquí las monjas son más amables con nosotras que las celadoras de la Salpêtrière. Están desesperadas por hacer un buen trabajo, ya que han dejado atrás unas circunstancias afortunadas en la Vieja Francia para enseñar a las mujeres de la colonia. Como Marie de l'Incarnation en Quebec, prefieren enseñar el catecismo a las muchachas salvajes antes que enseñar a tejer calcetines a las de Francia. Estas jóvenes salvajes te habrían gustado de verdad. Son muy piadosas, a diferencia de las chicas de la Pitié que vinieron con nosotras en el barco.

En las comidas ponen mucha cantidad. Los guisados están llenos de carne de bestias de los bosques. Yo paso los días en el jardín viendo crecer las plantas. Finjo estar trabajando, pero en realidad solo me quedo sentada al sol. Mi mente se queda tan vacía que olvido que ha pasado el día entero

hasta que la luz se desvanece y empiezo a tener frío.

El salvaje del entierro ha estado viniendo a la cerca. Debería hablarle de él a alguna de las hermanas. Le he dado la mitad de las hortalizas de la huerta y él sigue riéndose de mí. Me encuentra tan fea como yo a él. Cuando habla en francés, suena como si una serpiente me silbara en la oreja. Aun así, escucharle es mejor que estar dentro aprendiendo a tejer calcetines.

Pronto tendré que casarme. Entonces empezará de verdad mi vida aquí. Me aterra que llegue ese día.

Tu amiga,

Laure Beauséjour

Laure apaga la vela y apoya la cabeza entre los brazos. En Canadá sus sueños son extraños. Están plagados de los gritos del bosque.



Laure tiene una larga melena, y cuando se sienta en el jardín de la congregación toda ella se esparce a su alrededor. Tiene cabello suficiente para llenar el jardín entero. Los largos mechones negros cubren las hortalizas. Tapizan las calabazas y las demás cosas extrañas que aquí surgen de la tierra. Su cuerpo está enredado con la huerta. El suelo tira de ella hacia abajo por sus cabellos. Por el momento la cerca mantiene el bosque alejado, pero está avanzando.



Deskaheh ha venido a verla. Su fealdad le causa dolor. Ella arranca todo lo que puede de la tierra para dárselo. Entrega las hortalizas, todavía con terrones adheridos, a los brazos que él le tiende. Pero en su lugar él alarga la mano a través de la cerca y la coge por el cabello. Lo enrosca en torno a sus dedos y se ríe. Ella quiere hacer que deje de reírse, pero no sabe cómo. Él tira de ella, atrayéndola cada vez más hacia la cerca. Sus ojos están llenos de odio.



Cuando Laure despierta de este sueño, fuera solo está el bosque, y la luz de la luna baña sus brazos, que ahora le hormiguean. Ya sabe cómo hacer que él deje de reírse. Coge su peine y se acerca a la ventana. Los salvajes creen que de noche los muertos rondan entre los árboles, de modo que después del crepúsculo no deambulan por los bosques. Para los franceses es el momento más seguro para andar por la espesura. Aun así, nadie lo hace.

Laure está harta de sus burlas. Lleva el vestido gris del hospital. Era todavía una niña cuando se lo dieron; un nuevo blusón cada dos años para cada residente. Han pasado casi dos años desde que le dieron este, y el lino se ha vuelto delgado y desigual. Aquí no va a necesitar un nuevo vestido de hospital. Sujeta el tejido entre las manos, clavando las uñas en él. El viejo vestido se rasga con facilidad por delante. Ella aguarda a ver si se oye algo en el bosque; pero solo escucha las voces que la reprenden dentro de su cabeza.

Laure se pregunta cómo debe de ser correr a través de los bosques de noche. Tropezar con tocones y ramas, cortarse, recibir picadas de insectos y ser atacado por animales. Cómo sería perderse en un mundo de árboles. Se pregunta hasta dónde llegaría antes de sucumbir a la inmensa espesura.



Deskaheh llama a las monjas de la congregación esposas de Manitú, ya que se entregan a su Dios en lugar de a sus maridos. Dice que las mujeres salvajes solo se entregan así a Manitú cuando son muy viejas, después de haber tenido hijos y nietos y de haber experimentado todas las cosas de la vida. Solo entonces pueden aconsejar a otros acerca de cómo vivir. Laure le habla de la jovencísima salvaje que vio en Quebec y de cómo aquellas chicas rezaban con más fervor y eran más devotas que las francesas. Ella no cree que con tanto rezo se estén preparando para tener maridos. Él se encoge de hombros y le dice que tal vez existan tales muchachas. Laure y Deskaheh necesitan media hora para transmitir una idea por medio de gestos y de lo

poco de francés que él habla, pero Laure afirma que las lenguas no importan porque el espíritu de una persona puede conocerse antes de que pronuncie siquiera un solo sonido. Eso había sido así con la superiora, con Madeleine, con Madame du Clos, y hasta con algunas de las hermanas que Laure ha conocido aquí en Canadá. Aunque, desde luego, se había equivocado con Mireille Langlois, y tampoco está segura con respecto a Deskaheh.



Él no debería mirarla en la huerta, no debería mirarla cuando duerme. Laure no es tan ciega o sorda como él cree. Debe de haberse destrozado las piernas con la corteza y los bordes puntiagudos de las ramas al trepar al árbol para mirar a través de su ventana. ¿Ha visto los brillantes ojos de los animales del bosque en su camino hasta aquí? ¿Se ha preguntado si Laure tendría el mismo cuerpo y el mismo cabello de noche, dormida como una mujer viviente, o acaso ha creído que ella podría estar fuera vagando, hambrienta como los animales y los espíritus de los muertos?

Laure le había indicado a Deskaheh qué ventana era la suya, señalándola con la barbilla desde la huerta. Él tenía las manos llenas de maíz. Ella le había dicho que disponía de su propio cuarto porque era una reina. Él no había estado de acuerdo, y había replicado que Laure estaba sola porque había sido mala con las esposas de Manítú. Pero ella no esperaba que él recordara dónde dormía de noche, que lo guardara en su mente. Esta noche Laure hará saber a Deskaheh que ella no es tan ciega o sorda como las otras mujeres de la congregación; que sabe que él está allí.

Él ha trepado al árbol a la altura perfecta, y está cerca de la ventana. Laure tira hacia abajo de lo que queda de su vestido, deslizándolo por sus brazos. El tejido está ya muerto. Frágil como una tela de araña, se le desprende como polvo. Desnudarse para Deskaheh es como ofrecerle hortalizas. Ella desea llenarle las manos con los frutos de la huerta. Así podrá probar el trigo, la uva y las peras que no se crían en esta tierra, junto con su maíz, sus calabazas y sus bayas. Quiere robarlo para él del suelo hasta que la huerta esté vacía y no crezca ya nada más.



Laure coge el peine y empieza a deslizarlo por sus cabellos. Una vez se ha cubierto los hombros y los senos, vuelve a dejar el peine. Luego encuentra la pluma y la moja en el pequeño tintero. No sabe qué más hacer.

Escribe con mano temblorosa:

El salvaje del funeral está aquí. Deskaheh. Por la noche y justo delante de mi ventana. Debe de pensar que estoy ciega porque está ahí sentado a solo unos centímetros del cristal, mirándome directamente. Ahora hay un hombre salvaje en mis sueños. Ha trepado a un árbol para venir a verme. Aquí no hay hortalizas, de modo que sé que ha venido solo por mí. Probablemente debería tener miedo de él como las demás muchachas, que salen corriendo cuando los ven en la calle. Incluso de los que se supone que son nuestros aliados. Los salvajes, como la mayoría de las cosas aquí, son asunto de los hombres. Su rostro lleno de cicatrices es realmente lo único que me interesa de Canadá. Aquí todas las demás piensan que soy rara, y yo pienso aún peor de ellas.

Tal como esperaba, él está disfrutando. Esta noche no se ríe. ¡Aguarda!, le mostraré un poco más de lo que quiere ver. Creo que le gusta este cabello negro mío, que es una maldición porque repele a todos los hombres de talla. La expresión de su rostro cuando me aparto me hace desear sacar la mano por la ventana y atraerlo a través de ella.

Pero es demasiado tarde.

El juego ha terminado, y por ahora he ganado yo.



Laure espera hasta que Deskaheh se haya ido antes de meterse en la cama. Abraza lo que queda del viejo vestido contra su pecho desnudo y desliza sus dedos por el vientre. Un dolor nuevo ha entrado en su vida. Es alegre y triste, y envuelve a todos los demás. Ha conseguido que Deskaheh deje de reírse. Le ha dado lo que él quería más aún que las hortalizas. Laure

aprieta las piernas recordando la seriedad de sus ojos. Ella no puede menos que estremecerse ante la inmensidad del nuevo país, preguntándose cuánto más lejos tendrá que ir su cuerpo todavía. Pero, exactamente igual que en todos los otros momentos sensibles de su vida, Laure está ya despidiéndose. Sabe que este nuevo fuego debe ser extinguido. Si su vida en Canadá ha de tener un mínimo de sentido, si ha de permanecer la Laure que es costurera y antigua *bijou* del mayor hospicio de todo el Imperio francés y fuera de él, entonces debe poner fin a esta amistad impía.

Al final Laure acepta casarse con Mathurin en octubre. Posiblemente eso es lo único que puede hacer, ya que todas las demás *filles à marier* que se alojaban en la congregación se han casado y ahora viven con sus nuevos esposos. Por eso es por lo que se ha enviado a cientos de mujeres a Canadá con un gran coste para las arcas reales. Algunas de las muchachas estuvieron encantadas de aceptar al primer hombre que acudía a la madre Bourgeoys en busca de una esposa entre sus pupilas. Otras, sobre todo las que se casaban por segunda vez, se mostraron más hábiles en su decisión, investigando primero sobre las condiciones materiales de su nueva vida. ¿Tendrían una cabaña donde ir? ¿Qué muebles, qué fortuna, poseía ya su futuro marido?

Como en Quebec, las que habían traído consigo algunas libras propias no querían verlas malgastadas en un hombre que no poseía nada. Las mujeres fuertes y de la edad apropiada para parir, ni demasiado viejas ni demasiado jóvenes, habían podido ser más selectivas con sus parejas. De hecho, ya han llegado a la congregación noticias de varios embarazos. Pero, como en Quebec, también aquí se han anulado dos matrimonios. La anulación se produjo en ambos casos después de que ella descubriera que su marido había mentido sobre el estado de su fortuna. Pero de muchas de las casadas, incluso de años anteriores, no se ha vuelto a tener noticias desde que dejaron la congregación con sus nuevos esposos, y se supone que son felices.

Laure había postergado todo lo posible su inevitable destino. Sus intentos de encontrarse con Frédéric, el joven oficial prometido en matrimonio a Mireille, se vieron frustrados: se enteró de que él ya se había desposado con una muchacha del cargamento de mujeres de Francia de 1668, una de las *filles de bonne naissance* enviadas especialmente para casarse con oficiales. Ha sido mejor, piensa Laure, que Mireille no hiciera todo el viaje hasta la colonia solo para descubrir que llegaba con un año de retraso. Mireille, con sus buenos modales y su hablar prudente, se habría visto obligada a casarse con un campesino tal como algunas de las mujeres de buena cuna habían hecho en Quebec. Laure piensa que a veces es mejor morir que vivir lo que la vida te tiene reservado.

En cuanto a Deskaheh, ¿cómo puede explicarle Laure su decisión de casarse con Mathurin? ¿Tiene que hacerlo? ¿Qué les importa a los salvajes lo que hagan las mujeres de la congregación con tal de que de vez en cuando les ofrezcan comida y otros productos en la puerta? Pese a ello, Laure le había susurrado la noticia de su inminente matrimonio a Deskaheh a través de la cerca de la huerta, con el viento de otoño como fondo, cuando todos los tallos de las hortalizas se habían vuelto de color pardo y se marchitaban a sus pies. Mientras Laure hablaba, Deskaheh asentía con la cabeza, pero ella dudaba de si la entendía, dado que normalmente asentía a todo lo que le decía.

Deskaheh ya no volvió más a verla a su hora habitual por la tarde, pero Laure no estaba segura de si era porque la helada nocturna había arruinado la huerta o es que había entendido que ella pronto iba a casarse y, por lo tanto, él debía mantenerse alejado.



La boda de Laure será un asunto rápido. Como con las demás muchachas, la ceremonia legal se celebrará en la entrada de la Congregación de Notre-Dame. Los dos testigos que firmarán el contrato de matrimonio de Laure son la superiora, Marguerite Bourgeoys, y una hermana de rango inferior. Laure ha estado ya en varias de esas ceremonias desde su llegada a Ville-Marie el verano pasado.

A comienzos de otoño, Laure se había encontrado varias veces con Mathurin antes de acordar la boda. Esos encuentros en el locutorio de la congregación no eran realmente necesarios, dado que Laure supo todo lo que debía saber sobre su futuro esposo el día que lo conoció, en la ceremonia de bienvenida en la colina. Mathurin está más que ansioso por complacerla. Tiene una exagerada percepción de sus logros en Ville-Marie, lo que al menos debería dotarle del entusiasmo necesario para sobrevivir aquí. Laure no espera ninguna sorpresa agradable de su matrimonio con Mathurin, y confía en que tampoco las haya desagradables.

En Francia, Mathurin había sido un hombre pobre. Aunque al futuro marido de Laure le había ido mejor que a quienes languidecían en la sección masculina del Hospital General de París, le habría bastado solo un revés de la

fortuna para unirse a ellos. Pero Mathurin había venido a Canadá, había sido soldado durante tres años, y ahora era un hombre libre con una parcela de terreno boscoso y una novia con un baúl de provisiones de París y la promesa del rey de una dote de cincuenta libras. Él afirmaba que los cientos de soldados que habían regresado a Francia, rechazando la real oferta de poseer tierras gratis, habían sido unos tontos; que es mejor mirar al futuro que volver la vista al pasado.

Los brazos de Mathurin son tan fuertes como su cuello y sus mejillas. Tiene treinta y dos años, y dice que este es su primer matrimonio. No era ese el caso de algunos de los otros pretendientes que habían mostrado interés por Laure, incluyendo a un viudo de cincuenta y tres años, un criminal de las galeras reales orgulloso que haber sido liberado de su condena en Francia por haber aceptado venir a la colonia. La madre Bourgeoys había regañado a Marie Raisin por organizar aquel encuentro concreto. Otro de los pretendientes de Laure había sido un canadiense de dieciséis años, que había acudido acompañado de su padre.

Cada vez que Laure había bajado las escaleras de la congregación para encontrarse con Mathurin, este se había mostrado bastante cortés, quizá incluso demasiado. Le había dicho que su cabaña estaba totalmente construida, y que era más grande y sólida que las casas de la mayoría de los colonos. Una cabaña terminada es lo más importante que las mujeres buscan en un marido. Las dos muchachas que habían vuelto a la congregación pidiendo la anulación habían descubierto que iban a dormir en tiendas en los bosques porque sus nuevos esposos aún no habían construido sus cabañas. Dadas las opciones de Laure, casarse con Mathurin era lo que tenía más sentido. Una vez que hubieran tenido unos cuantos hijos era posible que él la dejara a su propio aire, y todavía podría tener la oportunidad de convertirse en costurera.



El día de su boda, Laure lleva el vestido de Mireille. Aún está manchado con la sangre de Deskaheh, aunque desde entonces ha arreglado la costura del corpiño, que se rasgó cuando él la tiró al suelo. Laure se ha alegrado al ver que, después de varios meses alimentándose con la abundante comida de la

congregación, ahora el vestido le sienta mejor. Incluso ha tenido que ensancharlo unos centímetros para acomodarlo a sus nuevas formas. Dado que es el día de su boda, Laure decide recogerse solo un poco los cabellos. Sale de su alcoba y del dormitorio, ahora vacío, y se dirige al locutorio. Las hermanas que la han ayudado a cambiarse la siguen escaleras abajo.

Parece que Mathurin también ha tratado de vestirse de manera imponente para la ocasión. Ha cambiado sus calzones de trabajo por otro par más limpio y lleva puesto un abrigo ribeteado de piel de conejo, aunque este parece gastado y algo carcomido. Ha vuelto a untarse el cabello con grasa animal, lo que hace resaltar sus coloridas mejillas. Parece sudar a pesar del frío.

En octubre ya hace más frío en Ville-Marie que en París en enero. A las hermanas les preocupa que Laure no tenga tiempo suficiente para adaptarse a sus nuevas tareas domésticas antes de que la colonia entre en los meses más duros del invierno. Mathurin ha traído consigo una lista de sus pertenencias, redactada por el notario. El cofre de Laure contiene todo lo que ella posee. Uno de los muchachos contratados por la congregación lo lleva a la ceremonia.

Mathurin está sonriéndole. Al ver a su futuro esposo, Laure recuerda las palabras del discurso que pronunció el intendente en su primer día en la colonia. Había dicho que las mujeres recién llegadas serían como compañeras bíblicas para los hombres de la colonia. La tarea que las aguardaba aquí era mucho mayor de la que se esperaba de las mujeres en la Vieja Francia. En aquel momento Laure solo había escuchado a medias, preocupada como estaba por Madeleine y agotada por los largos meses de viaje; pero ahora esas palabras vuelven a ella. Laure había logrado rechazar a los hombres del barco y a los pretendientes que habían acudido a la casa solo para conformarse finalmente con Mathurin. Piensa en las muchachas que han pedido anulaciones después de sus primeros matrimonios, probando una segunda vez con la esperanza de conseguir un mejor partido. Pero también ha oído que algunas de esas segundas tentativas terminan peor que las primeras. Está resignada a vivir toda una vida con Mathurin. Al fin y al cabo, ¿qué otra esperanza le queda aquí ahora que ha dejado París y que su compañera y mejor amiga ha muerto?

Llega el notario con los documentos legales y la lista con los bienes de la pareja. Junto con los testigos, los recién casados firman el contrato de

matrimonio. Mathurin pone su marca, una cruz dentada, en el documento que contiene la fecha y el lugar de su unión, así como sus lugares de nacimiento y los nombres de sus padres. Laure consta como huérfana, pero no se molesta en corregirlo. La ceremonia dura solo unos minutos, y luego se dirigen a la capilla del Hôtel-Dieu, en la rue Saint-Paul, para la misa.

Después vuelven a la casa de la congregación. Mathurin le dice que ha traído un carro para llevarla a su cabaña. Tiene pensado arrastrarlo por entre las ramas y hojas caídas del camino forestal hasta llegar a Pointe-aux-Trembles, el asentamiento donde ha construido la cabaña en las tierras que le ha dado el rey.

Laure ve a Deskaheh de pie en la entrada de la congregación. ¿Sabe que ella se ha casado hoy? Debe de haberse corrido rápidamente la voz en todo el asentamiento. Deskaheh lleva una chaqueta de piel y unos pantalones como los de los franceses. Mira primero a Laure, y luego a Mathurin. Laure detecta un atisbo de burla en la forma en que él inclina la cabeza.

Mathurin observa con el ceño fruncido el modo en que este salvaje mira a su nueva esposa. Laure se pregunta si Mathurin reconoce a Deskaheh del día del entierro de Madeleine. Y si Deskaheh recuerda que Mathurin le dio un puñetazo, ¿qué debe de pensar ahora al verlos juntos? Aunque Deskaheh es feo, lo es menos que el hombre con el que acaba de casarse. Quizá en algún lugar, en lo más profundo de los bosques, él tenga una casa más confortable que aquella a la que ahora la llevan. Y puede que él no la llevara hasta ella en un ridículo carro como a un pollo. Pero esos pensamientos resultan de bien poca utilidad, ya que ninguna mujer francesa se ha casado nunca con un salvaje.

Su nuevo marido ha dejado de jugar con la rueda del carro, y ahora está de pie al lado esperando a que Laure se suba en él.

—¿No te hablé de los salvajes? ¿De lo peligrosos que son? Ni siquiera en estos que parecen amistosos se puede confiar. —Mathurin hace un gesto con la mano para ahuyentar a Deskaheh como si fuera un perro molesto—. Este fue capturado demasiado tarde por los algonquinos. No sabe adónde pertenece. Esos son los más peligrosos.

Laure permanece en silencio cuando inician su accidentado viaje a Pointe-aux-Trembles. Se pregunta hasta dónde se extienden los bosques por

delante de ellos.

Poco después se cansa de oír los gruñidos y jadeos de Mathurin en su lucha por arrastrar el carro a través de las irregularidades del terreno. A ese paso no van a llegar a su destino antes de que anochezca. Laure le ordena que pare y se baja del carro. Se pone al lado de su nuevo marido, y durante el resto del viaje caminará junto a él; incluso le ayudará a empujar el carro en los peores tramos del sendero.

Cuando llevan unas horas andando, Laure siente como si los dedos de los pies y las yemas de los dedos de las manos le quemaran. Mathurin deja caer el carro y le coge las manos entre las suyas. Tiene los dedos tan rojos que ella cree que van a empezar a sangrar. Él le suelta la mano y le dice que no tiene que preocuparse mientras las yemas de los dedos no se le pongan de color blanco; pero añade que aún no hace bastante frío para que eso suceda. Laure no puede imaginarse un clima más frío, pero Mathurin le responde que lo peor vendrá en enero y febrero. Le dice que se acostumbrará a los inviernos de Canadá. Bien mirado, este es un lugar más saludable para vivir que la Vieja Francia. Las distancias entre los asentamientos y el aire helado durante la mitad del año impiden la propagación de enfermedades. Por no mencionar que, a juzgar por su aspecto, ella sin duda está comiendo mejor. Laure ignora este último comentario.

Ese aire tan saludable está convirtiendo sus pulmones en hielo de manera muy similar a los charcos por los que pasan, que están empezando a congelarse.

—Eso no es nada. Espera a ver qué altura alcanza la nieve en invierno. —Mathurin presiona uno de los charcos con el dedo del pie, rajando la fina capa de hielo que cubre el fango—. Este camino se cubrirá de ella. Tendremos que enviar hombres a Ville-Marie para conseguir provisiones antes de que llegue el mal tiempo.

Laure mira fijamente a través de los árboles desnudos. Siente que su mente está buscando algo que sabe que no está ahí. Quizá una calle de París. El bullicioso camino del río que conduce del hospital a la ciudad.

No habla en toda la tarde excepto para hacer preguntas sobre el frío, sobre cuánto trecho les queda todavía por recorrer... Mathurin habla sin parar.

Cada vez que se tropiezan con un nuevo tipo de árbol, él se lo señala a Laure, acariciando la gruesa corteza de los robles y arces con sus fuertes dedos. Al avanzar la tarde, empiezan a ver a lo largo del camino los delgados troncos de los álamos temblones, los árboles que han dado su nombre al nuevo asentamiento. Laure piensa que parecen lanzas brotando del suelo del bosque. Mathurin le explica que en verano el viento del río hace que los álamos cobren vida, que desde la primavera hasta el otoño no oirán otra cosa que las hojas rielando a su alrededor. Solo permanecen silenciosas en los días más calurosos del verano.

—Tardaremos diez años en llegar a ser autosuficientes —añade, y suelta una carcajada.

La mente de Laure trata de imaginar diez años con este hombre, pero solo ve árboles y nieve. Hace diez años Laure estaba en la ciudad con su padre, que cantaba canciones del campo a cambio de unas monedas. Los arqueros todavía no se la habían llevado a la Salpêtrière, no había aprendido a coser y hacer encaje y salmodiar rezos en latín, ni tampoco había conocido a Madeleine. Hace diez años Mireille Langlois todavía estaba viva y moraba en un hogar confortable con su padre; Madeleine se ocultaba bajo la mesa mientras su madre ejercía la prostitución con los marineros en La Rochelle, y Madame d'Aulnay también vivía todavía.

—Diez años es mucho tiempo —dice Laure.

Mathurin sigue hablando, contándole a Laure los planes para construir una iglesia en Pointe-aux-Trembles. Será el primer edificio de piedra del asentamiento. Su energía parece aumentar cuando le habla de los hombres que van al oeste en busca de pieles. Son los otros soldados del Carignan-Salières a quienes se ha concedido parcelas de tierra en Pointe-aux-Trembles. Cada invierno dejan solas a sus esposas. Él le explica que solo comercian con pieles hasta que han roturado la suficiente tierra para dedicarse a la agricultura.

—¿Quieres decir durante los próximos diez años? —le pregunta Laure.

Mathurin habla sin cesar. Laure puede ver que este es un gran día para él. Ha encontrado una esposa que hará su vida en los bosques un poco más fácil. Mientras su nuevo marido se entusiasma hablando del futuro, Laure busca signos del pasado en el paisaje helado. Pero en este camino no hay el menor

rastro de su existencia anterior. Una vez más, se está alejando de los contornos familiares de su vida.



Cuando llegan al asentamiento está anocheciendo. Al otro lado del río desde Pointe-aux-Trembles, dos montañas de forma redondeada tapan la vista del horizonte. Las cabañas de los colonos están rodeadas de restos de árboles carbonizados. Laure puede oler el humo de las chimeneas. Toda la escena es gris y sórdida, como si acabara de pasar un ejército por esta extensión boscosa. Laure está lo bastante hambrienta como para comerse cualquier cosa que haya. Pero primero Mathurin tiene que mostrarle cuál es su cabaña de entre el conjunto de humeantes chozas.

Mathurin le explica que todavía están esperando que en Pointe-aux-Trembles se construya una casa señorial a la que puedan adscribirse los colonos, y que el verano próximo construirán el molino de viento. Por el momento los *habitants*, como se denomina a los residentes, tienen que pagar sus rentas en Ville-Marie. En la festividad de San Martín, que se celebra el 11 de noviembre, cada *habitant* debe aportar al dominio señorial una fanega de trigo francés, dos capones vivos y cuatro dineros en metálico. Laure se pregunta cómo afrontarán ese pago, pero Mathurin le asegura que este año no tienen que pagar, ya que la cosecha ha sido escasa. Él está convencido de que el año próximo, si empiezan pronto en la primavera, producirán más.

—Este año el rey cuidará de nosotros, esposa mía.

Laure tiene menos fe que su nuevo esposo en la generosidad del rey.



Cuando llegan ante la cabaña de Mathurin, un sacerdote espera para recibirles. Ha estado alojado con otra familia, los Tardif, aguardando la llegada de la nueva pareja para poder bendecir su lecho conyugal. La cabaña es mucho más pequeña de lo que esperaba Laure, y los tablones de madera utilizados para construirla son más toscos aún que el material empleado en los

cuartos de las criadas de la Salpêtrière. La casa que Mathurin ha construido durante el verano no es más que una extensión de los árboles de los que ha estado hablando durante toda la tarde. Es una choza forestal.

La cabaña tiene una única habitación, donde hasta ahora Mathurin ha vivido solo. En un rincón hay varios troncos, un rudimentario intento de formar una mesa de comedor con sus sillas, de la misma madera que las paredes. En el otro rincón está la cama. En realidad es una pequeña cabina cerrada que alberga el lecho, y Mathurin está orgulloso de su construcción. En el centro hay un fogón abierto. Laure percibe el olor a humo y le arden los ojos, aunque el fuego no está encendido y la cabaña está tan fría como el exterior. Por lo demás, la habitación huele a cuero rancio y a carne podrida. Mathurin ha colgado pieles de animales de varios ganchos de la pared, y hay más apiladas en el suelo de tierra junto a la puerta.

El sacerdote se acerca al camastro, y, dirigiéndose a Laure y Mathurin, les dice estas palabras:

—Recordad que vuestro lecho nupcial será un día vuestro lecho de muerte, el lugar desde el que vuestras almas serán alzadas y presentadas al Tribunal de Dios. Recibiréis el terrible castigo de los siete maridos de Sara si os hacéis como ellos, esclavos de su carne y de sus pasiones.

Laure desearía poder tranquilizar al sacerdote diciéndole que no tiene que preocuparse de que pueda surgir ninguna pasión así entre ellos.

Las hermanas de la congregación le han enseñado a Laure lo que tiene que hacer una esposa en Canadá. Primero, debe aceptar al hombre que es su marido. La madre Bourgeoys le había dicho a Laure que muy pocos hombres de la colonia podrían estar a la altura de sus avispadas ideas y sus elevadas expectativas. Pero eso no significaba que no fueran hombres buenos y dignos.

Dado que por el momento Laure no puede aceptar con un mínimo de alegría al hombre que es Mathurin, decide considerar los otros deberes de los que le han hablado las monjas. Ella ha traído consigo paño de la congregación, y en su cofre de la Salpêtrière tiene agujas e hilo, que utilizará para hacer cortinas y mantas. Al menos sus esfuerzos darán algo de color a las grises sombras de la choza. En cuanto a la cocina, Laure no puede aportar mucho. Las muchachas del campo ya saben hacer pan, salar pescados y carnes, y preparar conservas de fruta. La única experiencia de Laure en una cocina fue

durante los breves años que pasó en casa de Madame d'Aulnay. Pero las finas delicadezas del apartamento de la anciana, el horno de piedra, las mesas talladas y la vajilla de plata jamás se verán en las cabañas de estos colonos. Laure tendrá que satisfacer a Mathurin cocinando en el hogar abierto lo que fuere que sus manos le traigan. Dependerá de él para su manutención del mismo modo que antaño dependía de las celadoras que repartían las raciones en el dormitorio.

Y, desde luego, Laure debe parir muchos hijos para complacer al rey y a los funcionarios coloniales, que necesitan una numerosa población francesa para derrotar a los salvajes iroqueses que siguen amenazando a la colonia. En la congregación le dieron a Laure un devocionario para que, cuando vengan los niños, ella pueda instruirles sobre Dios. Esa podría ser la única educación que recibieran, junto con cualesquiera lecciones que ella pueda impartir a su hija sobre el modo de llevar una familia en los bosques. Mathurin, por su parte, enseñará a sus hijos varones a cazar y pescar, y a comerciar con los salvajes que dominan este nuevo país.



La cama-cabina resulta aterradora. Laure recuerda las palabras del sacerdote cuando Mathurin cierra la puerta tras ella como un ataúd en su primera noche juntos: ese es el lecho donde ella morirá. El espacio cerrado ciertamente sirve al propósito de mantenerlos calientes. Pero a Laure le cuesta respirar en esta oscuridad que es tan completa que no percibe más que los breves soplos de aliento que salen de su nariz. Tiene los ojos muy abiertos, buscando alguna salida. Junto a ella, Mathurin está metiendo ya la mano bajo su falda. Laure permanece inmóvil, confiando en que él encuentre el revoltijo de la falda, las calzas y el cobertor de piel un obstáculo excesivo para afrontarlo esta noche. Pero se sorprende al ver con qué rapidez se mueve. Está absolutamente concentrado, y suena como si estuviera desollando a un animal.

Laure aprieta los dientes y muerde la piel salada del hombro de él para no tener que decirle que pare. Pero Mathurin interpreta ese gesto como un signo de placer y se introduce violentamente dentro de ella. Laure suelta un grito ahogado y le hunde las uñas en los hombros. Algo debe de ir mal, piensa,

para sentir tanto dolor. Pero Mathurin no se da cuenta. Ella cierra los ojos con fuerza y vuelve la cabeza buscando aire. Al cabo de unos momentos le resulta un poco menos doloroso. Cuando Mathurin termina, masculla unas palabras sobre el pecho de ella y luego se gira hacia su lado de la cama. Laure permanece boca arriba, con los muslos temblándole. Se pregunta cuándo nacerá el bebé.

Laure abre la puerta de la choza de Mathurin justo lo bastante para permitirle asomarse fuera. Desde hace semanas ha estado nevando casi cada día. Las cabañas de Pointe-aux-Trembles están tan cubiertas de nieve que no son más que montículos blancos, y eso en el caso de que sean visibles. Por el momento la nieve ha amainado, pero el aire que siente Laure en la nariz y en la mejilla es intenso y helado. Abre del todo la puerta y ve que fuera de la cabaña la nieve le llega por encima de la cintura. ¿Debería tratar de abrir un sendero a través de ella? En realidad no merece la pena, ya que Laure no tiene la menor intención de aventurarse más allá del umbral. Solo tiene una vaga idea de dónde yacen enterrados los caminos del asentamiento. Los días soleados, todo el paisaje a su alrededor adquiere un tono blanco brillante, tan uniforme como lo era el mar en su anterior viaje. Hoy no hay forma alguna de distinguir, en el paisaje gris entre los tejados del señorío, el río de delante, las montañas que hay más allá de este, y los bosques de detrás. Solo en su memoria Laure tiene una idea de dónde estaban antaño esos lugares.

Desde que se fue Mathurin, Laure ha estado haciendo marcas en la pared junto a la puerta con un cuchillo. Hay una raya en la madera por cada día que ha estado ausente, cincuenta y siete en total. Algunas mañanas hay carámbanos colgando sobre las marcas. Mathurin se fue de Pointe-aux-Trembles a finales del otoño pasado, varias semanas después de que se casaran. Más o menos en la misma época, algunos otros hombres del señorío, vestidos con gruesas pieles y cargados con provisiones para comerciar, partieron hacia el oeste. Planeaban dirigirse primero a Ville-Marie y luego a las regiones salvajes de más allá. Dicen que pasando el invierno con las tribus salvajes se pueden obtener las pieles más gruesas, las que se venden a precios más elevados. Cada año, desde que llegaron a la colonia como soldados, han pasado el invierno con los algonquinos o los montagnais, o cualesquiera grupos que les dejen viajar con ellos en busca de caza. Es ilegal que los hombres de Pointe-aux-Trembles se dediquen a buscar pieles, ya que los funcionarios esperan que se queden con sus familias para construir los nuevos asentamientos. A esos comerciantes de pieles ilegales, incluyendo a Mathurin, los llaman *coureurs*

de bois. Normalmente las autoridades les dejan en paz con tal de que se mantengan alejados de las zonas de trampas de los *voyageurs*, los comerciantes de pieles autorizados por el rey. Mathurin le prometió a Laure que, cuando volviera, tendrían dinero suficiente para comprar una estufa de hierro y un poco más de ganado y semillas para plantar en primavera.

Solo dos de los siete maridos se han quedado en Pointe-aux-Trembles con sus esposas e hijos. Se les ha asignado el papel de proteger el señorío frente a los iroqueses, que podrían decidir atacar este invierno. Laure piensa en lo afortunadas que son esas mujeres por haberse casado con hombres que se quedan con sus familias.

De noche, acostada tiritando en la cama-cabina, a veces Laure cree oír a los niños de Pointe-aux-Trembles. Pero es solo el viento que se filtra a través de las rendijas de las paredes, gimiendo como un ser vivo.

Laure le había suplicado a Mathurin que la llevara consigo a los bosques mientras él embalaba uno de sus mosquetes y la ropa y los productos para comerciar que iba a necesitar para el viaje. Pero él se había reído de sus súplicas y le había dicho que las regiones salvajes no eran sitio para mujeres. Conseguir pieles de animales y tratar con los salvajes era un trabajo peligroso. Pese a ello, Laure desearía haber insistido más. Ahora que ha sentido el frío de los últimos meses y ha visto acumularse la nieve fuera hasta media altura de la cabaña, se pregunta si Mathurin no querría solo un sitio caliente donde estar los meses más fríos del año. Quizá tenía miedo de pasar su primer invierno en Pointe-aux-Trembles solo con su nueva esposa de la Salpêtrière. Al fin y al cabo, Laure sabe aún menos sobre el bosque helado que él. Seguro que los salvajes algonquinos deben de tener medios para mantenerse calientes y saben cómo sobrevivir con sus provisiones hasta la primavera.

Laure cierra la puerta exterior y se acerca al anaquel de la pared donde Mathurin guarda sus pertenencias. Allí está el arma que él le ha dejado. El otoño anterior, ella se había negado a que la enseñara a disparar.

—Como quieras —le había dicho él—, pero este no es tu cuarto de costura de París. En Canadá, hasta las mujeres tienen que saber usar armas de fuego.

Hay muchas cosas a las que disparar, sobre todo animales: ciervos, puercoespines, conejos, alces, osos, lobos, castores... Sobre todo se los mata

por su piel y su carne. Pero a veces es necesario disparar a esas criaturas simplemente para protegerse. A diferencia de la Vieja Francia, los bosques rebosan de animales, y no son solo los nobles quienes tienen derecho a cazarlos.

Tal vez Mathurin tenía razón con respecto al arma. Para Laure podría ser la única forma de sobrevivir aquí. Acaso muera si no sabe usarla. Acaricia la madera de la empuñadura del mosquete, y luego lo coge. Es pesado, y no está segura de cómo sujetarlo. Mathurin también le ha dejado una caña de pescar. Le explicó cómo hacer un agujero en el hielo del río e introducir en él el sedal para esperar a que pique algún pez. Pero caminar por el río en invierno —le dijo también— es muy peligroso, y solo debería ser un último recurso en el caso de que haya agotado las demás provisiones. Además, no tiene nada que pueda utilizar como cebo para los peces que hay bajo el hielo. Y Laure apenas sabe siquiera dónde empieza el río después de la profunda capa de nieve.

Laure no ha ido ni a cazar ni a pescar desde que se fuera Mathurin. En lugar de ello, ha vivido de las raciones de comida que les dieron el día de su boda en Ville-Marie, el otoño anterior, que incluyó dos pollos y un cerdo. En el primer mes tras la partida de Mathurin, Laure encontró uno de los pollos muerto de frío en el corral del exterior de la cabaña. Al no ver ninguna esperanza de mantenerlo con vida, había matado el segundo y había comido bastante bien gracias a los dos durante varias semanas. En cuanto al cerdo, decidió llevarlo a la cabaña para evitar que se congelara como el pollo. En una de las paredes, Laure construyó un improvisado corral con unas cuantas ramas de árbol caídas que juntó fuera de la cabaña. Por suerte, lo hizo antes de que la nieve le llegara a las rodillas y luego a la cintura. Desde entonces el cerdo, con sus gruñidos y resoplidos, ha sido una especie de compañero. Ella lo llama Mathurin, y a veces le habla durante todo el día, diciéndole que es mejor marido que el que tenía el otoño anterior.

Laure no puede imaginar que vaya a llegar nunca la primavera. El asentamiento está lleno de nieve por todas partes, y el aire exterior le quema la piel, causándole escozor en las fosas nasales y haciendo que le lloren los ojos. Vuelve a poner el arma en el anaquel y alarga la mano para coger el calzón de Mathurin. Desliza la piel de cordero por sus piernas y se ata las cuerdas alrededor de la cintura. Sobre el calzón se pone los pantalones de piel de alce también de él. Son pesados y le cuelgan de las caderas como la piel de

un animal enfermo. Mathurin se ha llevado consigo su abrigo, pero ella se pone una de las camisas blancas de él sobre su vestido. Luego se cubre la cabeza con un sombrero de lana roja. En París, solo los mendigos que logran llegar hasta la ciudad desde los límites más apartados del reino llevarían tal atuendo, y ninguna mujer se atrevería a hacerlo. Pero al menos ella se siente un poco más caliente con esa ropa suplementaria encima.

Son todavía las primeras horas de la tarde, pero pronto la pálida luz del día se habrá desvanecido, dejándole solo unas horas más para coser. Laure conserva el cabo de la vela que le dio la madre Bourgeoys como regalo de boda. Lo guarda junto con la hoja de pergamino y el tintero. Para coser, Laure utiliza solo los débiles rayos del sol durante el día y la luz de la lumbre por la noche. Empuja el pesado baúl de madera del hospital por el suelo de tierra para acercarlo al fuego del centro del cuarto. La mayor parte del calor emitido por las llamas en el hogar abierto es aspirado hacia fuera por la chimenea, dejando solo el humo, que llena el cuarto; pero aun así Laure se siente más caliente cuando lo oye crepitar.

Por la noche, Laure intenta no dormir demasiado profundamente para poder vigilar el fuego. Teme que no sea capaz de volver a encenderlo si la llama se extingue. A menudo sueña que muere de frío en su cama; solo que en el sueño por lo general está en su catre de la Salpêtrière, y morir de frío es una enfermedad que se extiende por los dormitorios. Normalmente Laure se despierta en ese momento, temblando en el cerrado camastro, y se levanta para atizar los rescoldos del fuego y agregarle otro tronco. Este invierno, salvo una pequeña pila, ha quemado casi toda la leña que Mathurin cortó el otoño anterior y dejó en la entrada. A ella le había parecido extraño y exagerado que él llenara de leña toda una pared de la cabaña. Ahora desearía haberle pedido que cortara más, al menos otra hilera. El hacha que utilizó para cortar la leña se la prestaron los Tardif. Laure tendría que caminar por la capa de nieve que le llega hasta la cadera para acercarse a su cabaña a fin de pedirla prestada de nuevo.

Se agacha y mete la mano en el baúl para coger el vestido nuevo que está haciendo. Una vez ha sacado su labor, cierra el baúl y se sienta sobre él. Pone los dedos sobre la llama hasta que siente que están bastante calientes para empezar. Por encima de su cabeza, en el lugar donde ella lo ha colgado del techo, está el vestido de Mireille. Por las tardes, cuando el viento aúlla

especialmente fuerte, Laure contempla el vestido. Le asusta a la vez que le consuela ver balancearse la tela de amarillo diáfano, suspendida en el aire, sobre el suelo de tierra helado de la cabaña. Es como si un fantasma bailara una apacible danza para ella.

Hay otras mujeres en el señorío, pero Laure no ha visto a ninguna de ellas desde el comienzo del invierno, cuando todavía se podía transitar por los caminos que unen sus cabañas. Madame Tardif incluso había invitado a Laure a pasar el invierno con ella y sus hijos, pero la joven había declinado la oferta. Le preocupaba cómo reaccionaría Mathurin si dejaba abandonada la cabaña durante el invierno. Si se iba, la nieve y el aire helado no tardarían en adueñarse de la débil construcción y su contenido. Tendrían que volver a empezar de nuevo en la primavera, cortando árboles para repararla y construyendo una chimenea nueva y otro camastro. Todo Canadá estaba salpicado de esas incipientes tentativas de asentamiento posteriormente abandonadas. ¿Adónde iría en la primavera si perdía incluso eso? Además, no tenía modo alguno de trasladar sus pertenencias a casa de los Tardif: en el asentamiento no había caballos ni bueyes.

Desde luego, Laure no podía haber imaginado que el invierno iba a ser tan malo. Ahora que realmente necesita a las otras mujeres de Pointe-aux-Trembles y que estaría más que dispuesta a renunciar a la necia aventura de aguantar en la pobre choza de Mathurin, la capa de nieve se ha hecho tan profunda —le llega hasta la cintura— que no se atreve a tratar de llegar a una de las cabañas vecinas.

Además, en Pointe-aux-Tremble Laure es la única muchacha de París. Las demás son canadienses y están acostumbradas a los inviernos y a resistirlos en soledad. Ellas tienen a sus hijos y los conocimientos necesarios para sobrevivir hasta la primavera. El otoño anterior, Laure había intentado enseñarle a Madame Tardif el vestido en el que estaba trabajando. Como respuesta, aquella mujer severa simplemente le había preguntado si había terminado la labor de costura que la Congregación de Notre-Dame había asignado a las mujeres. La labor que se les había pedido que hicieran se había concebido como un trabajo para todo el invierno. En la primavera recibirían el pago, probablemente en forma de semillas para plantar su primera huerta. Laure le había mostrado con orgullo a Madame Tardif el montón de camisas blancas de hombre dobladas y las docenas de pares de calcetines que ya había

acabado de tejer. Laure había terminado el trabajo de todo el invierno en las dos primeras semanas tras la partida de Mathurin. Pero se suponía que tenía hijos que cuidar o, cuando menos, que estaba embarazada del primero. No había trabajo más importante que traer bebés al mundo para la nueva colonia.

Ni siquiera cuando vio que Laure había terminado todo el trabajo que tenía asignado, Madame Tardif mostró interés en el vestido que ella estaba haciendo.

—Aquí no necesitamos vestidos de ciudad como este. Pronto aprenderéis a no desperdiciar el tiempo en vuestra apariencia.

La misma mujer también le dijo a Laure, cuando esta se quejó de que Mathurin la dejara sola durante el invierno, que, cuando una mujer rechaza a su marido, ella tiene la culpa si él se va a otra parte.



Laure no está cosiendo el vestido nuevo para ella. Cuando escogió la tela de su cofre estaba pensando en Madeleine. Era la sarga de color azul claro que le había dado Madame du Clos como regalo de despedida. En lugar de encaje, Laure había cosido en el corpiño un ribete de piel de zorro que había cogido de los restos depositados por Mathurin en un rincón de la cabaña. No era un vestido que llevaría nadie en París, pero ella pensaba que a Madeleine le gustaría. Resultaba apropiado para el nuevo país, y sería perfecto para un ángel de los bosques.

Mientras empuja la aguja a través de la tela, Laure tararea unos compases de uno de los himnos que Madeleine solía cantar. Intenta recordar las medidas exactas de Madeleine.

Cuando se desvanece lo que queda de la tenue luz del día, Laure corta con cuidado el hilo y vuelve a guardarlo con la aguja en el baúl. Sujeta el vestido entre los brazos y se lo lleva consigo hasta la cama-cabina. Se tiende y cierra la puerta, con la mirada fija en la oscuridad. La piel de zorro le hace cosquillas en la nariz. Cuando Laure aprieta el tejido contra su pecho, aplastándolo, puede sentir las costillas y las caderas debajo. ¡Qué necia había sido quejándose de las habitaciones abarrotadas de la Salpêtrière! ¡Qué no

daría ahora por tener a alguien más a su lado en este lecho que se parece tanto a un ataúd! Los dedos de Laure se mueven a través de la piel del corpiño como si sostuviera un rosario. Pero el sonido del viento le hace olvidar hasta las oraciones básicas que aprendió en el hospital.



Laure se despierta al oír un fuerte golpe en la puerta. Es plena noche. Su primer pensamiento es que se ha soltado una rama de un árbol y el viento la golpea contra la cabaña. Luego se pregunta si hay un animal ahí fuera, un oso o un lobo. Sale de la cama a gatas e intenta distinguir las formas del cuarto a la débil luz de la lumbre. Esta vez el golpeteo es más claro. Pero ¿quién puede haber llegado hasta allí a través de la nieve? Es posible que el tablón que ella coloca cuidadosamente para atrancar la puerta cada noche no sea lo bastante resistente como para aguantar la fuerza de quienquiera que haya afuera. Laure busca a tientas el arma de Mathurin y la coge del anaquel.

Luego apoya el hombro en la puerta.

—¿Qué queréis de nosotros?

—Soy Deskaheh.

El sonido de su voz hace afluir una oleada de sangre al pecho de Laure. ¿Qué hace él aquí? ¿Y si Mathurin hubiera estado en casa? Ella desatranca la puerta y él entra junto con una ráfaga de nieve. Al principio no lo reconoce. Va cubierto de gruesas pieles y lleva raquetas en los pies. Solo se le ven la nariz y los ojos. Él advierte que Laure lleva un arma en la mano y que va vestida con ropa que pertenece a Mathurin. Pero no se ríe de ella.

—No puedes venir aquí.

Le dice estas palabras en un susurro, como si sus vecinos, que están cada uno de ellos sepultados en una tumba de nieve, pudieran oír realmente lo que ocurre dentro de su cabaña.

—Sé que tu marido se ha ido para todo el invierno. Le vi marcharse.

Se queda mirando a Laure, asegurándose de que ella ha entendido su francés. Luego empieza a hablar en una de las lenguas salvajes.

—Yo no hablo tu lengua —le dice ella.

—Él debería haberte enseñado.

Se encoge de hombros y se sacude la nieve de encima, luego se quita las raquetas y las deja apoyadas contra la pared.

—Mi marido también iba a enseñarme a disparar un arma. Por si había intrusos mientras él estaba fuera.

Laure da un paso atrás hacia el interior de la cabaña, sosteniendo el mosquete contra su pecho.

Deskaheh sonríe. Al moverse, su sombra en la pared se agranda. Viéndole así cubierto de pieles, y de pie tan cerca de ella en la cabaña, Laure piensa que parece más una bestia que un hombre. Es mucho más alto que ella. Lamenta haberle hablado a través de la cerca ese verano, haberse desnudado para él ante la ventana.

La mayoría de las mujeres gritarían. Ella está segura de eso. Y aun así, Laure permanece en silencio y espera. Vuelve a dejar el arma en el anaquel. Hasta la compañía de este salvaje, que muy bien podría haber venido a matarla, es mejor que estar sola.

Deskaheh saca algo de una bolsa que lleva en el costado. La congelada ofrenda se parece a las gachas que comió nada más llegar a la colonia. Conserva la forma del recipiente en el que se cocinó. Ella lo toma entre las manos. Él mira hacia el vientre de ella al tiempo que se toca el suyo. Laure retrocede para permitirle entrar un poco más en la cabaña. Lleva semanas hambrienta, y hasta las gachas son un alimento bienvenido. Él también trae consigo un saco de bayas secas.

Ella acerca la sopa congelada al fuego y la vierte en la cacerola que tiene suspendida sobre las brasas. Saca otro tronco de la pila y se entretiene en avivar las cenizas con el atizador hasta que la llama se hace lo bastante fuerte como para consumir la madera.

Cuando se vuelve, Deskaheh está sentado sobre el baúl de la Salpêtrière con la espalda apoyada en la pared. Se ha quitado las capas exteriores de pieles y ahora se asemeja menos a un animal y más a como ella lo recuerda. Pero sigue pareciendo más alto que el verano anterior. Y mayor. Ahora ya no ve en su rostro aquel aspecto aniñado que tenía antes.

—Ese animal parece muerto de hambre.

Deskaheh señala con la barbilla al cerdo, que está a su lado, pero sus ojos se mantienen fijos en el rostro de Laure.

Esta echa un vistazo al sustituto de su marido. Tendido entre las ramas, el cerdo Mathurin apenas parece vivo. Laure no se había dado verdadera cuenta del grado de deterioro del animal.

—O come él o como yo. Tenemos que turnarnos.

Laure se había sorprendido al ver cuánto necesitaba comer el animal. Había copos de avena del otoño anterior, que al principio le había dado generosamente, pero ahora el saco está tan próximo a vaciarse que la cantidad que le da cada mañana tiene que reducirse a un pequeño puñado.

Al principio del invierno Laure tenía que luchar para mantener al cerdo dentro de los límites del corral que ella había ideado, pero en las últimas semanas apenas se mueve, y permanece tendido apático e inmóvil.

—Tu marido está pasando este invierno con nosotros. —Deskaheh mira a Laure con expresión seria—. Le explica a todo el mundo dónde ha construido su cabaña. Así he sabido cómo llegar hasta aquí.

Él se ríe, y por un momento ella atisba en su rostro el aspecto que tenía en la huerta el verano anterior.

Mathurin le había dicho que iba a buscar pieles al río Ottawa, a tres semanas de distancia más allá de Ville-Marie. Pero Laure no sabe mucho de lo que hay más allá de los asentamientos. Las hermanas de la congregación decían que los bosques son el lugar donde van a vivir los franceses sin Dios, y que los *coureurs* ilegales son la pesadilla de la colonia, entorpeciendo el esfuerzo de colonización al dejar sus casas e interfiriendo en la conversión de los salvajes al llevarles brandy para comerciar con ellos.

Con el paso de los meses Laure también ha oído fragmentos de historias, principalmente sobre los hombres que mueren en emboscadas de los silenciosos y mortales iroqueses, o relatos menos gloriosos sobre los que perecen en accidentes: estrellándose contra las rocas al intentar cruzar los rápidos del río o metiéndose en una pelea por una botella de brandy con uno de sus aliados salvajes.

—Estamos acampados cerca de aquí.

El lugar que menciona Deskaheh no le resulta familiar a Laure. Hay muchos nombres para los mismos lagos, ríos, torrentes y bosques de la colonia, según quién esté hablando; y Laure no es capaz de distinguir entre ellos.

Se acerca al fuego y remueve la cacerola con las gachas. Sale vapor de la sopa hirviendo, y a ella empiezan a sonarle las tripas.

—¿Mathurin está cerca? —pregunta.

—Sí, cerca. Nuestros cazadores han ido hasta el Ottawa, hasta el pueblo de los que vosotros llamáis cabellos realzados. Pero tu marido no. Él se ha quedado con las mujeres y los niños.

—¿Comportándose como un perro?

No es ningún secreto para las esposas del asentamiento que los *coureurs* toman a mujeres salvajes cuando se dirigen a los bosques. Pero en realidad a Laure no le importa. Está contenta de que tenga a alguien más para dormir con él.

—Él no es diferente de los demás. Prefieren las salvajes a sus propias esposas.

Laure se pregunta si no se estará burlando de ella. Quisiera decirle que no le importa lo que Mathurin prefiera. Vierte la sopa en un cuenco y se lo da a Deskaheh; luego vierte un poco más para ella. Se queda de pie junto a la cacerola mirándole a él, que está en un rincón del cuarto. Él coge el abrigo de pieles que llevaba y lo extiende junto al fuego, indicándole que se sienten allí.

—Cuando yo era un niño y vivía entre los haudenosaunee, algunos de nuestros jefes solían decir que deberíamos matar a todos los hombres franceses.

Ahora que está más cerca, Laure puede ver que todavía tiene la nariz torcida de cuando le golpeó Mathurin. Él alza la vista hacia el vestido amarillo que cuelga del techo. Ella se pregunta si recordará que era el mismo que llevaba cuando se conocieron. Comen en silencio. Él come más despacio que ella, y Laure nota que la está mirando mientras ella devora el contenido de su cuenco. La sopa de maíz es espesa y le calienta el estómago. Su miedo se ha

convertido en alivio. Deskaheh señala el sombrero rojo que ella lleva en la cabeza. Laure, que se había olvidado de que lo llevaba, se lo quita. Él se lo coge de la mano y se lo prueba. Ella se ríe al ver la expresión seria de su rostro cuando la mira buscando su aprobación.

—¿Cómo sabes que no habrán seguido sin ti cuando quieras volver con ellos? —le pregunta.

—Cuando los dejé, estaban tan borrachos por el brandy que trajeron los *coureurs* que no podrían siquiera matar a un conejo que estuviera tendido a su lado dentro de la tienda.

Laure coge el cuenco vacío de él y lo apila encima del suyo.

—Gracias por traerme esta sopa.

Se imagina a Mathurin alimentado cada día por las mujeres algonquinas, pasándosele bien, mientras ella apenas sobrevive en su mal construida choza y con la única compañía de un cerdo.

—Fui capturado por los algonquinos en mi decimotercer verano. No puedo imaginarme quedándome con ellos durante el resto de mi vida. Quiero irme cuando llegue la primavera.

—¿Adónde irás?

—Volveré a donde pertenezco. Con los haudensaunee.

—¿Los iroqueses?

Laure recuerda las palabras de Mathurin el día de su boda. Que él le había dicho que Deskaheh era en realidad un iroqués capturado por los algonquinos. Ella creía que Mathurin solo lo había hecho para impedir que su nueva esposa hablara con el salvaje.

Deskaheh no parece muy diferente de los otros salvajes que deambulan por Ville-Marie, los que son aliados de los franceses. Ella esperaba que los iroqueses tuvieran un aspecto más aterrador, que llevaran la cabeza rapada y la cara pintada, y que pensarán solo en matar franceses y en comerse sus orejas, dedos y corazones.

—Si vuelves a vivir con los iroqueses, serás enemigo de la gente de Ville-Marie.

—No, seguiré siendo amigo de los cristianos. Conozco a bastante gente aquí con la que todavía podré comerciar. Además, ya hay otros iroqueses aquí, los iroqueses franceses. Los que dejaron la casa comunal para venir a vivir con los franceses como mendigos.

Laure desearía poder regresar al lugar donde ella quiere vivir su vida. Pero entre ella y París hay bastante más que un bosque y unas cuantas tribus salvajes. Además, no hay nada que la haga volver. El hospital probablemente estará lleno de nuevas mujeres, y otras muchachas más jóvenes, con dedos más pequeños, se habrán adueñado del taller de encaje.

Como si le leyera la mente, Deskaheh le dice:

—Tu marido regresará pronto. Casi hemos llegado al principio del mes luminoso, y poco después la nieve se convertirá en agua y fluirá de nuevo hacia el río. Cuando eso ocurra, tu marido volverá.

Al cabo de un momento Deskaheh se levanta. Laure se siente como una niña. Querría decir muchas cosas, pero solo puede pensar en cosas simples como el llanto y la gratitud. Está a punto de decirle que no se vaya, pero es demasiado tarde, porque él ya está de pie diciéndole «mañana», aludiendo a que al día siguiente puede comerse la sopa que ha quedado en la cazuela. Ella se levanta dando traspiés y le tiende su abrigo. Le promete que se comerá las sobras. Quisiera darle algo, pero sabe que no tiene nada que ofrecer.



A la mañana siguiente Laure abre la puerta de la cabaña. Suelta un grito ahogado al ver que la nieve recién caída está teñida de sangre. Hay un ciervo muerto ante su puerta. Arrastra al animal congelado al interior de la cabaña. ¿Estaba allí ya la noche anterior mientras ellos permanecían sentados hablando? ¿O Deskaheh lo mató después de dejarla?

Laure coge el cuchillo de Mathurin del anaquel y por un momento se sienta a considerar cómo desollar al ciervo. Coloca la cabeza y los hombros del animal sobre su regazo y le clava la hoja en el pecho. Pero no puede atravesar la piel helada. Entonces arrastra al ciervo junto al fuego y añade dos nuevos troncos. Después de una media hora la carne comienza a ablandarse un

poco. Entonces ella alza la cabeza del ciervo y le hunde el cuchillo en el pecho. Corta la carne abierta y se ve recompensada cuando unas densas gotas de sangre manan sobre el suelo de tierra. Mete la mano dentro del animal y saca las tripas, que han empezado a descongelarse. El cerdo Mathurin se ha levantado sobre sus débiles patas y emite una especie de gemido lastimero. Laure arroja parte de las entrañas al corral.

Cuando la mano de Laure llega al corazón del ciervo, aprieta los dedos en torno a él. Cierra los ojos, esperando sentir un cálido latido. Aguarda a que el animal le diga algo acerca del lugar de donde vino, del hombre que lo mató. Quisiera que el corazón del ciervo depositara su secreto en su mano, que lo está esperando. A su alrededor, en la cabaña, no hay nada más que el bestial sonido del hambre.



Pasan las semanas del invierno, y el olor de la sopa de maíz desaparece de las paredes de la cabaña. Unos cuantos trozos fibrosos de carne de ciervo, más podridos que secos, cuelgan junto a la lumbre. Laure los mastica para calmar el hambre, que se ha convertido en una furia estridente en sus tripas. Solo ha recibido otra visita desde que Deskaheh partió aquella noche, y era un funcionario colonial, vestido también como un oso. Él y varios más habían atravesado los caminos con trineos y raquetas para llevar a Laure y a las demás mujeres de Pointe-aux-Trembles un paquete de provisiones: algo de col, un poco de carne de cerdo, una manta de lana y algunos candeleros. A cambio, Laure le había dado la labor de costura y de punto que había estado haciendo para los solteros de la colonia.

Fortalecida por la sopa de carne de cerdo y col que había hecho, y alentada por el anuncio del francés de la llegada de la primavera, Laure había pedido prestada un hacha a los Tardif y había atravesado la nieve a trompicones para cortar un poco más de leña para el fuego. Había regresado de su aventura a la cabaña con poco más que unos cuantos palos, aparte de una quemazón en los dedos de las manos y de los pies.

Mientras tanto, sigue sin haber el menor rastro de Mathurin. En cambio, es Deskaheh el que vuelve a visitar a Laure una noche ya tarde. Ella lo oye

primero en la ventana, y entonces abre la contraventana para verlo. Puede atisbar en el rostro de Deskaheh en sombras una expresión ceñuda, y antes de abrir la puerta ya tiene una idea de por qué ha vuelto. Ahora Laure ya puede reconocer esa mirada en un hombre. Una oleada de malestar le invade el pecho. Ella no llamaría miedo a esa sensación, aunque emana del mismo lugar de su cuerpo.

Quita el tablón que atranca la puerta y retrocede para dejar entrar a Deskaheh.

—¿Tu marido todavía no ha vuelto? —le pregunta.

—Volverá cualquier día de estos.

Laure quisiera preguntarle a Deskaheh por qué ha regresado, por qué se ha obsesionado con ella de ese modo después de que le dijera que se mantuviera alejado el otoño anterior. Esto no resulta conveniente, deslizarse por el bosque invernal para encontrarse así con ella. Seguramente hay una mujer en su aldea con la que Deskaheh puede casarse. En cuanto a la situación de Laure, no se puede hacer mucho con respecto a Mathurin. Pero Deskaheh, aquí y ahora, con esa mirada resuelta en sus ojos, tampoco va a servirle de ayuda en eso. No debería haberle dejado entrar.

Él se quita el abrigo, y al hacerlo parece una especie de pájaro congelado extendiendo unas gigantescas alas de piel. Echa un vistazo a la cabaña, a la costura de Laure depositada sobre la mesa donde se comieron la sopa unas semanas antes, a la lumbre que emite su débil calor, a la despensa casi vacía, al rincón donde está la cama-cabina en la que ha estado durmiendo sola... Entonces dirige su mirada a Laure. Ella lleva un chal de lana sobre los brazos y los hombros, y un grueso vestido de invierno.

—Estás tan delgada como los perros de mi aldea.

Su voz es suave y preocupada, como una especie de susurro triste. Laure piensa que debe de tener aspecto de moribunda. Tal vez haya interpretado mal sus intenciones con respecto a ella. Quizá ha venido a traerle provisiones, como el funcionario. ¡Qué patética criatura resulta ser, enterrada en esta tumba invernal en forma de cabaña, abandonada por el hombre que hace unos meses le prometió protegerla de por vida!

—Déjame que te prepare algo de comer.

Deskaheh se dirige hacia la despensa y la lumbre.

—No necesito comida —le dice Laure, cerrándole el paso.

Él retrocede con una expresión de sorpresa en el rostro.

Por una vez ella lo ha asustado a él. Laure está enfadada porque el hombre que se supone que debe ayudarla a sobrevivir al invierno no está aquí, y en su lugar vienen a ofrecerle sobras un funcionario colonial y este salvaje que debería haber desaparecido de su vida hace meses. Esta noche es más oscura que cuando él vino a verla la vez anterior, y a ella le cuesta mucho interpretar la expresión de su cara.

—Alguien podría pensar que has venido a matarme. —Él no responde—. ¿Por qué vienes a verme?

Ella aguarda un momento, creyendo que no la ha entendido. Le repite la pregunta, mirando su abrigo, su ropa hecha de pieles, su cabello largo y, finalmente, su rostro lleno de cicatrices. Estas son solo las cosas externas que hacen a Deskaheh salvaje. Pero ¿cómo puede comprender su mente, y no digamos su corazón? Laure recuerda su bautismo en el mar a manos de la extraña criatura a la que llamaban el *Bonhomme Terre-Neuve*. ¡Cuántas advertencias le habían hecho sobre los peligros de los salvajes de Canadá!

Deskaheh se acerca a ella sin emitir sonido alguno y enrosca sus cabellos entre sus dedos. Laure sacude la cabeza hacia atrás y alza la vista hacia los ojos vidriosos de él. Ella no entiende todas las palabras, ni siquiera está segura de que le esté hablando, pero oye algo parecido a esto: «Yo no decidí salir a buscarte en los bosques, porque es peligroso. Tú apareces en mis sueños. Cuando los sueños te empujan hacia alguien, hacia un lugar en el que nunca has estado, es inútil luchar contra ello. Al final te encontrará y el sueño se hará realidad».

Ella puede sentir el olor almizclado de su piel. Es un olor a hojas podridas, a tierra húmeda. Inhala el cálido hedor de su aliento. Este no es agrio como la lengua lechosa de Mathurin, sino amargo por las infusiones de hierbas que beben los salvajes. Deskaheh levanta a Laure del suelo. Ella percibe lo ligera que se ha vuelto, más famélica aún que en la Salpêtrière. Se deja llevar. Él la introduce en la cama-cabina y se arrodilla en el suelo de tierra delante de ella. Laure cierra los ojos y espera mientras él desliza las

manos sobre sus costillas y su vientre. Él sigue hablando como para sí mismo en su lengua salvaje mientras se esfuerza en desatar los cordones de su vestido.

Deskaheh suelta un breve grito cuando ve la sangre, y ella percibe el calor húmedo que mana de su pecho antes de sentir dolor alguno. Deskaheh baja la cabeza hasta la herida. Luego empieza a succionarla como si tratara de extraer el veneno de una mordedura de serpiente. Al cabo de un rato, cuando la sangre ya no fluye, el terrible dolor del corte crea una intensidad que refleja el frío de la cabaña, la brutalidad de vivir entre árboles. Él es un experto en esta clase de mutilación, piensa Laure, y sabe que ya no habrá más dolor.

Laure espera que ahora habrá algo más, algo que le quite el dolor que le ha infligido. Pero Deskaheh está apartando a Laure de sí y cubriendo de nuevo su espalda. Ella siente que la humillación la consume.

Con Deskaheh todo es un ritual. Al menos es mejor creer eso. Que él cuando menos sabe adónde van. Que hay algún lugar para esa clase de cosas en el universo. Que allí hay un dios que observa con placer esperando verlos entrelazados, fundiéndose en un mismo líquido.

Laure piensa en Mathurin, que es su verdadero destino. En la cabaña que construyó con sus gruesas manos destinada a ella o a alguna otra mujer del campo, más dura, del otro lado del mar. Cuando Laure se despierta gritando, atormentada por los ruidos de los bosques que atraviesan su débil hogar, Deskaheh le dice que no está soñando.

Deskaheh se aparta de Laure a tientas, y ella extiende la mano sobre la cama para coger el cuchillo con el que la ha cortado. Es un artículo intercambiado que ahora se usa contra ella. Tal vez se lo dio Mathurin. El mango está tallado en la forma de un animal salvaje, alguna clase de pájaro. Deskaheh ya no tiene fuego en la mirada. Está cogiendo su abrigo. Laure se queda en la cama, en el rincón del cuarto, sosteniendo el cuchillo en la mano. Piensa en arrojárselo a él, pero no quiere hacerle daño. Siente que la adoración que le profesa la debilita. ¿Qué mujer sentiría eso? ¿Por qué no puedo sentirme sin fuerzas, consumida, como cuando me toca Mathurin? La puerta se cierra sin hacer ruido y él desaparece en el frío de la noche.

Ella se pregunta qué habría sentido si Deskaheh la hubiera cortado más profundamente, si la sangre hubiera seguido manando de su cuerpo.

El vestido que Laure terminó para Madeleine durante el invierno, azul con ribetes de piel de zorro, cuelga del techo de la cabaña junto al amarillo que antaño perteneció a Mireille. Con la tela de su baúl y los retales suplementarios que le dieron en la Congregación de Notre-Dame, Laure ha hecho también otros dos vestidos. Ha cosido en el lino y la sarga trozos de piel de animal, una pequeña corteza de árbol, todo lo que ha podido encontrar siguiendo los patrones elaborados por su mente.

Es primavera, y pese a los cuatro elegantes vestidos que cuelgan del techo, Laure lleva un sencillo vestido de lino de estar por casa y una manta de lana gris que había sido de Mathurin sobre los hombros. Debía de haberla robado del barco cuando atravesó el océano desde la Vieja Francia, o quizá se había repartido en la colonia a los soldados de su regimiento. Aunque el sol de comienzos de la primavera se ha hecho más fuerte y se ven los primeros atisbos de verde entre la nieve que aún persiste, Laure todavía tiene miedo de apagar la lumbre de la cabaña. El cerdo Mathurin ya no recuerda las raciones de carne de ciervo, que se agotó casi hace un mes. Vuelve a estar hambriento y apático en su corral. Laure observa al animal desde el centro del cuarto. Durante todo el invierno ha estado dispuesta a disparar al cerdo si decidía atacarla, pero él no lo ha hecho.



Laure está tan delgada como los vestidos que ha colgado del techo cuando Mathurin, engordado por su estancia con los algonquinos, entra en la cabaña. Al atravesar la puerta siente arcadas y se tapa la nariz. Laure se pregunta cómo se ha podido acostumar ella al olor del cuarto si realmente es tan malo. Cuando Mathurin ve a Laure sentada junto al fuego, retrocede asustado. Ella no está segura de si lo que le asusta es su aspecto o el arma que sujeta en su regazo.

Laure alza la vista hacia su marido, y sus ojos tratan de concentrarse en

su figura. Recuerda haber tenido muchos sueños sobre su regreso dentro de los fríos confines de la cama-cabina. La reaparición de este hombre es el premio de Laure por haber superado su primer invierno en Canadá. Su boca se abre, y el sonido que sale de ella es a la vez un grito y una pregunta. «¿Dónde has estado?» Solo que en su garganta no se forma palabra alguna.

Laure se pregunta qué ve Mathurin cuando la mira: ¿acaso su primer invierno en Canadá la ha convertido en una loca, en una hereje, digna de ser encarcelada?

—¡Has vuelto con tu esposa! —le dice finalmente en voz baja, manteniendo el arma apoyada contra el pecho.

No hay forma alguna de que Mathurin pueda ver en su expresión que ella ha pasado dos de las noches de invierno en compañía de Deskaheh. Hasta la propia Laure apenas recuerda sus visitas. Se han derretido en su mente como la espesa nieve que rodeaba la cabaña. Ahora ella está vacía, como una cáscara que recibe de nuevo a su marido.

Mathurin advierte los vestidos que cuelgan del techo y sus ojos se abren todavía más. Se acerca a ellos, tocando las costuras donde Laure ha cosido los restos del invierno que ha pasado sin él.

—Es la Salpêtrière —dice, como para sí mismo—. Todos los hombres que se han casado con mujeres de allí se quejan.

Laure se pregunta si quizá ella no se habrá convertido en un fantasma tan transparente como las figuras que ha imaginado llevando esas ropas.

Los vestidos son impresionantes, variados en corte y estilo, y bien confeccionados. Aunque para hacerlos Laure ha consumido en un invierno el hilo y la tela de su baúl de París que se suponía que había de durarle toda una vida en la colonia.

Mathurin se acerca a Laure y se agacha junto a ella.

—Las mujeres de ciudad no pueden soportar la vida de aquí.

Ahora su voz es dulce. Él aparta la mano de la nariz y la extiende para acariciarle el cabello enmarañado. Laure le golpea en la muñeca en un rápido movimiento animal. Él se separa de ella.

Al tenerlo más cerca, Laure ve que Mathurin se ha pintado la cara para

parecer un salvaje. Su marido, de piel rosada como los cerdos, ahora tiene rayas rojas en sus encendidas mejillas. Ella empieza a reír. Mathurin, que ha regresado de los bosques después de una ausencia de ciento veintiséis días, de repente le parece hilarante.

—Así he pasado el tiempo —le dice, señalando los vestidos.

Su voz suena frágil y ronca, como si el invierno la hubiera convertido en una mujer muy anciana.

—¿Por qué no te has ido con las demás? Hay otras mujeres aquí. Las esposas de Tardif y Lefebvre...

Laure piensa que Mathurin está buscando alguna forma de aliviar su culpa ante la visión del cuerpo famélico de su esposa y el terrible hedor de la cabaña. ¡Qué cobarde le parece!

Laure le recita las razones, en el caso de cada una de esas mujeres, para permanecer sola durante todo el invierno.

—Madame Tardif es una canadiense. Ha nacido aquí.

Era la mujer a la que Laure había mostrado su labor de costura, la esposa colonial que pensaba que las maneras de París no se avenían a Canadá. Madame Tardif ya tiene tres hijos y unos brazos como los pilares de la cabaña. Se había ofrecido a alojar a Laure, pero más o menos con la misma emoción que sentía la superiora de la Salpêtrière a la hora de proporcionar una cama a otra muchacha pobre del campo. Iba a ser el tercer invierno de Madame Tardif sola en Pointe-aux-Trembles, y ella estaba orgullosa de su capacidad para superarlo.

Luego estaba Madame Lefebvre, una mujer nerviosa como una rata, mucho más joven que Madame Tardif. En noviembre le había pedido a Laure que la ayudara a clavar una tabla en la puerta de su cabaña para impedir el paso a los osos hambrientos. Luego se había escabullido en el bosque, junto con un hermano que era igual que ella, de regreso a casa de su padre en Ville-Marie.

—¿Cómo iba yo a saberlo?

Las palabras de Laure son una acusación, y Mathurin baja la mirada. ¡Con qué hombre tan débil se ha casado!



Mathurin se acerca y toma el arma de la mano de Laure. Ella la suelta y se deja caer un poco hacia delante. Observa cómo Mathurin levanta el arma, abre y cierra la recámara, y comprueba que el gatillo funciona perfectamente. Por un momento se pregunta si planea dispararle. Quizá el invierno la ha dejado en un estado que la hace indigna de seguir viviendo, como un caballo al que le fallan las piernas. Pero Mathurin se aparta de Laure y se dirige al corral. El cerdo Mathurin alza la vista con sus ojos cansados. Cuando Laure comprende lo que su marido está a punto de hacer ya es demasiado tarde. El disparo resuena en toda la cabaña. El cerdo exhala un último y desengañado suspiro.

—Déjame que te prepare un festín para celebrar el final de nuestro primer invierno en Pointe-aux-Trembles —le dice Mathurin.

Laure observa los vestidos que se balancean en torno a su marido, sintiendo como si un nuevo fantasma hubiera entrado en su vida.



Mathurin ha insistido en que coman fuera. Aunque sigue haciendo frío, la mayor parte de la nieve se ha fundido ya. Él ha encendido un fuego entre dos tocones. El aire húmedo no tarda en llenarse de humo. Laure se sienta sobre uno de los tocones y observa a su marido asar la carne de su yo porcino. Luego se la ofrece en un cuenco, pero ella se niega a probarla. En cambio Mathurin devora el contenido de su cuenco, llenándose los dedos y la boca de grasa. Laure se levanta, con las rodillas temblándole, y vuelve a la cabaña con paso vacilante. Se pregunta si no habría sido mejor que Deskaheh la hubiera dejado morir de hambre. Si el invierno se la hubiera tragado entera ahora no estaría hundiendo sus débiles piernas en los enfangados hoyos de su vida con Mathurin.



Poco después del regreso de Mathurin de las regiones salvajes, empiezan a aparecer brotes verdes en las ramas secas de los álamos temblones. La nieve que rodea el asentamiento se funde en pequeños riachuelos que van cobrando fuerza al fluir hacia el río. Aun después de unas semanas, Laure todavía siente su cuerpo débil, tan gris como el barro que la nieve derretida ha dejado al descubierto. Pero no transcurrirá mucho tiempo antes de que los largos y fríos meses hayan quedado atrás. El silencio invernal ha pasado, y ella siente que sus fuerzas aumentan cada día. Ardillas y pájaros entran y salen apresuradamente de entre los árboles en busca de provisiones para construir sus nidos. Laure ve un petirrojo fuera de la cabaña, y el vivo color de su pecho le infunde vida. A regañadientes, gira la cara hacia el calor del sol y aguarda a volver a la vida.



Durante los meses de abril y mayo Laure y Mathurin trabajan, junto con los otros colonos de Pointe-aux-Trembles, preparando el asentamiento para el verano. Los hombres cortan madera para reparar las cabañas, tapando las rendijas por las que las mujeres les dicen que entra el frío. El tejado de la cabaña de Lefebvre se hundió bajo el peso de la nieve. Es una suerte que su esposa la hubiera abandonado antes para ir a vivir con su familia en Ville-Marie. Su marido ha decidido quedarse con los salvajes, de modo que los restos de su choza yacen como un esqueleto, como un sombrío recuerdo del invierno en medio del optimismo de la primavera.

Los colonos también buscan espacios abiertos entre los árboles, lugares donde poder plantar huertas con las semillas que han recibido del intendente. En el claro más grande plantan trigo, algo de cebada y avena. En los más pequeños, coles, nabos, zanahorias, guisantes y cebollas. Pero cavar la dura tierra para roturarla utilizando hachas, piedras y cualquier otra cosa que tengan a mano es un trabajo penoso que nadie puede resistir durante mucho tiempo. De modo que hasta las mujeres hacen turnos para que los hombres

puedan descansar. Constituye un esfuerzo brutal machacar y desgarrar un suelo que está cargado de vida antigua; un trabajo de tontos, piensa Laure mientras intenta hacer progresos pese a la debilidad de sus brazos. Al final, los colonos no pueden roturar suficiente tierra para plantar todas las semillas que les han dado, y deciden guardar algunas para el año siguiente.



Dentro de su cabaña, Mathurin ha construido una rudimentaria mesa: dos troncos con un tablón encima. Ambos se sientan delante de ella, Laure en su baúl y Mathurin en un tocón que ha convertido en silla, a comer pescado del que los hombres han cogido en el río. Aún no han aparecido los insectos del verano, pero el frío más intenso hace tiempo que ha quedado atrás. Laure se siente al menos cómoda, ya que no feliz, en la choza de Mathurin. Él trabaja, todavía principalmente cortando árboles, pescando y cazando con los demás hombres durante todo el día, mientras Laure y las otras mujeres deshieren la huerta, preparan la comida y remiendan la ropa. Por ahora no se habla para nada de la vida fuera del asentamiento.

—¿Sabes que la esposa de La Course vuelve a estar embarazada? Es el cuarto —dice Mathurin.

Ahora vuelven a dormir juntos en la cama-cabina.

Laure no responde. Cuando las mujeres del asentamiento hablan con ella, es siempre sobre sus hijos o sobre el embarazo. Le explican qué síntomas debe buscar, la falta de menstruación, las náuseas, los pechos hinchados... Laure no tiene ninguno de esos síntomas, pero no se atreve a decirles que se siente aliviada por ello.

—El rey dará trescientas libras a cada familia que tenga diez hijos —le dice Mathurin.

—Hijos legítimos —murmura ella, pensando todavía en el invierno que él ha pasado fuera.

Probablemente a estas alturas ella ya estaría embarazada si él no se hubiese marchado con los algonquinos para ganar dinero con las pieles.

—Solo tienes dieciocho años. Diez hijos deberían ser bastante fáciles de parir.

Mathurin siempre está pensando en el futuro, en décadas, mientras que Laure no puede ni prever la próxima semana con él. Tampoco puede imaginarse estando embarazada siquiera una vez, y menos aún sucumbiendo al ritmo de tener un nuevo bebé cada dos años tal como hacen por regla general las mujeres de la colonia.

Cuando terminan de comer, Mathurin hace un gesto con la cabeza señalando la cama-cabina. Laure se levanta y saca los platos fuera para lavarlos en el cubo de agua del río que hay junto a la puerta. Se toma su tiempo para secarlos y colocarlos de nuevo en el anaquel. Cuando ha terminado con los platos, se dirige hacia la cama y avanza a gatas al lado de Mathurin. Este agarra de inmediato la parte inferior de su vestido para levantarlo por encima de sus caderas. Hace semanas Mathurin vio el corte que ella tiene en el pecho. Al verlo había retrocedido. Laure le había dicho que se lo hizo ella misma, que era una forma de sangría que había aprendido en el hospital y con la que pretendía darse fuerzas para resistir el invierno. También que se le ocurrió cuando se sentía más débil. Mathurin la había creído.

Laure está harta de sus insinuaciones, de sus intentos de dejarla embarazada.

—Si de verdad quieres ese dinero del rey —le dice—, deberías recoger a todos los hijos salvajes que tienes corriendo sueltos por el bosque y enviarlos directamente a París. Seguramente te dará más de trescientas libras.

Mathurin contiene el aliento. Al cabo de un momento le acaricia el cabello, riéndose un poco. Llevan casi ocho meses casados y todavía no hay signo alguno de un bebé.

Laure añade:

—A menos que también seas incapaz de dejar preñadas a las salvajes.

Mathurin retira la mano de ella.

—Con todos los problemas que me das, debería haberme casado con una algonquina y haberla traído al asentamiento. A ella le habrían dado ciento cincuenta libras por casarse conmigo y a estas alturas ya tendríamos dos niños.

Laure da un bufido al oír eso.

—Sabes tan bien como yo de qué forma da dinero el gobernador. Montones de promesas, luego la cantidad se ve reducida a la mitad, y cuando llega la hora de pagar de repente no hay monedas en circulación. Tu salvaje habría recibido el mismo cerdo y los mismos pollos que yo por casarme contigo.

—¿Sabes qué he estado oyendo en todos los asentamientos de Ville-Marie? —Los ojos de Mathurin han adquirido una expresión mezquina, y su rostro se ha vuelto radiante—. Que las mujeres del Hospital General están enfermas. Por eso no pueden tener hijos.



Cuando Laure se despierta a la mañana siguiente, Mathurin está empaquetando sus cosas. Otra vez va vestido como un salvaje, con un cuchillo al cinto y una escopeta colgada al hombro.

—¿Adónde vas? —le pregunta ella, mientras en un momento de pánico sus recuerdos del invierno la invaden de nuevo.

—A recoger más pieles antes de que llegue la feria comercial de agosto de Ville-Marie.

Probablemente va a buscar una mujer que lo halague y lo necesite. Laure está mejor sin Mathurin, y se siente contenta de verlo partir. Ella ha sobrevivido al invierno. Seguramente la primavera y el verano, ahora que puede visitar a sus vecinos y recorrer el asentamiento, serán más fáciles de resistir en soledad. Pero esta vez, antes de que Mathurin se vaya, le pide que le enseñe a usar el arma.

Cuarta parte

Les filles envoyées l'an passé sont mariées, et presque toutes ou sont grosses ou ont eu des enfants, marque de la fécondité de ce pays.

[Las muchachas enviadas el año pasado están casadas, y casi todas o están embarazadas o han tenido hijos, signo de la fecundidad de este país.]

JEAN TALON, intendente de Canadá, a Jean-Baptiste Colbert, ministro del rey de Francia, 1670

La orilla del río en Ville-Marie está surcada de canoas de los salvajes. En las barcazas de los comerciantes se amontonan las pieles de animales formando altas pilas. Unos cuantos oficiales franceses uniformados patrullan el lugar montados en los caballos recién llegados a la colonia. El humo que se levanta de las hogueras encendidas por los diversos grupos de salvajes es tan espeso que hace toser a Laure. Unas cuantas mujeres francesas han venido a la feria, principalmente esposas de colonos. Algunas venden productos en puestos de madera al borde del río; otras están detrás, en el asentamiento, sirviendo cerveza y brandy en las tabernas.

Las pieles más finas de la feria son las que han traído los salvajes del extremo norte. Laure ha oído hablar de la suave piel del visón y del armiño, este último destinado solo al rey. Los salvajes van ataviados con elaborados ropajes y han arrastrado sus canoas hasta la orilla. Laure les oye hablar en numerosas lenguas. A muchos de esos grupos no los había visto nunca, incluyendo a un anciano con el cabello largo tan blanco como las extrañas pieles que lleva colgando en los brazos. Entre la multitud se incluyen también los nacidos de la unión de hombres franceses con mujeres salvajes. Esos jóvenes tienen la apariencia de los salvajes —tejidos de vivos colores, cabello largo, caras pintadas—, pero su piel y sus ojos, e incluso sus barbas, son más claros. Las salvajes que ve Laure caminan encorvadas, llevando el peso de sus hijos ya algo crecidos sobre la espalda.

A Laure no le preocupa la posibilidad de tropezarse con Mathurin. Probablemente yace aletargado en una de las numerosas tiendas plantadas alrededor del lugar, hartándose de beber y comer, y disfrutando de las mujeres. Para comerciar, Laure ha traído consigo algunas tazas de lata, pantalones de lino cosidos por ella y unos cuantos botones. También lleva una pequeña bolsa de cuentas de cristal veneciano que cogió de entre las mercancías de Mathurin. Este le explicó que los salvajes las usan para hacer cinturones que ellos llaman *wampum*, una especie de método de oración y de registro propio. Los salvajes intercambiarán sus mejores pieles por esas baratas cuentas italianas. En realidad, Laure no espera hacer negocio alguno en la feria. Al fin y al cabo,

no es por eso por lo que ha venido, aunque tiene previsto decirle a cualquiera que la reconozca que ha acudido para ayudar a Mathurin a ganar un poco más de dinero. Ellos pensarán que es una esposa generosa y leal por arriesgarse a correr tanto peligro para estar aquí.

Para Laure había sido bastante fácil persuadir a los Tardif de Pointe-aux-Trembles de que la dejaran acompañarlos a Ville-Marie para la feria. Hasta Madame Tardif tuvo que admitir que Mathurin no tenía que haber dejado a Laure también en verano tal como había hecho en invierno. Y había mostrado su desaprobación por el pequeño número de pieles con el que Mathurin había regresado en la primavera en comparación con las que su propio esposo había traído a casa.



La chica que está sentada frente a Deskaheh en una de las tiendas comerciales de los algonquinos parece muy joven, probablemente de unos quince años, aunque a Laure le cuesta determinar la edad de las muchachas salvajes: cuando tienen veinte años ya parecen ancianas. Mathurin dice que es porque sus maridos las hacen trabajar demasiado. Esta que está con Deskaheh todavía tiene las mejillas suaves y rechonchas de una niña, y un impresionante cabello largo y oscuro. Están sentados juntos, con las rodillas tocándose. Pero lo que más asombra a Laure es el vientre de la muchacha. Tiene una perfecta forma redonda, como si alguien hubiera arrebatado a la luna del cielo y la hubiera colocado bajo su vestido.

Los hombres franceses prefieren a las salvajes a sus propias esposas. Esas jóvenes entregan libremente su cuerpo y no esperan nada a cambio. Llaman a los hombres cual sirenas que los alejan de sus casas en los bosques. Al menos eso es lo que Mathurin parece pensar. Laure odia a todas esas mujeres. Su seductora presencia hace que su vida en Canadá resulte aún más difícil. Aunque Deskaheh esté de espaldas a Laure, ella está segura de que es él. Reconoce su estatura, sus hombros y el modo en que el cabello le cuelga sobre la espalda. Pero no quiere admitir que es él. Está sentado demasiado cerca de la salvaje, sus manos casi se tocan, y hay algo delicado y protector en la curvatura de su espalda. Laure sabe con certeza que el bebé de la muchacha

es suyo. Se ha tropezado con ellos como un intruso escuálido y famélico, como una bestia que merece que le disparen. La risa de ella se desvanece cuando advierte la presencia de Laure observándolos. Con un gesto instintivo cruza las manos sobre el abdomen, como para protegerse.

¿Qué ha visto la salvaje en los ojos de Laure? ¿Odio? ¿Envidia? ¿Tristeza? ¿Acaso ha podido leer los pensamientos que pasan por su cabeza? Deskaheh, preguntándose qué ha visto la muchacha que la ha asustado tanto, se vuelve y ve a Laure allí de pie. Parece sorprendido. Laure comprende que ha cometido un terrible error acudiendo a la feria. Aunque había hecho todo el camino desde Pointe-aux-Trembles con la esperanza de ver a Deskaheh, en realidad no creía que estuviese aquí. Ahora se dice a sí misma que su intención era ganar un poco de dinero, comprar algunas provisiones suplementarias con vistas al invierno para el caso de que Mathurin no volviera nunca. Desde luego, también planeaba volver a visitar los lugares donde había hablado con Deskaheh el verano anterior: el cementerio donde enterraron a Madeleine, la huerta de la congregación... y ponerse de nuevo ante la ventana del altillo a través de la que miraba al exterior. Al fin y al cabo, ¿no había sido él quien le había dado la única felicidad que ella había encontrado en este país inmenso y miserable? Aun así, en realidad no esperaba encontrar de él en Ville-Marie más que su recuerdo.

¡Hasta qué punto se equivocaba Laure! La expresión del rostro de Deskaheh pasa de la sorpresa al enfado al verla de pie ante él. Debe de haber sentido, como Laure, que sus visitas a la cabaña de Mathurin en mitad del invierno habían sido irreales. Alguna especie de sueño helado en el que él siguió el rastro de un ciervo hambriento y arrojó su cuerpo muerto aún caliente en el umbral de otra criatura hambrienta, tan patética como la primera. ¿Había planeado Deskaheh abrirla para arrancarle el corazón, pero había cambiado de idea porque sabía que en el pecho de Laure solo yacían enterrados los deseos de una mujer hambrienta? ¿Qué valor podría ofrecer ella desde las cerradas paredes de la cabaña de su marido? Al fin y al cabo, Deskaheh ya no había vuelto, a pesar de que el invierno se había prolongado aún mucho tiempo. Quizá también le resultara difícil creer que Laure existía realmente, que podía estar en carne y hueso allí de pie tan cerca de él en Ville-Marie.

Laure piensa que él parece mucho mayor este año. Deskaheh, el muchacho con el que se divirtió el verano anterior y que le salvó la vida este

invierno, es un salvaje adulto con una esposa embarazada, y Laure es una necia. Da la espalda a la pareja y regresa apresuradamente, a través de la multitud que abarrota la orilla, al albergue donde se aloja con los Tardif. Pasa corriendo junto a hombres que vienen de lugares tan lejanos como Rivière-du-Loup y Tadoussac, quienes empiezan a intercambiar sus pieles con los salvajes incluso antes de que estas se descarguen en tierra. Las voces de los hombres se funden, formando una lengua comercial colectiva salpicada de palabras salvajes y dialectos provinciales.

La feria es también el momento en que los franceses persiguen a las hijas de los salvajes que han venido a comerciar. A algunas de las muchachas les emociona la aventura, mientras que otras corren gritando de terror cuando los hombres las siguen como a piezas de caza por las calles. En la cabeza de Laure los sonidos de la multitud se asemejan a una colmena. Y las caras que la rodean resultan aún más desdibujadas. No puede distinguir ninguna forma diferenciada, mientras la sangre le bulle en las venas.



Cuando Laure se acerca al albergue ve estallar una pelea entre dos hombres. Se apresura hacia la posada al tiempo que trata de determinar sin éxito cuánto tienen de franceses y cuánto de salvajes. Antes de que pueda entrar, Deskaheh la coge del brazo y la obliga a volverse hacia él. El suyo es el único rostro claro entre la muchedumbre, su cuerpo permanece inmóvil. Ella mira por detrás de él buscando a la chica embarazada, pero está solo.

«¿Qué pensabas?», intenta decir él; pero lo que le sale es:

—¿Qué piensas?

Laure no puede responder. Su voz ha desaparecido ante la visión de la joven salvaje, de la alegría perfecta de los dos allí sentados, como una imagen especular de la soledad con la que ella ha convivido durante tanto tiempo. No hay nada que Laure pueda decirle. Ella no tiene derecho a acusarle de adulterio como hizo con Mathurin. Deskaheh no ha hecho nada malo. La culpa es suya por pensar que había algo más entre ellos, por ser lo bastante necia como para venir aquí a buscarle.

—¿Has superado bien el invierno? —le pregunta, y mira hacia su vientre tal como hacen los hombres de la colonia.

Parece que todo el resto de Ville-Marie haya florecido después del duro invierno. Tal como predijo el intendente, ahora la mayoría de las esposas llevan en su vientre la preciosa semilla de los sueños del rey para la Nueva Francia: riqueza venidera, fuerza militar, una población extensa y leal a orillas de un río enorme. Mientras tanto, Laure no es más que una fatigada versión de lo que era hace un año. Todo el mundo está de acuerdo en que las mujeres sin hijos son inútiles y no tienen lugar en la colonia.

Deskaheh le pregunta a Laure dónde se alojará durante la feria. Ella señala el callejón que tiene detrás y le dice el nombre de la posada. Él le suelta el brazo como si hubiera olvidado que todavía lo sujetaba. Laure se pregunta qué quería decirle, por qué había dejado sola a la muchacha embarazada para seguirla por toda la feria; pero él no dice nada más, y al cabo de un instante ha desaparecido.



La posadera, que no es otra que Madame Rouillard, la comadrona que había viajado con ellos desde Quebec, obtiene enormes beneficios gracias al desenfreno que lleva aparejada la feria anual del comercio de pieles. Sirve brandy en barriles, como si fuera agua del río, a los algonquinos y montagnais y demás salvajes que vienen a comerciar. La única responsabilidad de la canadiense es impedir que los hombres se apuñalen o se disparen unos a otros cuando están borrachos, para lo cual cuenta con el apoyo de sus hermanos, que viven en Ville-Marie. Las pieles que los salvajes han traído consigo de sus lugares de origen en los bosques fluyen hacia los franceses a precios baratos en el torrente de libaciones que proporcionan Madame Rouillard y los otros posaderos de Ville-Marie. Mientras dura la feria, las autoridades hacen la vista gorda ante las tabernas ilegales que se abren en las casas de la población. Los sulpicianos, las hermanas hospitalarias, los jesuitas y demás religiosos se abstienen de salir a la calle esperando a que pase la pecaminosa orgía estival. Todo eso lo sabe Laure por Madame Rouillard, que nunca se cansa de hablar sobre los acontecimientos de la colonia.

El hecho de que a Laure, una mujer que está sola, se le haya asignado su propio cuarto en la posada es una prueba de la indulgencia de Madame Rouillard. Durante la feria las autoridades tienen problemas más graves de los que preocuparse que la circunstancia de que una mujer casada se aloje sola en una posada; aunque tampoco es que nadie se atreva a anunciar públicamente que Laure tiene su propia habitación y no está acompañada de un hombre, ni siquiera Madame Rouillard, que comenta casi todo lo demás. Los Tardif, que tienen su propio cuarto junto al de ella, ahora están fuera, intercambiando los productos que han traído consigo por pieles. Madame Tardif está muy orgullosa de haber podido permitirse tener una criada para todo que cuide de sus hijos mientras ella acompaña a su marido a la feria. Laure no espera ver mucho a la pareja hasta que llegue el momento de regresar al asentamiento la semana que viene.

Al anochecer, Laure se pone el sencillo vestido de verano que ha traído consigo. Lo hizo durante el invierno con el algodón que le había sobrado de coser las camisas de Mathurin. Había cortado el escote del vestido a imitación del estilo *déshabillé* que estaba de moda en París cuando ella se fue, y lo había ribeteado de lino azul. Los vestidos que hizo Laure durante el invierno, con los más finos tejidos de su baúl, siguen colgados en una parte del techo de la cabaña en Pointe-aux-Trembles. Ella le había prometido a Mathurin que en verano intentaría vender esos vestidos a las notables de la colonia, ya que las autoridades no permitían a las mujeres de Pointe-aux-Trembles vestirse con tales galas. Pero en realidad Laure aún no está dispuesta a deshacerse de los vestidos. Para ella son como una especie de compañeros. En su imaginación, los visten muchachas del hospital de París que entienden la necesidad de llevar encajes y finos bordados, de parecer elegantes hasta en cabañas del bosque y en compañía de hombres ordinarios.

Laure se recoge el cabello hacia atrás, dejando que sus largos mechones le caigan sobre la espalda. Se siente liviana y vacía desde que esta tarde vio a Deskaheh con la chica embarazada. Al menos ahora está aquí en la posada, en compañía de gente, y lejos de la choza de Mathurin. Esta última es un lugar desolado hasta en verano, mucho peor de lo que fue nunca la Salpêtrière. Laure percibe el olor a pan recién hecho y a especias y a carne asada que emana de la cocina de la posada, y oye el sonido de las conversaciones que se superponen al entrecrocarse de los platos. Cierra la puerta de su cuarto y baja al

piso de abajo.

Laure le pide a uno de los hermanos de Madame Rouillard que mantenga a los hombres del comedor lejos de su mesa, y él le asegura que lo hará. El hermano la llama Madame Turcotte, el nombre que ella dio cuando firmó el registro. Le trae un guisado de carne y verduras y un poco de vino. Laure saca de su bolso algunas de las monedas de Mathurin para pagarle la comida. En la sala hay una animación que no está acostumbrada a sentir a la hora de comer.



Justo cuando Laure termina su guisado y está a punto de volver a su cuarto, Deskaheh entra en la posada. Algunos comerciantes de pieles que están en la barra se vuelven a mirar al salvaje que acaba de atravesar la puerta. Deskaheh recorre la sala con la mirada, y, al descubrir a Laure sentada sola entre las sombras, se dirige hacia su mesa. El segundo hermano de Madame Rouillard, que es mayor y de expresión más dura, sale de detrás del mostrador, pero Laure alza la mano para informarle de que conoce a Deskaheh y de que acepta que se siente con ella. El posadero se retira de nuevo detrás del mostrador, pero sigue vigilando la mesa de Laure.

—¿Cómo está tu marido? —pregunta Deskaheh, rechazando la oferta de Laure de que tome asiento.

—Sigue siendo el mismo perro de siempre —le contesta Laure, preguntándose por qué Deskaheh ha ido hasta allí para preguntarle por Mathurin—. Está fuera la mayor parte del tiempo. Seguramente tú lo ves más que yo.

Deskaheh medita un momento sobre sus palabras.

—Quizá deberías haberte casado con otro.

Mira hacia los hombres de la barra, como si alguno de ellos pudiera ser una buena pareja para ella.

Laure ha estado observando a esos *coureurs de bois* beber brandy mientras intercambian relatos de sus aventuras en busca de pieles.

—Ya has visto cómo se comportan todos esos perros. Son todos iguales.

Debería haber luchado más por quedarme en Francia.

Deskaheh asiente con la cabeza.

—La mayoría de los franceses se vuelven por donde vinieron a los pocos meses de estar aquí, a veces al cabo de un año o dos. Se quedan lo bastante para conseguir algunas pieles y luego regresan, cuando se cansan de vivir aquí. —El francés de Deskaheh ha mejorado durante el último año—. Se quejan de todo. Del invierno, del verano, de los bichos, de la comida, de las mujeres... —Ríe.

La mirada de Deskaheh se dirige al escote del sencillo vestido de Laure. Ella se avergüenza. Se lo había puesto para sentirse limpia y en calma. Pero no es más que una prenda para dormir.

—¿Dónde está tu otro vestido? —le pregunta él.

—Lo quemé —le responde Laure de inmediato, mintiendo.

Deskaheh asiente con la cabeza como si entendiera por qué podría haber hecho tal cosa.

—¿Qué piensas? —le pregunta de nuevo.

En realidad quiere decir «¿Qué esperabas?». Pero sus ojos están desprovistos de la ira y la sorpresa que Laure había visto en ellos esa tarde. Su rostro es ancho y apacible, y expresa compasión. Es la misma mirada que dedicaría un hombre bondadoso a un caballo viejo antes de dispararle. O la clase de expresión que tenía el rostro de Madame du Clos y Madame Gage. Laure ha aprendido a buscar bondad del mismo modo que otros buscan comida y agua. Su supervivencia ha dependido de ello.

—No quiero estar contigo —le dice ella, aunque él no se lo ha pedido en absoluto.

—Eso no puede ocurrir. Hay cosas que... yo... nosotros... dejémoslo... —dice Deskaheh.

—No me hables como si fuera estúpida o una niña. Sé que es una necesidad que estemos juntos. Resulta completamente inútil. Tú tienes una familia y yo he aprendido a vivir con un cerdo.

—En un año los dos hemos crecido.

Deskaheh inhala aire como si estuviera a punto de decir algo más, pero no lo hace.

—Sé mejor que tú lo que quiere de nosotros el rey francés, Onontio, como vosotros lo llamáis. Quiere que tú hagas bebés salvajes para servirle y que yo haga bebés con ese perro para servirle también. —Laure alarga la mano a través de la mesa para coger a Deskaheh del brazo—. Parece que al menos uno de nosotros está cumpliendo con su deber para con su nuevo amo.

Laure se siente resarcida cuando ve que su rostro se tensa.

Él se sienta a la mesa.

—El rey francés del otro lado de las aguas no es mi amo.

—Desde luego que lo es. Mírate, trayéndole las más gruesas pieles de las profundidades de los bosques, donde sus hombres tienen demasiado miedo para adentrarse. ¿Y qué es lo que obtienes a cambio? —Laure coge su bolso y extrae un saquito de dentro. Vierte su contenido, y las cuentas que le había cogido a Mathurin, hechas de cristal de Venecia, ruedan sobre la mesa. Deskaheh lucha por cogerlas mientras rebotan y se desplazan por la dura madera—. En Francia esto no vale nada. Hasta una mujer pobre como yo puede tener una bolsa llena.

Laure se levanta.

Deskaheh trata de atrapar las cuentas con las manos, de impedir que caigan rodando de la mesa. Pero no puede cogerlas todas antes de que se estrellen contra el duro suelo.

—¿Usáis esto para escribir oraciones a Dios? —Laure recoge una de las cuentas—. Si tu Dios es parecido al mío, de todos modos no te escuchará. Espera aquí un momento y te traeré otro regalo. Este significa más para mí.

Deskaheh parece atónito.



Arriba, en su cuarto, Laure busca en su bolsa el cuchillo que había guardado. Es el que Mathurin le había dejado para desollar animales y descamar pescado, el mismo que ella había usado para cortar la piel del

ciervo que le trajo Deskaheh. A Laure le tiemblan las manos cuando levanta la hoja a la altura de la mejilla. Debía haber sabido que iba a tropezarse con Deskaheh. Solo ha pasado un verano y todo ha cambiado irremisiblemente. ¡Qué inocentes habían sido los dos, viendo crecer las frutas y hortalizas de la huerta de la congregación, buscando en su extraña amistad consuelo a la pérdida de su juventud!

Parece como si Laure se hubiera estado preparando todo el tiempo para esto, para el corte inevitable.

Desata la cinta con la que se recoge el cabello hacia atrás. Sus largos mechones le caen sobre los hombros, y siente en ellos un peso familiar. Levanta el cuchillo hasta su cuero cabelludo. Por un breve instante piensa cuánto más fácil sería si pudiera empezar a cortar directamente desde la frente hacia atrás, tal como Mathurin le había dicho que hacían los iroqueses con sus enemigos. Pero ella no es tan valiente.

En su lugar, Laure coge un puñado del pelo que la ha acompañado desde sus años en el hospital. Esos cabellos contienen el recuerdo, los olores y las privaciones de todas las noches que pasó en el abarrotado dormitorio, los almizclados rastros de los funerales de Mireille y luego de Madeleine, de la sal del mar y el vómito de la travesía. El cabello de Laure la ha acompañado a lo largo del breve calor abrasador y del interminable frío del invierno del último año en Canadá. Pero sobre todo, su pelo está impregnado del recuerdo de su encuentro con el salvaje Deskaheh, el primer hombre al que se ofreció.

El ruido del cuchillo al cortar el cabello produce un escalofrío a Laure. Pero ella sigue cortando hasta que todo él está alrededor de sus pies y solo cuelgan sobre sus hombros unos pocos mechones rotos. Se ha cortado el pelo desde el cuero cabelludo del mismo modo que los colonos varones cortan los árboles a fin de limpiar los bosques para construir sus toscas cabañas. Luego recoge el montón de pelo entre sus brazos y lo alisa, atando en torno a él la cinta amarilla que le dio Madame du Clos. Luego se ata en la cabeza la cofia que le entregaron en la congregación de Marguerite Bourgeoys, que hasta ahora se había negado a llevar. Es el distintivo de un ama de casa campesina.

Cuando vuelve abajo, Deskaheh sigue sentado a la mesa. Debe de haber recogido todas las cuentas de cristal, porque ya no están allí.

El cabello de Laure cubre sus brazos extendidos como si llevara una

ofrenda a un altar.

—Cuando todavía estaba en Francia me advirtieron de que los salvajes del Nuevo Mundo robaban el cabello a las mujeres francesas.

Luego coloca su pelo trenzado sobre los brazos de Deskaheh.

El rostro de este se llena de repulsión al ver lo que Laure ha hecho. Ella se siente satisfecha, y hasta contenta, al detectar la repugnancia en sus ojos. Es lo que había estado esperando todo el tiempo. Ha querido demostrarle que es fea. Que los dos son feos y merecen estar solos en mundos separados.



En las callejuelas de Ville-Marie los hombres se reúnen para intercambiar historias y, de vez en cuando, para derramar unos la sangre de otros. Los franceses han dado a las calles nombres salvajes como Michilimackinac y Outaouaise. Incluso durante el día, en Ville-Marie se aconseja a las mujeres que no salgan a la calle. De noche a ninguna se le ocurre hacerlo. Los comerciantes de pieles, tanto los *voyageurs* como los ilegales *coureurs de bois*, así como los soldados de la colonia, surgen de las tabernas con los ojos brillantes y enrojecidos. Pero durante la feria anual del comercio de pieles hay todavía más hombres bebiendo y causando problemas.

A través de la ventana abierta de su habitación en la posada, Laure puede oír sus voces, ruidosas y confusas, resonando entre los muros de piedra de las calles. Es ilegal que los posaderos sirvan licores a los salvajes. Pero muy pocos cumplen realmente esa norma, sobre todo en esta época. Para la feria del comercio de pieles, en Ville-Marie hay casi tantas tabernas como casas. Hay suficientes establecimientos como para que cada pueblo salvaje que se ha desplazado a Ville-Marie pueda frecuentar su propia taberna a fin de evitar peleas entre rivales.

Cuando llegaron las muchachas de Francia, las hermanas de la congregación les advirtieron de los peligros de la población. Las órdenes religiosas echan la culpa a los franceses por proporcionar el brandy, la cerveza y la sidra que llevan a los salvajes a hacer cosas terribles como romper canoas, provocar incendios y destruir cabañas. Mientras cometan los

delitos bajo la influencia del brandy, los salvajes consideran que deben ser inmunes al castigo por sus acciones. Los franceses se quejan de que no se aplican leyes para castigar a los salvajes por sus actos violentos porque las pieles que traen para comerciar resultan demasiado valiosas para las autoridades.

No hay duda de que la Nueva Francia es un lugar sin ley comparado con la rígida disciplina a la que estaba acostumbrada Laure en la Salpêtrière de París. El brazo del rey no alcanza con la misma autoridad el otro lado del mar ni los bosques de Canadá, aunque nadie se atrevería a decirlo en público. ¿Cómo, si no, podría Laure estar sola en un cuarto encima de una taberna en una ciudad llena de borrachos? Probablemente estaba más segura en el dormitorio parisino con las mujeres enfermas y dementes; pero ¡cuánto más emocionante resulta que aquí no haya nadie que la vigile!

Cuando le ofreció su cabello cortado, Deskaheh le pidió a Laure que se reuniera más tarde con él detrás de la posada. Ella aceptó verle a pesar de que le asustaba la idea de salir sola de noche en Ville-Marie. Laure está arriba en su cuarto caluroso y cerrado esperando que pasen las horas, sin dejar en ningún momento de tratar de determinar las intenciones de Deskaheh al pedirle que se reúna de nuevo con él. Parecía enfadado con Laure por haberse cortado el pelo y haberle hecho aquella burda ofrenda, de modo que le sorprende que a pesar de ello quiera verla. Ella lleva el vestido amarillo de París, el mismo con el que él la vio el verano anterior, y se ha cubierto la cabeza con el chal que había llevado en los funerales de Madame d'Aulnay y de Mireille.

Laure invoca el recuerdo de Madeleine. ¡Cómo desearía que su amiga estuviera aquí, junto a ella, para poder contarle los acontecimientos de ese día! Desde luego, Laure sabe que Madeleine tendría poco que decir sobre Deskaheh. Seguramente le diría a Laure que no se reuniera con él esta noche. Su alma no va a ganar nada encontrándose con un salvaje en las pecaminosas calles de esta ciudad consagrada al comercio de pieles.

Una vez que en el piso de abajo se han desvanecido las últimas voces estridentes y el último hombre ha abandonado la posada perdiéndose en la noche, Laure se levanta de la cama y sale al pasillo. Se desliza sigilosamente por delante de las puertas cerradas de los otros cuartos y baja a la taberna. Madame Rouillard todavía está despierta. Se encuentra detrás del mostrador

lavando los platos y vasos sucios que ha dejado el desenfreno de la tarde. No parece sorprendida al ver a Laure de pie en la escalera con un vestido de la Vieja Francia que está muy por encima de su condición social. Sin duda debe de haber muy pocas cosas que puedan sorprender a una mujer que es comadrona y regenta una posada en una colonia francesa.

La mujer mayor coge una toalla y se seca las manos. Aunque carnoso, el rostro de Madame Rouillard es firme e impenetrable. Solo sus ojos brillan de emoción.

—¿Quieres que te abra la puerta? —le pregunta, dejando la toalla y cruzando los brazos sobre el pecho.

Laure no puede pensar en una mentira, y tampoco se atrevería a contarle una a esta mujer. Asiente con la cabeza.

—¿Ya sabes que una muchacha que salga sola de noche en esta ciudad enloquecida por las pieles no está más segura que un zorro o un conejo? —Los ojos de Madame Rouillard se abren como platos mientras su mirada repasa de arriba abajo el vestido de Laure—. Sobre todo si es joven como tú. Cuando llegues a mi edad ya sabrás que los problemas viene solos; no hay necesidad de ir a buscarlos.

Laure nota cómo su rostro enrojece. ¡Qué necia debe de parecer a los ojos de esta anciana posadera y comadrona! Piensa en escapar escaleras arriba de regreso a su habitación.

—No te preocupes. Guardo muchos secretos cada día. Las vidas de las mujeres que habitan a orillas de este río están llenas de ellos. Podría contarte historias de pecado y de desengaño que harían que un sacerdote abjurara de sus votos. —Madame Rouillard ríe—. No cabe duda de que algunas de estas muchachas disfrutan de su nueva libertad. Desde luego, el precio que pagamos por la libertad es que tenemos que vivir aquí. —Ríe de nuevo—. Aunque debo decir, y la verdad es que eso me sorprende, que no hay muchas francesas que escojan a hombres salvajes. Se ve mucho más lo contrario. Pero eso no quiere decir que no suceda. —Madame Rouillard sale de detrás del mostrador, dirigiéndose con los cortos pasos que le permiten sus anchas caderas hacia la puerta de la posada—. Algunas personas insisten en hacer la vida más complicada de lo que tiene que ser.

Laure va tras ella.

—Gracias —le dice, cuando Madame Rouillard abre la puerta de la calle.

—No me las des. A veces, cuando Dios nos da aquello por lo que rezamos, en realidad es una maldición. Espera hasta la mañana antes de volver. Así yo podré dormir un poco y los que están arriba pensarán que solo has salido a buscar pan.

Laure asiente de nuevo con la cabeza.

—Conozco a ese con el que vas a encontrarte. En realidad es un personaje decente comparado con la mayoría de ellos.



Hace una noche negra, y lo único que amortigua la oscuridad es una sola antorcha al final de la callejuela. Laure usa las manos para guiarse a lo largo de la parte trasera del edificio de madera. Deskaheh ya está allí esperándola. Cuando la ve, su expresión es similar a la de Madame Rouillard. Es como si el salvaje y la vieja comadrona hubieran sabido en todo momento que Laure era capaz de un comportamiento licencioso, que solo era cuestión de tiempo que se convirtiera en adúltera.

La Salpêtrière está plagada de ellas, cuya pobreza y pecados las aprisionan a perpetuidad. El aborto es el único delito peor que el adulterio entre los que puede cometer una mujer en la Nueva Francia. Dado que las mujeres todavía siguen siendo mucho menos numerosas que los hombres en la colonia, las leyes sobre el adulterio son más indulgentes que en Francia. Algunos maridos deciden devolver a su esposa o enviarla a un convento de monjas, mientras su dote pueda cubrir el precio, antes que castigarla según la ley. El aborto, sin embargo, se castiga con la muerte, y la ley se aplica de manera más estricta que en París, donde los hospitales y asilos de pobres están llenos de niños a expensas del rey.

Laure se pregunta qué haría Mathurin si supiera que ella había venido a la feria del comercio de pieles y se había separado de los Tardif para poder reunirse con el salvaje iroqués Deskaheh a solas en un callejón detrás de una

posada. ¿La liberaría de la pena de cárcel y soportaría la vergüenza de sus actos?

Laure y Deskaheh se han dicho ya, en las pocas palabras que han intercambiado antes en la mesa, todo lo que tenían que decirse sobre su situación. Laure se ha casado con un cerdo y tiene que pasar el resto de su vida en su cabaña en los bosques. Deskaheh se quedará en la tribu de los algonquinos con su nueva esposa y el bebé que ella está esperando. Ambos han abandonado sus sueños infantiles por unas vidas de las que no pueden escapar. Entonces, ¿qué esperan ganar con esa cita clandestina?

Deskaheh coge a Laure del brazo en cuanto la ve como si fuera un preso que acaba de atrapar la policía. Luego la conduce a una calle conocida como la rue d'Enfer, la calle del Infierno. Es el centro de la juerga nocturna de los comerciantes de pieles. Varios franceses sentados y armados con pistolas protegen las pieles de alce, ciervo, zorro y nutria, pero también otras más valiosas como las de gato montés, marta, marta cibelina y oso. Los objetos de su comercio con los salvajes, teteras, cazuelas, ropa, porcelana, collares, llenan las calles, abandonados por los salvajes más cautivados por el alcohol y las armas de fuego.

Deskaheh introduce a Laure en uno de los edificios. Ella baja la cabeza, echándose el chal sobre la frente. Reconoce a algunos del grupo de tramperos de Mathurin. En la sala arden varias velas, y algunos hombres cantan canciones de *voyageurs*. Hay otras mujeres francesas y también varias muchachas salvajes. Parecen estar tan borrachas como ellos. El ruido es una tremenda mezcla entre las canciones y el golpear de pies y manos en el suelo de madera y las mesas respectivamente. Las historias de aventuras, exageradas por la bebida, se ven salpicadas de risas estentóreas. Esta podría ser cualquier taberna de la Vieja Francia salvo por el hecho de que aquí hay también hombres y mujeres salvajes comiendo carne y desquiciados por el brandy. La sala es calurosa, y la luz de las velas lo tiñe todo de rojo.

Aunque está bastante oscuro, Deskaheh prefiere no permanecer en la zona principal con Laure. De modo que se la lleva por una puerta a la parte trasera del edificio, donde unas cortinas de piel de animal dividen el espacio en cubículos privados. Deskaheh ha llevado a Laure al lugar donde se juntan las prostitutas para entretener a los clientes por dinero. Aquí se mezclan toda

clase de hombres de la colonia, como en las casas de lenocinio de París. De día tienen otras vidas, esposas e hijos, negocios que atender, contratos que firmar, fortunas que perseguir. Pero por la noche ahogan esos mundos en una copa tras otra de brandy, vino y cerveza de abeto. El nuevo país —los árboles que hay que talar, la tierra rebelde que hay que arar, las cosechas que hay que cuidar, las pieles con las que hay que comerciar— se hará mañana, en el otoño, dentro de un tiempo. Ya vendrá el frío glacial, pero por el momento el aire es caliente, hasta sofocante. Los cuencos se llenan una y otra vez de sopas sustanciosas. La sangre fluye con facilidad.

En esta corte, Laure podría ser muy bien una reina. Pero las pantallas de seda de las habitaciones de las prostitutas que Laure había imaginado allá en París, aquí, en Canadá, están hechas de carne de animal podrida. Los príncipes y duques son comerciantes de pieles barbudos y hombres salvajes. Las mujeres embrujan cantando canciones sobre romances de los bosques con voces roncadas y ebrias. Laure ni siquiera puede entender los serpentinos movimientos de sus lenguas salvajes.

No hay ninguna duda de por qué Deskaheh la ha traído aquí, a este cubículo rodeado de pieles. ¿Qué debe de pensar de ella, que es una prostituta que se ofrece gratis? Laure es incapaz de determinar si su corazón late colmado de dicha o de terror.

Deskaheh huele a tierra, a hierbas. Los sacerdotes jesuitas habían advertido a las mujeres recién llegadas de Francia a lo largo de su viaje río arriba y cuando dormían en sus orillas. «Esos hombres se comen la carne de sus cautivos. Los asan vivos y se comen los pedazos bocado a bocado. Yo lo he visto con mis propios ojos.» Laure siente vértigo por la culpa. Uno de los sacerdotes que les hablaban había perdido una oreja. Todos los jesuitas se habían desquiciado ante los crímenes que habían presenciado, ante la profanación de su Dios por los salvajes. ¿No es ese también el Dios de Laure?

Pero Deskaheh actúa con delicadeza cuando le quita el vestido, se muestra más hábil y más paciente que su marido. Probablemente Laure huele a leche agria, como Mathurin, como las enfermizas y abarrotadas estancias del hospital de París. Ambos llevan la historia de sus vidas como un unguento sobre la piel.

Laure se ve arrastrada bajo las olas, ¡y es tan fácil dejarse hundir,

hacerse una con el mar...! Los rezos que aprendió en el hospital son una letanía distante, son cosa del pasado.

La mente de Laure se llena de preguntas mientras deja que Deskaheh consuma su cuerpo, miembro a miembro. «¿Es esto la tortura? ¿Estoy yo también en el fuego y me están comiendo viva? ¿Cómo debe de ser arder por toda la eternidad? ¿Me convertiré en un hambriento fantasma de los bosques? ¿Soy agua del mar consumida por la llama? ¿Qué quedará cuando me haya ido?»



Durante días, Laure se queda así, rodeada de pieles, aguardando a que Deskaheh vuelva a ella. Lleva el mismo vestido, y está empezando a oler como los pellejos que la rodean. Él vuelve a verla a todas horas, pero ella es incapaz de distinguir entre la noche y el día en ese lugar que siempre está lleno de bebida, canciones y sexo. Deskaheh miente a la chica embarazada y al resto de su aldea para poder ir a encontrarse con ella. Laure es su feo y oscuro secreto. La devora igual que los otros salvajes consumen el ilícito aguardiente. Solo que ella no está segura de cuál de los dos está siendo destruido, de quién surgirá victorioso cuando finalice esta transacción.

Como con casi todo en Canadá, es el clima el que decide la suerte de Laure. Es el final de agosto, y en la población soplan los primeros vientos del otoño al tiempo que transcurre el último día de la feria del comercio de pieles, cuando las posadas cierran y los tenderetes se desmantelan. Laure permanece inmóvil en la calle, sintiendo la brisa en la piel, mientras los hombres se dirigen hacia las canoas. Se siente frágil como una anciana frente al sol intenso y el aire fresco. Deskaheh ya ha partido hacia su aldea. No ha habido necesidad de decirse adiós: todos los encuentros con él han estado preñados de despedida. Laure vuelve a donde Madame Rouillard, a reunirse con el matrimonio Tardif.

Corre el mes de octubre de su segundo año en la colonia, y Laure está recogiendo lo último que queda de la producción de la huerta: algunas remolachas y cebollas que arranca con dificultad del suelo helado. Le duelen los brazos de luchar contra la fiera tenacidad de las malas hierbas y de impedirles que invadan la huerta durante todo el verano. Ha habido alimañas horadando y comiéndose lo mejor de las cosechas por las noches, y luego gusanos excavando sus madrigueras en el maíz cuando los tallos finalmente han alcanzado la altura necesaria para ofrecer las mazorcas. Aun así, Laure ha logrado extraer algún sustento de su asediado cultivo. Las primeras cosechas fueron la lechuga y los pepinos; luego vinieron las alubias, que parecían crecer mejor que las otras hortalizas y que estuvo recogiendo durante semanas hasta destrozarse las manos y hasta que las propias alubias pasaron a llenarse de grandes semillas de color morado.

En Canadá, el otoño señala el final del suministro de alimentos frescos, y siempre viene pronto. En octubre la tierra ya se ha vuelto dura y seca, dispuesta a quedar envuelta en nieve hasta la primavera. Los árboles se han despojado de sus hojas, y las enérgicas ráfagas de viento del norte ofrecen un siniestro augurio del invierno inminente. Los gruesos tallos de las últimas hortalizas de raíces profundas laceran las ya ásperas palmas de las manos de Laure. Pero ella está desesperada por recoger todo el alimento que pueda, como si las reservas de verduras secas y los tarros de conservas pudieran protegerla de la oscura desolación de un segundo invierno en la cabaña.



Laure se sorprende al ver acercarse a Mathurin por el camino un día de finales de octubre mientras está cuidando la huerta. Ha estado ausente más de la mitad de su primer año de matrimonio, y en realidad ella no esperaba en absoluto que volviera hasta la primavera siguiente. Al ver llegar a Mathurin por el camino, Tardif le saluda como si hubiera estado allí todo el tiempo. Los

demás hombres, y hasta sus esposas, solo hablan con Laure para preguntarle si necesita algo. Como residente de su floreciente asentamiento, quieren asegurarse de que ella sobrevive, pero más allá de las formalidades básicas no tienen el menor interés en trabar amistad con ella. Los maridos temen a Laure, y sus esposas no quieren que hablen con ella. Laure es de París, sabe hacer encaje, y durante mucho tiempo se ha negado a cubrir su desbordante melena negra con las cofias de trabajo que llevan todas las demás. De hecho, no fue hasta que Laure volvió de la feria del comercio de pieles, rapada como un preso, cuando empezó a llevar cofia y un basto vestido a juego. Asimismo, y a diferencia de las otras mujeres, Laure no tiene hijos y carece de familia en el asentamiento y en toda la Nueva Francia.

El mosquete de Mathurin va rebotando rítmicamente sobre su vientre mientras él se acerca por el camino de la cabaña. Parece aún más rosado y más gordo que cuando se marchó, y sigue teniendo el aspecto de un lechón bien cebado de grano. Sin embargo, a diferencia de la primavera pasada, cuando él la vio por última vez, ahora Laure también ha ganado un poco de peso. La cosecha de verano en toda la colonia, e incluso en Pointe-aux-Trembles, ha sido buena. Resultaría fácil prepararle a Mathurin un banquete de bienvenida, salvo porque Laure sabe a qué se ha dedicado él y qué ha hecho ella en su ausencia. Hay muy poco que celebrar.

—Bienvenido a casa, esposo mío —le dice.

Ella se yergue sin moverse de la huerta, limpiándose las agrietadas manos con el delantal.

—¡Mira este lugar! Está convirtiéndose en una verdadera aldea. —Él se descuelga el mosquete y lo deja apoyado contra la casa.

Hay calidez en el asentamiento, una sensación de comodidad inexistente el año anterior. La impresión de que esta extensión de bosque es un campamento militar saqueado se ha disipado en cierta medida. Hay más cortinas en las ventanas, más reservas de alimentos para el invierno, menos rendijas en las paredes de la cabaña, el extraño mueble traído de Ville-Marie; hay planes de construir una iglesia y se han puesto los cimientos de una magnífica casa señorial de piedra.

Laure está mejor preparada para este segundo invierno. Ha secado frutas y hortalizas al sol, ha comprado un barril suplementario de carne ahumada y ha

tapado algunos de los agujeros más grandes de la cabaña. Mientras que por dentro su estómago está saciado, y sus tripas confortadas por toda la luz del sol del verano y sus alimentos, por fuera tiene las manos agrietadas, y el rostro y los brazos oscurecidos por el sol. Las opciones de Laure eran o bien seguir siendo una *citadine* y pasar hambre en esta colonia forestal, o arremangarse y arrancar de la tierra cualquier sustento que esta le pudiera ofrecer.

En la cabaña, ella prepara una sopa de carne de cerdo salada y col mientras Mathurin suelta un gruñido de contento al ver las cortinas y el edredón que ha hecho. Empieza a preparar un fuego con los delgados palos que Laure ha estado recogiendo las últimas semanas. Ella está contenta de que Mathurin haya vuelto, aunque sea temporalmente, ya que así podrá cortar una provisión de leña de gruesos troncos mayor que el año pasado, que llene la pared de la cabaña. El invierno anterior aprendió que será el fuego de la cabaña el que la lleve hasta la primavera.

A diferencia de algunas de las familias más arraigadas de Pointe-aux-Trembles, Laure y Mathurin todavía no tienen más muebles de los que tenían el año anterior. Los muebles que vienen en los barcos se destinan en primer lugar a los nobles y a las casas religiosas de Quebec, luego a los colonos más ricos de Trois-Rivières, y finalmente lo que queda se transporta a los nobles y religiosos de Ville-Marie. Pasarán años antes de que la gente corriente tenga muebles en sus cabañas, con excepción de quienes puedan fabricarse sus propias versiones rudimentarias o comprar piezas de los pocos fabricantes de muebles de la población.

—Bueno, parece que en mi ausencia has aprendido una o dos cosas. Esto huele bien. Los últimos meses no he comido otra cosa que guisos salvajes. Y ya sabes lo asquerosos que pueden llegar a ser.

Laure asiente con la cabeza.

—Sí, comer esa sopa de maíz suya día tras día debe de ser terrible.

¿Acaso cree Mathurin que ella no sabe nada sobre los algonquinos y sus costumbres?

Laure llena los dos cuencos de caldo y verduras y los lleva a la mesa. Cuando le pone su cuenco delante a Mathurin, este alarga la mano hacia uno de sus pechos y le da un fuerte apretón. El rápido movimiento y el agudo dolor

hacen que Laure derrame un poco del caldo caliente de su cuenco sobre su regazo. De momento él no parece pretender nada más.

Tras acabarse la sopa, Mathurin deja a Laure sentada en la improvisada mesa y se dirige con paso lento a la cama. Al cabo de poco está roncando, y el ruido llena todas y cada una de las rendijas de las paredes del cuarto. A Laure no le apetece la sopa. Recuerda el problema que ha estado corroyendo la tranquilidad que podrían haberle aportado las abundantes cosechas. Se levanta del baúl y abre la puerta de la cabaña; cuando está junto a la entrada le sobrevienen arcadas. Tiene el estómago vacío, de modo que solo deja escapar aire y profundos sonidos como de animal.

Aunque todavía es pronto, empieza a oscurecer sobre el asentamiento y el aire es cortante por el nuevo frío que lo impregna. Observando las cabañas, las más prósperas de las cuales han encendido fuegos extravagantemente tempranos, y las desnudas ramas del bosque más allá de ellas, Laure puede engañarse pensando que todo está en calma. El comienzo del frío, ya predecible y para el que está bien preparada, parece una preocupación insignificante. Como la muerte, el invierno es una certeza que hay que sufrir y ante la que en última instancia hay que rendirse. Laure está acostumbrada a la muerte, a los largos calvarios de reclusión, al hambre, a la fuerza sepultadora de este país.

Es lo nuevo lo que no puede aceptar, lo que le da náuseas. Todavía le sube la bilis a la garganta. Se obliga a dejar de lado por el momento algo que no puede ignorarse durante mucho tiempo. Cuando siente el estómago algo más estable, cierra la puerta y se acuesta junto a su marido.

Por la mañana, sale a gatas de la cama-cabina donde Mathurin sigue dormido y abre de nuevo la puerta de la cabaña. Las náuseas se han ido. Fuera todavía no ha salido el sol, y el aire es frío y húmedo. El resto del señorío todavía duerme. Con todas las cosechas recogidas por este año, ya no hay demasiadas razones para levantarse temprano. Además, estos días el sol apenas se eleva hasta bien avanzada la mañana. Pronto habrá nieve.

Dicen que hay medios, incluso en la Nueva Francia, de procurarse las hierbas necesarias. Si Laure estuviera en la Salpêtrière, podría concertar fácilmente un encuentro con una de esas mujeres transmitiendo el mensaje de su terrible dilema de una muchacha a otra. Corren rumores de que hay unas

pocas abortistas que practican su ilícito oficio en la colonia. Pero son solo rumores. Desde luego, no puede pedirle a nadie de Pointe-aux-Trembles que la ayude a encontrar una abortista. No hay una sola alma a la que Laure pueda confiarle su secreto.

Para ella, los rezos son el último recurso. Madeleine le diría que debería acudir a la oración lo primero. Laure le respondería que Dios, como una buena celadora de dormitorio, esperaría que sus hijas agotaran todos sus medios propios de encontrar una solución antes de molestarle. Además, Laure de hecho había rezado durante el verano para que no saliera ningún niño de las noches que había pasado con Deskaheh en Ville-Marie. A finales de septiembre ya sabía con certeza que sus oraciones no habían sido escuchadas. Desde entonces se ha esforzado en pensar un modo de explicarles a los demás en Pointe-aux-Trembles cómo puede estar embarazada aunque Mathurin haya estado ausente desde abril. Ni siquiera el cielo —teme Laure— podría ofrecerle una solución. Tiene que pagar las consecuencias, por graves que sean, de haber cometido tan terrible error. ¡Qué fácil es lamentarse ahora por no haber hecho sino rendirse en agosto!

Su oración es sencilla: «Señor, hay un bebé salvaje creciendo en mi interior. Solo pido que de algún modo lo saques de mí y me dejes vivir. Si haces esto por mí, no volveré a desobedecer ninguno de tus mandamientos».



Laure no sabe si la ayuda viene de Dios o simplemente de su propia mente, que ha estado dando vueltas al problema durante tanto tiempo mientras Mathurin estaba ausente. Ahora que su marido ha vuelto, hay otra opción. Puede que no sea demasiado tarde. Al fin y al cabo, es frecuente que los bebés se adelanten. Desde luego, esta es solo una solución temporal, ya que, cuando el niño nazca, Mathurin pronto verá que el bebé no es suyo. Pero entre ahora y entonces pueden pasar muchas cosas. Quizá, como Laure ha estado esperando, todavía hay una posibilidad de que ese niño incipiente se desprenda de su matriz en un aborto espontáneo, aunque con cada semana que pasa eso se hace menos probable. Ella ha trabajado intensamente en la huerta durante todo el otoño para provocar ese resultado. Ha oído decir a los hombres franceses que

es el arduo trabajo de las muchachas salvajes el que les impide tener tantos hijos como las francesas. Pero aunque el bebé, que hasta ahora ha parecido resistente a sus esfuerzos, nazca después de todo, quizá Mathurin no vea de inmediato el origen salvaje del niño. Podría tardar años en mostrar esos rasgos. Al menos por el momento, Laure puede ganar un tiempo acostándose con Mathurin y afirmando al cabo de unas semanas que el embarazo es suyo. Laure hierva ramas de pino para la ocasión y vierte el agua perfumada en su cabello y en su pecho.

Cuando Mathurin se despierta, Laure está de pie frente a él en camisón. Observa su cara rubicunda y le ofrece la más seductora de sus sonrisas. Él se muestra sorprendido y complacido por esa atención. Al menos la primera parte de su plan resulta bastante fácil de orquestar.

—¡He deseado tanto tiempo que seas mi esposa...! —le dice, alzándola y apoyándola sobre el suave peso de su cuerpo—. Laure, te he esperado solo a ti.

Parecería que fuera a gritar, tal es su agitación ante la predisposición de ella a ser suya.

Ella le da un golpecito en la espalda. Desearía que él no hiciera esto más difícil mintiéndole sobre las mujeres salvajes. Laure se estremece cuando él la penetra, pero finge sentir placer.

Dos semanas más tarde, Laure se sienta junto a Mathurin y le anuncia que espera un bebé. Por entonces está embarazada de tres meses, y su vientre y sus senos están tan hinchados que ya no puede llevar el corpiño.



Para celebrar el embarazo, Mathurin ha matado dos ardillas. Había perseguido a un conejo durante unos minutos, pero no había podido dispararle. Ahora que las náuseas han desaparecido, Laure tiene un apetito voraz. Hasta las ardillas de Mathurin —ensartadas en un palo— le parecen deliciosas. Es como si tuviera que comer para todo el invierno que le aguarda, y por todas las pasadas semanas de náuseas. No hay bastante alimento en la cabaña para satisfacerla, pero ella añade lo que puede a la captura de Mathurin, y prepara

comida suficiente para seis personas. Hierve una de las ardillas durante varios minutos, pero no ve el momento de empezar a comérsela. El olor del hervido la enloquece. La saca de la olla y arroja su cuerpo caliente sobre la mesa. Luego se sienta sobre su baúl y se come el animal entero, y la carne suave y la sangre salada la satisfacen como no lo había hecho nunca ningún alimento. Mathurin la mira, y una expresión de contento inunda su ancho rostro.

Los dedos de Laure avanzan a lo largo de las puntadas. Está bordando una manta. El bebé saldrá desnudo al frío de Canadá —se dice a sí misma—, y necesitará algo en que envolverlo. Habrá que tapar al niño con algo si ha de sobrevivir siquiera una hora en este país. Pero ¿de verdad desea que el bebé viva una hora? ¿Dos horas? ¿Un día? ¿Cuánto tiempo podrá mantener Laure a una criatura que no tiene futuro?

Madame Tardif está sentada en una silla de madera enfrente de Laure. Aunque de aspecto rústico, sin ningún tallado ni superficie pulida, la silla es un artículo de lujo que su marido ha comprado en Ville-Marie. Madame Tardif es un ejemplo de madre colonial, con sus hijos cerca de ella mientras trabaja en la cabaña. Su descendencia es fuerte, y su cabaña está dotada de las necesidades básicas. Pesadas cortinas cubren las ventanas; hay una mesa y cuatro sillas, además de la que acaba de comprar Monsieur Tardif. Hay también utensilios de cocina y una jofaina. Pero son los hijos, el principio de una gran familia, los que constituyen el signo más evidente del éxito de Madame Tardif.

¡Cuánto más sencillo sería todo si el bebé que lleva Laure fuera de Mathurin! Pero ¿qué sentimiento le inspiraría la descendencia de su porcino marido? Sería otro bebé, medio despreciado por ella, y no este niño que se revuelve en sus entrañas llenando sus pensamientos de Deskaheh, Dios, animales y sus propias pasiones.

Mathurin se había quedado en la cabaña con su esposa embarazada hasta mediados de noviembre, pero se sentía más inquieto cada día mientras veía proponer, planificar y salir de Pointe-aux-Trembles una partida de comerciantes de pieles tras otra. Al final, en el último momento, Mathurin también se fue, prometiéndole a Laure que volvería a comienzos de la primavera, mucho antes de que naciera el bebé.

Madame Tardif acogió a Laure con más afecto del que le había mostrado en el pasado, si es que se podía calificar de afectuosa a una mujer tan taimada. Seguramente se sentía aliviada de que Laure estuviera embarazada por fin.

Que Laure se alojara con Madame Tardif fue un acuerdo cortés entre vecinos que arregló Mathurin, a instancias de Laure, antes de marcharse. Laure decidió que no podía afrontar otro invierno sola sin otra compañía que la lumbre de la cabaña y el bebé que lleva en su seno.

Madame Tardif incorporó el cuidado de Laure, la *citadine* embarazada, a su lista de tareas de invierno. La canadiense tiene tres hijos en su cabaña de dos habitaciones, el más pequeño recién destetado. Conforta a Laure diciéndole que tener hijos es el destino de una mujer. Que vienen al mundo con menos dolor del que una espera, a no ser, obviamente, que la madre, o el bebé, o los dos mueran; pero, por supuesto, en ese caso tampoco se puede hacer nada, de manera que no tiene sentido pensar en ello. Según Madame Tardif, criar a los hijos que Dios te da no es más difícil que salar carne, zurcir calcetines o desherbar la huerta. Constituyen solo una más de las innumerables tareas de la vida en la colonia.

Ella predica a Laure durante todo el día, mientras se ocupan del fuego, la cocina, la costura y el cuidado de los niños. El saber y las preocupaciones que gobiernan la existencia diaria de Madame Tardif son de naturaleza práctica: ¿qué tarifa pagan este invierno los oficiales al mando por tener sus uniformes y calcetines remendados? ¿Cómo se puede hacer durar más la leña acostándose temprano por la noche y manteniendo la puerta de la cabaña cerrada, las cortinas corridas y a los niños dentro durante todo el día? ¿Cuánto caldo se puede sacar hirviendo carnes saladas y espinas de pescado para hacer un guisado casi tan aguado como el caldo de la Salpêtrière? Laure aprecia las lecciones prácticas que recibe de Madame Tardif para ser una esposa colonial eficiente y cuidadosa. Puede ver que una década o dos de tan penosos trabajos podrían llevar a una vida algo menos dificultosa, pero es evidente que en la mente de Madame Tardif no hay sitio para vestidos de tejidos exquisitos, para sueños de príncipes y cortes reales, para escribir cartas, ni para relaciones amorosas peligrosas con los salvajes de este país.

Laure desearía poder cambiar por la sencilla severidad de Madame Tardif las vanas curvas de su cuerpo de porcelana, sus brillantes ojos, los necios pensamientos de su cabeza, y, sobre todo, la pecaminosa evidencia de todas sus faltas que ahora llena el espacio que hay bajo sus costillas.

—No sé por qué malgastáis el tiempo haciendo todos esos motivos tan

detallados —le dice Madame Tardif—. Un bebé es una criatura sucia que no tiene ojos para cosas tales como las flores bordadas. Sería suficiente con que hicierais una manta usando la lana gris que os he dado.

Laure no puede imaginarse envolviendo a un bebé recién nacido en un tejido tan basto. Ha deshecho uno de los vestidos que cosió el invierno pasado y está usando el algodón para confeccionar una manta suave para el bebé.

—No sé cuándo entenderéis de una vez que no estamos en París, que Canadá no se parece en nada a la corte del rey, y que aquí el sentido práctico y la economía resultan mucho más útiles que los motivos de flores y las telas caras.

Laure sigue con su bordado.

—¡No querréis decirles a vuestros hijos desde el momento en que nazcan que la vida es fácil! ¿Qué sentido tiene acostumarles a finezas a tan temprana edad cuando esa manta va a ser el único lujo que conocerán jamás?

«Mejor haber conocido al menos algo fino, haber probado siquiera por un momento que la vida es algo más que tejido feo y basto y trabajo arduo hasta deslomarse», piensa Laure, pero permanece callada. Al fin y al cabo, ella es una invitada en casa de Madame Tardif, y fuera el invierno es frío y despiadado.

—Yo no poseo vuestras habilidades para llevar la casa. Lo único que sé es hacer ropa fina.



Cada día, cuando Laure termina su trabajo con la manta, cubre con ella la caja de madera que Madame Tardif le ha dado para que haga las veces de cuna. Laure no puede evitar pensar que la caja parece más bien un ataúd, y que colocar la manta es como poner flores en la tumba de su bebé.



Madame Rouillard ha venido a la cabaña de los Tardif para ver a Laure.

Corre el mes de febrero, y está de visita en Pointe-aux-Trembles debido a que hay tres mujeres embarazadas en el asentamiento. El gobernador y el intendente están impacientes por oír sus informes sobre todos los embarazos y nacimientos de la región de Ville-Marie para poder enviar a su vez a Francia las buenas noticias sobre la fertilidad de la colonia.

Madame Rouillard va cubierta de pieles, de modo que parece un *coureur de bois*. Se quita el sombrero y el abrigo; tiene las mejillas relucientes por el frío. Ha viajado desde Ville-Marie con un algonquino converso llamado Louis y un joven canadiense.

—No se os paga demasiado por venir conmigo, pero aprecio la compañía en esos bosques. Si volvéis a la cabaña de la que acabamos de venir estoy segura de que vaciarán sus reservas de brandy para vosotros. Dejadme aquí con mis asuntos de mujeres; cuando termine os iré a buscar.

Los dos jóvenes cierran la puerta tras ellos, impacientes por escapar de la presencia de otra mujer embarazada más.

—¿No estaréis esperando otra vez, verdad? —le pregunta la comadrona a Madame Tardif.

—No, no es para mí.

—Es un alivio. Siempre les digo a las mujeres que no hay nada más peligroso para la madre y para el niño que los embarazos demasiado seguidos.

Madame Rouillard se vuelve a mirar a Laure. Entorna los ojos como si tratara de recordar dónde ha visto su cara.

—¿No sois su hermana?

Laure le responde que no. Le dice a la comadrona que Madame Tardif simplemente ha tenido la amabilidad de acogerla mientras su marido está fuera buscando pieles. Madame Tardif se siente complacida por las palabras de alabanza de Laure, ya que ambas saben que ahora la noticia de su generosidad llegará a Ville-Marie.

—Ahora que os oigo hablar me acuerdo de vos. Sois una de las mujeres que llegaron del hospital de París. Creo que yo vine con vos en la canoa desde Quebec.

Laure asiente con la cabeza. Madame Rouillard parece estar a punto de

decir algo más, pero, en lugar de ello, mete la mano en la bolsa que ha traído consigo. Cuando Madame Rouillard se acerca a ella, Laure empieza a temblar. Va a ser descubierta delante de Madame Tardif, ya que la comadrona percibirá fácilmente que en realidad está embarazada de seis meses, y no de cuatro. Laure puede sentir los ojos de la comadrona escudriñando su rostro y su cuerpo como si supiera su secreto incluso antes de tocarla.

Sin pronunciar palabra, Madame Rouillard se arrodilla junto a Laure y acerca una vela. Luego le pide que se tienda sobre una piel que acaba de desenrollar en el suelo. Laure se pone tensa cuando las manos de la comadrona se deslizan sobre su vientre. Los ojos de la mujer mayor permanecen fijos en un punto a lo lejos mientras palpa los miembros del niño a través de la carne de Laure. Esta teme que la mujer lo sepa todo sobre ella con solo tocarle un momento el abdomen. Finalmente Madame Rouillard apoya la oreja en el vientre de Laure para escuchar el corazón del bebé.

—Vuestro bebé es fuerte, Madame...

Laure le da el apellido de Mathurin.

Entonces Madame Rouillard le pide a Madame Tardif que vaya a llevar a los niños con los vecinos.



La comadrona se sienta y permanece callada unos minutos. Las envuelve el silencio, el profundo sopor del invierno. Solo Laure está plenamente despierta, alerta y preparada para oír lo que Madame Rouillard tenga que decirle.

—Te sorprendería saber cuántas mujeres han cometido pecados peores que el tuyo.

Laure abre los ojos con sorpresa. Madame Rouillard sí la recuerda saliendo de la posada para encontrarse con Deskaheh.

La comadrona se queda callada de nuevo.

Laure desearía poder decirle que siente un auténtico pesar por sus actos. Desde luego, su vida sería mucho más fácil si estuviera embarazada de

Mathurin, o si no hubiera ningún bebé en absoluto. Pero ¿qué podría esperar Laure con una vida así? Se le oscurecería la piel y se consumiría por el trabajo exactamente igual que Madame Tardif. Solo que no habría recuerdos secretos de Deskaheh, ningún niño salvaje en sus entrañas. Laure albergaría un sentimiento tibio, tal vez incluso de repugnancia, hacia su marido, sus hijos y su cabaña en los bosques de este tosco país. ¿Cómo puede sentir remordimiento alguno por lo que ha hecho?

—El problema es que no te enviaron al otro lado del mar a expensas del rey para trabar amistad con salvajes.

—Pero los franceses, incluyendo a mi propio marido, son libres de tener relaciones con cualquier mujer que deseen.

—Sí, y eso solo ha generado más niños salvajes y ni un francés. Solo las mujeres enviadas desde Francia pueden dar al rey la colonia francesa que él desea ver en Canadá. Además, pensar en lo que hacen aquí los hombres no va a ayudarte en nada. —Madame Rouillard parece pensativa—. No pueden saber lo que has hecho. Necesitas tener el respeto de las mujeres como Madame Tardif si quieres sobrevivir en Ville-Marie. Tienes la suerte de que en Canadá todo el mundo intenta pensar bien sobre las mujeres. Como sabes, la historia es muy diferente en la Vieja Francia. Aunque pasaras tus días encerrada y vigilada cada minuto en el Hospital General, circularían mentiras sobre las cosas lascivas que haces. Aquí a las mujeres se las valora mucho más.

Laure oye llegar a Madame Tardif fuera de la cabaña, y abre los ojos con inquietud.

—Volveré a verte pronto con un plan para el bebé. Mientras tanto, ten cuidado. No tengo ningún interés en complacer a personas como Madame Tardif y tu marido. Hago este trabajo para asegurarme de que las madres y sus bebés sobreviven. Dios sabe que ya afronto suficientes retos por parte de la naturaleza.



Con el transcurso de las semanas, Laure no puede pensar en otra cosa que

en el niño que crece en su interior. Está tan agotada que apenas puede recordar cuando solo era una persona. El embarazo está consumiendo sus pensamientos como un fuego que destruyera todo lo que había antes. Al tiempo que se debilita, se hace más pesada y se siente más cansada cada día, Laure puede sentir que los movimientos del bebé se hacen cada vez más potentes. A veces, tendida despierta por la noche, puede llegar a distinguir una mano o una rodilla que sobresale bajo la piel de su abdomen como si luchara contra su reclusión. Es un castigo de Dios por haberla llenado con un bebé tan sano. La criatura sin destino tiene una fuerte voluntad de vivir. Pero hay algo peor, y es que Laure ha empezado a cantarle al bebé. Recuerda a su padre y la sensación de seguridad que ella experimentaba en sus brazos. Obviamente, él no tenía nada que darle excepto aquellas canciones.



Al poco tiempo, Madame Rouillard vuelve para examinar de nuevo a Laure.

—Recuerda solo que este niño no te pertenece —le susurra esta vez.

A Laure, que está entrando en su octavo mes de embarazo, le asombra que Madame Rouillard pueda decirle algo así. Al fin y al cabo, el bebé está rodeado por la carne extendida de su vientre. No hay nada que separe sus dos cuerpos el uno del otro.

—No puedes quedarte con el niño. Tu marido sabrá que es de otro hombre. E incluso si él permanece callado al respecto, las personas como Madame Tardif extenderán el rumor hasta Ville-Marie. Habrá consecuencias para ti y para el niño.

Laure intenta seguir los pensamientos de Madame Rouillard, pero no puede levantar los ojos de su vientre. No se ha permitido a sí misma pensar en los resultados, en los castigos reservados a las mujeres adúlteras, entre los que se incluye la muerte. No se ha atrevido a imaginar qué ocurrirá cuando nazca el niño, un ser separado de ella y que claramente no pertenece a Mathurin. Tal como se ha extendido la piel de su diafragma, Laure ha dado en creer que este embarazo se prolongará indefinidamente. Que no tiene fin. Que

las canciones que recuerda a medias son suficientes.

Laure no quiere oír lo que le sugiere Madame Rouillard. Quisiera gritar como una de las mujeres dementes de la Salpêtrière. Pensar que no va a quedarse con ese niño, aunque hacerlo pueda condenarla a muerte, le hace sentirse como si se volviera loca.

—Escúchame. Lo mejor para todos, para ti, para tu marido y, sobre todo, para el niño, es que el algonquino, el padre, se lleve al bebé.

¿Deskaheh? Laure no lo ha visto desde el verano. Seguramente ni siquiera sabe que está embarazada.

—Las autoridades no cuentan a los niños salvajes ni hacen preguntas sobre sus orígenes tal como hacen con los franceses. Ahora escucha. He ido a verle más allá de Ville-Marie, en dirección al río Ottawa, y ha accedido a quedarse con el bebé. Estaba muy preocupado por ti y quería venir a verte, pero yo le aconsejé que no lo hiciera. No es malo ese muchacho. Un poco necio, pero tiene buen corazón. La desgracia suele golpear a los necios de buen corazón.

Laure le pregunta qué dirá Deskaheh en su aldea. ¿Cómo les explicará esa desgracia concreta?

—Ellos ya han adoptado a otros niños antes. Es una de sus prácticas de guerra. El propio Deskaheh fue adoptado. Pero intenta no pensar en el futuro del niño. Al fin y al cabo, es mejor ser criado por los salvajes que morir.

Laure asiente con la cabeza. El bebé vivirá. Tanto ella como el bebé sobrevivirán; separados, pero vivos. Anoche Laure estuvo despierta mientras toda la familia Tardif dormía, e imploró la gracia de Madeleine, su amiga muerta, el único ángel divino en el que confía, para que sucediera precisamente eso. Sus oraciones han sido escuchadas.

—Todavía queda mucho por hacer solo para asegurarnos de que el niño, una vez nacido, le sea llevado a Deskaheh antes de que tu marido o Madame Tardif lo vean. Pero de momento no te preocupes por esas cosas.

Su hijo vivirá. Habrá una segunda oportunidad para todos. Laure, llena de gratitud, imagina el rostro beatífico de Madeleine sonriendo.

La segunda primavera de Laure en Canadá fue la más ventosa que ningún colono podía recordar. Era difícil dormir por las noches porque oían el viento silbando como un ser atormentado a través de las rendijas de sus pequeñas cabañas. Era como si ese año el invierno no estuviera dispuesto a renunciar a su dominio sobre la colonia. Laure tuvo muchos sueños. El marinero Ti-Jean que había quebrantado el espíritu de Madeleine montaba los caballos que iban a arrancar a Laure de los brazos de su padre. En uno de los sueños, Ti-Jean era un monstruo vestido como el *Bonhomme Terre-Neuve*.

Laure está tendida de costado, incapaz de volverse por el peso de su vientre, imaginando sonidos de mujeres gritando mientras unos guerreros iroqueses asaltaban el asentamiento y blandían los ensangrentados cueros cabelludos de pelo largo en señal de victoria. Había muchos ruidos en la cabaña, como la tos y los gimoteos en sueños de los niños Tardif. Madame Tardif dormía de un tirón con ruidosos ronquidos y se levantaba cada día renovada para sus tareas como un soldado al mando, mientras que Laure iniciaba aquellas mañanas de primavera hastiada y exhausta, convencida de que los demonios del infierno la habían visitado la noche anterior para castigarla por su pecado.

Si el bebé que lleva dentro puede oír algo de todo eso o sentir la creciente inquietud de su madre, desde luego no muestra signo alguno de ello. A primeros de abril sigue creciendo, dando patadas más fuertes que antes. A finales de ese mes Laure es mucho más voluminosa de lo que ninguno de los colonos ha visto nunca en una mujer a la que todavía le queden dos meses de embarazo. Ya no puede hacer mucho más que tenderse en la cama de lado. Todavía no hay ni rastro de Mathurin, y Madame Tardif ha llegado a estar tan cansada de su involuntaria invitada que entra en la cabaña interrumpiendo su trabajo exterior el tiempo justo para preparar de mala gana caldo para Laure y quejarse entre suspiros de cómo este invierno ha dejado su economía doméstica en un estado lamentable. En realidad, Laure percibe que a la mujer le asusta un poco su tamaño antinatural.

Cuando llega mayo, y a pesar de que Mathurin no ha regresado con los demás hombres del territorio de las pieles, Madame Tardif le pide a Laure que vuelva a su cabaña. Le promete que le llevará sopa y que la ayudará en todo lo que pueda, considerando la penuria de sus propias circunstancias, hasta que llegue Mathurin.

Una vez que Laure está en su cabaña, Madame Rouillard viene cada pocos días para estudiar su vientre de embarazada, para ver si ha llegado el momento del parto y también para prepararle sopa y pan y algo de carne. La comadrona palpa el vientre de Laure, y le asegura que el bebé que lleva dentro está sano si es que la fuerza de sus patadas es una buena evidencia. Se ofrece a sangrar a Laure para intentar reducir un poco la hinchazón de sus brazos y piernas, pero ella no cree que ningún tratamiento que no sea sacarle al niño de dentro sirva para nada en absoluto. Laure se toma unas hierbas que se supone que aceleran el parto, ya que la comadrona cree que el bebé está tardando demasiado en nacer.



Por fin, una noche de mediados de mayo, el bebé empieza a venir. Al principio Laure no está segura de si la tirantez de su abdomen y el dolor que sigue es muy distinto de los signos de parto inminente que ha estado sintiendo durante semanas. Pero al cabo de unas horas, cuando ya no puede dormir, se levanta de la cama y extiende unas pieles en el suelo de la cabaña. No sabe muy bien qué fuerza está guiando sus acciones, pero de algún modo actúa sin miedo y con determinación. No hay espacio en su mente para pensamientos o dudas mientras se dispone a dar a luz.

No sabe cuánto tiempo ha de permanecer así, con la cara presionada contra las pieles y el olor a carne de animal muerto ascendiendo a sus fosas nasales. Intenta dormitar entre espasmos de dolor. No hay nada que hacer salvo aguantar. Olvida todo lo que ha ocurrido antes y lo que la aguarda en el futuro. Las horas pasan como minutos, y los minutos se convierten en una eternidad de agonía.



Laure ha estado durmiendo a intervalos, atrapada entre el mundo de los sueños y el dolor que la mantiene despierta. Pero en un instante los personajes de su sueño se precipitan como en una cascada fuera de su mente. Se pone de rodillas y siente un momento de terror. Los meses de hinchazón se han desinflado en una avalancha de líquido caliente sobre las pieles que tiene debajo. Luego el dolor más insoportable que Laure ha sentido nunca viene a sustituir a la sensación de hinchazón. En el asentamiento se oye un grito, y luego otro.

Laure ha abierto la puerta de la cabaña y está a punto de salir fuera, posiblemente a los bosques, a donde sea para escapar al dolor, que ahora es casi incesante. Pero Madame Tardif está allí, interponiéndose en su camino. La empuja de nuevo al interior de la cabaña y sobre las pieles, y le dice que enviará a su marido a buscar a la comadrona. Laure puede sentir al bebé agitándose en su interior.

Cuando llega Madame Rouillard unas horas más tarde, releva a Madame Tardif de sus tareas, diciéndole que ya la avisará cuando se acerque el momento en que calcule que va a nacer el bebé. Laure oye decir a Madame Rouillard que probablemente no será antes de la mañana, que los primeros hijos tardan mucho en salir.

La comadrona ayuda a Laure a apoyarse en los codos y enciende la lámpara de gas que reserva para los partos de bebés que nacen de noche. Luego le levanta la falda a Laure y le abre las piernas. Laure no siente las manos de Madame Rouillard cuando esta la examina, pero logra calmarse un poco observando el rostro de la comadrona.

—El bebé está viniendo, pero trata de contenerlo —la oye decir—. Todavía no has dilatado bastante para sacarlo.

Laure siente como si los ojos le rodaran hacia la parte de atrás de la cabeza. Es imposible seguir el consejo de la comadrona. Ella no puede detener la presión de la cabeza del bebé contra su columna vertebral. Está segura de que va a abrirse camino a través de su espalda. La comadrona se

acerca al rostro de Laure y le dice que olvide el dolor y escuche sus palabras. Luego trata de ensanchar la abertura entre las piernas de Laure para dejar pasar la cabeza.

Laure no puede concentrarse en la voz de Madame Rouillard ni en la estancia que la rodea. Imagina que se abre una puerta en su mente y que pasa a través de ella. Arde un fuego brillante en la habitación, y ella se encuentra de nuevo entre los personajes de los sueños que han estado atormentándola todo el invierno. Emite un gruñido como un perro enfermo, y luego vuelve a gritar. La comadrona le dice que va a buscar un cubo de agua.

Al traer a este niño demasiado crecido al mundo de los vivos, Laure vislumbra el mundo de los muertos. Lo ha estado viendo en sus sueños mientras el bebé crecía durante el largo invierno. Pero cuando la gigantesca cabeza sale de su cuerpo a desgarrones y ella empieza a perder sangre, Laure vislumbra algo más. Es como si ya no pudiera oír los ruidos de la cabaña y solo hubiera un profundo y distante silencio.

Esta vez ve un arroyo tan apacible y atractivo como un cielo de verano. El susurrante sonido es tan suave como los pájaros que juegan en las ramas. No siente dolor, y puede caminar como lo hacía cuando acababa de llegar al Nuevo Mundo. El tremendo peso del niño ha desaparecido. Hay alguien a orillas del agua. Su cabello es tan largo y negro como el de ella, y sus brazos son del color de las ramas de los árboles e igual de fuertes. «No sabía que Jesús vendría a recibirme así para acogerme en el cielo», piensa Laure. Lo reconoce cuando se acerca a ella. Hace ya mucho que Deskaheh la ha visto.

Esta es tu casa, le dice. Ella cree que se refiere a sus brazos, porque ella quiere arrojarse a ellos, sentirlos alrededor de su delgado cuerpo. Pero él sonrío y extiende la mano para señalar la gran extensión en la que se hallan.

Laure quiere creerle, deshacerse de las pesadas ropas que lleva, liberarse de sus recuerdos de edificios de piedra y hombres con corazones de piedra y la piedra pesada, muy pesada, que ha estado llevando en su vientre. Quiere desnudar su piel al cielo y olvidarse de todo lo demás. Permanecer con él en el agua fresca y tranquila. Pero hay demasiada distancia entre ellos, y no puede alcanzarlo. El apacible río se convierte en el mar embravecido, y en un instante Laure es tragada por las aguas.



Alguien está abofeteando a Laure en la cara y una nueva voz grita en la estancia. El vientre de Laure se ha convertido en líquido, su cuerpo le ha sido devuelto, como un río sin sus orillas. Es incapaz de mover siquiera un dedo, y grita sin emitir ningún sonido ni soltar otra gota de agua.

Por primera vez en meses, Laure siente frío y piensa que deben de haberla sacado fuera y que la mujer que la golpea debe de haberla dejado caer en la nieve. Laure no puede dormir ni mantenerse despierta. Reza para volver al arroyo celestial. Solo que ahora hay una nueva vida animal en la cabaña. La comadrona le pone al bebé, una niña, en el pecho. ¡La criatura que era tan enorme y poderosa dentro de su vientre parece ahora tan pequeña...!

Cuando la niña empieza a mamar del pecho de Laure, Madame Rouillard se dedica a preparar algo de comida con provisiones que debe de haber traído consigo.

—Un poco de sopa para la nueva madre —le dice—. Dar a luz es un trabajo arduo.

Laure tiene hambre, y se toma primero un cuenco y luego otro de la sopa llena de trozos de carne y tubérculos. A continuación Madame Rouillard le dice que tiene que marcharse. Ha de descansar después de la larga noche, recorrer los caminos y prepararse para otro parto. Promete volver al cabo de dos días, y aconseja a Laure que se quede en la cama excepto para vigilar la lumbre y tomar más sopa.

—Mantén al bebé en el pecho y en contacto con tu piel para que permanezca caliente, y descansa todo lo que puedas para evitar que sangres demasiado. Ha sido un nacimiento afortunado —le dice a Laure.

Esta pasa el primer día de la vida de su hija en la cabaña, tendida en la cama, amamantando a la nueva criatura. La niña, por su parte, o mama con glotonería o duerme. Laure acaricia el fino mechón de cabello negro de la diminuta cabecita y contempla embobada el suave mohín de los labios del bebé y las manchas oscuras de color de sus mejillas. ¿Cómo podía una unión tan clandestina e imposible haber creado ese extraordinario ser, tan

hambriento de las próximas horas de su condenada vida?

En las horas que transcurren desde el nacimiento de su hija, Laure no está ni dormida ni completamente despierta. En su lugar se deja llevar por los suaves vaivenes de esa respiración nueva e insegura. Siente que debe permanecer despierta, vigilante, para poder impulsar a su hija hacia delante, alzándola con la voluntad de una madre cada vez más profundamente fuera del agua, llevándola del sueño a la vigilia del mundo.

Laure intenta olvidar que pronto se van a separar. Dentro de unos días se quedará sola, herida e informe. ¿Qué sentido tiene sostener al bebé en el pecho y cantarle? Laure pronto pertenecerá a un tiempo en la vida de su hija en el que estar sumergido equivalía a estar vivo, un tiempo anterior a que conociera la tierra, este bosque, la nieve, a su padre y a su gente.

Más tarde, ese mismo día, Madame Tardif viene a llamar a la puerta de Laure. Esta considera la posibilidad de no levantarse de la cama cuando oye fuera su voz fuerte y familiar. Pero sabe que eso solo despertaría sospechas y podría conducir a una invasión aún peor más tarde. Levantándose de la cama, Laure coge a su bebé y lo envuelve completamente en la manta, cubriéndole el cabello negro y la cara y apretándolo contra su pecho. Luego se dirige a trompicones, encorvada y llena de dolor, a abrir la puerta a la inoportuna invitada.

Madame Tardif apenas parece reparar en la niña y en el debilitado estado de Laure cuando se precipita en la cabaña.

—Bueno, ahora que el bebé ya ha llegado, tengo que hablar con vos.

Laure se dirige de nuevo hacia el lecho. Necesita sentarse. Madame Rouillard había quitado la cubierta de madera de la cama-cabina para facilitar los movimientos de Laure después del parto. Se sienta en el borde de la cama, sosteniendo la cabeza de su bebé con fuerza contra su pecho.

—Quería decíroslo antes, pero la comadrona me pidió que esperara. Creo que no tendría que haber sido un secreto en absoluto.

Madame Tardif cruza los brazos sobre el pecho.

¿Qué noticias podría tener para Laure? Sea lo que fuere, no puede ser bueno. Laure detecta cierto tono de petulancia en la canadiense. Está demasiado cansada para decirle a Madame Tardif que no quiere saberlo, que

no tiene el menor deseo de oír ninguna mala noticia. Que si Madame Rouillard, su fiel comadrona, pensaba que podía esperar, entonces seguramente puede.

Pero las palabras salen de la boca de Madame Tardif antes de que Laure pueda formular su protesta.

—Vuestro esposo ha muerto.

Durante un breve momento, Laure no está segura de lo que ha dicho Madame Tardif. En un destello, imagina que Deskaheh y Mathurin se enzarzaron en una pelea y que uno de ellos ha muerto. Pero ¿quién? Mathurin se enteró de todo sobre sus relaciones con Deskaheh y ahora ha ocurrido esto. Quizá resultaran muertos los dos y ahora se ha revelado el secreto de Laure. Este bebé, al que ya desea más que a ninguno de los dos hombres, le será arrancado de su pecho.

—Mathurin se hundió en el hielo y se ahogó cuando se apresuraba a regresar con vos y el niño —añade Madame Tardif.

Hay cierto matiz de acusación en su voz.

Laure siente alivio, aunque tiene el corazón en un puño y todavía late desbocado. Su secreto sigue a salvo. Mathurin, el necio cerdo rosado de su marido, simplemente perdió el equilibrio y cayó al agua, un codicioso comerciante de pieles consumido por la cruel indiferencia del paisaje. Pero ¿qué rostro debe mostrarle Laure a esa mujer, su astuta vecina? ¿Qué nueva mentira tiene que decir? Seguramente Laure debería parecer triste, conmovida, apenada. Mathurin ha muerto. Pero en realidad Laure no está sorprendida. Ella ha sabido en todo momento que sería completamente tragado por la fuerza de su desdén.

—Nuestros hombres son muy valientes —dice Madame Tardif—. Tenemos suerte de que cuiden tan bien de su familia. Nosotras estamos a salvo aquí en el asentamiento mientras ellos arriesgan su vida en los bosques entre los pueblos salvajes. Vuestro esposo había ido a pasar el invierno con los cabellos realzados a lo largo del Ottawa junto con unos cuantos hombres de aquí. Viajaron más al oeste que de costumbre y tuvieron una buena temporada, adquirieron muchas pieles. Pero vuestro esposo volvió antes, por supuesto para regresar junto a vos. Viajó con algunos salvajes, probablemente pagados

con mercancías para que le guiaran a través del peligroso terreno. Pero el hielo ya comenzaba a derretirse. Ahora sois viuda.

Madame Tardif pronuncia la última palabra como si le amargara la lengua.

Todas las pérdidas del pasado de Laure vuelven a inundarla de nuevo. Se fueron los brazos protectores de su padre, la bondad y la instrucción de Madame d'Aulnay y Madame du Clos, la amistad y las oraciones de Madeleine. ¿Cuántos abandonos más habrá de conocer? Solo las locas conocen la libertad que trae la soledad, lo que significa dejar que tu vida fluya y se haga una con el mar. Madame Tardif, con su marido que ha regresado del territorio de las pieles y su sólida cabaña llena de niños, cree que escapará a su propio ahogamiento.

Madame Tardif echa un vistazo por toda la estancia. La expresión de su rostro muestra claramente que piensa que Laure es responsable de su miseria. Si hubiera sido una esposa laboriosa y práctica, como ella, a estas alturas también podría tener algún mueble bueno de madera, cazuelas y utensilios de hierro en la cocina, provisiones en el anaquel, un hogar más caliente... Y desde luego, su marido también estaría vivo.

—Bueno, realmente no tenéis demasiadas cosas aquí. Pero sean cuales fueren vuestras pertenencias, las traeremos a nuestra casa cuando vengáis con el bebé.

Madame Tardif mira con detenimiento en cada uno de los oscuros rincones de la estancia, buscando algo de valor. Pasa la mano sobre el arma del anaquel y se arrodilla ante un montón de pieles raídas.

Pero cuando va a levantar la tapa del baúl de la Salpêtrière, Laure grita con tal fuerza que Madame Tardif retira la mano como si se hubiera quemado. Allí dentro está todo lo que Laure ha preservado de sí misma. Son las cosas que le ofrecerá a su hija. El baúl contiene los recuerdos físicos de la vida de Laure que ocuparán el lugar de sus brazos de madre: el devocionario de Madeleine, el vestido amarillo de Mireille y las cartas que Laure escribió al fantasma de su amiga. Desde luego, puede que no haya nadie entre los algonquinos que enseñe a leer a la niña, y puede que el vestido se corte y se rehaga para confeccionar ropa salvaje, y que las cartas se utilicen para encender fuego; pero estas cosas son todo lo que Laure puede pensar en darle.

—Eso me pertenece, de antes de conocer a Mathurin.

Madame Tardif arquea la ceja.

—Mañana lo llevaremos a mi casa junto con lo demás.

Cuando Laure encuentra su voz, esta es ronca, como un gruñido. Porque ¿acaso no se ha convertido ya en una bestia, en un demonio? ¿Qué hay en esta vida que la haga humana? Maldice el hogar de la mujer cruel e insípida que se alza ante ella.

—Antes preferiría ir a la cárcel que vivir con vos.

Madame Tardif cruza los brazos sobre el pecho.

—No seáis ridícula —dice, pero da un paso atrás, apartándose de Laure y del bebé—. Mañana pensaréis de otro modo.

Pero Laure sabe que una vez que haya entregado a su bebé no tendrá ningún valor para esa mujer.



Tal como le había prometido, Madame Rouillard vuelve a ver a Laure dos días más tarde. Es de noche. Laure casi se arroja en brazos de la comadrona cuando esta entra en la cabaña.

—¿Qué ocurre? —le pregunta—. ¿Va bien el bebé?

—Sí, las dos estamos muy bien, pero Madame Tardif está intentando que nos vayamos a su casa.

Madame Rouillard asiente con la cabeza.

—Sí, ya imaginaba que pasaría. Siento no haber podido quedarme contigo para mantenerla a distancia, pero parece que todas las mujeres embarazadas al oeste del mar hayan decidido tener sus bebés esta semana. Así ocurre en determinados momentos.

A veces Madame Rouillard habla de las creencias y habilidades particulares de su oficio cuando está con Laure. Ella lo aprendió en el Hôtel-Dieu de París, el mismo lugar donde murió Mireille, bajo la tutela de la

famosa comadrona Louise Bourgeoys. Allí estudiaron dibujos de la anatomía interna del cuerpo de una mujer embarazada y aprendieron el modo de acortar el parto, de alargarlo, de actuar cuando los bebés vienen de nalgas, y de extraerlos de los úteros de sus madres sin cortarles ningún miembro o provocar hemorragias.

Pero hoy Madame Rouillard le dice a Laure que también aprendió de los sacerdotes a administrar el sacramento del bautismo. Es lo que ha venido a hacer. Las comadronas son las únicas mujeres que Laure sabe que pueden officiar un sacramento católico. Desde luego, una comadrona solo puede bautizar a un niño si se espera que vaya a morir. La niña de Laure no está a punto de morir. Es grande, está hambrienta, y tiene los ojos brillantes y despiertos. Cuando vino al mundo, su grito atravesó las paredes de la diminuta cabaña. Pero de todos modos Madame Rouillard quiere realizar la ceremonia.

—Un alma es una cosa importante que salvar. En ocasiones incluso he bautizado a bebés cuyos cuerpos estaban muertos y era imposible salvarlos.

Aunque solo puede bautizarse a bebés vivos, se sabe que padres y sacerdotes imploran a los santos, y sobre todo a la Virgen María, que devuelvan la vida a un niño muerto durante un breve momento para que le pueda ser administrado el sacramento, ya que muchos creen que un niño no bautizado es un fantasma errante atrapado entre las doradas puertas del cielo y los fuegos eternos del infierno. Laure se siente aliviada de que Madame Rouillard desee administrarle el sacramento a su hija.

Primero la comadrona cubre la mesa con un paño blanco que parece pertenecer a un altar de iglesia. Luego saca de su bolsa una vela, que a continuación enciende, una cruz de madera, y dos frascos, uno de los cuales contiene agua bendita, que dice que viene de Venecia, y el otro aceite. Después Madame Rouillard llena un cuenco de peltre con parte del agua que obtuvo de Madame Tardif la noche del parto. Y también rocía unas gotas del agua bendita en el cuenco.

Laure envuelve al bebé en lino blanco. Siente alivio de poder hacer esta única cosa por su hija, cuyo futuro resulta tan incierto. Ella crecerá en el bosque, criada por los salvajes. ¿Quién la enseñará a ser cristiana, a rezar a Jesús y a María, y a los ángeles y a los santos? Quizá este ritual, la bendición de las mujeres que la trajeron al mundo sana y salva, baste para compensar

una vida de ausencia. Tal vez gracias a esta breve ceremonia, el Espíritu Santo, que se dice que entra en las almas de los bebés el día de su bautismo, protegerá a su hija durante el resto de sus días. La desafortunada criatura no tiene padrinos que la protejan en la tierra.

—¿Qué nombre has elegido para ella?

Madame Rouillard, que es tantas cosas a la vez, ha adoptado ahora la voz de un sacerdote.

—Me gustaría que se llamara Luce.

El nombre le había venido a Laure la noche antes, cuando estaba tendida entre el sueño y la vigilia en la oscuridad de la cabaña. Es una variante de Lucie, y una palabra latina que significa «luz». La oscuridad que tantas veces había amenazado con envolver a Laure se había iluminado un poco al sostener a la diminuta niña contra su pecho las noches pasadas. La suave forma de su bebé emitía un brillo tan fuerte y constante como la presencia de la luna o las estrellas en el cielo nocturno. Además, Madeleine adoraba a santa Lucía. Esta había sido una muchacha torturada hasta la muerte en Siracusa en tiempos de los romanos por negarse a renunciar a su voto de virginidad perpetua ante un pretendiente impaciente. Resulta de lo más adecuado que sea en la festividad de Santa Lucía, en diciembre, cuando los días invernales empiezan a hacerse de nuevo más luminosos.

Madame Rouillard aprueba con la cabeza su elección de nombre. Unge al bebé con el aceite y le pide a Laure que le sumerja la cabeza en el cuenco del agua.

—No hay padrinos propiamente dichos, de modo que imploraremos a santa Lucía y a María que cuiden de esta niña cuando mañana la llevemos a su nueva vida.

Laure también invoca al espíritu de Madeleine para que cuide de su hija. Ya está siendo cuidada por fantasmas.

Cuando finaliza la ceremonia, Madame Rouillard vuelve a guardar el contenido de su improvisado altar. Al ver que Laure está atemorizada, le dice:

—¿Sabes?, la vida de Luce entre los salvajes puede estar llena de felicidad. La he bautizado más como una bendición adicional que por ningún otro motivo. En Alsacia, de donde yo vengo, hay quienes creen que existe un

cielo especial para los niños y que es imposible que haya niños en el infierno.

Laure agradece las palabras de Madame Rouillard. Porque ¿a santo de qué su hija habría de ser castigada por los pecados cometidos por su madre?

Madame Rouillard ya está cogiendo el abrigo de Laure y la bolsa de recuerdos para el bebé y colocando mocasines en el suelo delante de ella. Deben marcharse enseguida si quieren estar de vuelta por la mañana.

Cuando salga el sol en Pointe-aux-Trembles, el bebé de Laure habrá muerto. Al menos eso es lo que les dirán a Madame Tardif y a las demás. Madame Rouillard ha prometido llevarse a Laure consigo a su posada en Ville-Marie. Allí ayudará a regentar la taberna, o asistirá a Madame Rouillard en los próximos partos mientras espera a volver a casarse. La cabaña de Mathurin quedará abandonada, para que sea usada por la nieve y la lluvia, derribada para aprovechar sus materiales o habitada por otra joven pareja que pruebe fortuna en el asentamiento.

Laure viste a Luce con varias capas de ropa, teniendo cuidado de ser delicada con sus diminutos miembros. Luego coge el lino del bautismo y le pide a Madame Rouillard que lo utilice para sujetar al bebé sobre su pecho. Laure implora a cualquier espíritu que pueda estar vigilando esa noche la cabaña que le perdone lo que está a punto de hacer.

Madame Rouillard es práctica y rápida. Está colocando en la cabaña las cosas que Madame Tardif había juzgado de valor, las pieles medio podridas, el arma, una cazuela, unos cuantos utensilios y el baúl de Laure, todas juntas en una apresurada pila en un rincón de la estancia. Dice que pueden volver a buscar estas cosas cuando el bebé ya no esté.

—Es mejor que nos pongamos en marcha —dice con una voz que es a la vez delicada y firme.

Cuando Laure sostiene al bebé, recuerda una vez más el cariño que sentía de niña por su padre, que le cantaba tiernas canciones en las noches parisinas, la adoración que sentía por su amable y anciana señora, Madame d’Aulnay, y los lazos de amistad que la unían a su amiga Madeleine. Pero todos esos sentimientos quedan tan diluidos como el caldo de la Salpêtrière comparados con lo que siente Laure hacia este nuevo ser. Hasta las noches de verano que pasó con Deskaheh parecen sucias y violentas ante esta nueva ternura. La niña Luce es pura, no afectada todavía por ninguna horrible historia.

Laure sabe que no puede conservar a su bebé. Madame Rouillard se lo ha dicho. Es el único modo de salvarlas a ambas. Pero ¿cómo puede una madre sostener a su hijo por última vez? ¿Cómo puede Laure decirles a sus pechos que interrumpan sus libaciones? ¿Cómo puede contener un cuerpo que se ha vuelto líquido? Lo que está a punto de hacer ha abierto todas las heridas que ha conocido nunca. Siente un profundo y desconcertante vacío en las entrañas.

De niña, Laure vio a una madre gata delante del apartamento de Madame d’Aulnay buscando por todos los rincones con un maullido lastimero a sus gatitos, todos ahogados. Ahora ella desearía poder emitir aquel sonido.



Es una noche de finales de primavera. La tierra está húmeda, incluso mojada en algunas zonas. Hace frío. Las noches son siempre frías en este país,

hasta en verano, cuando durante el día el calor abrasa. A Laure ni se le ocurriría salir a andar fuera, por los caminos que bordean el río en la oscuridad. Pero Madame Rouillard está ahí delante, guiándola con su antorcha y su paso firme. Al fin y al cabo, la idea ha sido suya. Laure le debe la vida a esta mujer, pero es difícil hacer acopio de gratitud por tal regalo.

Laure está cantándole al bebé, que lleva fuertemente sujeto al pecho, cuando parten hacia los bosques. Está desesperada por darle a Luce el amor que ella sintió de niña por parte de su padre cuando la alzaba por encima de su cabeza mientras se ocultaban de la policía en los sucios callejones de París. Pero no hay ningún objeto de la existencia de su padre que Laure pueda transmitir a su hija. Solo tiene fragmentos de las palabras de sus canciones, grabados de manera indeleble en su mente de ocho años, filtrados por los años que han pasado desde entonces. Las palabras se dispersan por el aire helado, tan insignificantes en la extensión boscosa como el tedeum que escuchó cuando acababa de llegar a Ville-Marie. Madame Rouillard le pone la mano en el brazo a Laure, pidiéndole silencio.

Penetran en el bosque y dejan atrás el asentamiento. Por la mañana Laure será una viuda sin hijos en Pointe-aux-Trembles. Los infinitos árboles de Canadá se tragan todo rastro de su vida.



Tras varias horas de marcha, las mujeres llegan al lugar donde tienen que encontrarse con Deskaheh. Es un claro en el camino forestal, una fractura en los árboles. Los comerciantes suelen detenerse aquí a encender fuego, comer y descansar en sus viajes hacia el oeste, a Ville-Marie y más allá.

Deskaheh ya está allí, sentado en una de las rocas a la orilla del río. Ha traído consigo a una mujer algonquina. Laure agradece que no sea la muchacha salvaje embarazada a la que vio el verano anterior, sino una mujer algo mayor de rostro inflexible e inteligente. Madame Rouillard baja la cabeza y frunce el ceño al tiempo que evalúa a la mujer. Deskaheh no mira a Laure ni al bebé, sino que saluda a Madame Rouillard en tono sumiso.

No hay mucho que decir en cuanto a trivialidades. Solo Deskaheh sabe

hablar las dos lenguas, pero permanece callado. Es importante que actúen con rapidez. Los salvajes ya han raptado a niños franceses antes; unos cuantos incluso han crecido entre ellos, y debido a eso ya no se les considera totalmente de confianza. Pero Laure nunca ha oído hablar de ninguna mujer que renuncie a su bebé de ese modo. Seguramente el gobernador, y el rey y sus consejeros, preferirían que ahogara a Luce en el río antes que entregarla, fuerte y sana, a esas gentes, por más que sean aliados y que algunos de ellos incluso hayan aprendido a rezar al Dios cristiano a su propia manera.

La mujer algonquina es la primera en romper el silencio, haciéndole a Deskaheh algunas preguntas sobre Laure, que él responde en un susurro. Aparentemente poco impresionada por lo que le ha dicho el joven, se acerca a Laure y da la vuelta alrededor de ella. Coge entre sus dedos el enmarañado cabello de la muchacha, que le llega hasta el cuello, frotándolo con una permanente expresión de repugnancia. En cambio, parece satisfecha con la anchura de los hombros de Laure y la rectitud de su columna vertebral. Luego le examina la cara poniéndole las manos en cada mejilla, y le empuja el labio superior hacia arriba para verle los dientes. Mientras la mujer la examina, Laure sostiene al bebé contra su pecho.

Cuando ha terminado, se vuelve hacia Deskaheh y le dice algo en su lengua. Laure se imagina que la mujer le está diciendo que ha creado a un niño con una bestia, con una criatura asquerosa y fea. Las mujeres salvajes se burlan de las francesas, prisioneras en sus hogares, dando a luz a una docena de bebés, aisladas del resto de los colonos. Las autoridades francesas no pueden entender por qué los hombres salvajes primero deben consultar con las mujeres de sus aldeas antes de librar una batalla, comerciar con pieles o tratar de la religión cristiana.

Desde luego, Laure ni siquiera sabe lo que Deskaheh le ha contado a esa mujer sobre el origen de la niña. Quizá ni tan siquiera le ha mencionado el hecho de que él es el padre. Tal vez ni lo crea. Es Madame Rouillard la que ha ido a buscar a Deskaheh gracias a sus contactos en Ville-Marie, la que de algún modo lo ha persuadido de que venga a llevarse a la niña para criarla entre su gente.

—No te preocupes —le dice ahora la comadrona—. Luce encajará entre las demás. Las salvajes valoran a los bebés más que el oro. A menudo me

dicen que aman a todos los niños, no solo a los que ellas dan a luz.

Laure emite un sonido a medio camino entre un gruñido y un gemido cuando la mujer le indica que quiere quitarle a Luce de los brazos. Ella sabía que llegaría ese momento, pero aun así no podía estar preparada. La agonía de Laure es más intensa que ninguna otra que haya conocido nunca. Ni la pérdida de su padre, ni siquiera la muerte de Madeleine, podía prepararla para esto. Solo un sacerdote jesuita a punto de que le arrancaran el corazón del pecho podría entender lo que siente.

Madame Rouillard desata el nudo en la espalda de Laure. El lazo se afloja, y Laure coge al bebé ya liberado en sus brazos. Madame Rouillard la sujeta mientras Laure le alcanza la niña a la mujer, que aguarda con ávida curiosidad. La mujer algonquina primero mira a la niña, le quita la manta, la sostiene a la luz de la luna, y hace gestos para que Madame Rouillard le acerque la antorcha. La salvaje está tratando la adquisición del bebé del mismo modo que intercambiaría cuentas o vasijas con los franceses. ¿Qué clase de vida tendrá Luce con esas gentes?

Laure requiere de todas sus fuerzas para evitar precipitarse a cubrir al bebé con la manta. Pero tampoco podrá proteger a la niña del frío o de cualesquiera otras sensaciones desagradables que le depare el futuro. La niña llora, y a Laure se le encoge el corazón. Los ojos de Deskaheh muestran ternura al mirar a Laure, y aunque se ve impotente para impedir que esa mujer mayor dé golpecitos y manosee a la niña, intenta discretamente detenerla acercándose a acariciar él mismo a la pequeña. Mira a Laure con los mismos ojos con que la miró en el funeral de Madeleine. Ella cruza los brazos sobre el pecho. No hay ninguna oración, ni siquiera un grito de animal, que merezca la pena proferir. Si Dios no puede impedir que ocurra esto, ¿quién va a surgir de los bosques para ayudarla?

El bebé llora con fuerza, lo que parece complacer a la mujer, que les hace un gesto de asentimiento con la cabeza, volviendo luego los ojos hacia Madame Rouillard, a quien obviamente considera responsable de este intercambio. Después rebusca en la bolsa que ellas han traído consigo, sacando el libro y los rollos de papel. Luego arroja de nuevo dentro los objetos, le entrega la bolsa a Deskaheh y vuelve a examinar al bebé. Cuando la extraña mujer se abre la chaqueta y coloca a Luce sobre su pecho, la niña deja

de llorar. Es la primera vez que prueba la leche de su nueva familia. Laure se aparta.

—Quiere saber qué queréis a cambio. Por el bebé —dice Deskaheh.

Laure no esperaba esa pregunta. Deskaheh les está preguntando qué precio deben pagar por su hija. Ella siente tal aflicción que no puede pronunciar ni una palabra.

Madame Rouillard, que le ha dicho a Laure que está acostumbrada a que los bebés lleguen al mundo y se vayan de él en situaciones mucho peores que esta, está dispuesta a negociar. Ha visto los ojos protectores del padre, y le asegura a Laure una vez más que esa opción es la única que tienen. Entonces le dice a Deskaheh que quieren dos pieles, una de zorro y otra de visón, y también algo de tabaco, tal como habían acordado. Madame Rouillard le dice a Laure que cuando se marchen le dará a ella esos artículos; serán el principio de su nueva vida.

«¿Nueva vida?» Parecen palabras imposibles.

¿Podrá Laure añadir ese intercambio, el hecho de renunciar a su hija, a su colección de pérdidas, y luego seguir adelante?

Madame Rouillard asiente con la cabeza. Sí, podrá hacerlo. Mañana incluso esta agonía se mitigará.

Laure es una diosa de piedra tallada por lágrimas de agua salada. Es una mujer que ha logrado atravesar el océano sin ahogarse. Ha resurgido de las profundidades, intacta, en una nueva costa. Cuando tantas no lo han hecho, cuando ella ni siquiera ha querido realmente hacerlo, de algún modo ha sobrevivido. Es un artefacto viviente de los sueños absurdos de hombres de la realeza que arrancan a muchachas hambrientas de sus lechos del hospital y las arrojan a los gélidos bosques. El cuerpo de Laure es el rollo sobre el que escriben sus planes: diez mil personas en 1680, y miles más después de esa fecha. El rey ofrece recompensas a los maridos de las mujeres que den a luz a diez o doce hijos y más. Nacerán aquí más bebés que en ningún otro lugar de la tierra. Crecerán las aldeas como tallos de maíz en la orilla del río. Los salvajes, hasta los iroqueses, se arrodillarán en los altares de las docenas de iglesias que se erigirán en este nuevo mundo. Los barcos que regresen a Francia irán cargados de pieles y de relatos sobre un próspero y nuevo país.

Hasta el punto de hacer posible que ahora nazcan y se críen niños franceses en un país que durante siglos no hizo sino matar de hambre y mutilar a los sacerdotes y comerciantes que navegaban río abajo.

Excepto que la hija de Laure, esa a la que ahora sostienen a la luz de la luna, no es lo que ellos quieren. Ella vale menos que una piel de lobo. Este bebé señala a Laure como una transgresora, como una mujer que escupe en la cara a los sueños del rey. Ella es la que temen los marineros. Es la que quemar como bruja por fornicar con un enemigo salvaje, por matar a su marido, por renunciar a su propia carne. Y sin embargo, ¿quién puede destruirla, cuando es ella la que guía los barcos, cuando son sus suaves olas de espumosa ira las que deciden quién llega al otro lado, si la preciosa colonia vive o muere?

Laure permanece inmóvil hasta el último momento, observando cómo Deskaheh y la mujer se alejan por el camino con paso rápido. Caminan muy juntos, con el bebé acurrucado entre ellos. Finalmente, cuando los dos están ya muy lejos, Laure y Madame Rouillard se ponen en marcha. Primero irán a Ville-Marie. Madame Rouillard quiere que Laure olvide su vida en Pointe-aux-Trembles.

—Todavía eres joven—le dice—. Aún tienes tiempo de rehacerte.

Laure sigue a Madame Rouillard a lo largo del sendero, mientras sus pies tropiezan con piedras y tocones que resultaban fáciles de evitar cuando sujetaba cálidamente a Luce contra su pecho. El sol se eleva tras ellas, y ya no necesitan la antorcha para iluminar el camino. Laure desearía salir corriendo, alcanzar a Deskaheh y a la mujer algonquina, y llevarse de nuevo a Luce, o al menos volver a verla por última vez. Pero en lugar de ello se acerca a la mujer que la ayudó a dar a luz al bebé y que ahora la llevará a Ville-Marie. Juntas encontrarán un nuevo pretendiente para Laure.

Laure pronto será la esposa de alguien, pero por el momento se olvida de la orilla del río y sus florecientes asentamientos. Recuerda, en cambio, el lugar de donde vino, y se deja llevar de regreso al mar.

Notas históricas

Las *filles du roi*, como la mayor parte de las mujeres históricas, son en gran medida figuras de leyenda. Su historia, o al menos sus aspectos más legendarios, son bien conocidos en el Canadá francés. Mi creencia de niña era que aquellas madres fundadoras habían sido enviadas por Luis XIV, al que habían conocido personalmente en un gran baile de despedida en París. Al desembarcar con sus elegantes vestidos en Quebec habían sido objeto de un caluroso recibimiento. Y añadía la leyenda que, en una hazaña de modesto heroísmo femenino, luego se habían casado y tenido hijos con los valientes pioneros de los ríos y bosques consagrados al comercio de pieles. Solo años más tarde empecé a pensar de nuevo en aquellas mujeres enviadas de Francia a Canadá. Tras haber afrontado por mí misma los retos de vivir durante varios años en un país extranjero y de ser medio francocanadiense, quise saber más sobre lo que habían sentido realmente al llegar a Canadá las homólogas francesas de Susanna Moodie más de un siglo antes de que ella escribiera *Roughing It in the Bush*.

Entre 1663 y 1673, alrededor de ochocientas mujeres fueron enviadas de Francia a Canadá para convertirse en esposas de los hombres que ya estaban en la colonia, en su mayoría comerciantes de pieles y soldados. Pero los documentos históricos son parcos en detalles acerca de la vida de las *filles du roi*. Casi todo lo que se sabe sobre ellas se halla en la exhaustiva investigación realizada por el historiador Yves Landry, basándose en contratos de matrimonio y certificados de defunción de los archivos parroquiales de Quebec. Pero, para escribir una novela, tenía que dar vida a todos esos datos demográficos. Quería saber cómo llegaron aquellas mujeres a Canadá. ¿Decidieron ir por su propia cuenta? ¿Fueron embarcadas a la fuerza, como han sugerido algunos historiadores? Y sobre todo, ¿qué pensaron de aquel nuevo e inhóspito país y de sus habitantes, tanto europeos como autóctonos, cuando desembarcaron? Por otra parte, ¿cuál de aquellas mujeres iba a ser mi protagonista? Sin duda todas y cada una de ellas tenía una historia única, digna de ser contada.

Leyendo relatos del siglo XVII sobre las *filles du roi* comprendí que mi

visión infantil de ellas como damas elegantes ataviadas con vestidos de baile necesitaba cierta revisión. Marie de l'Incarnation, una monja ursulina de Quebec del siglo XVII, se refería en sus cartas a las mujeres enviadas de Francia como una chusma grosera y problemática. Desde luego, no es probable que esta monja de clausura tuviera demasiado contacto con las *filles du roi*, y posiblemente sus comentarios se debieran sobre todo al aspecto y la baja clase de las mujeres. Patricia Simpson, en su biografía en dos volúmenes de Marguerite Bourgeoys, observa que esta mujer, en sí misma una leyenda en el Canadá francés, afrontó sus propios retos como monja sin clausura, entre ellos el de acoger a las *filles du roi*. A su llegada las albergó en Ville-Marie, enseñándoles lo necesario para el gobierno de la casa y, presumiblemente, ayudándolas a buscar pareja. Fue también Marguerite Bourgeoys quien dio a las mujeres el título de *filles du roi*. Este no tenía nada que ver con ningún vínculo real, sino que se relacionaba más bien con la expresión del siglo XVII *enfants du roi*, que aludía a los niños huérfanos mantenidos a expensas de las arcas reales. Las *filles du roi* eran en su mayoría pobres, normalmente jóvenes huérfanas. Pero ¿eligieron por sí mismas viajar a Canadá? ¿Se alegraron de dejar atrás su desgraciada situación y navegar a través de Atlántico para encontrar a un marido, tal como normalmente se cree?

Los historiadores, incluyendo a Yves Landry, coinciden en que al menos una tercera parte de las *filles du roi* procedían de la Salpêtrière de París. Michel Foucault consideraba que la Salpêtrière fue una de las instituciones centrales para el encarcelamiento masivo de los pobres en el París del siglo XVII. Marthe Henry, un médico que escribía en la década de 1920, esbozaba así las condiciones de vida de la Salpêtrière: largas horas de trabajo, una dieta de hambre, y jornadas llenas de rezos en latín y de misas. El trabajo más reciente de Jean-Pierre Carrez, *Femmes opprimées à la Salpêtrière de Paris (1656-1791)*, menciona que las mujeres catalogadas como ladronas o prostitutas eran enviadas a Norteamérica, sobre todo a Luisiana, como una forma de destierro. Aunque en Francia no se conservan archivos hospitalarios sobre las mujeres enviadas a Canadá, hay pocas razones para creer que su estatus social podría haber sido muy distinto. En Francia, es muy probable que las *filles du roi* fueran mujeres que intentaban sobrevivir en medio de una desesperada pobreza urbana, terminando en la Salpêtrière a causa de pequeños delitos o por vagancia, y, de vez en cuando, por algo más serio.

Fuera de la ruta turística más trillada de París, hoy todavía puede verse la estructura original de la Salpêtrière, actualmente un hospital, cerca de la estación de Austerlitz. Durante mi estancia en París visité varias veces la Salpêtrière. ¡Qué contraste debía de representar tener esta imponente estructura de piedra, con su magnífica capilla abovedada en el centro, y a miles de mujeres empobrecidas pasando hambre dentro de sus muros! También me conmovió pensar hasta qué punto debió de asemejarse realmente a emprender un viaje al infierno dejar atrás París, con sus rituales, su medicina, sus mercados, sus coches de caballos y su realeza, para descender de noche por el Sena en compañía de guardias y meterse en la bodega de un barco de madera para realizar un viaje de varios meses a través del mar. Cómo podía haber algo de entusiasmo o de esperanza en una empresa tan peligrosa y terrible es algo que ciertamente se me escapa. Creo que atribuimos cierto sentimiento de heroísmo y de determinación a nuestras antepasadas porque contemplar realmente los retos a los que se enfrentaron, pensar que acaso no quisieran venir en absoluto y que cuando llegaron fueron desgraciadas, hace que sus vidas parezcan injustas, incluso crueles.

La inspiración para mi protagonista vino de una breve nota biográfica contenida en los archivos sobre Madeleine Fabrecque, una joven que murió, aparentemente de agotamiento, poco después de llegar a Nueva Francia. Me pregunté: ¿son estas mujeres valiosas para nosotros solo como las engendradoras de una población? ¿Importan las decisiones que tomaron y los contornos únicos de cada una de sus vidas? Al final decidí utilizar a una mujer ficticia, quizá más mitológica, como personaje principal de mi historia. Era importante que Laure sobreviviera, como de hecho hicieron la mayoría de las mujeres, y que a la larga se adaptara a la vida en la colonia, aunque no necesariamente como esposa y madre cómplice de algún grandioso diseño. Quizá entre las *filles du roi* hubo mujeres felices de poder «escapar» a las empobrecidas condiciones de su vida en Francia. Tener la posibilidad de casarse, aunque fuera con un extraño que vivía en los bosques, posiblemente les habría parecido la oportunidad de su vida. Pero a través del personaje de Laure Beauséjour he querido crear un contrapeso a esta grandiosa narrativa histórica de las *filles du roi* como madres fundadoras.

Personalmente me sentiría orgullosa de tener en mi árbol genealógico a Laure: la clase de mujer que pensaba en la justicia, dispuesta a considerar

posibilidades —opciones— aun cuando estas fueran meras fantasías y sirvieron solo para poner en peligro su vida. En ciertos aspectos es un personaje egoísta; pero ¿cómo, si no por el ingenio y la fuerza y hasta la malicia, pudieron aquellas mujeres, en tales circunstancias, haber sobrevivido y engendrado a la Norteamérica francesa?

Agradecimientos

Esta novela nació como un proyecto de tesis de máster en la Universidad de York. Me gustaría dar las gracias a mis supervisores, Jane Couchman y Roberto Perin, y especialmente a Susan Swan, que me guió para «mantenerme clara» y encontrar el elemento creativo en toda la investigación histórica que estaba realizando. Estoy en deuda con los valiosos comentarios y apoyo del grupo que conocí durante el Taller de Verano para Escritores de 2006 de la Escuela Humber: Hélène Montpetit, Rita Greer, Wayne Robbins, David Hughes y Elizabeth Brooks. Agradezco a mi mentor, Joseph Boyden, que me alentara y me aconsejara que perseverara en la historia durante el «largo camino».

Quisiera dar las gracias a mi amiga y agente, Samantha Haywood, cuyo entusiasmo por la novela me sirvió de estímulo. En Penguin Canadá, me gustaría dar las gracias a Nicole Winstanley, Sandra Tooze, Barbara Bower y, especialmente, a Adrienne Kerr por su brillante perspicacia, su paciencia y su amable enfoque de la edición, así como al corrector independiente Shaun Oakey. Estoy en deuda con el personal en una serie de archivos de Toronto, Montreal y París, y debo asimismo un particular agradecimiento a los archiveros de la Assistance Publique-Hôpitaux de París, y a Patricia Simpson, que tuvo la gentileza de reunirse conmigo en pleno invierno en Montreal para hablar de la vida y la época de Marguerite Bourgeoys.

Por su apoyo financiero durante la investigación y la redacción de la novela, debo mi gratitud al Consejo de Investigación de Ciencias Sociales y Humanidades de Canadá, al Gobierno de Ontario, a la Universidad de York y a la Escuela de Escritores Humber.

Estoy en deuda con mi familia y amigos, que me han preguntado infatigablemente cuándo iba a salir mi novela, especialmente mamá y papá, Joanne y Edmond Desrochers, a quienes les habría gustado ver esta historia convertida en libro; Joe y Cécile; Ross y Rose Dioso, y Cathy y Richard Nucci. Me gustaría hacer extensivo un agradecimiento especial a Anne y Dave Black, que primero me inspiraron a averiguar la historia de las

francocanadienses, que me ayudaron a perseverar en la narración de dicha historia y que me proporcionaron algunos de los mejores comentarios críticos. Pero a quien debo mayor gratitud es a mi marido, Rod Dioso, cuyo amor y estímulo han hecho posible mi vida de escritora.

Finalmente, me gustaría dar las gracias a Cynthia Varadan y Marlene Sagada, del Consultorio de Comadronas de la Comunidad de Riverdale, en Toronto, por mostrarme lo que de verdad puede hacer una mujer. Solo tres días después de que se aceptara la publicación de mi manuscrito di a luz a un bebé, un niño, que desde entonces ha llenado mis días de infinita inspiración, aunque con muy poco tiempo, para narrar historias.

Sobre la autora

Suzanne Desrochers se crió en la localidad franco-canadiense de Lafontaine, cerca de Ontario. Actualmente vive en Toronto donde escribe la tesis de su Doctorado acerca de la migración de mujeres francesas e inglesas a Norteamérica en el siglo XVII. Ha vivido en París y en Tokyo y ha viajado por toda Asia. Sus artículos de viajes han aparecido en el Toronto's Now Magazine. *Sal en la piel* es su primera novela, publicada originalmente por Penguin Canadá en enero del 2011.

<http://www.pageshome.com/writing/suzannedesrochers.htm>

<http://www.penguin.ca/nf/Book/BookDisplay/0,,9780143173380,00.html>

Título original: *Bride of New France*

Edición en formato digital: octubre de 2012

© 2011, Suzanne Desrochers

© 2012, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2012, Francisco José Ramos Mena, por la traducción

Diseño de la cubierta: © Ingrid Paulson

Fotografía de la cubierta: © Liz Dalziel / Trevillion Images / Istockphoto

ISBN: 978-84-253-4999-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S. L.

www.megustaleer.com